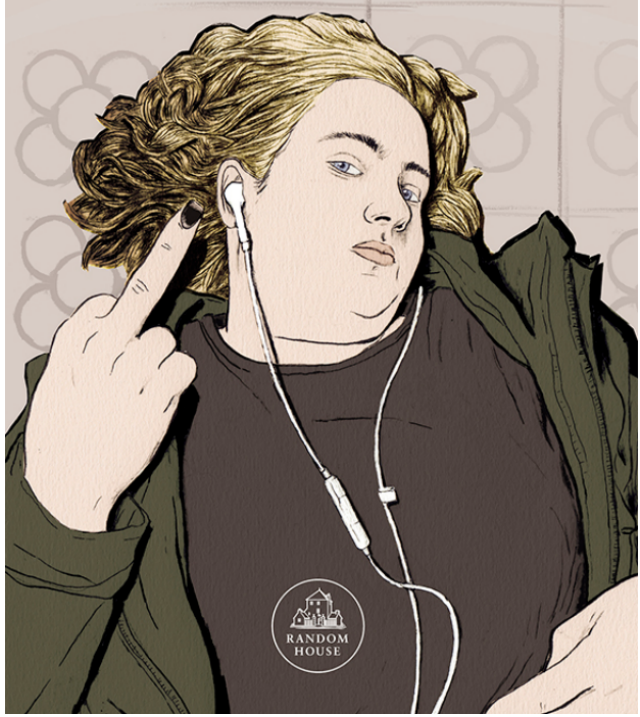
De la autora de *Teoría King Kong*

DESPENTES

Apocalipsis bebé



VIRGINIE DESPENTES

Apocalipsis bebé

Traducción de Robert Juan-Cantavella

RANDOM HOUSE

«… como dos vampiros dormiremos sobre tu tumba, calentaremos tus huesos, como dos vampiros vendremos a saciar tu sed de sexo, de sangre y de testosterona».

Testo Yonqui

Para B. P.

PARÍS

Sucedió no hace mucho, yo aún tenía treinta años. Todo podía pasar. Bastaba con tomar la decisión correcta en el momento adecuado. Cambiaba de trabajo a menudo, nunca me renovaban el contrato, no había tiempo para aburrirse. Con mi nivel de vida iba tirando. Casi nunca vivía sola. Los meses iban pasando como caramelos: de colorines y fáciles de tragar. No sé en qué momento dejó de sonreírme la vida.

Hoy tengo el mismo salario que hace diez años. Entonces me parecía que me las iba arreglando. Al cumplir los treinta, mi ánimo ya no era el mismo, aquel aliento que me animaba se vino abajo. Ahora sé que la próxima vez que salga al mercado laboral voy a ser una mujer madura no cualificada. Por eso me aferro a mi puesto como si me fuera la vida en ello.

Esa mañana llego tarde. Agathe, la joven telefonista, se da golpecitos en el reloj mientras frunce el ceño. Lleva unos pantis amarillo chillón y unos pendientes rosa en forma de corazón. Tiene fácil diez años menos que yo. Debería ignorar ese suspirito contrariado que insinúa que me tomo demasiado tiempo para quitarme el abrigo, pero en su lugar mascullo una excusa incomprensible y voy directa a llamar a la puerta del jefe. Del interior de su despacho salen unos gritos roncos. Asustada, doy un paso atrás. Le pregunto a Agathe con la mirada, ella hace una mueca y me susurra: «Es la señora Galtan. Esta mañana antes de abrir te estaba esperando en la entrada. Lleva veinte minutos insultando a Deucené. Entra enseguida, eso la calmará». Me siento tentada a dar media vuelta y salir escaleras abajo sin decir una palabra. Pero llamo a la puerta.

Por una vez, Deucené no necesita echar un vistazo a los archivos desparramados sobre su escritorio para recordar mi nombre.

—Lucie Toledo, ya la conoce usted, ella era precisamente…

No tiene ocasión de llegar al final de la frase. La clienta lo interrumpe vociferando:

—Pero ¿dónde estabas tú, cretina?

Me da un par segundos para encajar la hostia verbal y luego, subiendo el volumen, continúa:

—¿Sabes todo lo que te estoy pagando para que no la pierdas de vista? ¿Y va y de-sa-pa-re-ce? ¿En el metro? En el ME-TRO, idiota. ¡Te las has arreglado para perderla nada menos que en el metro! ¿Y luego esperas a que pase medio día para dejarme un mensaje y avisarme? ¡La escuela me avisó antes que tú! ¿Te parece normal? ¿Tienes la más remota sensación de haber hecho bien tu trabajo?

Esta mujer está habitada por el Diablo. No debo de ser lo suficientemente reactiva para su gusto. Pierde interés por mi caso y se vuelve contra Deucené:

—¿Se puede saber por qué a Valentine la seguía esta inepta? ¿No tiene usted nada mejor en stock?

Al jefe no le llega la camisa al cuerpo. Acorralado por las circunstancias, me cubre.

—Le aseguro que Lucie es uno de nuestros mejores activos, tiene mucha experiencia sobre el terreno y…

—Perder a una cría de quince años durante un trayecto que hace todas las mañanas… ¿le parece normal?

A Jacqueline Galtan la conocí diez días antes, cuando abrimos el caso. Corte de pelo cuadrado y rubio, corto, impecable, tacones de aguja con suela roja. Una mujer fría, bien arreglada para su edad, muy precisa en sus indicaciones. Nunca hubiera imaginado que al menor problema iba a ser presa del síndrome de Tourette. En la frente se le marcan las arrugas por efecto de la rabia, el bótox ha perdido la partida. Una pizca de espuma blanca le perla la comisura de los labios. No deja de dar vueltas por el despacho, sus hombros estrechos

sacudidos por espasmos:

—¿¿¿CÓMO te las has ingeniado, pedazo de imbécil, para perderla en el METRO???

La palabrita la excita. En su presencia, Deucené se vuelve pequeñito. Yo disfruto al ver cómo se va encogiendo. Él, que nunca pierde la oportunidad de hacerse el duro. Jacqueline Galtan improvisa un monólogo-ametralladora, arremete sin orden ni concierto contra mis pintas, mis trapos infectos, mi incapacidad para desempeñar mi trabajo con lo fácil que es, y la falta de inteligencia que caracteriza todo aquello que intento. Yo me concentro en la cabeza calva de Deucené, salpicada por esas obscenas manchas marrones. Paticorto y barrigón, el jefe no está demasiado seguro de sí mismo, y eso a menudo lo vuelve violento con los subordinados. En este caso, está cagado de miedo. Muevo una silla y me coloco junto a su escritorio. La clienta recupera el aliento. Yo aprovecho para inmiscuirme en la conversación:

—Ocurrió todo tan rápido… No pensé que Valentine fuese a desaparecer. ¿Cree usted que es una huida?

—Mira tú, no está mal que toquemos el asunto, si os pago es precisamente porque me gustaría saberlo.

Deucené ha repartido sobre el escritorio una serie de fotos y reportes. Jacqueline Galtan coge una hoja de un informe al azar, con dos dedos, como si se tratara de un insecto muerto. La mira brevemente y la deja caer. Lleva las uñas impecables, pintadas de rojo. Yo me justifico:

—Usted me pidió que siguiera a Valentine, que la informara de sus movimientos, sus relaciones, sus actividades… Nunca pensé que pudiera sucederle nada. El procedimiento no es el mismo, ¿entiende lo que le digo?

Ella se deshace en lágrimas. Era lo que faltaba para ponernos a tono.

—No saber dónde está es tan terrible…

Apenado, Deucené balbucea evitando su mirada:

—Haremos cuanto esté en nuestra mano para ayudarla a encontrarla. Pero estoy seguro de que la policía…

—¿La policía? ¿En serio cree usted que les importará? Lo único que les interesa es publicar la noticia en los medios. Solo tienen una idea en

la cabeza: irles con el cuento a los periodistas. ¿De verdad le parece que Valentine necesita esa publicidad? ¿Cree usted que es la mejor forma de empezar su vida?

Deucené se vuelve hacia mí. Le vendría de maravilla que me sacara una pista de la chistera. Pero cuando esta mañana no la he encontrado en el café de delante del colegio, yo he sido la primera sorprendida. La clienta arremete de nuevo:

—Correré con todos los gastos. Añadiremos una adenda al contrato original. Ofrezco una recompensa de cinco mil euros si me la devuelven en quince días. Por el contrario, si no consiguen ningún resultado, les haré vivir un calvario. Tenemos nuestros contactos, nosotros, y me atrevería a decir que una agencia como la suya no querrá pasar por toda una serie de inspecciones digamos… desagradables. Por no hablar de la mala publicidad.

Con estas últimas palabras, levanta la mirada para clavarla en la de Deucené, un movimiento precioso, bastante lento, como en una película en blanco y negro. Debe de haberse currado el gesto toda su vida. Se inclina de nuevo sobre un extracto del informe. Lo que hay encima de la mesa son mis archivos. No solo los documentos que recogí ayer durante todo el día y la noche, sino también lo que ellos han encontrado en mi ordenador. Para qué andarse con remilgos con alguien como yo, por supuesto que se han cerciorado de revisarlo todo, por si se me olvida algo, o acaso por si lo escondo. Me pasé horas seleccionando los materiales importantes, clasificándolos, y ellos lo han convertido en un espantoso barullo. De repente todo está ahí: desde la nota del café donde la estuve esperando, hasta la más mínima foto que le hice, incluidas las que no muestran más que un trozo de brazo… Una forma de hacerme entender que, por mucho que me pase veinticuatro horas con un dosier, hasta asegurarme de que esté cualité para la hora que me han pedido, para ellos soy incapaz de evaluar lo que es importante y lo que no. ¿Por qué iban a privarse unos y otros del placer de machacar al prójimo, ya que lo tienen tan a mano, tan disponible, en la base de la pirámide? La vieja tiene toda la razón al llamarme inepta, si eso la hace sentir mejor. Soy la inepta mal pagada que acaba de

chuparse quince días de plantón para vigilar a una adolescente ninfómana, puesta de coca hasta las cejas e hiperactiva. Una más. Hace casi dos años que trabajo en Reldanch, y esos son los únicos trabajos que me encargan: vigilar a adolescentes. Y no es que me haya ido peor que a cualquiera. Hasta que desapareció Valentine, claro.

Esa mañana, yo andaba unos pasos detrás de ella por los pasillos del metro. Con la niña que apenas levanta la mirada del iPod, no me fue difícil pasar desapercibida entre la multitud del día a día. Al entrar en el vagón, una mujer mayor y corpulenta se desmayó frente a mí. Y al ver que se caía hacia atrás, tuve el reflejo de estirar los brazos. Luego, en lugar de dejarla donde estaba y apresurarme para no perder a mi objetivo, me quedé un minuto con ella hasta que se fueron acercando otras personas. Hacía ya dos semanas que seguía a Valentine. Estaba convencida de que me la iba a encontrar en el café que hay junto al insti, atiborrándose de muffins y Coca-Cola como todas las mañanas, con sus compañeros, sentada un poco atrás, manteniendo su pequeña distancia, tranquila. Excepto que ese día Valentine desapareció. Quién sabe si habrá conocido a la persona equivocada. Por supuesto, me pregunté si me habría visto, si habría aprovechado el mogollón para librarse de mí. Pero nunca tuve la sensación de que desconfiara. A base de pegarme a su culo, ya empiezo a conocerlos, yo, a los adolescentes.

Jacqueline Galtan contempla las fotos encima del escritorio. Valentine chupándosela a un chaval en un parque, allá en un banco, protegida de las miradas por un arbusto de un metro de altura. Valentine metiéndose una raya a las ocho de la mañana, encima de su cuaderno de ejercicios. Valentine haciendo pellas, subiéndose en la parte de atrás del escúter de un completo desconocido al que aborda en plena noche cuando el semáforo se pone en rojo… Y esa vez yo no tenía compañero de equipo. Realismo presupuestario obliga, me habían puesto en tándem con un reconocido yonqui que aceptaba trabajar a cualquier precio, siempre que se le pagara en efectivo todas las noches. Supongo que el proveedor lo dejó plantado, el caso es que nunca vino a relevarme y tenía lleno el buzón de voz, imposible contactarlo. A nadie le pareció urgente reemplazarlo. Me tocó quedarme bajo las ventanas

de la niña por si acaso se largaba, lo mismo que delante de las puertas de su instituto a la mañana siguiente. De hecho, tuve suerte de estar en escena en el momento de su desaparición: la mayor parte del tiempo no tenía ni idea de en qué andaba.

Al principio de la vigilancia, operé de manera clásica: le encargué a un chavalito que nos presta servicios que fuera a ofrecerle a bajo precio un smartphone irresistible, supuestamente «caído de un camión». Para la mayoría de los adolescentes, basta con explicarles a los padres cómo trucar el teléfono de sus hijos. Pero Valentine no tiene móvil, y ni siquiera se dignó poner en marcha el dispositivo que yo le había hecho llegar. Lo cual no ayudó en nada a mi negociado: sin un GPS espía, rara vez tengo la oportunidad de seguir a uno de esos críos.

La vieja va pasando las fotos una tras otra, pensativa, luego me dirige la mirada.

—¿Fue usted quien redactó los informes?

En un tono afable, como si a todos nos hubiera dado tiempo de digerir su cabreo.

Yo me pierdo en una frase corta, ella no me escucha.

—Y las fotos, ¿también son suyas? Ha hecho usted un buen trabajo… hasta que lo echó todo a perder.

Ducha escocesa, el método de los manipuladores: te insulto, te elogio, yo decido por mi cuenta y a mi arbitrio el tono de la conversación. Funciona: sus recriminaciones estaban siendo tan desagradables que el elogio tiene el efecto de un chute de morfina en una herida abierta. Si fuera más osada, me acostaría patas arriba para que me rascara la barriguita. Ahora se enciende un cigarrillo. Deucené no se ve con fuerzas para hacerle notar que está prohibido, y busca con la mirada algo que ofrecerle como cenicero.

—¿Supongo que se ocupará personalmente de encontrarla?

Genial: le parezco bien, como saco de boxeo. Yo espero a que Deucené pronuncie el nombre del investigador que se encargará del caso. Nunca me han asignado una desaparición, no tengo experiencia en la materia. Pero se vuelve hacia mí:

—Usted conoce bien el dosier.

La clienta aprueba, ha recuperado su sonrisa. El jefe me dirige un guiño cómplice. Parece aliviado, el muy capullo.

Por el cristal superior izquierdo de la ventana del armario que me sirve de escritorio deambula un insecto. Sus antenas son inmensas.

Saco mi caja de fichas. No es que guarde gran cosa en mi ordenador. Si mañana me meten una bala y vienen a revisar mis cosas, al dar con mis notas tal vez piensen que desarrollé un sistema de cifrado que dejaría a Enigma como una chapuza de aficionados. La realidad es que, cuando intento leerme, siempre acabo preguntándome qué quería decir. Afortunadamente, tengo una memoria fiable y, por lo general, acabo por recordar lo que quería apuntar. Más o menos. Voy pasando las fichas emborronadas con signos estrambóticos, a veces matemáticos… como si tuviera alguna idea de álgebra.

Desde que trabajo aquí, estoy harta de que me tengan encasillada en vigilancia de adolescentes. No hay chavalillo que pueda fumarse un porro tranquilo sin que yo personalmente me pegue a su culo. El primer año, nunca seguí a uno que no tuviera al menos quince años. Hoy día, trabajar en la escuela primaria no es motivo de sorpresa para mí. La vida de los pequeñuelos pertenece a los adultos de mi generación, que no están preparados para que la juventud se les escape por segunda vez. No puedo decir que deteste lo que hago, pero trucar el móvil de todos esos mocosos no es ni glorioso ni excitante. Esta oportunidad de ampliar mi horizonte laboral debería alegrarme, lo que pasa es que no tengo ni la más remota idea de por dónde empezar. Deucené me ha despedido de su despacho sin preguntarme si necesitaba ayuda.

Tecleo el nombre de Valentine Galtan en internet. Ningún resultado. No me sorprende. Es la primera cría que vigilo a la que no he visto en la vida enviando un mensaje. Y eso que hasta los chavales que se meten crack pierden el rato que haga falta subiendo a YouTube un video de cómo se colocan.

François Galtan, su padre, es novelista. El día que la abuela vino a encargar la investigación me crucé con él brevemente. No dijo una palabra en toda la entrevista. Su página en Wikipedia es la del típico tipo inseguro que se la escribe él mismo, abandonando cualquier asomo de decencia. Al lado de quién se sentaba, en qué escuela, cuáles son las obras que lo han formado, qué tiempo hacía el día que escribió su primer poema, cuán importantes son sus conferencias en seminarios improbables, etcétera. En las fotos que acompañan los artículos que hablan de él, se nota que está feliz de no haber perdido esa cabellera suya: se la peina hacia atrás, rollo gran melena ondulada. Supongo que lo primero que debería hacer es ponerme en contacto con él.

A Valentine, su madre la abandonó al poco de nacer. La familia asegura que no tiene ni idea de dónde podría vivir ahora. Me va a tocar buscarla. La magnitud del follón me abruma. Coqueteo con la posibilidad de renunciar. Pero por tema paro es preferible que me despidan por incompetente. Empiezo a preguntarme si no debería volver a ponerme aquellas series de la tele de detectives privados que tanto nos hacían reír, a ver si así encuentro algún tipo de inspiración, y en esas llama a mi puerta Jean-Marc. No lo veo pero le conozco las maneras, dobla dos dedos y golpea la madera despacito. Su forma de doblar la muñeca es elegante, de una dejadez sexy. Asoma la cabeza por el marco para asegurarse de que estoy sola, luego se sitúa en la ventana que da a la calle. Yo hago un café. Él canturrea: «Me encantan tus rodillas, cielo». Lleva el ritmo contoneando los hombros y meneando las caderas sin sacarse las manos de los bolsillos. Es un tipo alto y delgado pero con pinta imponente, de armazón poderoso y buena percha, de los que invaden el espacio al asalto. Sus rasgos son irregulares, de ojos ligeramente hundidos, nariz gruesa y frente protuberante. Tiene ese tipo de cara un poco ruda que suele gustarles a las chicas, pero que sobre todo enloquece a sus colegas masculinos, que lo tienen por un dios. Jean-Marc es el único de nuestro equipo que se viste con elegancia. En general, tenemos más bien facha de viajantes de provincias. En este trabajo, llamar la atención no es una ventaja. Corbata negra sobre camisa blanca siempre impecable. Él asegura a

quien quiera escucharlo que perder la corbata es perder la virilidad. Según él, quien renuncia al traje renuncia a la ley. A menos que necesite el contacto de un chavalín para hacerle un trabajito, casi nunca viene a visitarme. Tengo una buena red de muchachos que pueden hacer un buen servicio a cambio de poca cosa. Hoy viene a verme porque me han endosado un caso gordo. Agathe debe de haberle contado la escenita; desde su sitio escucha y controla cuanto sucede en la oficina del jefe. Reldanch tiene sus locales en un antiguo laboratorio de análisis de sangre, las paredes no las diseñaron para garantizar la discreción. Me encantaría que Jean-Marc me ofreciera trabajar juntos en esta investigación. Pero cree que puedo arreglármelas sola:

—¿Por dónde vas a empezar?

—Eso me gustaría saber a mí. La niña está medio chiflada. No tengo ni idea de lo que le ha podido pasar. Y la abuela me da demasiado miedo como para irle a preguntar. Francamente, no sé… ¿por la madre biológica, supongo?

Él me mira en silencio. Creo que espera a que le cuente mi plan de ataque. Yo le pregunto:

—Tú ya has hecho alguna desaparición, ¿no? ¿Alguna vez has tenido miedo de descubrir algo sórdido?

Hago como si nada, pero al decir esas palabras se me abre un vacío en el pecho. No sabía que tenía tanto miedo.

—Por cinco mil euros de recompensa, cómo te lo diría… No me pregunto si lo que voy a descubrir me gustará o no. Lo que me pregunto es cómo encontrar a la chiquilla. Si no ves de qué manera vas a manejarte tú sola, subcontrata. Todo el mundo lo hace. Y os repartís la recompensa. ¿Quieres contactos?

—Justo lo que había pensado. Igual se lo propongo a la Hiena, ella sabe de este tipo de casos…

Es el primer nombre que se me ha ocurrido capaz de impresionarlo. Lo digo en plan soy de las que llama a la Hiena cada vez que pierdo las llaves. Cierto que conozco a un tío que la conoce, pero en realidad yo nunca la he visto.

Jean-Marc suelta un conato de risita. Ha dejado de mostrarse

inquieto y preocupado, ahora parece distante. La Hiena tiene su reputación. Admitir que podría trabajar con ella significa admitir trapicheos clandestinos. Aún no lo he dicho y ya me arrepiento de haber mentido, sin embargo me regodeo en el mito:

—De vez en cuando me dejo caer por un bar donde va ella. El dueño es un colega mío que es también colega suyo…

—Y uno por el otro os habéis conocido.

Yo no contesto. Jean-Marc sopla en el café, luego dice pensativo:

—Sabes, Lucie, es solo cuestión de suerte y perseverancia. Al principio parece imposible, pero sin que uno sepa cómo, va y aparece una pista, y ahí ya solo es cosa de no desfallecer.

Yo asiento, como si supiera de qué me habla.

Durante mucho tiempo, Jean-Marc fue el más brillante de nuestro mundillo, no solo porque redacta sus informes en un estilo tan deslumbrante que, incluso cuando pierde un caso, al final de la página dirías que lo ha ganado. Durante mucho tiempo fue la mano derecha del antiguo jefe, todo el mundo pensaba que algún día iba a ser el Número Dos oficial, director de una gran sucursal. Pero nombraron director a Deucené, y a Deucené Jean-Marc lo hacía sentir incómodo. Demasiado grande, sin duda.

Jean-Marc cierra suavemente la puerta tras de sí. Yo busco la ficha de Kromag. Cuando baje a comer, le llamaré desde una cabina. No me fío de las líneas de la oficina, están todas pinchadas, aunque me pregunto quién iba a perder el tiempo escuchando nuestras conversaciones. Por deformación profesional, el móvil solo lo uso para felicitar cumpleaños vía SMS, y correos electrónicos tampoco envío. Sé lo caros que pueden salir en caso de investigación o de juicio, y también sé que son una puerta abierta a la curiosidad del primero que pasa. Sigo enviando cartas por correo bastante a menudo. Inspeccionar un sobre requiere de una sapiencia que la mayoría de los agentes ya no poseen. Nunca he tenido nada importante que ocultar, pero con el oficio acabas desarrollando una cierta paranoia.

Cuando le digo que quiero contactar con la Hiena, Kromag no se echa a reír. Un detalle por su parte. Me pide que le llame más tarde. Yo me dejo caer por el colegio de Valentine para tomarme un café en el bar donde se pasan el día los chavales de su escuela. No tienen ni cantina ni patio de recreo, el colegio privado en el que están escolarizados no fue concebido para resultar acogedor. No es que quiera hablar con ellos, solo escucho su conversación. No va de Valentine. Aún no saben que ha desaparecido, lo cual significa que la investigación policial no ha comenzado. Habría apostado a que los Galtan eran lo suficientemente poderosos como para que la policía se tomara más molestias que con una desaparición cualquiera. Los niños se van a clase. Son vacuos, bulliciosos e inquietos. Siluetas intercambiables. No muestro demasiado interés por ellos. Ellos me pagan con la misma moneda, no entro en su campo de visión. Es mi punto fuerte: soy prescindible. Me quedo gran parte de la tarde tomando café y leyendo página a página un periódico en papel que algún cliente ha olvidado en una mesa. Siento remordimientos por no ponerme ya con la investigación, pero no los suficientes como para dejar de disfrutar de mi tarde libre.

En la acera del bar donde trabaja Kromag, un areópago de góticos fuman cigarrillos y ríen sin parar, lo cual no me acaba de cuadrar con su ética, aunque no soy especialista en la materia. Ninguno de ellos se fija en mí mientras me deslizo por entre el grupo para entrar.

Kromag me da una cálida bienvenida. Visto su estilo de vida —alcohol, drogas duras, noches en vela, régimen de kebabs y cigarrillos—, se las arregla más que bien. Conserva un ímpetu alocado que la mayoría de los humanos pierde al cumplir los treinta, y que en su caso no parece demasiado sobreactuado. Tiene los lóbulos de las orejas deformados por unos aros gigantescos, sus dientes son naranja nicotina pero no le falta ninguno, y eso ya es algo. Se inclina sobre el mostrador para susurrarme al oído que no tardará en llegar. De lejos debe de parecer que he venido a pillar droga y me está dando noticias del

camello. Rascándose la barbilla, con la cabeza bien arriba en un gesto varonil pero poco favorecedor, añade: «Estos días le ha echado el ojo a una chavala que viene por aquí. No me costó convencerla para que se pasara».

Pido una cerveza en la barra, preferiría un chocolate caliente porque ahí afuera hace frío, pero tengo una cita con la Hiena y no quiero que piense que se las ve con una niñata. En los bares no suelo tomar alcohol, me da dolor de cabeza y no me gusta perder el control. Una nunca sabe de lo que puede ser capaz si se desinhibe demasiado.

A Kromag lo conozco desde hace mucho tiempo. Un invierno, hace quince años, nos acostamos juntos. A mí me parecía feo, pero cuando bebía insistía tanto en que me fuera con él que se volvió tentador. Un día apareció del brazo de una novia sacada de una lejana provincia, una morena lo suficientemente guapa como para no avergonzarse de ir por ahí del brazo de un tipo como él. Durante un tiempo, Kromag me estuvo evitando por miedo a que le pidiera explicaciones o le montara un numerito. Pero yo seguí a lo mío y él me cogió cariño, cuando pasaba por donde yo vivía siempre pensaba en llamarme para tomar un café, y cuando montaba una fiesta en su casa me avisaba. Cuando hace dos años llegué a Reldanch, fue porque él me avisó de que estaban buscando gente.

Pone cacahuetes en unos platos, deja uno delante de mí, me guiña el ojo y vuelve detrás de la barra a llenar unos vasos. Le gusta hablar de la Hiena, contar sus aventuras. Trabajaron juntos. Incluso empezaron juntos. Se dedicaban a los cobros. Su primer cliente decía ser un vendedor de telas, tenía un local muy pequeño en el distrito XXII y se había olvidado de pagar a un proveedor. La jugada era sugerirle que arreglara sus cuentas cuanto antes, su deuda empezaba a volverse insostenible. Antes de ir, la Hiena le había propuesto a Kromag que ella haría de poli malo y que él hiciera de poli bueno, lo cual lo ofendió: «Pero ¿tú has visto las pintas que gasto?». El argumento estaba lleno de sentido común: Kromag parece un coloso, y con esos ojillos marrones tan juntos, su expresión oscila entre una idiotez inquietante y la pura bestialidad. Más impresionado por la misión de lo que estaba dispuesto

a admitir, Kromag golpeó al tipo sin miramientos, compensando con energía su falta de experiencia. El tipo lloriqueaba, pero estaba claro que solo interpretaba su papel para que lo soltaran. La Hiena se había quedado atrás, en silencio. Cuando ya salían, volvió sobre sus pasos, lo agarró por la nuca con una sonrisa en la boca, y chasqueó los dientes tres veces junto a su oreja: «Si volvemos a verte, te arrancaré la polla de un mordisco, zorra, ¿entendido?». Kromag dice que fue como conocer a Hulk pero sin el rollo verde: se había convertido en un monstruo, cualquiera habría salido corriendo. Sin embargo, ella estaba un tanto disgustada, convencida de que habían fallado el golpe. «Faltaba el aroma del miedo. Ese maldito olor a amoniaco, tan repugnante que cuando lo hueles en alguien te entran ganas de acabar con él allí mismo». Kromag estaba aún más incómodo que durante la sesión en sí. «Eres perversa, eres realmente perversa». Algo sucedió en el momento en que ella agarró al tipo por el cuello, algo que lo dejó tocado. Él lo llamaba «deseo de matar en estado puro, algo muy real». Y el tipo soltó la pasta esa misma noche. Poco a poco, fueron pillándole el truco: él abría la escena, y ella se encargaba del colofón. El dúo desprendía una alquimia que los convirtió en unos mediadores excelentes. A Kromag le gustaba recordar que el apodo se lo había puesto él: «Tendrías que haberla visto en acción, en aquellos tiempos, no hubieras podido pensar en otra cosa. Una hiena, cuanto más viciosa y tarada, más a gusto se reía». Kromag tenía un montón de teorías sobre aquella época de su vida, no costaba adivinar que las había elaborado charlando con ella. «El miedo es una cosa animal, algo que ocurre más allá del lenguaje. Cierto que algunas palabras lo desencadenan mejor que otras, pero siempre juegas a tientas… Tema feeling, como cuando tienes a una chati entre las manos y no la conoces, vas probando, toqueteas en la oscuridad hasta el punto exacto en que sientes que aquello marcha, y ahí ya no queda más que sostener la nota para hacerla flotar. Eso es algo que les tiene que quedar bien clarito, tanto da si van de duros o de sensibles: la próxima vez te agarraremos de la yugular y ya nunca te soltaremos, y lo sabes». Estaba orgulloso de haber trabajado con ella. Con los chavales que rondaban

por el bar se jactaba de ello, como si les estuviera revelando un importante secreto de la vida: «Hacíamos un buen equipo. En los puntos decisivos estábamos de acuerdo, por ejemplo: hay que descansar a menudo, descansos largos, para rendir bien es mejor estar relajado; los sobornos, si son sensatos, hay que aceptarlos siempre; y sobre todo, huir ante un peligro demasiado grande es una estrategia de la que no importa abusar, te va la salud en ello. También hablábamos mucho de mujeres. Es importante tener intereses comunes. No era plan de estar todo el rato hablando de curro, demasiada presión». Hasta que una mañana lluviosa en que iban buscando a un ruso en el distrito XIII —acababan de mudarse a la ciudad, fue hace mucho tiempo—, Kromag se quejó de su úlcera de estómago. La Hiena le preguntó: «¿No será que estás harto de este trabajo?». Y él entonces lo vio claro: sí, estaba cansado de levantarse cada mañana sin saber a quién le iba a tocar amenazar, sin saber si iban a ser muchos, si iba a tener miedo o, peor aún, si iba a sentir piedad; piedad y vergüenza de lo que hacía. Harto de tener que apretar el culo todas las noches al meter la llave en la cerradura de casa, con el miedo en las tripas por si en el salón lo esperaban unos hombres, o el cuerpo desmembrado de su novia en la cocina, o un escuadrón de policías para detenerlo. Sí, harto de vivir en el terror, mientras ni siquiera ganaba lo suficiente para dejar su piso de treinta metros cuadrados más allá de Belleville. Si aguantaba era solo para seguir formando equipo con ella. Pero ella le dijo: «Si lo dejas, te echaré de menos. Pero tú eres capaz de trabajar en otra cosa. Yo, no. Yo no soporto que me lleven la contraria, mientras que tú puedes adaptarte. Es una lástima que te machaques así el cuerpo, dedicándote a algo que te da asco». Kromag dijo que le entraron ganas de llorar, porque en ese momento se dio cuenta de que iba a dejarlo, la sociedad con ella llegaba a su fin. Pero también porque supo que estaba en lo cierto: ella era irrecuperable, estaba incapacitada para la vida normal. La diferencia entre la gente dura de verdad y la que se inclina por la redención: unos pueden elegir, los otros no. Cada vez que contaba ese episodio de su historia se conmovía a sí mismo, como si hubiera abandonado a un compañero herido en lo más alto de una montaña,

sabiendo que no iba a durar mucho, sintiéndose culpable de salir por patas de regreso a la vida normal. «La Hiena es tragedia pura, cuando te acercas a ella, descubres lo que es la soledad, la tristeza de verdad, la marginalidad». Cuando llegaba a este punto, se veía que la amaba. No amarla en el sentido de voy a comerte el coño, sino como cuando adoras el estilo de alguien y todos los recuerdos en común aparecen cubiertos por una fina capa dorada. Durante los dos años que llevo en este trabajo, no es la primera vez que me hablan de ella, y ese mismo efecto lo he visto en mucha otra gente, así que eso de que sufre de soledad no me viene de nuevo…

Habían seguido viéndose al estilo Kromag, de vez en cuando para tomar un café. Este tipo debe de dedicar una energía bárbara a cuidar de sus viejas relaciones. Con el tiempo, la Hiena se ha convertido en toda una estrella entre los detectives, una profesión en la que, más allá de la literatura de género, no abundan las estrellas. Especialidad: los desaparecidos. A partir de ahí, las historias que se cuentan sobre ella difieren, se contradicen o coquetean directamente con la ficción pura. Todo el mundo tiene algo que decir sobre ella, los abogados, los soplones, los de inteligencia, los maderos, los otros detectives, los periodistas, las peluqueras, el personal de los hoteles y las putas… todo aquel que pulula por nuestro pequeño universo tiene su propia versión de a qué se dedica, dónde, cómo y con quién. Que si tiene tratos con los ministerios al amparo de los servicios de inteligencia, que si recluta putas para oficiales, que si posee informes ultrasecretos sobre temas de las antiguas colonias, que si habla ruso con fluidez y se lleva bien con Putin, que si busca rehenes en el Turquestán, que si trafica con los estados sudamericanos, que si vela por los intereses de la Cienciología, que si supervisa el mercado de las drogas sintéticas importadas de Asia, que si las empresas agroalimentarias le han confiado la defensa de sus intereses, que si la energía nuclear no tiene para ella el menor secreto, que si está protegida por los islamistas radicales, que si tiene una residencia en Suiza, que si viaja a menudo a Israel… Todos los relatos, eso sí, coinciden en un punto: nunca ha sido condenada por ningún tribunal, porque sus archivos son demasiado potentes como para que

no la cubran en cualquier circunstancia. De hecho, tras cinco años de encadenar un juicio tras otro, no existe firma de abogados que pueda jactarse de contarla entre sus clientes. Hace mucho que no trabaja para ninguna empresa en concreto, pero su nombre vuelve a sonar —con desprecio, asombro, cabreo o diversión— cada vez que uno busca algo un poco sorprendente que contar.

Cada vez más nerviosa, vigilo la puerta de entrada por el rabillo del ojo. No dejo de repetirme las frases de presentación que me he preparado. Trato de tranquilizarme, diciéndome que ni la décima parte de las historias que le atribuyen es cierta, y que en tiempos de crisis, cinco mil euros de recompensa en efectivo siguen siendo una suma como para sentarse a hablar. Kromag me va preguntando cada tanto si quiero tomar algo más, yo le digo que no y él cierra los ojos cabeceando varias veces. En sus labios flota una sonrisa misteriosa que significa que va a llegar, eso imagino, que siempre llega, que solo que hay que saber esperar, que debe de andar atareada con una misión especial. El bar se ha llenado, por los altavoces berrea un tipo con voz gutural, nunca entenderé que la gente escuche este tipo de música, es como si estuvieras en medio de unas obras. De repente, la cara de Kromag se ilumina, y la Hiena ya está a mi lado. Muy alta, mejillas chupadas, Ray-Ban ahumadas de tío, chaqueta ceñida de cuero blanco, se las da de estrella. Kromag me señala con el dedo y ella me tiende la mano:

—¿Lucie? ¿Querías verme?

No se quita las gafas, no me sonríe, no me da tiempo para responder.

—¿Me das cinco minutos? Saludo a unos amigos y vuelvo.

Vista de cerca, no tiene nada del personaje mítico del que tanto he oído hablar. La espero desmenuzando concienzudamente el posavasos, aprieto los dientes y me repito que por muy ridículo que sea mi negociado no pierdo nada por intentarlo.

—¿Vamos a sentarnos allá al fondo? Estaremos más tranquilas para charlar.

Ella va delante, fornida y confiada, sus piernas de vaqueros blancos son largas y finas, es de una delgadez elegante, un cuerpo que tiende a

desaparecer y al que le cae bien la ropa que lleva. Yo me siento un retaco rechoncho, el sudor de la angustia me cala el suéter, me doy cuenta de que me tiemblan las manos, celebro no romperme la crisma por el camino. Ella se sienta enfrente de mí, los brazos apoyados en el respaldo de la silla, las piernas separadas, parece esforzarse por ocupar el máximo de espacio con un mínimo de masa corporal. Yo me armo de valor y pienso en cómo empezar. Por fin se ha quitado las gafas, pasea sobre mí una larga mirada, de arriba abajo. Sus ojos son muy grandes, oscuros, está arrugada como una vieja india y eso acentúa la expresividad de su rostro.

—Trabajo para Reldanch.

—Ya, Kromag me lo dijo.

—Con el tiempo, me he especializado en tema menores.

—Parece que eso va bien.

—A nosotros es lo que mejor nos funciona. He estado vigilando a una quinceañera. La perdí, en el metro, de camino al instituto, anteayer por la mañana. No ha vuelto a casa, no ha dado señales de vida. Su abuela ofrece cinco mil euros si se la devolvemos en quince días. Y…

—Cinco mil euros, ¿viva o muerta?

Supongo que debería haber pensado en hacer esa pregunta.

—Espero que la encontremos viva.

—¿Te parece una huida o un secuestro?

—No tengo ni idea.

—¿Qué clase de chica?

—Inquieta. Calentorra. Inconsciente.

—¿Qué clase de familia?

—El padre es escritor, rentista, fortuna industrial, farmacéutica, en el Ródano. Ha criado a la pequeña él solo, con la abuela, muy mandona. La madre se fue cuando Valentine tenía dos años, no la ve, de momento nadie sabe dónde para.

Abro el bolso y le paso una foto de la niña, la Hiena duda si cogerla o no.

—No acabo de ver qué podría hacer por ti…

Le echa un vistazo al retrato, reflexiona largamente mientras lo

observa. Duda. Eso me tranquiliza.

—¿Y cuánto me vas a dar si trabajo contigo?

—Los cinco mil de la recompensa, en efectivo. Y si no hay resultados… nos las tendremos que arreglar repartiéndonos mi paga.

—Con esa tarifa, preferiría no tener que darle muchas vueltas…

Sonríe al ponerse las gafas. No sabría decir si le divierto o si la agobio.

—La recompensa me la dejas a mí, de acuerdo, pero tú ¿curras o no haces nada?

—Yo… Me sentiría más cómoda con una compañera, en la medida en que…

—No tienes la menor idea de cómo manejarte. Por lo menos lo admites, eso tiene mérito. ¿Me has traído el dosier de vigilancia?

—Está todo en mi ordenador.

Me agacho para sacarlo, ella me para con un chasquido de dedos:

—¿Puedes metérmelo en un pen USB?

La Hiena se pone el retrato de Valentine delante, en medio de la mesa.

—Los niños no son mi especialidad. Normalmente tienen buenas razones para largarse, ¿no te parece?

—Igual la han secuestrado.

Agacha la cabeza y se concentra en la contemplación de la foto. Tiene unas manos bonitas, blancas, dedos largos, las uñas comidas hasta la carne. Lleva un anillo enorme con una calavera que me parece un poco patético, ¿quién se cree?, ¿la Keith Richards de los buscamierda? Sigue un rato concentrada en el retrato de Valentine, que sonríe al objetivo, de tres cuartos, ojos claros, hermosos hoyuelos, cabello brillante. Un poco rolliza. Como todas las chicas de su edad, en las fotos de familia parece una niña buena. Luego la Hiena me mira pensativa, hay algo molesto en la insistencia de su mirada.

—Las niñas un poco gorditas tratan de ocultar las mentiras del padre.

Genial. Yo que quería formar equipo con James Bond y me las veo con una Freud de pacotilla. No sé qué responderle sin que resulte desagradable, así que le digo, pragmática:

—Toman muchas bebidas azucaradas, los jóvenes.

—¿Y por qué motivo encargó la familia esa vigilancia?

—Creo que consideraban que Valentine se estaba, eh… poniendo en peligro.

—¿Qué tipo de peligro?

—Tendrías que revisar las otras fotos de la vigilancia, ella…

—Más tarde. ¿Qué habían pensado para protegerla?

—No tuve la oportunidad de comentarlo con ellos…

—Pero con todo el tiempo que llevas en el oficio, te harás una idea sobre lo que quieren tus clientes, ¿no?

—No lo sé. No. Lo que la gente haga después del seguimiento no es asunto mío.

—OK. Quiero los cinco mil en efectivo a cambio de la niña, avisa a los clientes para que vayan preparando el dinero. Y les dices que habrá gastos. Están forrados, ¿no es eso?

—Sí, pero no estoy en situación de regatear, ya he perdido el rastro de la niña y…

—No has perdido nada. Sabes exactamente a qué hora y dónde desapareció. Si se escapó, a ti no te pagaban para impedírselo. Y si la han secuestrado, a ti no te contrataron como guardaespaldas, estabas haciendo un seguimiento. ¿De qué podría culparte nadie? Ármate de valor y le dices al padre que esto va a salirle caro.

—Mi contacto es con la abuela. No es una clienta de fácil manejo, es muy agresiva, no sé si…

—Normal. Lo que quiere es una investigación barata, cualquiera en su lugar haría lo mismo. Cada uno su papel. Pero claro, solo porque lo quiera no vamos a dárselo. ¿Prefieres que me encargue yo de llamarla? ¿Cómo se llama?

En ese momento, lo único que desearía es comprarme una excavadora, abrir un agujero en el suelo y meterme dentro a dejar que pase el tiempo. La Hiena se saca el teléfono, me pide el número personal de la clienta. Parece divertida. Yo no tanto. La señora Galtan responde enseguida, la Hiena adopta un tono firme y suave:

—¿Señora Galtan? Louise Bizer, abogada del colegio de París, soy la

asistente de la señorita Toledo, siento molestarla tan tarde, pero… Agradezco su comprensión. Tenemos un pequeño problema con este expediente: la señorita Toledo me dice que no han tratado la cuestión de los gastos… Naturalmente, señora Galtan, en eso estamos de acuerdo, pero convendrá conmigo en que no podemos tratar un asunto de esta envergadura, y en un plazo tan breve, sin incurrir en una serie de gastos, y que sería perjudicial para los resultados tener que ir todo el rato cogiendo el metro, o hacerle llegar una nota de diez páginas cada vez que necesitemos coger un avión… Pero lamento informarle, señora Galtan, de que el contrato que la vincula con la empresa Reldanch no prevé en ningún caso una misión de búsqueda… No, yo lo que el señor Deucené ha tenido a bien prometerle no lo sé, lo que sí veo, en cambio, es un contrato en debida forma que no prevé sino un informe de vigilancia… Sí, me han hablado de una recompensa, y si está usted al tanto de los usos de nuestra profesión, sabrá que no está para nada a la altura. Sí, sí, se lo aseguro… Insignificante tampoco, pero por debajo de las tarifas habituales, seguro…

Se levanta y va a la barra con el vaso vacío en la mano, le hace una señal a Kromag para que le ponga una Coca-Cola. Con una sonrisa divertida en los labios, me guiña el ojo de lejos. La vieja debe de estar argumentando con firmeza, pero la Hiena tiene un aire distraído, como si le diera una calada a un buen porro de hierba. Tras unos diez minutos de explicaciones, cuelga y vuelve encantada hacia mí.

—Al final no es tan mala, esta Jacqueline. Todo en orden, cubrirá los gastos. Y cede con lo de esa cláusula absurda de quince días. Vamos a tomárnoslo con un poco de calma, si no pareceremos unos payasos.

—Nunca hubiera pensado que era posible convencerla de…

—Es la palabra «abogado», no le des más vueltas. Los ricos siempre intentan escaquearse, pero en el fondo están convencidos de que si no les salimos caros es que el servicio es mediocre, y al revés. ¿Por qué no lo encargó el padre, el seguimiento?

—El señor Galtan no estaba muy convencido de la investigación. Creo que la abuela se ha estado ocupando bastante de la pequeña.

—No te interesas mucho por lo que haces, ¿verdad?

—No estoy acostumbrada a trabajar en este tipo de asuntos…

—En el futuro, trata de escuchar a los clientes cuando vengan a exponerte su caso. Por una parte, si tienen la impresión de que te interesas, se mostrarán más confiados. Pero sobre todo, escuchando lo que te dicen, en ocho de cada diez ocasiones te están dando la primera pista. Si no fuera porque les asusta tanto escucharla, la verdad que están buscando no requeriría de tus servicios. Además, cuando presentes tus conclusiones, te darás cuenta de que la gente se niega a admitir lo que está viendo, incluso si le pones las fotos delante de las narices.

Estoy viendo que esto va a ser divertido y facilísimo de soportar. Si la primera vez ya me da una lección así, ¿adónde vamos a llegar en una semana? Se saca del bolsillo un pen USB:

—¿Me pones aquí dentro todo lo que tengas? Cuando hayas terminado, estoy en la barra. He quedado con alguien.

Mi cuarto de hora ha terminado. Me ha dejado ahí, no sin darme unas palmaditas en el hombro al pasar. Vuelvo discretamente la cabeza y veo que quien ahora centra toda su atención es una chica, una morenita de pelo corto y grandes gafas que no parece gran cosa. Se ha vuelto a poner las Ray-Ban, la otra la escucha inmóvil. Una vez que he cargado el pen, voy a devolvérselo y ella prácticamente ni me mira. Incluso a través de los cristales ahumados, se ve que se está comiendo a la chica con los ojos. Yo le doy las gracias a Kromag y me largo lo antes posible. En el umbral, me doy la vuelta y veo a la Hiena inclinándose lentamente hacia ella, interrumpiéndola en medio de una frase y dándole un beso. Solo su cabeza se ha acercado a la de la otra, las manos y los brazos no se han movido. Luego vuelve a su posición inicial. Sigue sin sonreír. La sonrisa no tiene pinta de formar parte de su repertorio.

FRANÇOIS

Ducha. Champú. Crema hidratante. En su cuarto de baño, de pie frente al espejo del lavabo, entrena para respirar por la nariz, lentamente. Con una agenda ya tan sobrecargada, lamenta haber aceptado esta entrevista. Tiene las ojeras muy marcadas, estos últimos días ha bebido demasiado. Se nota el rostro verdusco, sin duda por los somníferos. No acaba de acostumbrarse a las sienes grises. Por lo menos no pierde pelo, eso sería peor. Contemplarse en un espejo supone una sorpresa desagradable. No se acostumbra a ser ese hombre de cierta edad. En la radio, un ministro habla de mantener encerrados de por vida a los pedófilos susceptibles de reincidir. Tres psiquiatras, invitados por el programa, discuten su decisión. A François le molesta el tono precavido que emplean. ¿Acaso temen que a la larga el pedófilo se aburra? El día anterior a las nueve de la mañana, François había grabado un programa de televisión con el ministro de Trabajo, que acababa de salir de un programa de radio y se movía con un equipo de cuatro asesores. Sin embargo, al verlo en el plató, tampoco es que pareciese tan preparado. Mientras lo maquillaban, a François Galtan le dijeron que nunca debía responder directamente al ministro, que tenía que pasar obligatoriamente por el presentador. Aquello fue un poco ofensivo, como si temieran que no supiera comportarse. De todos modos, podría haber saltado sobre sus rodillas para besarlo en el cuello y no hubiera pasado nada, total, es un programa que no ve nadie. Los lugares a los que le invitan cuando publica una novela ofrecen una capacidad de proyección pública comparable a la del pipicán de debajo de su casa. *Le Figaro* todavía no ha hecho nada con su último libro. Llama a su encargada de prensa, una pánfila que se cree encantadora. Tiene los muslos gordos y los tobillos gruesos, no entiende de dónde saca tanta confianza en sí misma. Por supuesto, ha salido. Seguramente a

acompañar a un autor que ocupa un lugar más destacado en la lista de ventas. Pide que al volver le llame, sabiendo de antemano que olvidará hacerlo. No acaba de acostumbrarse a la educada indiferencia que acompaña a la publicación de sus libros: tres artículos levemente laudatorios, dos teles menores, tres radios de provincias, y ya está. Pidiéndole firmas tampoco es que lo molesten demasiado. Él cada vez confía, confía sinceramente. El gran zafarrancho, su regreso a los laureles. Un esfuerzo inútil, que él encaja con decorosa indiferencia. Aunque en pocas semanas se da cuenta de que es verdad, su novela ha sido acogida con indiferencia. Una vez más, tiene la sensación de atravesar un purgatorio.

A François, el entusiasmo de Nourissier cuando reseñó su primera novela no lo sorprendió en absoluto, lo tomó por un justo reconocimiento. Escribiendo las novelas que él escribe, uno no pasa inadvertido. Con la publicación de la segunda, *Lluvia*, lo invitaron a *Apostrophes*. Entonces era todo un qué. Uno no iba a la televisión para decir nada más «sí» o «no», y mucho menos para hablar de nada que no fuera lo que escribía. Buenos artículos, una reputación brillante. Incluso Frank, en un párrafo corto al final de un artículo, llegó a mencionar su libro. Tuvo un cierto éxito, nada despreciable, tampoco nada del otro mundo. Lo alabaron, pero no lo premiaron. No tenía ni treinta años, estaba convencido de que algún día ganaría su Goncourt. No dudaba de nada. No sospechaba nada. Mientras escribía sus obras, iba contando los votos. Autor de la editorial Seuil, en las listas sí había estado, tres veces. Perdió siempre, siempre era otro. Ganarlo demasiado joven no servía de nada, le decían. Él se lo tomaba con estilo. Ignoraba que su momento de gloria ya era ese. Unos inicios prometedores. Y luego poco más. Sin los apoyos correctos, sin los contactos correctos. Sin una etiqueta que blandir para imponerse. Nada más que sus libros. Tardó en asumir que eso no iba a ser suficiente. Le hubiera gustado consolarse centrándose en la posteridad, generaciones de jóvenes japoneses conmovidos hasta las lágrimas por descubrirlo demasiado tarde, escribiendo múltiples biografías, indignados por el silencio grosero que acogió sus publicaciones en vida. Cuanto más avanzaba el tiempo,

menos probable le parecía. La confianza en su obra no la perdía, pero dudaba del mundo por venir. Había publicado sus primeras novelas convencido de que un día lo leerían en la Pléiade y valorarían su obra en toda su amplitud, admirados por su coherencia, por esa carrera suya tan estable, con fases de evolución claras, riesgos asumidos, intuiciones sorprendentes. Nunca llegó a imaginar lo que acabaría sucediendo a principios de los noventa. El primer colapso. Los desaliñados, los incultos y los publicistas, aclamados por sus pares. Visto desde la distancia, le avergonzaba no haber sabido anticipar lo que estaba pasando con el mundo del libro, una industria tan estúpida como cualquier otra, una vieja pretenciosa y ofendida, melindrosa y vestida de harapos. Thierry Ardisson, Canal+, la revista *Les Inrockuptibles*… unos enemigos cuya capacidad para el incordio no había imaginado. Ni de derechas, ni de izquierdas. Ni clásicos, ni modernos. Gente de la tele. Muy de su época. Siempre en busca de carne fresca, locos por la audiencia. Al principio le dio por reír. No fue el único. Recuerda perfectamente, aunque hoy es un recuerdo amargo, aquella cena en la que un editor inspirado, refiriéndose a las últimas novelas que estaban funcionando, desató las carcajadas al predecir que, al paso que iban, el día menos pensado la gente acabaría leyendo novelas de jovencitas hablando de sus hemorroides. Por poco se mean de risa. No, no lo vio venir. Gente contando que comía basura, que papá le hacía cositas, que era una puta inculta, que le encantaba follarse a tailandesas prepúberes o que se colocaba con cocaína… Nada de eso vio venir. Sin contar que los años noventa, comparados con lo que vendría después, acabarían por parecer algo amable. Porque, a todo eso, podría haberse aclimatado. Pero apareció internet. Ahora le tocaba hacer un esfuerzo constante para no pasarse el día dando vueltas en círculo de web en web, temeroso y abrumado. Los comentarios. Ese anonimato infame, esa letanía de insultos escupidos por incompetentes. En cuanto los descubrió, supo que estaba penetrando en el décimo círculo del infierno. Discursitos paralelos, ajenos los unos a los otros, todos puestos en un mismo plano, lapidarios, hostiles hasta la náusea. La mediocridad tenía una voz. Los comentarios en internet. Y a él ni siquiera lo

insultaban. Le hubiera gustado poder alarmarse, ofenderse, quejarse del trato recibido. Pero ni siquiera era lo suficientemente interesante como para que aquellos cabestros tarados se dignaran obsequiarlo con la limosna de un mal augurio. No le quedó más remedio que escribir, él mismo y bajo seudónimo, alguna que otra frase elogiosa, sutilmente crítica, en los foros y blogs literarios. Cierto que disponía de algunos lectores fieles, pero estos no sentían la menor necesidad de hablar de su obra en internet. Él no tiraba la toalla. Con su última novela, *La gran pirámide de París*, intentó adaptarse. Sin traicionarse. Fue celebrada como el regreso de la gran novela. Él pensó que, tal vez, por fin, había llegado su hora. Los tiempos cambiaban, él no. Quizá eso jugase a su favor. Un poco de historia egipcia, que él conocía bien, una trama fantasiosa, unos personajes jóvenes que escuchaban música en su teléfono y hablaban de sexo sin tabúes. Pero la cosa no empezó muy bien. Escribirla había sido un auténtico placer, un gusto como no experimentaba en mucho tiempo. Él lo tomó como una señal. Las primeras páginas las balbució sumido en un terrible dolor de muelas. El dentista le recetó unas pastillas de Solupred para tratar la hinchazón del absceso y poder extraerle el diente. Como nunca había tomado, no sabía lo sensible que era a los efectos de la cortisona. Se terminó la caja, le arrancaron el diente, y luego le pidió a un amigo médico que le recetara otra, y otra, y así sucesivamente hasta llegar al final del libro. Escribía doce horas del tirón, disfrutando en su teclado. El asunto había quedado resuelto en cinco semanas, un récord para él, a quien cada página, por lo común, le exigía un esfuerzo escrupuloso de relectura, de duda, de exigencia. El miedo a traicionarse sobrevoló su mente, pero en su interior empezó a crecer una atronadora esperanza de regresar a lo grande, de ser recibido con cariñitos cuando visitara las oficinas de su editor, incesantes solicitudes para cenas prestigiosas, el correo saturado de peticiones de entrevistas. Si era a cambio de salirse con la suya, igual traicionarse valía la pena. Mientras corregía siguió tomando cortisona, el efecto era el mismo. Cuando no estaba escribiendo, hablaba. Con lo reservado que era él normalmente, hablaba con cualquiera. Fueron unos tiempos resplandecientes. De no haber sido

porque, una noche, vio en la tele un programa musical grabado en el Ministerio de Cultura, en presencia de la ministra, y en el que participaba él mismo, probablemente nunca lo habría dejado. En la breve entrevista que le hicieron no había estado nada mal, vívido e incisivo. Pero al toparse con un gran plano general, se preguntó divertido quién podría ser aquella enorme ballena vestida de traje gris que daba saltitos nerviosos entre los otros invitados. Fue entonces cuando se reconoció. Su mujer y su hija ya le habían hecho notar, una amablemente y la otra más a lo bestia, que en las últimas semanas se había hinchado. Pero él, al mirarse cada día en el espejo, y llevado por un torbellino de buen humor y energía creadora, no les hizo caso. Hasta esa noche, en la tele, no se dio cuenta de cómo había cambiado. Se vio al borde del colapso y sudando como un cerdo: en su cara enrojecida apenas se distinguían un jovial par de mejillas obscenas, perorando como un bufón, incapaz de controlar toda aquella verborrea. Esa misma noche, sus cajitas de cortisona tan celosamente guardadas en el cuarto de baño acabaron en la basura. No iba a tardar en lamentar haber hecho oídos sordos a los consejos de su amigo médico, quien sin embargo, allí inclinado sobre su libreta de recetas, expidiéndole la séptima en tres meses, le había avisado del enorme riesgo que podría entrañar la abstinencia repentina. Cierto que no llegó a agarrarlo por el cuello, a estamparlo contra la pared y a amenazarlo con voz grave: «Si lo dejas de golpe vas a ver la que es buena», lo cual, claro, habría tenido el mérito de ser más claro. Su amigo médico, a quien él, durante la temporada Solupred, le había puesto el apodo de Doctor Drogas, era bastante indolente, y como muchos otros de su misma profesión, insensible al dolor ajeno. De ahí que se contentara con advertirle en tono lúgubre: «Convendría que lo dejases, y cuando decidas hacerlo avísame, yo te explico cómo». Pero al verse tan deformado, François se sintió impelido a dejarlo de golpe. Con cierto orgullo, se tenía a sí mismo por alguien de carácter decidido, y el libro estaba acabado, ya bastaba de tonterías. El primer día, le dio por pensar que era una experiencia interesante. De haberse sentido con fuerzas, habría tomado notas, pues era la primera vez que sufría con

semejante plenitud. Ni una sola parte de su anatomía escapaba al desastre. Tras la primera semana, se dijo que quería morirse, que era un impostor, sus amigos unos inútiles, su mujer fea y vieja, y su hija una imbécil, que nunca le llegaría la redención literaria, que sus libros no lo iban a sobrevivir, que todo el mundo lo despreciaba y no había escrito una sola frase importante en toda su vida. Aquellos accesos de lucidez lo estaban devorando. Llegó a plantearse el suicidio como la única estrategia viable para validar su obra. Torturado por un hambre espantosa, por los calambres musculares mañaneros, llegó a la segunda semana en un estado de abatimiento total. Fue entonces cuando Claire lo mandó a su osteópata, directamente, una mujer dotada de una fuerza formidable que empezó por romperle todos los huesos del cuerpo para someterlo a continuación a un régimen vitamínico de tal complejidad, que el simple hecho de ponerlo en marcha monopolizó todas sus fuerzas. Espirulina, zumo de remolacha lacto-fermentado y almendras crudas… todo convenientemente acompañado de una hora diaria de jogging. A partir del octavo día de régimen, que respetó escrupulosamente, la depresión empezó a ceder: ya no tenía fuerzas para experimentar emoción alguna. Poco a poco, recuperó una apariencia más acorde con la que tenía antes de la cortisona, y una mentalidad que le permitía pasar el día sin ir todo el rato mirando al techo y calculando dónde convenía más atar la sábana que le serviría de soga. Pero, así como nunca llegó a deshacerse de una cierta barriguita, también le quedó, allá al fondo, un vago regusto de malestar. Lo mismo que una sólida costumbre a tomar vitamina B6. Justo entonces, a cuatro semanas de la publicación de la novela que, como ella sabía perfectamente, tan importante era para él, a su hija Valentine le dio por desaparecer.

Valentine. El vacío que dejaba su ausencia. El alivio culpable derivado de su ausencia. Nunca había sido fácil, Valentine. Ahí François no se hace ilusiones. Pero eso no le impide quererla, ser plenamente consciente de que es la mujer de su vida, la única por la que tanto cariño habrá sentido, a quien tanto habrá protegido y tanto habrá hecho reír. Pero nunca fue fácil. Los niños con quien mejor están

es con las mujeres. Él eso lo ve claramente con Claire y sus dos hijas, ahí todo es distinto. Todo cae por su propio peso. A Claire le encanta encargarse de cambiarle el aparato dental a la mayor y de supervisar las clases de baile de la pequeña, las notas que les ponen en la escuela le interesan, se lleva bien con sus maestras. Hasta lo que comen a la hora de la merienda merece para ella una conversación. Él a su hija la quiere. Pero todo ese mantenimiento que le ha tocado hacer solo, menuda lata. Para escribir, para salir, para escuchar un disco tranquilo, para leer por la mañana, para los ratos de intimidad con Claire. Menuda lata una y otra vez. Una soga al cuello, eso son los hijos, todo lo demás es manejable. Mientras Valentine era pequeña pues aún, era tan mona: sus pantuflas de los Aristogatos, descubrirle las películas de Buster Keaton, el disfraz de Cosette para la fiesta de la escuela. Estaban todos esos marrones, pero también esa dulzura suya. Estos últimos años, en cambio, el grado de angustia ha superado cualquier límite soportable. Y eso ella lo sabe. Ya no puede más con las barrabasadas de Valentine. Las llamadas de la escuela, pillada cada vez «haciendo cosas» en los baños con algún chico. Qué cosas, cuántos chicos… eso él se las había ido arreglando para no llegar a saberlo. Cinco colegios en dos años. Cada vez la misma película. Un dispendio astronómico en psicólogos, que nunca tenían ni idea de qué le pasaba. Quería joderlo, tampoco era tan difícil de entender. Quería que abandonase a Claire, como había abandonado a las otras. Valentine no ha tenido suerte: es clavadita a él. Se reconoce en su cara, en su cuerpo. Bien que podría haber heredado el físico de su madre, pero cuanto más crece, más evidente resulta: lo ha heredado todo de él. Para un hombre, todo bien. Pero para una mujer… entiende que esté sufriendo. Cuando usa vestiditos cortos como las chicas de su edad parece un jugador de rugby. Pero de ahí a hacerle sufrir todo lo que le ha hecho sufrir… Le sobra la energía. Pues claro, a los quince años una no se cansa fácilmente. Pero ella la usa a tiempo completo para fastidiarlo, y eso nunca ha sido fácil. Cuando su madre se fue, la pequeña era como un rastro envenenado de lo que había sucedido entre ellos. Vanessa. Cuando él la conoció, Vanessa se llamaba Louisa. Un día decidió

cambiarse el nombre. A Vanessa el cambio le gustaba. Qué nítido el recuerdo de los años junto a ella. Habían pasado catorce años, pero era como si fuera ayer. Esa cruel ilusión, cada día al despertar, de que aún estaba a su lado, lo seguía torturando con desgarro. Y Valentine encarnaba ese fracaso, el fracaso de su gran historia. Abandonados por la misma mujer, quedaron unidos para siempre, y al mismo tiempo separados. Además, Valentine se convirtió en la excusa perfecta para que su madre, la madre de François, acabase invadiendo sus vidas. Justito lo que él necesitaba, tener a su madre en casa día sí, día también. Su madre, que no dice nunca nada abiertamente peyorativo, que no hace preguntas indiscretas, pero en cuya mirada asoma constantemente el mismo desprecio por todo lo que él hace. Su madre, que lo quiere demasiado como para admitir que es un fracasado y que vive a expensas suyas. Pero que en el fondo sí lo piensa. Una comparación silenciosa entre él y su padre. El hombre de negocios y el escritor. Por ejemplo, su madre recorta todos los artículos que encuentra sobre el libro electrónico, se los lleva, y si él no los lee enseguida se los resume. Y así es como le da a entender que ha echado su vida por la borda. Una vida consagrada a los libros, y los libros a punto de desaparecer. En esa misma línea, acaba de contratar a un detective privado para encontrar a la niña. Para así hacerle notar que él no se mueve lo suficiente. Como si no fuera obvio, dónde está la pequeña. ¿Qué se supone que debería hacer? ¿Ir a suplicarle que vuelva? ¿Para qué…? ¿No le suplicó bastante hace catorce años?

Desde el otro lado del pasillo, la señora de la limpieza le avisa de que ha terminado de planchar y ya se va. Él echa un vistazo a su reloj, las doce menos veinte. Evidentemente, contará una hora completa. La tímida perla que hace dos años entró a trabajar en su casa ha cambiado mucho. La periodista italiana llega tarde. Solo con eso ya no le apetece verla. Hace mucho que sus libros no se traducen al italiano, y una buena entrevista en *La Repubblica* podría llamar la atención. La periodista está preparando un dosier sobre la escena literaria francesa, le ha halagado que se ponga en contacto con él. Pero su retraso resulta exasperante. Se pregunta si será guapa, su voz por teléfono era

agradable, ligeramente cascada. Y luego está el acento italiano. Porque las italianas no solo saben vestirse. Anna le metía un dedo en el culo cada vez que se la chupaba, solo la puntita, y lo iba deslizando. Y una vez fuera de la cama, nunca lo mencionaba. Cuando oye ese acento, se le pone dura. Esa clase suya tan italiana cuando la sacaba por ahí, esa forma de abrigarse, dejando apenas sobresalir sus ojos marrones, un pedacito de labio orlado, esa manera indolente de dejar que le abriera la puerta, de tenderle un paquete para que lo llevara él. Sus modales de reina, desprovistos de la molesta arrogancia de las parisinas. Sin tratar jamás de brillar en la noche por su conversación, demasiado hermosa para eso. Y en el momento de la ruptura, menuda furia. Magníficamente femenina cuando lo insultaba y le tiraba la ropa por la puerta. Luego lo acribilló con unos golpecitos rápidos y enfurecidos, sus puños cerrados tan delicados que hubiera jurado que no podían hacerle daño, pero que, empleados como ella lo hizo, de manera repetida y regular, le dejaron el busto y la espalda constelados de moratones. Durante más de quince días, tuvo que inventar todo tipo de artimañas para no quitarse nunca el suéter delante de Clothilde, su esposa oficial, con quien aún estaba viviendo. Era su segundo matrimonio. Dos divorcios y tres matrimonios, un promedio correcto a sus casi cincuenta años. Clothilde nunca quiso darse cuenta de que la engañaba. Y no es que se lo escondiera mejor que a las otras. Pero ella había decidido no enterarse. Se había hecho un retrato de él extremadamente halagador, según el cual no era ese tipo de hombres que engañan a su mujer. Y de ahí no había forma de sacarla. Ya podía contarle que venía de una noche de póquer con los amigotes, que había estado en los bares investigando para su novela, o charlando con su editor hasta altas horas. Bastaba con que se tomara la molestia de buscar una excusa para que ella decidiera creerla. Semejante confianza, al principio, lo llenó de remordimientos. Una mujer tan amantísima, tan recta que ni siquiera podía imaginar que le estuviesen mintiendo. Se sentía abrumado, pero al mismo tiempo incapaz de no dejarse enardecer por un encuentro casual, una presencia, una manera de moverse, de estar en la habitación, de sonreír, una voz. No podía resistirse. Durante meses se

sintió culpable. Hasta que comprendió que aquella falta de celos por parte de Clothilde se debía únicamente a la imagen profundamente despectiva que tenía de él. Lo soportaba porque su pequeña notoriedad le permitía figurar, pero en el fondo le parecía penoso, de extracción mediocre, de escasos modales, escasamente carismático y pobre de espíritu. Lo veía tan pequeño que su imagen la tranquilizaba: un pobre tipo como él no podía sino adorar a una princesa como ella, estarle eternamente agradecido por permitirle situarse a su mismo nivel. Le costó entender cómo funcionaba, pero en cuanto la caló, comenzó enseguida a odiarla. Había llegado a su vida poco después de que Vanessa lo abandonara. La herida estaba aún demasiado fresca como para perdonarle a Clothilde que, una vez más, lo hicieran sentir insignificante. La abandonó como un grosero, asegurándose primero de hacer planes para unas vacaciones con amigos: una mañana de julio, sin darle la más mínima explicación, se fue a casa de otra. Clothilde estuvo lloriqueando durante meses, explayándose con todos sus amigos, exhibiendo su dolor como una prueba de la ingratitud de él, de su maldad. Actuando de este modo, lo que logró fue volverlo terriblemente deseable a ojos de sus amigas. Todo un gesto por su parte. Clothilde no lo había hecho feliz, pero gracias a ella se había sentido bien, en la piel de un cabrón, un rompecorazones, un seductor. Cualquier cosa con tal de evitar el regusto de humillación que Vanessa le había dejado. Un tipo maltratado y en peligro.

—Lamento el retraso, no encontrábamos sitio para aparcar.

Ligera decepción: tiene unos cuarenta años. Pero la excitación reaparece tan pronto como se quita el abrigo y se planta en los treinta y uno, segura de sí misma, cariñosa sin vulgaridad, accesible a los juegos de la seducción, sin mostrarse facilona. Más que bonita. «¿Hacemos primero las fotos? Liam luego tiene otro shoot». François acepta con entusiasmo, también él prefiere quedarse con ella a solas. La chica de prensa le había avisado de que habría fotos, él le dijo que prefería agrupar la entrevista y la sesión de fotos, y ha tenido en cuenta lavarse el pelo para disipar el ridículo peinado con que, a pesar de sus protestas, lo había obsequiado el peluquero de la tele del día anterior.

El fotógrafo que la acompaña es un idiota. Con el pretexto de «encontrar un buen spot» luminoso, agradable e inspirador, a François casi le toca recurrir a la fuerza bruta para evitar que se meta en su cama, y es que, atareado como andaba conociendo a la periodista, no estuvo al tanto de impedirle que se colara en su habitación para «chequear un poco el lugar». El fotógrafo va dando bandazos con un aparato negro en la mano que mide la luz: gira sobre sí mismo, se pega a las ventanas, recorre cada estancia con una mirada demente, balbuceando comentarios incomprensibles y no siempre complacientes acerca de la decoración. Es como tener un mono suelto por casa, le dan a uno ganas de agarrarlo por el cuello y sacudirlo como harías con un gato pequeñito que va por ahí meándose en cualquier rincón. Los fotógrafos son capaces de todo. A principios de semana, un joven imbécil con la piel perforada por el acné estuvo insistiendo diez minutos en que gritara con la boca abierta. «Es el tipo de fotos que yo hago». «Me alegro por ti, pero yo en las fotos no grito». Y el jovencito todo enfurruñado, aparentemente convencido de que cualquier persona que su diario le enviaba a fotografiar estaba destinada a satisfacer sus caprichitos de niñato mal criado. Hace unos años, hubo uno que quería que saltara delante de la pirámide del Louvre. «Lo digo por el movimiento, ¿se da usted cuenta?, si no es demasiado estático», explicado con ese tono que se usa para convencer a un anciano senil de que vuelva a la residencia. «Necesitamos fotos un poco interesantes, ¿se da usted cuenta? No puedo fotografiarlo en un sillón con la mano en la barbilla porque perderíamos a todos nuestros lectores». Por pura decencia, François no podía ponerse a dar saltitos en el patio del Louvre, allí en medio de los transeúntes. Por lo general se mantiene firme, pero a veces el artículo no se acaba publicando, y entonces la chica de prensa lo mira por encima del hombro: «Veo que no ha entrado usted en el juego de las fotos…».

Ahora trata de manejarse con el energúmeno que circula por su casa:

—Normalmente las fotos las hacemos en mi despacho, o bien en la biblioteca.

—Ya, pero, precisamente —se encabrita el imbécil, escapando hacia

la cocina—, me gustaría encontrar un ángulo más cotidiano, más cálido, diferente.

A François le entran ganas de gritar: «Yo escribo libros, pedazo de imbécil, ¿qué esperas que vaya a enseñarte en una cocina? No tengo la menor intención de aparecer en *La Repubblica* recalentando un cassoulet». La periodista es consciente de lo grotesco de la situación, se esfuerza por suavizar el tema, y le sale bastante bien. Equívocamente alta, a pesar de que aparenta ser como una liana, le llega a la altura del hombro. Ella le sonríe, le habla de su proyecto. Él, incapaz de concentrarse en lo que le está contando con el fotógrafo recorriendo los doscientos cincuenta metros cuadrados de su apartamento, apenas escucha la lista de autores que ella se propone incluir en su artículo, y le pone una taza de café entre las manos. Oye que el otro abre las puertas que dan a la terraza y, fuera de quicio, se va a buscarlo. El muy cretino está inclinado por encima de la barandilla. «Si no les importa demasiado, preferiría que nos quedáramos en la biblioteca. Lo de las fotos no me va mucho, me gustaría que nos diéramos prisa». El fotógrafo se da la vuelta cámara en mano y, contorsionándose de manera ridícula, le toma una foto «al natural» sin dejar de decir: «Sí, sí, así está bien, ahí está todo, la luz, ahí la luz perfecta, vuelva un poco la cara hacia la derecha, la barbilla un poco más abajo, un poco más abajo, así, mire a cámara, está usted muy bien, ahí la luz perfecta, bien, eso es, genial. ¡La tenemos!». En solo un minuto, la agridulce sensación de ser tratado como una chica. «¿Cómo ya la tenemos?», pregunta François inclinándose hacia el aparato para comprobar el resultado por sí mismo. Por mucho que las sesiones de fotos no le gusten, sabe por experiencia que, normalmente, llevan un poco más de tiempo. El degenerado se encoge de hombros: «Yo no trabajo con digital, cuestión de definición, de feeling, lo siento, no puedo enseñarle nada, pero tengo ojo, lo he sentido: la tenemos». Farsante. Italiano. Incapaz. François está convencido de que va a tener la pinta de un idiota que gesticula en su balcón al ser sorprendido por un cretino. Da igual, a fin de cuentas no está ahí para hacerse el guapo, ya se encargará él de brillar durante la entrevista. Cuando parece que ya se marcha, el muy

imbécil señala una de sus mochilas. «¿Tiene wifi? ¿Puedo mirar el mail antes de irme?». François no disimula un suspiro receloso. «Tengo wifi, pero ponerme ahora a buscar la contraseña no me apetece demasiado». «No hay problema, tengo mi propia llave wifi, es solo que aquí estaré mejor que en mi escúter». François señala el sillón Mies van der Rohe de la entrada: «Siéntese ahí, si le parece», le estrecha la mano y le da las gracias, una forma de decirle que, cuando haya terminado, no hace falta que les moleste. Va donde la periodista, que le espera en su despacho. Está tranquila, ligeramente inclinada hacia delante en su asiento, el escote sabiamente dosificado, lo suficientemente profundo para resultar turbador, pero demasiado prudente como para que uno no desee ver más. Se sienta enfrente de ella.

—Por fin, podemos empezar.

—¿Ya están, las fotos? —En plan zorrita maternal.

Él intenta calcular la parte de amabilidad sincera y la parte de profesionalidad, y evalúa sus posibilidades de conseguir una cita para cenar.

Desde hace algún tiempo, hay muchas cosas que han dejado de interesarle. Un velo de depresión lo separa del mundo. Está desgastado. La fuga de su hija se lo ha demostrado. Lo ha abandonado, y a él, en el fondo, le da lo mismo. Su incapacidad para sentir algo ni siquiera le preocupa. Tiene la impresión de haber vivido trece vidas, y de que ya no le quedan fuerzas para la que lo ocupa en ese momento. Se siente derrotado en muchos frentes. Solo las mujeres, de vez en cuando, continúan reavivando su plena conciencia, cual admirables sirenas que lo retienen vinculado a los placeres de la vida. Ha superado la edad en que uno siente remordimientos al engañar a su esposa. Es parte de la vida, Claire lo sabe, no necesitan hablar de ello. Las mujeres y unas copitas de vino, alguna que otra noche, en buena compañía, cada vez con menor frecuencia. Le responde sumergiendo sus ojos en los de ella, con ese aire de tranquilidad desdeñosa entreverada de destellos de benevolencia que sabe que tanto gusta a las mujeres.

Desde que empecé a trabajar en Reldanch, siempre he evitado interesarme por los chavales a los que seguía. En el oficio, la persona a la que una sigue se llama «el objetivo», cuanto antes olvides su nombre, mejor te irá. Tengo un teléfono móvil con objetivo Carl Zeiss, ángulo panorámico y zoom digital, cámara de alta definición y micro de alto rendimiento. Me fijo más en el estado de las baterías de mi equipo y en las rayaduras en el objetivo que en la persona a la que ando siguiendo. Preguntarme por quién será esa Valentine no es una de las cosas que he aprendido a hacer. Hasta me parece antinatural.

Un poco antes del mediodía me suena el móvil. No me he movido mucho del sofá en que me arrellané después del café de la mañana. Cuando me levanto a contestar, me doy cuenta de que tengo las cervicales destrozadas. Mientras escuchaba la radio, debo de haber pasado demasiado tiempo en una posición incorrecta. Articulo un «Diga, ¿sí?» cansado, con la idea de dar a entender que acaban de interrumpirme en medio de una tarea que requería de toda mi concentración.

—Hola, soy la Hiena, ¿dónde andas?

Como si estuviéramos juntas todos los días desde hace años. Ya me estoy arrepintiendo de haberle pedido nada, me doy perfecta cuenta de que lo más sensato sería no meterse en esta investigación y esperar tranquilamente las nefastas consecuencias que eso conllevaría. Me sigo mostrando evasiva:

—Pues mira, aquí, paseándome arriba y abajo por donde solía ver a Valentine… a ver si me viene algo.

—¿Jugando al comisario Maigret? ¿Quieres que te lleve unas cervezas y unos sándwiches?

No acabo de entender su sentido del humor, esa alegría suya me

parece excesiva. Me pregunto si ayer se acabaría acostando con aquella chica. Le digo en tono un poco seco:

—Me estoy preparando para llamar al padre y pasar a verlo lo antes posible, creo que podría ayudarme a localizar a la madre.

—¿El padre? Prefiero que esperes a mañana. Hoy tengo a alguien en su casa. Luego te cuento. ¿Podemos vernos ahora?

Esta tía es una pringada. Busca a alguien con quien pasar el día, eso es todo. Su reputación debe de estar más sobrevalorada de lo que había imaginado, es tan looser que no habrá trabajado en meses y se tira de cabeza sobre mi asunto como el hambre sobre el mundo. Mejor para mí.

—Resulta que tenía previsto…

—Porque he llamado a su instituto, a las dos de la tarde tengo una cita con su tutora. Los chavales comen fuera, ¿cierto? Voy a pasarme a dar una vuelta por los alrededores de la escuela, a ver si puedo interrogar a uno o dos.

Me siento tentada de recordarle que la contraté para que se ocupara de lo que yo no puedo hacer, no de lo que sí. Me hago la desbordada, como si buscara en mi agenda tratando de liberar una hora:

—Y quieres que vaya contigo, ¿es eso? Porque yo tenía previsto…

—Pero ahora estás en casa, ¿no?

—Te acabo de decir que no.

—Porque no ando lejos de la calle Pyrénées. Si estás lista, puedo esperarte abajo en diez minutos. Voy en coche.

—¡Pero no estoy en casa! Te lo acabo de decir. Puedo llegar al metro Belleville en… ¿quince minutos?

Llego un poco tarde. Examino a todos los conductores parados en el semáforo en rojo hasta que la localizo, observándome, inmóvil, instalada en la terraza del Folies. Cuando ve que me dirijo hacia ella, consiente en ponerse de pie y venir hacia mí. Me tiende la mano para saludarme, y me entran ganas de preguntarle si es que tiene miedo de que le pegue la gripe, o si es que a su edad aún no se ha dado cuenta de

que nació de sexo femenino: en nuestras sociedades, entre chicas, cuando queremos saludarnos, nos damos un beso. Y si no, basta con un simple qué tal. Está aparcada en doble fila, con un caduceo de médico en el parabrisas. Pero eso no es lo más descabellado: conduce un viejo Mercedes, rojo, que debe de ser de antes de que yo naciera. Perfecto para un detective privado: en ese tipo de carros seguro que nadie se fija.

—Yo me muevo más en metro, normalmente; el tráfico en París es muy lento.

Es todo lo que se me ocurre decir para resultar un poco desagradable, y así subrayar que no soy de las que se impresionan por la suavidad del cuero beige desgastado de los asientos. Con el cigarrillo en la boca, arranca sin contestarme, se detiene en el semáforo en rojo y sonríe mirando a dos niñas africanas con trencitas que se dan la mano para cruzar, llevan unos calcetines blancos idénticos, bien subidos por encima de las pantorrillas. La Hiena parece feliz. Me pregunto si está con Prozac. Es lo que pienso de todas las personas que me parecen un poco demasiado dinámicas. Pegado al parabrisas con una ventosa, un GPS desconectado. No aguanto el silencio por mucho rato, no nos conocemos lo suficiente como para estar una al lado de la otra sin decir palabra.

—¿Y aparcando no pierdes mucho tiempo?

—Hay muchos aparcamientos. Lo paso en la nota de gastos.

—Como freelance, ¿puedes pasar muchas notas de gastos?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No lo sé. A mí, que curro con contrato, eso me lo controlan mucho.

Caritativamente, se abstiene de responderme que no jugamos en la misma división.

—Tengo hambre. Vamos a parar a comer por donde su instituto, en esa zona conozco un italiano muy bueno.

Salimos del barrio chino, pasamos entre las torres de la estación Télégraphe, el barrio se vuelve más desolado, menos comercial.

—Decías que para lo del padre preferías que esperara.

—Exacto. Tengo un contacto que se pasa hoy por allí. Luego me

llama, tenían una cita a última hora de la mañana. He visto que en el dosier figuraba la contraseña del wifi, pero que no copiaste el disco duro de Valentine. Pensé que podría interesarnos. He pedido los discos duros de toda la familia.

—¿Tienes a alguien en el pasillo para hackearle los ordenadores?

—Tenemos la contraseña, entramos, no hackeamos a nadie. He aprovechado para pedir fotos del apartamento. Eso me evita ir contigo. Quiero ver cómo se ve aquello.

—Y para las entrevistas en la escuela, ¿cómo lo hacemos?

—No te preocupes, yo me encargo de todo. Pero prefiero que estés ahí, nunca se sabe…

—Haciendo de asistente, ¿no? Genial.

—Lo primero que vas a hacer es calmarte. No tienes ni la más mínima idea de cómo manejar una investigación, así que eres amable, me sigues y me obedeces. Si no te gusta, te bajas aquí ahora mismo y te las arreglas. ¿Estamos? Vale que haya dicho que sí a tu investigación pagada al precio del salario mínimo, pero con tus problemas de ego te las arreglas tú solita.

Y sin enfadarse. Hasta me parece apreciar una sonrisa queda, allá al fondo, al ver la cara que he puesto. Un camión de reparto nos tiene bloqueadas y crea un pequeño atasco. Frunzo el ceño y miro por la ventana. Detrás de nosotras, unos idiotas tocan el claxon. Tres jovencitas cruzan. Parisinas de baratillo. Delgadas, piernas largas, botines planos forrados a la moda, pechos firmes y grandes bolsos con flecos. Imitaciones a la baja de la auténtica petarda del Marais, esa que cuando se pone su puto total look recuerda a los anuncios de perfumes, y no a una currela en su tarde libre.

La Hiena saca la cabeza por la ventana. Les lanza un silbido lleno de admiración. Las crías se vuelven hacia nosotros, desganadas, pero al darse cuenta de que viene de nuestro coche no alcanzan a ocultar un gesto de sorpresa, o de terror. La Hiena les dice por señas que le parecen despampanantes, levanta el pulgar e insiste gritando:

—¡Qué buenas que estáis, chavalitas!

Ellas apresuran el paso, y no se echan a reír hasta cien metros más

allá. La Hiena se ajusta las gafas de sol en el espejo retrovisor, encoge los hombros y observa magnánima:

—Tampoco eran para tanto, pero eso las anima un poco, ¿no?

—Sobre todo eran un poco jóvenes.

Como si el problema fuera «eso».

—Las chicas me gustan mucho. Me gustan demasiado. Prefiero a las bolleras, obvio, pero todas las chicas me gustan mucho.

—¿Y no te parece que para ellas es ofensivo, que les silben en la calle?

—¿Ofensivo? Pero qué dices, eran heteros, están acostumbradas a que las traten como a perras, les parece normal. Lo que las sorprende, si acaso, es que venga de una soberbia criatura, como yo. Aunque no se den cuenta, eso enciende un débil destello de utopía en sus pobres cabezas asfixiadas por la belleza heterocéntrica.

—¿Cómo puedes tú saber si son heteros o no? ¿O es que lo llevan escrito en la cara?

—Pues claro. Yo a una bollera la reconozco de espaldas a quinientos metros. Tengo el radar. Todas lo tenemos. ¿O cómo crees que íbamos a follar si no tuviéramos un sexto sentido para identificarnos?

—Perdona, pero es que no sabía que la orientación sexual pudiera desarrollar un sexto sentido.

Por fin adelantamos al camión que bloqueaba la calle, me echa un vistazo rápido, y sentencia sonriente:

—Joder, no debe de ser fácil ser tú.

Es entrar por la puerta del instituto de Valentine y sentirte asaltada por esa típica atmósfera tan característica de las pequeñas fábricas de niños. Una mezcla de aburrimiento y alboroto. Yo a las rejas de las escuelas me he ido acostumbrando, pero nunca tengo la oportunidad de darme una vuelta por el interior. La directora viene a recibirnos y cruzamos el pasillo principal, las puertas de las aulas están abiertas. Ver las mesas alineadas, la pizarra y los mapas colgados de las paredes me hace sentir un repentino deseo de llorar. Lo único que recuerdo de la

escuela es mi reloj. Cuánto tiempo falta para que termine la clase, cuánto para que termine el día. Ni siquiera el trabajo, donde mira que me he aburrido veces, me ha inspirado jamás tanta impaciencia. Y aun así, siento el aguijonazo de la nostalgia, con esa delicadeza tan sádica que la caracteriza. Me gustaría disponer de una explicación racional. De mis años de instituto no me arrepiento de nada. Era una estudiante promedio, no hice grandes amistades, no me sentí fascinada por ningún profesor. Años en blanco, de un profundo aburrimiento, eso es todo. Vete tú a saber por qué se me llenan los ojos de lágrimas cuando veo que siguen escribiendo con tiza en una gran pizarra.

La directora es una mujer obesa, afable y competente. Lleva un conjunto naranja y negro cuya tela hace ondular con cada movimiento. La Hiena se ha puesto una chaqueta vaquera para taparse los tatuajes de los brazos, pero no se quita las gafas de sol durante la reunión. Se ha presentado como mi asistente, lo cual no impide que la directora se dirija solamente a ella. Es más alta, más delgada, más guapa, está más segura de sí misma: es con la que una querría hablar. Yo suelo provocar una ligera repulsión en la gente, creo que se debe a que me siento siempre tan incómoda que, a la mínima que surge la posibilidad, prefieren no tratar conmigo. Me fascina la corpulencia de la directora. Ocupa tanto espacio. La Hiena, como de costumbre, se ha sentado con las piernas abiertas y la barbilla alta, encadenando preguntas precisas y tomando notas en su cuaderno, con una letrita apretujada. Me pregunto qué pensará la señora de sus anillos de calavera.

—… y mucho absentismo, lo cual para nosotros representa un problema. A excepción de las últimas dos semanas, en las que ha asistido a todas las clases, es muy difícil conseguir que venga con regularidad. A las horas de castigo tampoco se presenta… Antes de venir la policía, lo estuve comentando con sus profesores. A ninguno de ellos le ha contado nada en particular. Como estudiante, está en un promedio más que aceptable. Nosotros somos una institución privada, tenemos vocación de ayudar a los estudiantes con fracaso escolar. Pero ese no es exactamente su caso. Valentine, aunque no es una alumna especialmente dotada, no tiene dificultades de aprendizaje propiamente

dichas.

—¿Destaca en alguna asignatura?

Me pregunto en función de qué criterio elige la Hiena sus preguntas. Como si en caso de que la directora nos dijera que era buena en matemáticas, bingo, fuéramos a encontrarla en un torneo de ajedrez. Lo que pasa es que interroga con tanto aplomo y ese aire suyo de seriedad y preocupación, que la otra, ahí delante, le responde sin darse cuenta de lo absurdo de la cuestión.

—No. Están los deberes que entrega, que por lo general son pasables —la directora da la vuelta a sus notas para que la Hiena las pueda consultar, definitivamente me ha borrado de su campo de visión—, y los deberes y exámenes que no se digna hacer. Eso es lo que le baja el promedio: ceros tiene en todas las asignaturas, pero las notas de lo que sí entrega están en torno al diez. Lo cual, para esta institución, está bastante bien.

A la Hiena le quedan en cartera otras preguntas determinantes. Si sigue así, vamos a pasarnos aquí la tarde. Yo lucho contra el sueño.

—Y con sus compañeros de clase, ¿cómo le iba?

—Ahí también me estuve informando con los profesores antes de hablar con la policía… sin grandes resultados, lo siento. Nunca ha habido que reprenderla por insultar ni pelearse, y tampoco era especialmente parlanchina. Cuando andaba por aquí, yo la veía muy a gusto con sus compañeros, pero tampoco estoy al tanto de que tuviera mayor relación con ningún grupito concreto, o con alguien en particular. Digamos que… venía porque esa era su obligación, porque nosotros en eso insistimos mucho, y porque su abuela ese aspecto lo controlaba muy de cerca, pero nunca tuvimos la sensación de que nada de lo que sucedía aquí le interesase demasiado. Llegamos a plantearnos su expulsión, muchas veces, de hecho. Aquí no podemos permitirnos la presencia de una alumna que se comporta ante sus compañeros como si la escuela fuese algo opcional. Pero no lo hicimos nunca, porque expulsar a alguien que no plantea ningún problema de disciplina es igualmente complejo…

Y bla, bla, bla… Había echado un vistazo a las tarifas de la escuela: a

tres mil quinientos euros el trimestre, imagino que para que expulsen a un niño tiene por lo menos que haber intentado matar a otro con una motosierra.

La directora nos acompaña hasta la puerta principal, respondiéndole a la Hiena que no, que no le pareció que la policía tuviera alguna idea de qué podía haber sucedido. Espero a que se aleje:

—Menos mal que hemos venido, qué interesante todo. Nos ha contado un montón de cosas que no se le había ocurrido decirle a la policía, así que les llevamos toda esa ventaja.

—¿Nunca te cansas de ser tan negativa?

—No soy negativa. De las notas que le ponen podría haberte hablado yo, sin necesidad de venir aquí a sudar en su despacho. Figuran en el expediente, si es que lo has leído. La abuela me habló de ello. Y que faltaba a clase, pues lo mismo, menuda exclusiva: para eso ya me contrataron a mí.

—¿Y te enteras de que precisamente durante los quince días que la has estado siguiendo ha venido al colegio todos los días, y te quedas así como si nada?

—No, claro que no. Me cabrea. Puedes estar segura de que me cabrea.

Lo he dicho sin ninguna razón en particular, para responder de primeras, pero parece que he improvisado la broma del año, la Hiena se ríe y me mira como si le cayera bien. No es que tenga la impresión de que me tire los tejos, pero al mismo tiempo, qué sé yo de eso.

—Ahora enséñame dónde almuerzan los chavales.

La escuela está en los muelles del Sena, en uno de esos barrios de oficinas y grandes apartamentos donde parece impensable que alguien necesite comprar una barra de pan o un litro de leche. Concesionarios de automóviles, aparatos de sonido, reparación de equipos informáticos. Pero nada o muy poco que resulte acogedor, ni bares, ni restaurantes ni tiendecitas. Nunca he podido entender por qué donde viven los ricos no hay ni tiendas normales ni un lugar agradable para tomarse un café. ¿Acaso comer fuera es de mal gusto? Así que los chavales pueden escoger entre una cervecería barata y remota, y un

barecillo minúsculo con bandejitas de sushi y tres tipos de sándwiches. Lo cual para mí era un problema: pasar inadvertida en un local tan estrecho no es tan sencillo. Afortunadamente, en la gente de mi edad los críos ni se fijan. Le señalo a la Hiena la mesa en la que reconozco a los alumnos de la clase de Valentine. Ella se quita la chaqueta y se la echa al hombro, dejando al aire el sindiós de tatuaje marinero japonizante que le devora los brazos. Se dirige por instinto al más alto de ellos: mirada maliciosa en una cabeza de niño sobre cuerpo de valiente leñador.

—Trabajo para una agencia de investigación privada, los padres de Valentine nos han contratado para servir de apoyo a la investigación policial.

A un pequeñuelo de pelo rizado con las mejillas llenas de pecas, chaqueta con capucha y pantalones demasiado grandes, le parece adecuado comentar:

—Pues tienen razón, la policía no hace nada, no hay más que ver el caos de la ciudad.

—¿La policía? Pues simple: ni siquiera han venido a preguntarnos.

—En la tele no han sacado nada, ¿lo habéis visto? Como si se la sudara.

—Es verdad, aquella chica el verano pasado, la que desapareció ocho días, la gente la reconoció por la foto, si no, ¿cómo quieres que la gente sepa que la están buscando?

La Hiena aún no se ha sentado, los escucha con seriedad y los mima con una mirada divertida. Yo estoy dos pasos detrás de ella, no demasiado sorprendida de que ninguno de ellos exclame: ¡Pero si usted está todos los días ahí en el rincón! Mi poder es la invisibilidad.

—¿La conocíais bien? ¿Tenía amigos en la escuela?

—De la gente de la escuela no era demasiado demasiado amiga.

—Sí, a veces al mediodía comía con nosotros. Pero la mayoría de las veces cogía su iPod y salía a caminar sola.

—La mayoría de las veces ya no volvía.

—En realidad, nos miraba un poco por encima del hombro. En cuanto decíamos algo, ella, con sus aires de superioridad, decía siempre

lo contrario. A principios de año era menos arisca, creo…

—En Facebook nadie de nosotros la tiene de amiga, ¿no?

—De hecho, ni siquiera sabemos si está en Facebook con otra jeta…

—¿Es que ha tenido problemas con alguien de la escuela?

—No, ni siquiera eso. Puede que pensara que en el instituto no tenía nada que hacer… No lo sé.

—¿Y nadie se veía con ella al salir de clase?

—Sí, yo. Pero eso fue hace mucho tiempo. Eso fue hace al menos… tres meses. Luego nos enfadamos.

La que acaba de tomar la palabra es una morena de piel muy blanca, tiene un aire inteligente, pero es tan lánguida que dan ganas de darle unos golpecitos, a ver si se anima.

—¿Qué pasó entre vosotras?

La muchacha arquea la boca y mira el techo, muda y vacilante, no encuentra las palabras. Los otros chavales se echan a reír. El del pelo rizado que opina que la policía no interviene lo suficiente toma la palabra:

—Valentine es especial. Es agradable, pero es especial. Especialmente retorcida. Sobre todo cuando va bebida.

—Habría que hacerle un vídeo para las campañas contra el alcoholismo de los jóvenes. Cuando se emborracha, no te gustaría estar en su piel…

La morena retoma su explicación, se expresa como una niña pequeña. Tiene la voz nasal, desagradable:

—Te ríes mucho con ella, si estás sola todo va bien. Es agradable. Pero te hace pringar, cada vez que hay un plan para salir, con ella te toca pringar. Bebe. Bebe hasta caer por los suelos en todas las fiestas. Ya puedes hacerte ilusiones de pasarlo en grande, que te tocará echártela al hombro y arrastrarla hasta un taxi, y entonces vomitará dentro y tendrás que llevarla a casa. Y a pringar…

La Hiena asiente con la cabeza sin parar, observándolos uno tras otro, luego pregunta bruscamente:

—¿Y con los chicos, qué tal le iba?

Un bobalicón con la cara alargada, caballuna, interviene:

—Puede entrarte así, sin más, y decirte: «Tengo ganas de chupártela, si te interesa me lo dices». En fin, cuando llegó es lo que hacía. Los chicos que le gustaban, se iba directa a ellos. Aunque luego se calmó. De hecho, últimamente, más bien nos ignoraba.

La morena insiste:

—Por la noche, francamente, con los chicos te avergüenza. Bebe y después hace cualquier cosa con cualquiera. Pero es que creo que eso es lo que hacen todas en el insti al que iba antes. Por lo menos es lo que me dijo.

—¿Así que te cansaste de salir con ella?

—Sip, y luego se pone en plan salvaje, te viene con chorradas en plan… muy duro.

—¿De qué tipo?

—Con tal de joder a alguien, puede ser cualquier cosa. Si eres rubia, será sobre las rubias, si eres judío, será sobre Israel, si eres negro, sobre plátanos, si eres marica, sobre el sida, y así con todo, sin parar… Valentine tiene para todo el mundo. Al rato ya no puedes más… ¡Lo que quieres es pasar una noche tranquila y ya está!

Pocas reacciones en la mesa. Una apatía ajena a la menor turbación. Una chica agradable, sin problemas. Nada que señalar. Cuanto más conozco esta generación, más me la imagino en la edad adulta, y menos ganas me quedan de hacerme vieja.

—Ojo, que tampoco es la payasa number one… Serena, es incluso bastante discreta… y en clase va sobrada. Cuando llegó, flipábamos con su nivel.

—Es buena en todas las asignaturas. Lee y todo. Pero también le van las mates. La química. Todo, le va todo.

—A los profesores les gusta. Pero falta demasiado a clase. Por eso estaba en nuestra escuela. Ya la habían echado de todas partes.

—No le gusta venir.

—A Valentine los estudios se la sudan: su padre es escritor. Cuando quiera trabajar, conseguirá que la publiquen y ya. Así es como funciona.

Los que hablan son tres, la morena y los dos chavales. Las otras dos chicas se quedan atrás, ríen en los momentos álgidos pero de momento callan. La Hiena pregunta:

—Pero entonces, los chicos que le interesaban, ¿dónde estaban?

—Cuando éramos amigas, le gustaba mucho la música metal. No se perdía un concierto de PETC, era muy amiga de ellos. Bueno, amiga… Yo no quise acompañarla a verlos, en esa época ya me tenía hartita con sus movidas raras.

—¿Cómo has dicho? ¿PETC?

La Hiena ha sacado su pequeño cuaderno. Amandine confirma:

—PETC: Pánico En Tu Culo. Hacen metal. Bueno, hardcore. Bueno, no sé, esa no es mi mierda…

—Creo que podré recordar el nombre.

—No sé si aún salía con ellos… porque ha cambiado, Valentine, este año.

—¿Y de sus padres os hablaba? ¿De casa?

—No demasiado, no.

—Yo sé que a su padre lo adora.

—Pero a la madrastra, así así, normal… Tú no te acuestas con ella, así que…

—Cuando os dijeron que había desaparecido, ¿qué pensasteis?

—Nos cagamos de miedo por ella.

Una rubia, con una nariz tan pequeña que una se pregunta cómo consigue hacer pasar la dosis de oxígeno recomendable, vestida como una rumana pero que debe haber pagado una fortuna en el Marais por cada trapito, interviene por primera vez:

—Todos pensamos en algo horrible, claro. Cuando una chica desaparece, una siempre tiene miedo de que encuentren su cuerpo destrozado en una zanja.

—¿Y nadie de vosotros pensó que podría haberse escapado?

Esta opción les sorprende más que la versión de la zanja. ¿Fugarse?

¿Dejar atrás la PS3, la nevera llena, la mujer de la limpieza, la tarjeta de crédito de papá…?

—Sí. Es posible, por supuesto. Últimamente había cambiado mucho. Cambió de look, era menos divertida, más distante… algo tenía en mente, eso está claro. Se le notaba, ¿no?

La chica que acaba de tomar la palabra es de una belleza desconcertante. Desde que entramos en el bar, su cara ha estado tan radiante que es como si la luz del día apuntase directamente hacia ella. Lleva un look que cuando yo era joven solíamos llamar BCBG, Bon Chic Bon Genre, una combinación azul-blanco-beige que ella lleva con la pizca de zorrería apropiada para volver el tema emocionante. Su cuerpo es alargado, de una flexibilidad elegante, un hermoso cliché de lo mejor en tema putilla que habrá dado la aristocracia. El animal fatal se expresa con gran lentitud, debe de pasarse el día fumando petardos. La Hiena la mira de una manera extraña:

—¿Y has hablado con ella, desde que te parece cambiada?

—No. Ya no salíamos. Pero la veía. No era la misma.

—Está claro que, a nivel de look, los últimos meses se había dejado del todo.

—¿Y si pilló una depresión? Vestía mucho de negro, pero estilo Noir Kennedy, más del palo renuncio a la vida.

—Es verdad. Casi no llevaba ninguna marca. Y eso que antes bien que le gustaban los vestiditos…

—Sip, antes era coqueta.

—Y de la noche a la mañana… no es por criticar, ¿eh?, pero tenía un poco pinta de… rollo cuando escuchas Manu Chao.

La belleza fatal se encoge de hombros:

—Sí. Creo que quería distinguirse.

Comparados con los chavales con los que suelo manejarme, los de esta mesa son especialmente mansos. Hablan mal los unos de los otros, se burlan, pero no se agreden. Entre ellos no se aprecia ningún tirano, ni la habitual chulería de los jóvenes parisinos ricos. Y cuando hablan de Valentine me parecen tranquilos. Sin embargo, veo que hoy en día el rollo calentorro no es muy popular, que digamos. Estos ya se han

resignado a no formar parte de la élite. Ya se han dado por vencidos. Carecen de esa embriaguez juvenil de sus homólogos de Neuilly: saben lo que significa perder. Todos ellos han leído en la mirada de sus padres la decepción de tener que matricularlos en una escuela especial, para niños que no saben aprender.

Volvemos al coche. La Hiena se centra en un punto concreto:

—Esa niña tan bonita, no acabo de saber si era un bebé bollero o si me ha parecido tan arrebatadora que solo veo lo que quiero ver.

—Pero ¿es que eso es lo único que te interesa? Aterriza, es demasiado guapa para ser lesbiana.

Aún no he terminado de decirlo y ya lamento haberlo hecho, me parece especialmente hiriente. Pero ella me mira fijamente dos segundos y luego se ríe:

—Tú, tu cerebro, ahí adentro… eso es Jurassic Park en directo, ¿no?

—De todos modos, no tiene ni dieciséis años, ¿de verdad te interesa?

—Me interesan todas. Es simple, fácil de recordar, incluso tú deberías lograrlo. Bueno, ahora voy a ver a Antonella, la que se ha pasado esta mañana por casa del padre. ¿Te dejo en tu casa o me acompañas?

—Como te parezca. Tal vez prefieras mantener la confidencialidad de tu contacto.

—¿Mantener la qué de mi qué? Está claro que no estás bien, tú… Tienes suerte de haberme conocido, así que tú dirás, porque tú solita no sé qué ibas a hacer.

La Hiena se detiene ante un paso de peatones, deja pasar a una mujer embarazada meneando la cabeza:

—¿Has visto su cara? No me digas que no podría habérselo pensado un poco antes de reproducirse… pero no, nada las detiene.

—¿Te ha pasado a ti, cuando estás en una investigación como esta… tener miedo? Quiero decir, miedo de lo que puedas llegar a descubrir.

—Sí. Me ha pasado.

—Y ahora, ¿no te angustia? ¿No te da por pensar que Valentine pueda estar en manos de un sádico salvaje que la esté torturando? ¿O

que ya la haya matado? Y nosotras aquí, tomándonos nuestro tiempo…

—Eso no. Lo que yo creo es que está en casa de su madre. Lo que creo es que vamos a dar unas cuantas vueltas más, otros tres o cuatro días, aquí en París, más que otra cosa por haberlo hecho, y luego directas a casa de la mamá, ¿no? Si tu madre te hubiera abandonado, ¿tú no querrías ir a ver cómo es?

—No lo sé, a mí la mía no me abandonó. Al contrario, me llama todo el tiempo.

—Bueno, esto… mañana, cuando vayas a ver a sus padres, me haces el favor de prestar atención a la reacción del padre cuando le hables de la verdadera madre. Y a las reacciones de la madrastra lo mismo. A la madrastra, de entrada, me la consideras sospechosa, ¿vale?

—¿Y por qué?

—Principio básico. Las madrastras siempre son sospechosas. ¿O es que no conoces los cuentos de hadas?

Me echo a reír, ella me mira de medio lado. Debe de ser la primera vez que me río con ganas de un chiste suyo. Le pregunto:

—Y entonces ¿por qué no vamos directamente a buscar a su madre?

—Pues porque le estamos dando tiempo a Rafik para que averigüe dónde está.

—Ah, ¿conoces a Rafik?

Rafik es la piedra angular de Reldanch, el tipo que supervisa el departamento informático. Todo pasa por él, hasta el punto de que es difícil preguntarle algo.

—Claro que conozco a Rafik. ¿Cómo iba yo a vivir sin Rafik?

En el parque Buttes-Chaumont hay un poco de sol y muchos perros. Sentadas en un banco, esperamos a que llegue la famosa Antonella. Lleva veinte minutos de retraso. La Hiena está en modo hablador.

—Antonella es malvada, pero divertida. Todos los que la conocieron a su llegada a París saben que ya no es más que la sombra de lo que fue. Era una diva. Estaba en la prensa escrita, corresponsal para Italia. En aquel entonces, siendo periodista de ese nivel, enseguida llenabas tu

agenda de contactos, y si algo pasaba en la ciudad no era complicado plantarte allí. No sé cómo empezó a pasar información, supongo que tuvo una historia con un político. Se dedicaba más bien a temas de cultura, pero una por la otra, siempre acabábamos cruzándonos. Cuando la conocí, todo el mundo la cuidaba mucho, estaba bien protegida. Con las guerras internas en los grandes partidos, la demanda de información llegó a un punto culmen, y durante esos años Antonella fue una reina. Pero los tiempos han cambiado… la debacle del imperio mediático, la caída en desgracia de sus protectores. Ahora se dedica a esto y aquello. Es un poco la historia de todos, ya me dirás. Sale bastante cara. A los otros periodistas les toca luchar para intercambiar información, pero Antonella no tiene problemas con las fuentes, y se lo cobra. Le he pedido que se haga con el contenido de todos los ordenadores del apartamento, tiene un cómplice que eso lo hace muy bien. Ella también quiere echarle un vistazo, por su propio interés, para ir tirando, nunca se sabe, podría encontrar una información interesante por casualidad…

—¿Cómo ha entrado en su casa tan fácilmente?

—Los artistas adoran hablar con la prensa.

Difícil no darse cuenta cuando llega: lleva unas enormes botas apreski rosa fucsia. Supongo que es lo que dicta la moda, no dejo de sorprenderme. Sin disculparse por su tardanza, mete un sobre grande en el bolso de la Hiena. Tiene una hermosa voz ronca, que no encaja con su físico de creída etérea.

—¡Está hecho un cachondo del quince, tu cliente! A la edad que tiene —puntualiza—, todos son más o menos ninfómanas.

—Déjate de numeritos, Antonella, lo que pasa es que los vuelves locos.

—Ah… no me hables del pasado. ¿Cómo estás?

Ni siquiera me ha saludado, ni un triste vistazo. Es humillante, pero empiezo a acostumbrarme. Es como cuando eres pequeña y tu amiga es el bombón de la escuela, pasado un tiempo ser la sombra tiene un lado

relajante. Nos dirigimos las tres a la salida, la Hiena pregunta:

—¿Sabes lo que escribe?

—Dramas burgueses. Derecha cristiana, pero a la antigua, ni belicoso, ni racista, ni antisemita… No es que le interesen a mucha gente, sus cosas. Para que la gente lo tomara en serio, mejor sería que se metiera en una gran novela sobre los campos de concentración, eso cambiaría la cosa…

—¿Éxito?

—Ya no mucho. Pero todavía un poco de visibilidad. Alguna tele pequeña, las radios estatales, tres o cuatro firmas en librerías… Publica artículos a diestro y siniestro, allí donde le dejan, tiene la edad y el perfil para formar parte del jurado de los premios literarios, no acabo de entender por qué está tan aislado. No es demasiado agresivo, y eso siempre te resta crédito. Los editores se han acostumbrado a cuidarlo, me hablan de quince mil euros por libro. No vende ni cinco mil. Es comprensible que publique tanto.

—Cuando vea que no hay artículo, se sentirá decepcionado.

—Qué va, es verdad que me han pedido un dosier sobre el nuevo libro de un periodista del *Times* que cada año vuelve a descubrir que Francia ya no tiene proyección internacional. ¡Menuda exclusiva! Le escogeré una frase maliciosa y cultivada, sobre Sollers y su importancia, y andando. Se quejará de haber estado hablando conmigo dos horas, poniéndome esos ojitos tiernos, y todo para que no le publique más que un pequeño ataque, pero en el fondo estará contento de que lo citen. Sin ti, no hubiera tenido ni eso…

Antonella coquetea con ella a lo bestia. Me pregunto si ya se habrán acostado.

—¿Te habló de su hija?

—No. De su padre sí, de su madre un poco, pero de su hija no.

—¿Pudor?

—Los hombres de su edad no suelen hablar de sus hijos. Son los hijos de sus padres, pero no los padres de nadie. A menos que haya un drama de por medio, los hijos no suelen ser un buen tema para el libro de un hombre. Si la niña muere, ahí puede haber una novela… y aun así, el

luto del padre nunca es algo muy prometedor. Además, si ella lo trata de viejo imbécil, ¿qué quieres que haga él? Prefiere pensar en otra cosa.

CLAIRE

Cuando Claire se desliza hacia atrás en la bañera para sumergir la cabeza bajo el agua caliente, oye los ruidos del apartamento de abajo. Como sucede a menudo, los vecinos están discutiendo. Amplificados por el agua, los sonidos se vuelven extraños, suaves y graves. Muchas veces, el marido es violento. Claire escucha a la mujer gritando dos o tres palabras, y luego a él resoplando en una habitación, hasta que al final cruza el apartamento a grandes zancadas. Entonces es cuando le pega. Ella, grita, protesta, a veces corre para escapar. Luego una escena entrecortada de choques, unos más fuertes que otros, difíciles de identificar, no necesariamente golpes. Después llega el silencio. Las primeras veces, Claire temía que la hubiera matado, pero a la larga sabe que es la calma después de la batalla. Al verlos, nadie diría que son ese tipo de pareja. Él, con quien a veces se cruza en el ascensor, es juez de instrucción. Cara roja abotargada, nariz hinchada de alcohólico, pero siempre elegante, correcto y perfumado. De joven probablemente fue guapo. Sigue siendo galante. Tiene dos hijos, un hijo y una hija, que se llevan dos años. Cuando Claire se mudó a casa de François, solía verlos jugar con la niña de los conserjes, en la acera frente a su casa. Ahora son mayores, han dejado atrás los patinetes y las canicas, por lo menos hasta que tengan sus propios hijos. Nunca los oye interponerse cuando el padre le levanta la mano a la madre. Como todas las personas a las que nunca les ha sucedido algo así, Claire está convencida, lo piensa cada vez que se cruza en el ascensor con algún miembro de la familia de abajo, de que ella no habría soportado lo que la vecina está pasando. Aunque solo fuera por sus hijas, habría encontrado el valor para irse, para hacer las maletas, sin importar cuánto le costara, las habría protegido de un padre violento. Christophe nunca le levantó la mano a Claire, ni a sus hijas tampoco.

Se marchó poco antes de que la mayor cumpliera seis años. Durante más de diez años, Claire lo había amado con obstinación y plenitud. Había llegado a su vida cuando ella tenía veintidós años, una Nochevieja en casa de unos amigos. Ella notó su mirada, todo el tiempo buscando para localizarla en la habitación, sintió su gran cuerpo moviéndose, permaneciendo a pocos metros de ella, siguiéndola de conversación en conversación. Un ligero acoso que él no trataba de ocultar. La quería. Eso a Claire le gustó. Ella esperó. Esa noche él llevaba un sencillo suéter negro y una barba de tres días que le quedaba bien. Ella era joven, no le sorprendía que la vida le sonriese, que la buscara y la acariciara para hacerle sus mejores regalos. Después de unas noches en sus brazos, le rogó que se afeitara. A Claire le ardía el rostro, su piel fina irritada y adolorida. Era su primer novio serio. Aquel año su madre la había arrastrado a la consulta de un dietista, y la cosa funcionó, había adelgazado, rehízo su armario, estaba radiante. Logró mantenerse delgada durante dos años, pero tras el nacimiento de su primera hija, Mathilde, recuperó cinco kilos de los que ya nunca se ha librado. Resultaba angustioso, pero no se hundió, que es lo que le hubiera pasado antes de ser madre. Con la maternidad, algo había sucedido en su interior que le proporcionaba apoyo y confianza. La entrada en su vida de aquel bebé modificó su visión del mundo.

Antes de Mathilde hubo viajes, Egipto, Nueva York, Irlanda, Suecia, hubo amigos en común, cenas, noches de ir al cine, su primer apartamento juntos, fiestas familiares y muchas mañanas de levantarse tarde. Luego el encanto del anuncio de su embarazo, las decisiones que tenían que tomar juntos, acondicionar la habitación, la ecografía, escoger un nombre. En cuanto les comunicó la noticia, sus padres cambiaron completamente de actitud. Claire tenía una hermana tres años menor que siempre había sido la favorita de su madre. Claire era un pelín gorda, un pelín apagada, no conseguía fijar la atención de sus padres. Cuando estos se divorciaron, ella tenía doce años y, una vez más, su madre se decantó por su hermanita pequeña, decidió consagrarse a ella. Claire no hacía suficientes tonterías, no la distraía. Y era menos bonita. No podía dar un paso sin ganarse un reproche. Nadie

a su alrededor se tomó la molestia de advertir que nunca logró superar el divorcio. También hay que decir que no hizo nada espectacular para hacerlo notar. Ganó unos kilos, lentamente, y se encerró en sí misma. En su cuarto, cuando era pequeña, se había pasado años pegando a escondidas las postales que le enviaba su madre de vacaciones al lado de las postales que le enviaba su padre de vacaciones, haciendo coincidir una colina de los Vosgos con una montaña peruana, o el Mediterráneo con el océano Pacífico. Un trozo de celo para juntar los dos pedazos. En aquella época, en la escuela, los hijos de padres divorciados aún debían explicar a los otros niños cómo era tener dos casas, aquello aún marcaba una diferencia. Su hermana, Aline, no necesitó ni un año de luto para empezar a presumir durante el recreo de los regalos dobles en Navidad, de los regalos dobles para su cumpleaños, y de todos los permisos para salir o para gastar que les arrancaba jugando la carta de la culpa, o con los típicos lamentos: «Mamá dijo que sí», «Papá me prometió que». A menudo, Claire sentía el deseo de estrangular a su hermana. Pero cuando se quedó embarazada de Mathilde, cambiaron las tornas. Los dos progenitores tomaron la costumbre de llamarla a todas horas, descargando en ella la responsabilidad de organizar las visitas para que no se cruzaran. El día del parto estuvieron juntos en su habitación, habían acudido sin sus cónyuges, y ella notó la alegría en sus rostros, aquella emoción en común, su primer nieto. Y así siguió la cosa hasta que nació la segunda, Elisabeth. Justo a continuación, Aline se quedó embarazada de un desconocido, aunque el niño por llegar no fue por eso menos esperado. Al contrario, como de costumbre, consiguió complicarlo todo y exigir la máxima atención. Un día, Aline llegó a casa de su madre asegurando sin lugar a la menor duda que no tendría el valor suficiente para dar a luz, que se las arreglaría para practicarse un aborto en el sexto mes, al día siguiente pasó por la casa del padre y le anunció que iba a dar a luz de forma anónima, que estando sola no se sentía capaz de asumir un hijo. La semana siguiente, embarazada hasta las cejas, lloriqueaba en la cocina de la madre bebiéndose su quinta cerveza, fumando cigarrillo tras cigarrillo y diciendo que ella sentía que el niño iba a nacer muerto,

y que, por descontado, ya estaba viendo que jamás lograría recuperarse. Su pobre hijito muerto… y así pasó la noche, torturando a su madre. Toda la atención era para ella. La mala actitud tenía un precio. Los padres empezaron a telefonearse todos los días para mantenerse al tanto de lo que a cada uno de ellos le había tocado aguantar, y multiplicando sus esfuerzos por alejar a su hija del umbral de la locura. Aline siempre lo había hecho todo de cualquier manera, y le había funcionado. Dio a luz a su hijo. Un hijo, por supuesto. Pasó tres meses extasiada con la alegría extraordinaria de la maternidad, luego recobró su figura, se puso un vestidito, al hijo lo dejó con su abuela y volvió a su vida de antes, muchas aventuras, demasiado alcohol y vida a lo grande.

Mathilde acababa de cumplir cinco años, esa edad en la que los niños dejan de ser angelitos y se convierten en personas pequeñas, menos encantadoras, menos mágicas para los adultos. La abuela seguía cuidándola con gusto, pero el único que contaba era Thibaut, el primer hijo. El sublime, el extraordinario, el temerario, el caprichoso, el insoportable Thibaut. Claire ya iba a terapia, sintió que había tomado las riendas de su vida, que era capaz de avanzar sola, sin el apoyo de sus padres. Tenía todo lo que podía desear: un marido, dos hijas y un apartamento monísimo. Había pasado mucho tiempo estudiando revistas de interiorismo para que, dentro de los límites de su presupuesto, la casa resultara bien aparente. Que Christophe se enorgulleciera al invitar a sus colegas de trabajo, y que se sintiera feliz de volver a casa cada noche. Cada vez que charlaba con una amiga que tenía un marido infiel, incapaz de triunfar profesionalmente o desagradable, ella sentía deseos de dar gracias por todo cuanto la vida le había dado durante los nueve años que llevaba con él. Sentía deseos de dar gracias al encontrarse con alguna amiga de la juventud que aún no había tenido hijos y que creía que iba a poder llenar su vida de alguna otra manera. Como si ese amor pudiera pasarse por alto sin pasar por alto lo esencial de la vida. A cambio, trataba de encargarse de todo correctamente, haciendo unas larguísimas listas de tareas que nunca llegaba a completar. Se encargaba de pedir hora en el médico,

hacer el cambio de ropa de temporada, pensar en las vacaciones, controlar los deberes, encontrar actividades interesantes, lograr que los platos cuadraran con el mantel, contar con el dentista adecuado, organizar bonitas fiestas de cumpleaños, pagar las facturas, llevar a las niñas a la piscina, cambiar las camisas de su marido antes de que parecieran gastadas, seleccionar a la señora de la limpieza, dar con el seguro de coche adecuado… Nunca pensó que Christophe pudiera subestimar la felicidad que los rodeaba, la felicidad que suponía tener en casa a una mujer como ella. Una mujer que ayuda a sus hijos a crecer bien, que no gasta demasiado, que está siempre alegre, que se ocupa de todo sin quejarse.

Un viernes a las ocho de la tarde, él la avisó de que tenía por delante un fin de semana de trabajo y no iba a volver a casa. Mathilde estaba viendo *Buffy* en la tele y la pequeña jugaba en un baño lleno de Barbies. A Claire se le hizo un nudo en la garganta. En ocasiones similares ni siquiera dudó, pero en el ángulo muerto de la razón se fue creando una lista de todas las veces que, últimamente, no le había sido imposible volver a casa antes de las dos de la mañana debido a sus seminarios en provincias y a las reuniones en fin de semana. Esa noche, a pesar de que ella no quería entender, las piezas terminaron por encajar. Muchas ausencias en los últimos tiempos. Durante el fin de semana no la telefoneó, y al volver el lunes por la noche no tenía la cara de costumbre. Claire se puso a parlotear, era una estrategia inconsciente. Su boca se abría y las palabras iban saliendo sin parar, pues sentía que, a la primera pausa que hiciera, él diría lo que tenía que decir. Otras veces le había funcionado, eso ella lo sabía sin llegar a confesárselo a sí misma. Bastaba con ganar un poco de tiempo y él volvería a rendirse, a callarse. Pero esa noche, con las niñas recién acostadas, la interrumpió. «He conocido a otra mujer. Me voy». Era absurdo. Hubiera querido borrar esas palabras. Un cliché. Ellos no. Eso no iba con ellos. Antes incluso de creer que era capaz de abandonarla, lo culpaba por pronunciar esas palabras. Su amor ya nunca volvería a ser un amor intacto. Admitir que él no lamentaba haberlo dicho le iba a llevar varios años. Había malbaratado su gran amor, su amor

inmaculado. Fue así como, en un visto y no visto, lo perdió todo.

El tono quejumbroso de su madre al teléfono. La desagradable sensación de que, aparte de ella, todo el mundo lo sospechaba. La infame piedad de los demás. Diez años en que tuvo la certeza de que cada persona con la que coincidía se sentía impresionada por su felicidad. Tal vez incluso celosa, porque mucha gente no era feliz en el amor, o no tenía hijos, o le tocaba criarlos sola. Verse obligada a soportar su falsa comprensión, su compasión satisfecha, esa forma humillante de darle ánimos. Todos se dieron mucha prisa en considerar que debía recuperarse. Como si su historia hubiera sido una de esas que se olvidan con solo hacerle el duelo, un amor como los demás. Durante mucho tiempo, Claire había esperado a que la vida les demostrara que se equivocaban, a que Christophe volviera y así poder demostrarles, a todos ellos, de qué estaba hecho su amor. Un amor de piedra, invencible, una pareja que nada podía separar. No se puso furiosa con él, nunca. Lo estuvo esperando. Nada de lo que fue sucediendo desde que él se marchó le pareció bien, ella quería su vida de antes, no quería tomar en serio ninguna de las nuevas informaciones. Las reflexiones malsanas de sus amigas, las insinuaciones pronunciadas en un tono falsamente amistoso, como que ya hace tiempo que debería haberse dado cuenta de que le era infiel, que con ella se aburría, que había tomado una decisión sensata.

Se fue alejando de sus amigas. No quería que la señalaran como «madre que cría sola a sus dos hijas», ni como «soltera», ni mucho menos eso de «ir pensando en rehacer su vida». Ella no tenía nada en común con todas aquellas perdidas, se confundían al dirigirse a ella con familiaridad. Incluso su relación con sus hijas se había visto afectada. En el fondo, ella pensaba que las niñas deberían haber traído a Christophe de vuelta a casa. Tenía la impresión de que no estaban haciendo lo suficiente. Bien que podrían haber caído enfermas, negarse a ver a su padre, ser odiosas con sus nuevas parejas, no ir jamás de vacaciones con él; podrían haber insistido, mostrarse solidarias con la madre, acabar por conseguir, por el bien de todos, lo que la madre deseaba: sus vidas de antes. En lugar de eso, habían ido creciendo, se

habían centrado en sus historias de la escuela, Mathilde era ahora una coqueta, ya no tenía nueve años y ya quería pintarse las uñas, vestidos de marca y brillo de labios. El resto no parecía interesarle demasiado. Elisabeth había empezado a tocar el piano y le gustaba la gimnasia. Era como si no se dieran cuenta de cuánto las perjudicaba aquello a las tres, de la vida que se les venía encima.

Y ahora que se hacían mayores, Claire sentía que sus hijas la juzgaban. Sin decir nada abiertamente, aunque quién sabe si lo hacían a sus espaldas, cuando estaban las dos solas. Con el tiempo se volvieron maliciosas. Parecían despreciar a su madre. Esa mujer abandonada, condenada a vivir miserablemente con una pensión alimenticia, con una suma irrisoria, porque además no supo manejarse ni con el divorcio, acudiendo a un abogado lo suficientemente duro como para conseguirle lo máximo posible. Al finalizar las sesiones, el psicólogo le explicaba a Claire que sus hijas la escuchaban menos porque ahora eran mayores, pero que no la juzgaban. Ahí, una vez más, deseaba su vida de antes: ser el ídolo de sus hijas, el centro de su mundo. Anhelaba sus cuerpecitos suaves y esos bracitos alrededor de su cuello. Que volvieran a ser pequeñas, cuando siempre sabía hacerlas felices y tenía respuestas para todo.

También se fue alejando de su madre, quien apenas cuatro meses después de la ruptura le asestó: «Escucha, pequeña, vas a tener que superarlo. Más teniendo en cuenta que… a ver, entre nosotras, tampoco es que fuera una perla exquisita, tu cariñito. Sé que es el padre de las niñas, pero seamos sinceras: era inculto y muy egoísta». Claire fue incapaz de colgarle el teléfono en los morros ni de decirle cuánto le dolían aquellas palabras. Como cuchillos clavados en la garganta. Comprender que para los demás su amor no había sido cegador, que su suerte no había sido deslumbrante: una pareja cualquiera, una ruptura cualquiera, una vida… cualquiera. Estaba destrozada, los nervios a flor de piel. Su psiquiatra le recetó un tratamiento a base de Deroxat. Perdió quince kilos. El peso volvió a obsesionarla, y esa transformación bastó para que se sintiera mejor. Claire deseaba que la gente pensara que se encontraba bien. En el fondo, lo que ella sentía no importaba.

Estaba muy al tanto de la mirada de los demás, la interpretaba, y si acertaba a convencerse de que la gente pensaba que estaba estupenda y que era afortunada, se sentía bien.

Encontró un trabajo a tiempo parcial como secretaria en un club deportivo de lujo. A sus hijas les iba bien en el colegio, alardeaba de ellas como si fueran la prueba viviente de su propio equilibrio, las blandía ante el mundo, eran su Sobresaliente en el gran examen del éxito. Las mujeres abandonadas después de los cincuenta por unos maridos que buscan juventud suelen decir: «Hubiera preferido que me dejara antes, así podría haber rehecho mi vida». No saben lo que dicen. No hay nada peor que te abandonen antes de los treinta y cinco años. Significa que te abandonan por lo que eres, sin poder echarle la culpa a la vejez, significa privar a los hijos de una vida plena con sus dos padres, significa ser desahuciada, como un animal inútil que ya no podrá volver a ponerse de pie.

Las únicas compañeras a las que Claire soportaba ahora eran amigas solteras de su misma edad que no habían tenido hijos. Eran las únicas mujeres que situaba por debajo de ella, y por lo tanto podían salir juntas sin temor a desmerecer en las comparaciones. Pero incluso esas la ponían nerviosa. Elise, su mejor amiga desde hacía dos años, tenía cuarenta. No había sido madre, la pobre afirmaba que no le hacía falta. Claire la escuchaba mentir con la paciencia maternal de quien sabe que la otra no se atreve a admitir su angustia. Prefería no pensar demasiado en cuán duro debía ser llevar una vida de mujer sin dar a luz, sin esa referencia fundamental alrededor de la cual se organiza una vida, y soportaba las diatribas de Elise sin pestañear, con gran benevolencia. Pero ni siquiera Elise estaba lo suficientemente triste para su gusto. Lo último había sido que planeaba hacerse a la mar por varios meses con su último amante, un perdedor diez años menor que ella, que obviamente usaba a esa vieja amante para pagar las facturas de su barco. Pero Elise estaba convencida de que era la llamada del amor, había decidido dejar su trabajo y su apartamento para zarpar. Claire formulaba mentalmente, en bucle y por el bien de su amiga, todas las críticas que se le iban ocurriendo contra semejante decisión. Se dio

cuenta de que aquello la tenía obsesionada, y en el diván de su psiquiatra admitía que algo de celos había en tal inquietud. Cuarenta años, ni siquiera era demasiado tarde para que Elise se quedara embarazada. Ella no quería que sufriera. Simplemente la prefería instalada en un malestar ligeramente superior al suyo.

Y luego, a pesar de todo, apareció François. Lo conoció en un TGV, primera clase, en el viaje de vuelta de Lyon, donde había dejado a Elisabeth en un curso de equitación. Claire estaba leyendo un libro de Paul Morand que le parecía aburrido, pero como no llevaba nada más, lo abrió y trató de interesarse por él. El hombre sentado a su lado estuvo dudando un buen rato antes de dirigirle la palabra. Al principio, todo lo que le gustó de él fue que se interesara por ella. Antes de despedirse en la estación, él logró arrancarle el número de teléfono, y al día siguiente la estuvo llamando para insistir en invitarla a cenar.

A ella le pareció regordete, un poco viejo, de rasgos cansados, sus manos cortas y enrojecidas tenían algo de campesino. Más imbuido de sí mismo que carismático. Pero le gustaron los cumplidos que le hizo durante las tres horas de viaje en tren, aunque no se le escapaba lo patético de la situación: ligar con la vecina de butaca no tenía nada de especial. Él le dijo que era escritor, y repitió su nombre en el mensaje que dejó en su buzón de voz. Cuando lo tecleó en Google, sus sentimientos cambiaron. Interiormente, se burló de sí misma: «¿Así que es eso? Tres articulitos elogiosos sobre él, y vas y lo encuentras más potable… A tu edad y comportándote como una grupi, debería darte vergüenza». Luego llamó a Lucette, su manicura, que leía sin parar. Lucette y ella se habían vuelto bastante amigas, después de que le hiciera las uñas se quedaba a tomar el té y cotorreaban de todo y de nada. Lucette tenía un hijo y una hija, pero ninguno de los dos padres había reconocido a los pequeños ni se había quedado para conocerlos. Tenía grandes dificultades financieras y una familia que le quitaba todo cuanto ganaba, ser su amiga era agradable, sobre todo porque tenía sentido del humor, y una pizca de perseverancia. Lucette leía mucho, intentaba olvidar sus penas evadiéndose en los libros. Al mencionar el nombre del nuevo pretendiente, reaccionó la mar de bien: «*Mata Hari*

en todos mis sueños… una novela fabulosa, ¿no la has leído? Si quieres te la traigo. Así que lo has conocido, ¿no?». Ante semejante reacción, a Claire le entraron ganas de aceptar la cita.

Se aburrió bastante, aunque disfrutó del lujo del lugar: restaurante de mariscos, muy buen ambiente, un vino excelente, una cuenta cuantiosa. Atenerse al «no la primera noche» no resultó complicado. Sí le permitió que le tocara la mano, en el taxi, de regreso, interiormente convencida de que de aquella aventura no saldría nada más. Cuando no hablaba de sí mismo, se entregaba a diatribas sobre los premios literarios, los periodistas que publican malos libros pero reciben buenas críticas de sus colegas, los autores traducidos que no lo merecen, o los éxitos injustificados. Pero François se había empeñado, y al día siguiente quiso que la acompañara al teatro, a ver la adaptación de la novela de un amigo suyo.

Ella accedió, con la idea de dejarlo plantado en el último minuto. Sin embargo, en la librería de su barrio, Claire dio con una edición de bolsillo de *Mata Hari en todos mis sueños*, con la reproducción de un detalle de un Botticelli en la portada, nada demasiado excitante. Y fue así como, aquella tarde, acostada sin desvestir sobre su cama, se enamoró. A lo largo de las páginas y de las descripciones, cedió ante su poder. En su vientre fue tomando forma un deseo casi doloroso, el deseo de pertenecer al hombre cuya mano escribía aquellas líneas, el deseo de situarse bajo su mirada, de ser atravesada por su lucidez, retratada viva, exhibida, vista, transcrita. La escritura tenía autoridad. Cada frase se tornaba erótica, por el solo hecho de haberla escrito el hombre que la deseaba. Nunca había leído una novela pensando, físicamente, en quien la había escrito. Algunas páginas eran particularmente agresivas con respecto a las mujeres, lo cual desencadenó en Claire un salvaje deseo sexual.

Claire se pasó toda la tarde leyendo en la cama. Aquello era más estimulante que acostarse con él. En cuanto las niñas llegaron a casa, las dejó solas el tiempo justo de ir y venir en metro al Virgin Megastore, que abre hasta medianoche, donde encontró dos de sus novelas en bolsillo y una edición de gran formato. Toparse en aquella

tienda con novelas que llevaban su nombre en la cubierta acabó de imbuirla de un loco delirio erótico. Sumergida en sus páginas no durmió mucho, tenía la sensación de estar muy viva, algo que había olvidado hacía tiempo. Le gustaba incluso aquello que le parecía un poco ingenuo, como esa forma de reservarse siempre el papel del héroe, incluso en situaciones en las que era evidente que el narrador no las tenía todas consigo. François siempre retorcía la escena con el fin de hacerla descender al nivel de su personaje, para poder dominarla. Pero también eso le gustaba, ese gesto pueril, puede que una fragilidad, un punto en él que ella podría proteger. Allá en el fondo de su corazón, sus novelas le susurraban. Había conocido a un hombre al que podía amar.

En cuanto a los hechos, cuando unos días después efectivamente se acostaron juntos, nada fue como en su libro. François era más viejo que Christophe.

Más allá de cuanto pueda decirse en su contra, la pornografía tenía el mérito de haber enseñado a los hombres de su edad que hacer el amor no es solamente acostarse sobre su pareja, sin siquiera levantarse de vez en cuando para ver qué cara pone. François no era un mal amante, pero era de otra época. Frotaba las partes de su cuerpo que él consideraba implicadas en el asunto contra las de ella, dando la impresión de disfrutar de lo que ella se dejaba hacer. Sin embargo, Claire no era de esas mujeres que esperan alcanzar el orgasmo. Alguna que otra vez, más que nada por descuido, sí le había ocurrido, aunque a ella no le pareció especialmente interesante. Aun así, un poco de sensualidad, un mínimo de formalidades no le habrían disgustado. Siempre había estado íntimamente convencida de que a todo el mundo le sucedía lo mismo, y que las demás hacían como ella: cuando hablaban de orgasmo estaban jugando con las palabras. Excepto las enfermas, por supuesto. Pero a las mujeres normales, como ella, del sexo les gustaba el momento, sentir que el otro estaba disfrutando y que eso pasaba a través de ellas. De hecho, ese gusto que recibía de la piel del otro, de su miembro, de su placer, era un sustituto del orgasmo. Según ella, ese era el auténtico goce de la mujer. Ese compartirse.

Así que François se retorció sobre ella dos minutos, gozó, y con aire

contento declaró que, para ser la primera vez, les había salido muy bien y que ya les saldría mejor; no tenía pues ninguna duda de que ella lo deseaba, y eso que, comparado con ella, era viejo. Pero estaba seguro de sí mismo: ella lo amaba, ella lo deseaba. Luego se quedó dormido y roncó. Contrariada, Claire pensó en el sexo con Christophe, el recuerdo que guardaba, esa alquimia perfecta, plena; su cuerpo entregado a él, poseído, casado y profundamente feliz. Esa experiencia en la carne de su complementariedad. Recordar sus manos, el tamaño perfecto de sus manos asiendo sus caderas, la autoridad juguetona con que la doblegaba, la tendía, la buscaba en su vientre que parecía desplegarse: ella era un vientre negro y cálido, sin fin, y él la colmaba por completo. Aunque también es cierto que podía una hacer así el amor, y a los dos días separarse. Claire nunca se contaba la historia en su orden cronológico, desarrollar los acontecimientos no le interesaba, ella se acordaba caóticamente. Y eso que en su mente se representaba de forma definitiva como el sexo con Christophe, solo sucedió durante los primeros años de su historia. Tras el nacimiento de Mathilde, apenas habían tenido tiempo de volver a empezar a hacer el amor, enseguida llegó Elisabeth y Christophe no quiso ni tocarla durante meses.

Aquella primera noche con François había sido la peor de todas. Hasta pensó en volverse a casa sin despertarlo. Las niñas estaban en casa de su madre, así que podría disfrutar de una mañana tranquila. Pero no conocía aquel barrio en que él vivía, tuvo miedo de no encontrar un taxi. Además, no quería hacerle daño, ni siquiera dejando una nota, a él podría haberle parecido un gesto hostil. En su cabecita redactaba los fragmentos de la novela que, si alguna vez lo trataba mal, podría llegar a escribir sobre ella. Esa costumbre, que adquirió ya en la primera cita, habría de condicionar en adelante su relación con él. Siempre trataba de comportarse como una buena heroína. Con el tiempo, terminaría dándose cuenta de que en las novelas de su marido nunca habría un lugar para ella. No formaba parte de su imaginario romántico, para él eso era una cuestión de honor. Como tantas otras cosas, eso la decepcionó. La vida pasa, una serie de capitulaciones.

Así pues se quedó, primero con François, y luego en su casa. Durante

los primeros tiempos vivió en un estado de gracia. Sexualmente, la sorprendió. Aunque en la cama seguía sin ser demasiado sofisticado, acabó por mostrarse inspirado de otro modo, pues un día le planteó que podía atarla; ni siquiera tardó mucho, se lo pidió al cabo de una semana. Claire respondió enseguida que sí, ocultando el disgusto que le provocó la propuesta. Eran juegos de parejas mayores, para darle a la relación su puntito picante, si no, por qué hacer ese tipo de cosas. Aunque eso fue antes de probarlo. Porque una vez allí de pie, amordazada, las braguitas bajadas hasta las rodillas, los brazos extendidos, atada por las muñecas al último estante de libros, descubrió que, por momentos, se olvidaba de preguntarse si estaba demasiado gorda, si su pareja se sentía bien, si no estaría armando demasiado ruido porque lo único que le interesaba era su sexo marcando el ritmo entre sus muslos como un martillo furioso. Pidió más, gimió, esperó… cambió radicalmente de opinión sobre el sexo. Fueron tiempos de éxtasis. Se veía a primera vista, todo el mundo se lo decía: estaba radiante. A las amigas les parecía que tenía un aspecto estupendo. Aquello había sido una revelación, y el cimiento de su pareja. Por lo menos, el cimiento del zócalo. Porque enseguida, claro, los juegos se fueron espaciando, y luego se olvidaron de jugar.

Una pareja con tres hijas es tema complicado. Mucho tiempo sin poder estar solos. Las amigas de Claire le habían aconsejado que fuera con cuidado. Su madre se lo dijo a la primera de cambio: «Valentine hará todo lo posible por alejarte de su padre». Lo cual le pareció exagerado. Son dos tipos de amor que no se ponen en el mismo plato de la balanza. Ella recordaba perfectamente a las mujeres de su padre, unas mujeres cuya edad no variaba a medida que su padre se iba convirtiendo en un anciano, y que cada vez se acercaban más a la edad de Claire. Las jovencitas que se acuestan con señores mayores siempre tienen algo de retorcido. Chicas cada vez menos interesantes, que vestían cada vez peor, pero el viejo se contentaba. Además, llegados a cierto punto, su padre parecía senil, y aunque a sus novias les hubiera dado por hacerse caca encima de la mesa, él habría gritado «¡En el orinal!» y le habría parecido encantador. Para como estaba hacía lo que

podía, y lo que es él, parecía contento.

En casa, aunque las mujeres de su padre se fueron sucediendo, cada una se comportaba como si fuera la primera y la última de todas, la definitiva. Una serie de perras bonitas. Exactamente lo que Claire no quería ser para Valentine. Ni hostil, ni intrusiva, ni injusta. Una adulta respetuosa y abierta. Pero la niña con ella fue infecta. Claire se había propuesto neutralizarla con bondad, anegarla en delicadeza, amor y comprensión. Valentine decidió desde el primer momento que Claire era una retrasada, y luego ya no dio el brazo a torcer. La mayoría de las veces se negaba a hablar con ella. «Me dejas en paz, por favor», eran las palabras que más le escuchó. En cambio, con Mathilde y Elisabeth se mostró siempre correcta. Las tres chicas parecían haber llegado a un acuerdo tácito de no agresión.

Claire quiso autoconvencerse de que, a fuerza de buena voluntad, todo iba a salir bien. Un día Valentine le dio a leer un relato que acababa de escribir. Claire debería haberse olido que en realidad no era para conocer su opinión. Se trataba de la historia de una «judía infame» —Claire era protestante, al principio eso la tranquilizó, pensó que no iba con ella—, de una lujuria temible, paseándose a cuatro patas por la casa pidiendo a gritos que le castigaran las nalgas. Seguían largas descripciones de los paquetes de grasa en sus enormes muslos, temblorosos ante cada golpe. ¿Cómo podía conocer Valentine tantos detalles sobre la naturaleza de sus relaciones? Misterio. Cuando las niñas estaban en la casa nunca habían hecho nada. Claire no se atrevió a contarle a nadie la historia que había escrito la niña. Pero su obscenidad aberrante acabó por desmoralizarla. Valentine le daba miedo. Eso fue hace tiempo, ya. Es horrible admitirlo, pero todo es mejor cuando ella no está.

Sale del baño. Reconfortante calor de la gruesa toalla de rizo gris, colgada encima del radiador. El espejo empañado. El baño está desordenado, las niñas se han duchado antes que ella y lo han dejado todo de cualquier manera. Al lado de su habitación tienen su propio cuarto de baño, pero en este la bañera es más grande y los estantes están atiborrados de productos de belleza que ellas le roban

concienzudamente. Por mucho que sepa y que se repita a sí misma que no hay nada personal en ello, no logra sacarse de la cabeza la idea de que sus hijas la agreden: «Estás vieja y fea, así que déjanos el cuarto de baño bonito y los productos que huelen bien, tu época ya pasó». El psiquiatra le da a entender que es su propia agresividad, y que ella la imagina expresada por los demás.

Con el tiempo, la cosa no fue a mejor. Valentine se negaba a sentarse a su misma mesa para comer, y si la obligaban, se ponía insoportable. François no sabía qué hacer. Pensó que ya se le pasaría. En el fondo, que la niña no se llevase bien con su madrastra le parecía normal. Jacqueline Galtan tomó partido por su nuera. Consideraba que Valentine necesitaba que la metieran en cintura. La adolescente se había vuelto violenta, incluso a nivel físico. La primera vez que le dio una bofetada a Claire, estaban las dos solas en la cocina. Valentine se estaba abriendo un helado mientras se tomaba una Coca-Cola, y Claire le señaló amablemente que aquello eran un montón de calorías. «No te preocupes por mí, cuando sea mayor no quiero ser una puta, como tú». Al instante, las lágrimas asomaron a los ojos de Claire. La vulgaridad no formaba parte de su forma de comunicarse. Por una vez, encontró las fuerzas para responder: «Pero ¿tú qué te has creído, jovencita? ¿Que tu familia es lo suficientemente rica como para que esté con tu padre por el dinero?». Y Valentine la dio una bofetada. «Pobre pordiosera, no trabajas, no haces nada, así que encima no vas a joderme». La conversación no tenía sentido. Lo importante era el terror. Claire le contó la escena a François, quien después habló largo y tendido con Jacqueline. Acordaron que había que ayudar a la adolescente. Quedaba por elegir el centro más conveniente. El abuelo de Valentine, que siempre se había opuesto a que la metieran en un internado o incluso a que fuera a un psicólogo, había muerto unos meses antes. Claire lo lamentaba, hubiera preferido que todo saliera bien. Pero no podían dejar que la cría siguiera a la deriva. Y entonces desapareció.

Las cosas con la detective no salieron bien. Desde que Valentine se marchó, Claire siente un malestar en el estómago que le resulta familiar, como cuando acabas de romper un objeto de valor, o de faltar

a una cita sin poder avisar previamente. La sensación de algo mal hecho.

Ella no lo había imaginado así. Jacqueline les dijo que había contratado a una detective, parecía una gran idea. Con la policía el tema es demasiado complicado. Están acostumbrados a esas cosas, no les queda otra, y no se ponen nerviosos. Y además está la publicidad que eso pudiera acarrear, nunca se sabe. François no lo soportaría.

Es difícil no saber dónde está Valentine. François no se da cuenta, pero desde que su hija se fue está transformado. En unas pocas semanas ha envejecido diez años. Cuando se lo oyes decir a los otros parece una exageración, pero la expresión representa lo que ha sucedido con absoluta exactitud: ha envejecido diez años. La cara de un hombre viejo ha reemplazado a la del hombre maduro. Hasta tal punto ama a su hija.

Cuando llegó la detective, no reaccionó bien. «No tengo mucho que contarle. ¿De qué iba a servir que le contara la vida de Valentine? Me alegro de que pueda aprovecharse del dolor de las familias para sacarnos una fortuna, pero, sin ánimo de ofender… Si yo no sé dónde buscarla, dudo que usted pueda hacerlo». La detective miraba a su alrededor, aquello no pareció afectarle. Su mirada inspeccionaba el lugar. Allí de pie, ligeramente inclinada sobre el borde del sofá, parecía buscar sus preguntas con dificultad. Cuando le preguntó si podía pasar un ratito a solas en la habitación de la niña, François no supo negarse. Sentado en el sofá, suspiraba furioso. Quería que se marchara de su casa. Claire no acabó de entender bien esa reacción tan violenta. Se había sentado a ver la tele, prefería no meter baza en el asunto. Al poco, él acudió a verla, estaba fuera de sí: «Y además es una fea. Lo que faltaba, ¿no? Tratándose de mi madre, no me sorprende. A la mínima que puede joderme… no pierde la oportunidad». La detective no estuvo mucho tiempo encerrada en la habitación de Valentine. Cuando se hubo largado, todo seguía en el mismo lugar, si había estado registrando —y sin duda lo había hecho—, tuvo la precaución de no desordenar nada.

François no le había hablado de los golpes. Tampoco de los insultos. Tal vez debería haberlo hecho. Valentine les había quitado el ánimo, el

apetito, el deseo de reír, las palabras. Tampoco quiso hablarle de Vanessa. Su primera esposa. Todo lo que Claire sabe es porque se lo contó Jacqueline, o porque lo dedujo de la lectura de las novelas que él escribió durante los años siguientes. Claire comprende ese silencio. A ella tampoco le gusta hablar de su primer matrimonio. Detesta la ligereza con que la escucha la gente. Pero no decirle a la detective que Vanessa vive en Barcelona es una tontería. Le haría ganar tiempo. Seguro que Valentine ha ido a verla. A pesar de las advertencias de los adultos que la rodeaban, la adolescente habrá querido comprobar por sí misma por qué su madre no quiere ni oír hablar de ella. No puede culparla por eso. Pero si François se entera de que Claire se ha permitido llamar a Vanessa para avisarla, se pondría hecho una furia. Más teniendo en cuenta que, para confesarle eso, primero tendría que explicarle que no era la primera vez que la telefoneaba. Al principio de su romance. Para conocerla. Para ver cómo era. Vanessa no es una buena persona, es tan negativa y ponzoñosa como la pinta Jacqueline. Pero Claire pensó que debía ponerla al corriente.

La mano derecha de Rafik pasa del ratón a la taza-termo plateada hasta arriba de café hirviendo, sus ojos pegados a la pantalla. Está convirtiendo la información hackeada en datos que yo pueda entender. Yo estoy sentada a su lado, sin atreverme a quejarme de que el proceso lleve tanto tiempo.

Rafik llegó a Reldanch a mediados de los noventa, primero se instaló en un cuchitril allá al fondo del cuarto piso, él y su ordenador con una torre enorme. Jean-Marc cuenta que su conexión a internet pasaba por una línea telefónica y que hacía un ruido salvaje, que la oían rugir a intervalos regulares. Dos años más tarde, se instaló en un pequeño apartamento que acababa de quedar libre en la planta baja del edificio, ganando así espacio para colocar allí sus máquinas y para contratar a algunos asistentes, luego también anexó el cuarto de la conserje, a quien le dieron las gracias y ya nunca reemplazaron. En su local siempre oscuro, los ordenatas parpadean con obstinación, el ruido de los ventiladores crea un fondo sonoro embrutecido y los que trabajan allí llevan cascos casi todos. La idea de abrir las persianas ni se les pasa por la cabeza, dicen que es para que no les entren a robar, pero teniendo en cuenta el grosor de los barrotes que han instalado en las ventanas, ni a una banda de chechenos motivados se le ocurriría intentarlo. Sobre todo porque el sitio no está vacío casi nunca, el equipo de Rafik no es de los que si hay que dormir se van a casa. Entre ellos reina una competencia implacable, deben de pensar que si se alejan demasiado tiempo de semejante centro de poder, pueden llegar a perder su sitio. Los dominios de Rafik se han convertido en el corazón, los pulmones, el cerebro y los ojos de la empresa.

Cuando llegó, a todo el mundo le extrañó que le dieran acceso tan fácilmente a las cuentas bancarias, las facturas de teléfono, los

documentos de identidad o los históricos legales. Luego Rafik convenció al jefe de que tenía que confabularse con un bufete de abogados especializado en el control de datos en la red. Los más viejos pensaron que deliraba: aquello de vigilar la aparición de sus nombres en internet no podía interesar más que a tres o cuatro VIP más o menos confundidos. Pero Rafik tuvo éxito y desarrolló su servicio exactamente un año antes de que el asunto explotara en foros, blogs y otros espacios de comentarios, convirtiendo ese sector en el más rentable de toda nuestra actividad. Ellos peinan la red. Nuestros abogados asociados envían unos correos electrónicos tan agresivos que los proveedores de hosting no oponen la menor resistencia. Cuando, por la razón que sea, se hacen los remolones, revientan la web en cuestión y andando. Basta con ver trabajar al equipo de Rafik para advertir a la primera que todo ese discurso ético sobre la censura no ha acabado de captar el espíritu de la modernidad: cualquier contenido virtual puede ser borrado, sometido por naturaleza a todo tipo de reescritura, tachado y manipulación. Los clientes no tardaron en pasarse los unos a los otros la dirección de Reldanch. Cada vez es más frecuente que contraten los servicios de su equipo para perjudicar a la competencia.

También fue Rafik quien avisó al viejo jefe de que la vigilancia de los adolescentes iba a generar una facturación enorme, que teníamos que especializarnos antes que los demás. Fue el primero en traer un teléfono espía a la oficina, y en imaginar que su función principal no iba a ser monitorizar adulterios. Las leyes sobre el divorcio —que iban a volver inútil el flagrante delito, y a convertir una parte de nuestras actividades en algo obsoleto— todavía no habían cambiado. Rafik adora la tecnología, tiene un don para prever sus posibles aplicaciones. Estaba en lo cierto: el móvil se ha convertido en una prótesis inseparable de los chavales, y los padres no ven por qué razón no lo iban a utilizar para saber, en tiempo real, lo que hacen, dicen, envían, reciben y en qué lugares sucede cada una de esas cosas. El volumen de negocios ha crecido de forma exponencial. Reldanch fue una de las primeras empresas en llegar. En cierto modo, a mí me ficharon gracias al olfato de Rafik.

Esta mañana, cuando llegué lastrada por el disco duro de tres kilos que llevaba en el bolso, esperaba que me hicieran esperar media hora sin molestarse siquiera en señalarme una silla en la que sentarme, que es lo que me pasa siempre cuando tengo que ir a pedir algo a la planta baja. En el equipo de Rafik, ser amable o acogedor es señal de debilidad. Si la empresa funciona es gracias a su servicio. Nosotros, los de arriba, no somos más que una banda de paquidermos anticuados. Nos toleran, poco más. Pero hoy, apenas verme, Rafik se ha levantado; me da a mí que es la primera vez que se molesta en saludarme, tanto es así que me sorprende que haya sido capaz de reconocerme a la primera. Ha hecho como si fuéramos buenos amigos de siempre. Yo he sentido cómo la mirada del equipo al completo se iba posando sobre mí, uno por uno, evaluándome de arriba abajo, sin la más mínima benevolencia, en una desagradable mezcolanza de envidia y hostilidad.

Rafik me ha pedido que me instalara al fondo del espacio diáfano, a su derecha. Al final he deducido que la Hiena le había avisado, y que por tanto no mentía: lo conoce, y además bien. El trato de favor me halaga, pero la malicia inmediata que atrae sobre mí me sorprende. Siento todos esos ojos recelosos y hostiles clavándose como puñales en mi espalda.

A mí, el equipo de Rafik nunca me ha gustado. Con esas vocecillas chillonas, ese vocabulario del que no se entiende nada, esa discreción que se debe más a un complejo de superioridad que a timidez. No me gusta la falsa y ostentosa alegría de los colores con que visten, ni las monturas de gafas que eligen. No me gusta su sentido del humor. Sus reflexiones sistemáticamente racistas, que habría que tomar con muchas pinzas para ser políticamente correcto, cuando resulta que son incapaces de ver a un negro, un chino, un indio o un moro sin aludir enseguida a su raza. Por lo general, en el equipo de Rafik están por el liberalismo, son jovialmente proamericanos a la espera de convertirse en prochinos, todo convenientemente acicalado con ese tonito de quien no teme situarse al margen, no teme asumir sus opiniones. Siempre del

lado del poder, se creen a la vanguardia de la subversión. Yo me imagino con perplejidad esa Francia a la que ellos aspiran, donde colectivismo y bolchevismo serían las madres de todos nuestros vicios. Una Francia despiadadamente vegetariana, de orgía interracial, en la que cada cual sodomiza a quien tiene al lado blandiendo banderas sandinistas. En cuanto al valor para decir en voz alta lo que nadie más se atreve a decir, estos jóvenes ni siquiera son capaces de pronunciar la expresión «horas extras» cuando se han pasado tres noches seguidas en la planta baja. Y cuando les gritan, la débil luz de odio que anida allá al fondo de sus ojillos no corre ningún peligro de convertirse en un gran incendio, por lo menos no hasta que en el programa escolar les pongan la asignatura de piromanía. Les ponen peros a los huelguistas, les ponen peros a los agitadores, les ponen peros a los artistas, les ponen peros a los extranjeros, les ponen peros a los viejos, les ponen peros a los funcionarios, les ponen peros a los subsidiados, sin que ello, no obstante, les impida cobrar subsidios de vivienda o el paro a la mínima que se les presenta la oportunidad. Rafik les habla mal, les paga mal, nunca les da las gracias, no los felicita. Rafik los trata como les gusta que les traten, y por eso lo respetan. A cambio, hacen un trabajo impecable. Desprecian a cualquiera que no curre en su misma planta, a tal punto que hasta nosotros hemos acabado por asumir esa idea suya de que pertenecemos al pasado.

Rafik se ensaña con su teclado, parece que vaya a lanzar un cohete. Murmura: «No te preocupes, son cinco minutos». Lo que en lenguaje común vendría a significar: «Vas a pasarte el día enterito de plantón aquí a mi vera». Me entran ganas de estar en cualquier otra parte, me entran ganas de irme a casa a perder el tiempo en internet, me entran ganas de meterme en un cine y ver una buena película. A mí qué me importa lo que haya en los ordenadores de una gente a la que no conozco y que al pasar por su casa me ha dejado un regusto tan odioso. Porque el apartamento, de primeras, me ha parecido ofensivo. Demasiado grande, demasiado limpio, demasiado caro. Yo me había

preparado unas cuantas preguntas así por encima. Sus amistades, sus salidas, su madre. Todo en la actitud de François Galtan me hacía sentir que, para él, soportarme cinco minutos allí en su casa era una especie de catástrofe, su manera de responder, de evitar mirarme, de gritarme: «Sal de mi casa, no eres capaz de encontrar a mi hija». La madrastra no fue tan desagradable, pero en su amabilidad detecté un desprecio de clase aún más humillante. Cuando finalmente admitió que entre ella y la niña las cosas no iban muy bien, François Galtan alzó los ojos al cielo: «Eres su madrastra, Dios del cielo, ¿desde cuándo una niña se lleva bien con su madrastra?». Sobre la madre biológica de la criatura no he averiguado nada, ellos pretendían no haber tenido la menor noticia en más de una década. Mentían, pero no me he atrevido a insistir. Solo tenía una idea en mente: salir de allí lo antes posible.

Rafik se levanta y conecta varios cables a la máquina que tiene al lado de la suya, luego enciende la pantalla que hay delante de mí, para que pueda ver lo que él ve. Se dirige a mí en voz baja, en un tono hipnótico, típico de la gente que hace dos cosas al mismo tiempo:

—Para encontrar a la madre he acudido a alguien de fuera, tengo a todo el equipo ocupado, así irá más rápido, y prefiero que quede entre nosotros. Esta noche tendremos resultados, eso espero.

Yo asiento, dándomelas de chica que no se sorprende. Así que formar parte de la flor y nata era eso: no mover un dedo y pasarles el marrón a otros. Me centro en el historial de navegación que Rafik me va cantando, mientras hace desfilar unas largas listas en las dos pantallas. Empieza con el ordenador de François Galtan. Yo me guardo para mí la reflexión que me viene a la mente: lo que quiera que haya en el disco duro del padre nos resbala un poco. Es un capullo, pero es poco probable que tenga a su propia hija secuestrada en el sótano, y aunque podría ser su estilo, dudo que se jactara de ello en internet.

Rafik me explica que lo que ahora aparece corresponde a la navegación del padre en internet. Hay toda una columna de logos con una «a» subrayados por una sonrisa amarilla, hago clic en uno de ellos y me lleva a la página de ventas de su última novela, *La gran pirámide de París*.

—Pero ¿qué hace este tipo todo el rato en Amazon, mirando su libro treinta veces al día?

Detrás de nosotros, un asistente en cuya presencia ni siquiera había reparado, sin la menor vergüenza por revelar que estaba escuchando hasta el menor susurro, se digna iluminarme:

—Revisa su clasificación en las ventas. Cambia cada hora.

Miro por encima de mi hombro, sorprendida de que haya logrado pronunciar una frase entera sin decir «firewall» o «rúter».

—Tengo un amigo que ha publicado un ensayo. El ranking de ventas lo volvió loco. Empezó a comprar su propio libro. Pedía uno al día, intentaba no hacerlo, pero lo veía caer en las ventas y no podía soportarlo. Compró más de cincuenta, hasta que su madre se lo llevó a Santo Domingo de vacaciones por la fuerza, a un bungalow sin conexión.

—Galtan el suyo no debe de encargarlo mucho. Está en la posición 77.000. Eso no es bueno, ¿verdad? Quizá deberíamos comprarle algunos. El pobre ya no tiene a su hija consigo.

Rafik y el chaval estallan en una carcajada como si mi humor fuera devastador. El asistente se ríe porque estoy sentada a la derecha de Rafik, que a su vez se ríe porque me envía la Hiena. Debe ser eso, «un círculo virtuoso». Aparte de eso, el padre consulta las páginas de libros del *Figaro*, *Les Echos*, *Bibliobs*, la clasificación del *Express*, abre *Livres Hebdo* y otros blogs muy seriamente enfrascados en lo que vendría siendo LA literatura. Galtan deja mucho comentario despreciable bajo diversas identidades. Las rastreamos sin problema: «Que le den por el culo, en ese enorme culo lleno de mierda», dice sobre una colega. Todo un hombre satisfecho, sin el menor resentimiento ni desorden personal alguno. Los comentarios fueron posteados después de la desaparición de su hija. He aquí alguien que no se deja distraer fácilmente.

Recorro sus buzones de mail, tiene tres: uno para su actividad de escritor, casi exclusivamente dedicado a la encargada de prensa de su editorial, a quien bombardea con correos coquetos y falsamente ligeros: «Me pregunto por qué no me han invitado a “La gran librería”, pensaba que se trataba de una emisión literaria, y como escribo libros…

También me pregunto si llevas ese vestido rojo con el que estás tan atractiva». Da la sensación de que le gustaría ser capaz de moderarse, aunque le escribe diez veces al día. Si la chica tiene lagunas en su listado de prensa, ahí está él para llenarlas: le señala todo lo que existe en cualquier soporte posible y que hable de novelas. Una segunda dirección es personal, sirve para familiares y allegados. No encuentro ninguna mención directa a la desaparición de la niña. Se contenta con señalar insistentemente que está «fatal», y se disculpa por no acudir a tal fiesta, aniversario o velada. La última dirección es clandestina, sirve para sus amantes. Conserva cuidadosamente toda su correspondencia. Una podría reconstruir el aburrido y poco surtido ir y venir de sus sucesivas amantes durante los últimos dos años, rupturas incluidas. Es un cobarde. Cuando las deja —y no deja a una hasta estar seguro de disponer de una nueva, sin tiempo muerto entre dos adulterios—, se limita a desaparecer, y aunque ni siquiera abre mensajes que le envían las repudiadas, los archiva igualmente, cada cual en su carpeta. Por su parte, Rafik ataca los documentos Word, versiones de su biografía, borradores de la contraportada, las primeras líneas de un texto sobre las mujeres, una carta oficial a un antiguo operador de telefonía que no ha cancelado su contrato, y algunas notas sobre los burdeles de París en el siglo pasado. El rápido desplazamiento de las páginas en pantalla me da náuseas. Me entran ganas de tomarme un respiro.

—Lo único interesante es que nunca habla de su hija.

—Normal: es un hombre, y a los hombres no les gusta lamentarse.

Me lo explica como si nunca en mi vida hubiera tenido la suerte de observar directamente cómo viven los hombres, esa raza humana desconocida de la que, no obstante, sabemos que avanza en la existencia con paso decoroso y severo, silencioso y firme. Rafik abre el disco duro de la madrastra, yo tengo la sensación de estar siendo castigada. Tiene un interés notable en las diferentes formas de preparar pato, carne de res y tartas de limón. Postea, en foros de madres, comentarios estúpidos sobre las lecturas de sus hijas. Cuando llegamos a su mail, yo ya voy en piloto automático. Los envía en cantidades estremecedoras. No cuesta dar con Valentine. «Ver su habitación vacía

resulta terrible». Sí, me pregunto si tardará mucho en anunciar que piensa convertirla en un vestidor. «Abrazo a mis hijas bien fuerte rogando no verme nunca en una situación tan atroz, sin saber siquiera dónde están». Tras prestar atención durante treinta segundos, y oyendo ya allá al fondo el canto de las sirenas del más profundo aburrimiento, de pronto, retrocediendo un poco hasta antes de la desaparición, la cosa se pone más interesante. «Ha vuelto a suceder. Esta vez en la cocina, me golpeó contra el fregadero y me gritó unas cosas terribles. Yo acababa de aconsejarle que tuviera cuidado con lo que comía, y ella me dijo de todo. Ahora, cuando la oigo llegar, me entra miedo. Se va a su habitación sin decirme ni palabra, pero yo sé que está ahí, y temo que en cualquier momento salga y me pegue. Tengo miedo por la noche cuando me voy a dormir, pienso que podría coger un cuchillo y degollarme. François dice que no me preocupe, que ya se le pasará, pero él no la ha visto nunca cuando tiene un ataque. Se vuelve irreconocible, hecha un monstruo». Rafik está tenso, trabaja en silencio, va abriendo los mails mecánicamente, yo estoy muy tiesa en mi asiento y pegada a la pantalla. Tengo sensaciones encontradas, satisfacción por haber dado con algo, pero también un cierto placer al imaginar a esa perra con cárdigan beige, que esta mañana me despreciaba en el salón de su casa, retorciéndose contra un fregadero, aterrorizada. «Esta mañana, antes de irse al colegio, Valentine me ha dado un bofetón. Sé que vas a decirme que tengo que hablar con François y que no puedo seguir viviendo en esta casa con ella. Me siento aturdida por la situación. Me he pasado el día llorando». Sin dejar de leer, Rafik me pregunta:

—¿Cómo la has visto, a la madrastra?

—Superabofeteable.

Sus dedos dejan el teclado por un segundo, se vuelve hacia mí:

—Si quien le pegara fuese su novio te parecería escandaloso, pero como ha sido la hijastra te parece divertido, ¿no?

—No, te lo juro, si fuera su novio también me parecería genial.

Rafik vacila, luego sonríe con un aire cómplice, compruebo que he marcado un poco el terreno.

—No me sorprende que formes equipo con «ella»…

Me abstengo de comentarle que también yo crecí con una madrastra, y que eso me hace sentir simpatía hacia cualquier pájara que golpee a la suya. Rafik encuentra una serie de intercambios de mail entre Claire y Galtan madre, con toda una serie de links a webs de instituciones psiquiátricas privadas. Suiza, Inglaterra, Canadá, Estados Unidos. Han rastreado largo y tendido. Claire le asegura a la abuela su apoyo activo con el padre, quien parece reticente ante la idea de encerrar a la pequeña. Al parecer, se hallaría inmerso en una negación que resulta comprensible, suerte que las dos mujeres se ocupan de todo. Rafik me tiende la mano, como si tuviera que felicitarme por algo. En voz baja como antes, al abrir el último disco duro me dice:

—Te dejo que este lo desmenuces al detalle tú sola, verás que te abre un poco la perspectiva.

—Si Valentine sospechó algo, se entendería mejor que pensara en ponerse a salvo.

—Y también se entendería mejor por qué te contrataron… En ese tipo de establecimientos piden un dosier, es como una gran universidad.

—El dosier lo tienen, si lo sabré yo.

—Parece que la chavala da el perfil, ¿no?

—No se lo hace con perros, pero, francamente, ese es su único límite.

La noche ha caído cuando nos encontramos en un pequeño bar del barrio, La Goutte d'Or, no muy lejos de la oficina. Estamos en ramadán, el local está hasta arriba. Clientela exclusivamente masculina. Aromas mezclados de café, té de menta y comida especiada que llega de la sala del fondo. Estamos en un pequeño rincón a la izquierda de la barra. El chibani que lleva el local parece conocer bien a la Hiena, otro que está a buenas con ella. Rafik sigue sin entenderlo:

—Hay que remontarse más de dos meses atrás para recuperar una actividad telefónica normal, con intercambio de llamadas y SMS. Casi tres meses. Nunca lo había visto… Tienes quince años y dejas toda

actividad en internet y con el móvil… ¿cómo se explica eso? Una depresión, incluso profunda… ni siquiera eso te impide refrescar los mails de vez en cuando. ¿Drogas? Imposible… Al contrario, encontraría su rastro en la web a cualquier hora del día y de la noche. ¿Amor? ¿Sin teléfono? ¿Te imaginas una love story sin SMS?

La Hiena no se deja perturbar tanto:

—Quizá forma parte de una secta de la que aún no hemos oído hablar. ¿Una secta que haría el ramadán de la electrónica?

—Tres meses sin teléfono móvil, sin correo electrónico, sin Twitter, sin NADA. Ni una sola entrada en un blog. A mí eso me parece demasiado tranquilo: tienes una idea en mente y te la guardas para ti solita, eso es lo que pasa.

Estoy sentada enfrente de ellos, y nadie espera que diga nada. Tengo el ego más pisoteado que una vieja colilla en una acera. Empiezo a acostumbrarme. Aunque tiene su lado bueno. No corro el peligro de decir ninguna estupidez, por ejemplo. No se espera nada de mí. Ni siquiera que pague la bebida. Tengo una ligera migraña por culpa de haberme pasado el día delante de una pantalla de ordenador. Rafik sigue dándole vueltas al enigma por un lado y por el otro:

—A menos que haya colgado material porno en internet tan hardcore que su padre haya preferido apoquinar y que lo quiten todo, y luego a ella le hayan prohibido expresamente todo tipo de actividad virtual…

—Eso no explica que no haya enviado un solo mail.

—Porque ahí no hay duda, ¿no? ¿Estás segura de que nunca la has visto en un cibercafé? ¿O con el móvil de algún colega? ¿Nunca?

Las preguntas eran para mí, pero mientras acusaba recibo ya habían pasado a otra cosa. La Hiena solo tiene una idea en mente:

—Y la información sobre la madre, Rafik, ¿cuándo la vas a tener?

—Mañana a lo largo del día. De momento, no he encontrado nada a su nombre, ni seguros, ni impuestos, ni cuenta bancaria. Pero saldrá, yo por eso no me preocupo. Podemos hacer lo que hoy: quedo con Lucie para seguir, y por la noche…

—No, mañana tenemos cosas que hacer juntas. Nos vamos a Bourges, hay concierto de Pánico En Tu Culo. Vamos a las pruebas de sonido.

¿Eso no lo escuchas tú, Rafik, entre Rihanna y Lady Gaga?

Esta vez intervengo en la conversación:

—Me alegra enterarme de que mañana salgo de viaje.

—¿Qué te pasa, Derrick, tenías otros planes?

Y conchabándose con Rafik:

—Nunca había visto a nadie a quien le gustara tanto no dar un palo al agua.

—¿Sería mucho pedir que me mantuvieras informada? Estás hablando de mi tiempo.

—No hay problema, Derrick, la próxima vez te lo notifico por fax.

Yo llevo la mirada al cielo y suspiro ostensiblemente, en plan dejarle claro que empiezo a estar harta de que me llame Derrick y se burle así de mí. Ella vuelve a aliarse con Rafik:

—Ahí lo tienes, ¿lo ves? Está loca por mí. Les pasa a todas lo mismo. Empieza a ser un problema. Es lo que siempre te he dicho, Rafik, lo importante con la testo no es la cantidad, sino la calidad. La mía las convierte en unas perras, no saben ni lo que les pasa. Me aman, eso es todo.

Al día siguiente, la Hiena me espera en la puerta de casa. Esta vez maneja un 4x4 gris metalizado, no me ha quedado claro de dónde ha sacado ese monstruo. Cruzamos París lentamente. En un coche así, tengo la impresión de ir en una carroza. Sentadas superalto, dan ganas de ir saludando a los peatones moviendo suavemente la manita, como el Papa o la reina de Inglaterra. France Gall canta: «Si, maman si, si, maman si». No escuchaba esa canción desde hacía mucho. Me trae un montón de imágenes extrañamente nítidas a las que no había vuelto nunca: domingo por la mañana en el coche de mis padres, en el asiento de atrás, cuando íbamos el fin de semana a ver a los abuelos y, de camino, escuchábamos «Stop ou Encore?». Luego Michel Berger empieza a cantar «Si tu crois un jour que tu m'aimes», y caigo en la cuenta de que no es la radio. La Hiena conduce en silencio, absorta en sus pensamientos, separada del volante, los brazos extendidos.

—¿No vamos a llegar un poco pronto, tratándose de un concierto?

—Conozco a alguien de la organización, he llamado para preguntar cuándo eran las pruebas de sonido. Me he figurado que, en una ciudad de provincias donde no conocen a nadie, justo antes de subirse al escenario iban a ser más fáciles de abordar.

—¿Has reflexionado sobre lo que les vamos a preguntar?

—¿Y de qué crees que vamos a hablar? ¿De la situación en Israel? ¿El impuesto sobre el carbono?

—Me gustaría que dejaras de dirigirte a mí como a una mongola.

—Cambia el tipo de preguntas, eso fijo que ayuda.

—¿Es verdad que el nombre de Hiena te lo puso Kromag?

—No. Cuando empecé a currar ya me llamaba así. Es porque tengo un clítoris enorme.

Yo alzo las cejas mirando al cielo. No me gusta ese tipo de humor. Siento como si me restregara los genitales por todo el careto. Llegar a la autopista nos lleva un tiempo, trato de interesarme en lo que tenemos entre manos:

—¿Has encontrado algo de información sobre el grupo?

—He visto su Facebook. Niños bien enfadados con el mundo, rollo ligeramente White Power.

—¿«Ligeramente» White Power?

—Me he informado un poco, van por ahí alardeando de su estupidez… unos idiotas, diría yo. Niños ricos que querrían ser hijos de obreros. Se les pasará cuando entren en la empresa de papá.

—¿Eres de las que les da igual el racismo?

—Lo que pasa es que tengo una edad. Cuando veo a unos niños blancos que sienten la necesidad de decir «I'm white and I'm proud», lo único que se me ocurre es que, en mis tiempos, nunca se nos habría pasado por la cabeza ir por ahí diciendo que estábamos orgullosos de ser blancos… Si lo pensábamos, era para sentir lástima por los demás, punto pelota.

—Que no estén afiliados a un grupo determinado no les impide ser políticos, ¿no?

—Si no tienes contacto con la política, entonces es que tu grupo no es

muy conocido y que te pasas el día entre colegas en un sótano… según cómo es casi como si fueras poeta. Y no vas a ir culpando a la gente por hacer poesía, ¿no?

—No te los tomas muy en serio, ¿es eso?

—A ver, deben de tener diecisiete años… en la web se declaran de extrema derecha, ¿y dónde van a tocar…? En una sala regentada por bolleras. Por eso conozco a gente de la organización. Así que no, lo que tengo en mente no es ir a darles un curso de buena conducta moral.

Todo el rato con eso en la boca, en serio. Bollera, bollera, bollera, nunca antes había oído tantas veces la palabrita como estos últimos días. Como si a mí me importara una mierda. Por lo que a mí respecta, ya sea lesbiana, una loca de las pollas o abstinente, el precio a pagar es el mismo: me toca soportarla, y lo que quiera que sea que hace con su culo cuando nos separamos me resbala. Ella insiste:

—La extrema derecha ya no es lo que era… Mejor harían de rebautizarse Asociación de Culogordos Quejicas, así sabríamos mejor de lo que hablamos. Supongo que a Valentine nunca la has visto con parafernalia facha, o religiosa, o cualquier cosa en plan político, ¿no?

—Si tuviera una caseta de tiro en una feria del palo todos con Palestina, se me hubiera ocurrido comentártelo.

—Igual vio que la seguías y se escondía.

—Lo que está claro es que… de hecho la perdí… ¿Crees que habrá huido para marcarse unos Sieg Heil, disfrazada de Juana de Arco? ¿Por qué iba a esconderse para hacerlo? Digamos que hacer burradas no es algo que le importe demasiado…

—Para su padre sí podría ser un problema. Ningún novelista respetable quiere ver a su hija con una esvástica tatuada en la frente. En las cenas daría qué hablar.

La autopista no va demasiado llena. Zona industrial. Hangares coronados por enormes letreros, con parking delante, como un largo pasillo comercial. Había olvidado lo que me gusta la carretera, salir de París y ver cómo el asfalto va pasando por debajo del parabrisas. Muy pronto, nos rodean campos y bosques.

No tardamos en llegar a Bourges. Reconozco el frío, la luz de

invierno. Los árboles están desnudos, el paisaje es plano, una cuadrícula de campos marrón y amarillo, el cielo es bajo, los contornos limpios. La severidad de la Francia rural. De nuevo me llegan imágenes de la infancia, mochila a la espalda, autobús escolar, guantes perdidos y bicicletas en descampados.

Aparcamos en un patio cuadrado lleno de grafitis. Una enorme cabeza de payaso pintada sobre la puerta de una escuela de circo. Son las cinco y ya está oscuro. Sigo a la Hiena por la sala de conciertos, vacía, ningún técnico nos presta la menor atención. Subimos por unas escaleras a la derecha del escenario, recorremos un pasillo, la Hiena se vuelve hacia mí, me pregunta si estoy preparada, luego me aconseja susurrando:

—Te quedas detrás de mí. Pase lo que pase, no sonríes, no apartas la mirada de sus cabezas, no hablas, no te mueves. ¿Vamos?

Yo asiento con un gesto. No es que me sienta preparada, pero este no sería el mejor momento para detenerse a pedir una mayor preparación. Durante las tres horas de viaje, ya podría haberme explicado cómo iban a ir las cosas. Entra en el camerino sin llamar a la puerta. Habitación cuadrada, sin ventanas, paredes pintadas de amarillo, espejos enmarcados con bombillas redondas, cuarto de baño a un lado. El lugar está lleno de humo, pero ni eso logra disimular por completo el olor a fiera joven. Yo me quedo apoyada contra la puerta, las manos en los bolsillos. A pesar de las instrucciones, advierto que en los labios me baila una sonrisita, rollo para disimular mi malestar.

Son muchos en un lugar muy pequeño, todos de sexo masculino, deben de habernos tomado por gente de la sala, de entrada no nos prestan atención. Tengo miedo de estar aquí, un miedo físico. Al mirarlos de extranjis me voy tranquilizando, son todos unos críos. Pero unos críos grandotes, mucho tatuaje, mucho piercing, medio desnudos, bien malosos. Acostumbrados los unos a los otros, ruidosos. Yo no pienso más que en mi respiración, en mantenerla bajo control, partiendo del principio de que mientras el ritmo cardíaco no cambie, el cuerpo no emite nada que los animales de enfrente puedan interpretar como miedo. Son siete, apenas he tenido tiempo de contarlos cuando la

Hiena, de pie en el centro de la estancia, da un grito breve. Fuera de lugar, pero eficaz. Como si fuera una entrenadora deportiva encargada de poner un poco de orden en las duchas. Yo me siento como encogida, ella en cambio es como si se creciese. Normalmente me parecía frágil y delgada, pero por primera vez me doy cuenta de que está cuadrada, tiene hombros de nadadora. Se está pasando de la raya. Curiosamente, le va bien. Me la imagino dándose golpes en el pecho como Tarzán y gritando «Todos detenidos». En lugar de eso, los mira uno por uno hasta que se hace el silencio, y antes de que tengan tiempo de empezar a vacilarle, le echa el ojo a un moreno pequeñito. Para mi gusto, el más guapo. Se diría que lo ha elegido por eso.

—Tengo que hablar con uno de vosotros. Estoy al cargo de una investigación sobre la desaparición de Valentine.

Un rubio risueño, que por las pintas podría ser el más mayor de la banda, responde enseguida:

—¿Y tú quién eres? ¿De la bofia? A ver, tus papeles.

Tiene los dientes mal, eso le da un toque obrero que los demás no tienen. Todavía no, o todavía muy poco. Bajo los aromas de jóvenes machos asoma el olor a jabón. La Hiena se ha metido las manos en los bolsillos, sonríe:

—No, criatura. La policía es solo si a la chavala la encuentran a trocitos. Hemos venido a charlar, tranquilos.

El moreno pequeñito al que se dirigió al principio la mira por encima del hombro, pero le responde, y de golpe la legitima:

—¿Y qué le ha hecho pensar que íbamos a conocerla, a su Valentine?

Sus rasgos son delicados. Nada puede asegurarte que mañana vaya a seguir siendo guapo, pero por el momento es sublime. A pesar de los piercings y su aspecto torvo, tiene algo de angelical. Cuando la vida haga su trabajo, siempre podrá ir de listillo, se nota que no tiene ni idea y ahí es donde reside su encanto. Su nariz se repliega ligeramente cuando quiere hacer como que no está impresionado. Me sorprende el silencio que ha conseguido imponer la Hiena. Domadora de lerdos. Hay algo en ella, en su manera de estar en medio de la habitación, de mirarlos fijamente a la cara, en su sonrisa y hasta en su calma, algo

ligeramente inquietante. No puede decirse que dé miedo, pero sus ojos brillan demasiado, su buen humor es como chirriante. Me viene a la mente Kromag y las decenas de veces que me contó sus expediciones juntos. Sí, aquí junto a la puerta con los brazos cruzados y viéndola actuar, empiezo a entender lo que tiene de fascinante. De malsana. Lo más perturbador es el placer que parece sentir. Tiene un don para sugerir que aquello podría irse al traste, y que eso es lo que ella quiere. Se dirige al morenito con una dulzura que no trata de ocultar una parte de locura en estado puro:

—Porque me han hablado mucho de vosotros, muchísimo.

Estallido de risas, caos de voces, de pronto están todos vivos, como a una señal invisible, igual que una bandada de pájaros al hacer un giro, sincronizados. Se increpan, protestan, se ríen, de nuevo todos moviéndose. La Hiena no le quita los ojos de encima al pequeñito moreno, da un paso hacia él, cambia de tono, se vuelve más amenazante:

—¿Es que tienes miedo de separarte cinco minutos de tus amigos? ¿Te vas a mear encima si les sueltas la manita? Tengo tres preguntas que hacerte. ¿Crees que tendrás fuerzas para soportarlo?

—Claro. Pero no tengo nada que contarle. No la conozco.

—Sí, sí que la conoces, además la conoces bien. ¿O te crees que he viajado desde París sin ponerme un poco al día?

Parece una serpiente, las palabras silban, se enrollan. Él busca a sus amigos con la mirada, el ambiente decae, siguen riendo pero ya sin el mismo ánimo. No entiendo cómo le funciona, ni por qué uno de estos grandullones no la agarra del cuello y la echa a la calle. El chavalito haría mejor en negarse y ya está, pero es demasiado joven para saberlo. Se pone de pie con toda su arrogancia. Ya ha empezado a comportarse con ella como debe de hacer con el director de su instituto, resulta que al final ni siquiera lo habrán expulsado tantas veces. Salva la cara delante de sus amigos y la acompaña a la puerta diciendo rotundamente:

—Si de verdad quiere verme cara a cara, señora… no voy a obligarla a que me lo pida de rodillas. Muchachos, si no estoy de vuelta en

quince minutos, llamáis a la policía, ¿vale?

Ella lo hace pasar delante de nosotras, y mientras camina le mira el culo. Aún no ha recorrido ni cien metros cuando le dice, pensativa:

—Joder, sí que te dejas engañar fácilmente… ¿Siempre permites que te separen de la manada tan rápido?

Él se da la vuelta, sorprendido por su tono. Creo que su instinto le advirtió desde el principio de que esta mujer era muy bizarra, pero que prefirió escuchar a su parte más racional y pensar que no había nada que temer de una vieja que anda buscando a una niña. Ella lo empuja hacia delante, solo una palmadita en la espalda para ponerlo en marcha, le dice:

—No te preocupes, ya verás que esto va a ser rápido.

Patio pequeño, junto a la sala. Lejos de las miradas. Noche cerrada, ahora sí. Detrás de las rejas, unos cuantos chavales ya esperan a entrar, veo a uno que debe de andar por los catorce, bebiendo vodka cogiendo la botella con las dos manos, como un osito de peluche. Fijo que disfruta del concierto. La Hiena se sienta sobre un muro bajo, los codos sobre las rodillas. Dando unos golpecitos con la palma de la mano, invita al morenito a sentarse a su lado.

—¿Sabías que Valentine había desaparecido?

—Algo he oído. Hace meses que no la veo. No sé nada de ella.

—¿Qué pensaste cuando te enteraste de que no había vuelto a casa?

—Nada. Me puso triste pensar que podría ser algo escabroso. Pero… nada. No pensé nada. No sé qué les habrán contado, pero francamente, la última vez que nos vimos fue hace… más de cuatro meses.

—¿Y la última vez que os visteis cómo fue?

—En un concierto. Estaba borracha, como siempre. Pero, bueno, nuestros caminos ya se habían separado. Empezó a salir con… no sé, con gente de su familia, unos moros…

—¿Moros?

—Moros, sí.

—Ah. ¿Y ahí es donde vuestros caminos se separaron?

—Se volvió asquerosa. No sé qué coño hizo. No lo hablé con ella. Es especial, Valentine, no sé si lo sabe, siempre ha sido especial. Al final,

era demasiado para nosotros, estábamos hartos de sus rollos. Además, ella tampoco quería vernos. Nos dejó, fue lo mejor para todos. Pero incluso antes de eso… francamente, no sé por qué quiere hablar conmigo. Venía a nuestros conciertos, pero tampoco es que nos viésemos tanto. Nunca nos interesó. Ni como amiga, ni como novia, ni nada. Solo queríamos que se largara, la verdad.

—También solía pasarse por vuestros ensayos, ¿no?

—Nosotros no le pedíamos nada. Era ella la que se nos pegaba todo el tiempo. Tiene fuego en el coño, Valentine. En eso, me sorprendería que haya cambiado. Cuando eres una zorra… Pero eso no es asunto mío, ¿no?

—No. ¿Y luego qué?

—Y luego nada. Nosotros no podíamos evitar que nos siguiera. Pero no nos interesan las chicas como ella. A ninguno de nosotros, no somos así.

La Hiena se frota la frente, como si de repente estuviera cansada, suelta un suspiro para hacer patente su disgusto y luego, muy suavemente, le dice:

—Te había dicho que tardaríamos cinco minutos. En serio que me gustaría que no nos llevara más de cinco minutos. Pero lo que estoy escuchando es a un muchachito que me cuenta mentiras. Y eso me molesta. El secretismo, todo eso. Me molesta. Porque no quiero hacer que te pierdas tu concierto. Háblame de lo que realmente pasó con ella, solo estoy tratando de entender un poco el estado mental en el que estaba antes de desaparecer… No voy a juzgarte. Cuéntame qué pasó.

—Nada. No pasó nada. No la he visto desde hace meses, le digo que se equivoca.

Ha hablado un poco demasiado fuerte, como a punto de enfadarse. Hostión. No una torta clásica, con la mano plana, un tortazo brutal, asestado con el filo de la palma, el anillo de combate traza una línea rosada a lo largo de su mejilla. No la he visto venir. Creo que él tampoco. Se tambalea, ella lo agarra por la nuca. En una película, diríamos que el morphing licántropo es un poco rápido y exagerado. La Hiena acaba de convertirse en otra persona, su voz ha cambiado, las

pupilas de sus ojos han cambiado, su rostro está deformado por una rabia dañina todavía contenida. Sus rasgos desdibujados. Ya no es bonita para nada. Toda una metamorfosis. Y se ve a la primera que aún le queda margen: esto no es más que un preámbulo de algo peor.

Él se lleva la mano a la mejilla, la marca se ha vuelto roja. Está más sorprendido que dolorido, abre la boca para protestar con aire de malo pero, al ver la cara de ella, ni siquiera trata de ocultar su terror. Se vuelve hacia mí para tomarme por testigo. Yo también estoy petrificada. Si me atreviera, me interpondría, aunque solo fuera por pensar en la que nos van a armar sus padres cuando corra a buscar refugio entre las faldas de mamá y le cuente todo esto. Pero estoy bloqueada, las piernas no me responden, la mente congelada.

La Hiena se endereza, de ese cuerpo de tirillas saca no obstante una fuerza atroz, lo agarra por el cuello, lo pone bien recto sobre sus piernas y lo lanza al suelo. Por un instante, vuela. Ahí se arrodilla sobre su pecho, él hace un movimiento con los brazos para apartarla, pero lo mejor sería la pasividad más absoluta, pues la menor reticencia excita su furia, le da otras tres tortas, lo manipula como una masa insignificante, lo vuelve sobre el vientre, el brazo bloqueado atrás. Le estampa la cara contra el polvo para que no grite. Sentada encima de él, le habla al oído:

—Escucha, perra, te lo acabo de decir: no vamos a pasarnos aquí la noche. Tú tienes un concierto, nosotras tenemos carretera, lo más fácil es que lo hagas rápido. Si dudas cinco minutos más, te abro el ano con el puño. ¿Sabes todo el daño que voy a hacerte cuando te meta el brazo hasta el codo? ¿Quieres que probemos?

Todo esto no me parece necesario. El chico probablemente no tiene nada que decir, y aunque tuviera un montón de cosas que confesar, bien que podríamos haberlo manejado de otra forma. Debería salir corriendo en busca de ayuda. Pero tengo miedo de ella y de su reacción. Le abre las rodillas al chaval con sus piernas, le da un golpe nervioso en la parte posterior del cráneo.

—Bájate los pantalones, perra, bájate los pantalones, voy a desgarrarte el culo. Relájate, ya verás, te gustará.

Con los labios contra el polvo, él trata de hablar, ella le deja levantar el cuello, su boca está llena de tierra y sus ojos de lágrimas. Tiembla de rabia, o de miedo.

—La llevamos pegada al culo durante meses, no queríamos verla, a esa tipa… es una borracha y una gorda, queríamos que nos dejara en paz. Estaba enamorada de mí y una noche me estuvo ametrallando a mensajes diciendo que quería verme. Íbamos todos un poco pasados, le dije que viniera, se escapó de casa, vino a toda hostia medio desnuda, en plan Paris Hilton. Íbamos en coche. Nos la follamos todos en un parking, todos, pero ella estaba de acuerdo, no nos dijo que no lo hiciéramos, bebía cervezas sin parar y hacía todo lo que nosotros queríamos. Luego la dejamos allí. Pero antes de irnos le meamos encima, ni siquiera se dio cuenta, estaba desnuda, boca arriba. Al día siguiente volvió a presentarse en el ensayo, como si fuéramos a seguir saludándola y hablando con ella como si nada.. Así que la echamos. Luego desapareció, cambió de banda, no sé qué pasó con ella. No nos preocupamos. Os juro que es la verdad.

—Pues claro, cuando dices la verdad te escucho, no te preocupes. ¿Y de qué va el rollo ese de esos primos con los que sale?

—Eso fue antes del parking. Me dijo que había encontrado a su familia, y que eran unos putos moros, pero que con ella eran muy cool y que iba a ir a verlos. No sé nada más, no hablaba mucho con ella, lo juro, no sé nada más.

—Te lo acabo de decir, cuando no mientes, te creo. Ahora ya no tienes nada que temer.

A medida que él cantaba, ella ha ido liberando la presión. Él se ha incorporado, primero se ha quedado un momento bocabajo y luego se ha sentado. Nadie a nuestro alrededor ha oído nada. Por lo menos, nadie ha intervenido. Detrás de nosotros, a lo lejos, se oyen las voces de la gente que comienza a entrar para ver el concierto.

El chavalito permanece sentado en el suelo, le echa una mirada que querría desafiante pero que inspira más bien piedad. De pie frente a él, la Hiena se sacude el polvo de las rodillas cuidadosamente, luego le tiende la mano para ayudarle a ponerse en pie:

—Disculpa la salida de tono. Pero es que eres un poco lento en reaccionar. No pongas esa cara, que tampoco es para tanto. Ya sabes, es mejor que te dé un par de hostias pero que luego no le cuente nada a nadie… Imagina si le voy con el cuento a la policía, o se lo digo a los padres… ¿tienes idea del marrón en el que te estaría metiendo? Ya no solo sería cosa de una manita de hostias, rápida y limpia, en la parte de atrás de una sala de conciertos, ¿no? Venga, y ahora largo…

Él retrocede tres pasos, ella chasquea los dedos en el aire, le dice:

—Nosotras nos callamos, pero tú haces lo mismo, ¿estamos? Lo que acabamos de hacer es charlar tranquilamente, ¿recuerdas? Así que te vas al baño, te echas un poco de agua para limpiarte todo eso, y nos olvidamos de que has tratado de mentir. ¿Entendido? Si no, la próxima vez que te pille, mocoso, no van a ser solo palabras: te abriré de arriba abajo. ¿Estamos o no estamos…?

Para cuando le decía la última frase, él ya había salido pitando. Ella se saca un pitillo de la chaqueta vaquera, el paquete se ha arrugado y el cigarrillo sale doblado en dos. Se comporta como si hubiera recuperado la calma, pero aún le tiemblan las manos y tiene el rostro desencajado, un punto de aturdimiento le deforma los rasgos. Lo peor ha sido el disfrute, el disfrute evidente mientras estaba sobre él. Se sube la cremallera de la chaqueta, mete las manos en los bolsillos y se pone en marcha hacia el aparcamiento.

—A esta generación no va a ser difícil llevarlos bien rectitos. Son de mantequilla.

Me ha pedido que a la vuelta conduzca yo. Arranco sin decir ni mu. Me siento mal. Nos quedamos un buen rato bloqueadas en el patio: delante de las puertas de entrada hay cuatro chavales dándole una tunda a un quinto al que tienen en el suelo, a su alrededor se ha formado un corro. Para salir de aquí con el 4x4 habría que pasarles por encima. Miro al cielo, luna llena. Tengo ganas de llorar. Una sirena de la madera, derrape mal controlado, una horda de tipos uniformados sale del furgón, arma en puño y superenfadados, gritando aún más fuerte que

los chavales. Al principio he pensado que era por nosotras, me ha bajado toda la sangre a los pies, suspensión cardíaca, lívida, pero no, es por la pelea. Son aún más violentos que los niños borrachos, obligan a todos los críos a arrodillarse en medio de la carretera, las manos en la cabeza. Un tipo de la organización reconoce a la Hiena, se acerca a su ventanilla sonriendo.

—Aquí estabas… ¿Has visto qué follón? Estamos intentando calmar a los maderos. Después veremos qué podemos hacer con los chavales. ¿No te quieres quedar al concierto? Esto en algún momento se calmará…

—Solo he venido para comentar una cosa con los del grupo, no tengo tiempo. Lo siento.

Él le ofrece un petardo, ella le da dos caladas y se lo devuelve, me pregunta a mí con la mirada, yo le indico por señas que no me interesa. A pocos metros de nosotros, las luces giratorias iluminan las calles, los muchachos protestan, algunos furiosos porque los polis quieren entrar, otros locos de rabia porque les impiden salir, y algún que otro rezagado se limita a mear de pie, tambaleándose. El tipo de la organización mira la escena desde lejos, visiblemente disgustado.

—Los conciertos de estos jóvenes de ahora… es que no se puede, joder, no montamos todo este rollo para eso…

La Hiena se ríe, ha recuperado toda su calma:

—Los kids ya no están tan united, al parecer… ¿Qué vas a hacer? ¿Convertirte en un club de jazz?

—Tú te ríes, pero cuanto más cosas de estas veo, más disfruto las noches country. O la zanfoña… —Y suelta una risa más bien triste.

La Hiena pregunta:

—Pero ¿es el público de Pánico En Tu Culo el que es particularmente idiota?

—Qué va, ya puedes hacer un reggae sound system que va a pasar lo mismo. Bourges es muy rural. No es como en París. Ahora los niños vienen y lo único que les interesa es beber. Al grupo… al grupo ni lo ven, cuando empieza el concierto ya están destrozados, ni siquiera entran en la sala. La entrada la compran, no es cuestión de pasta. Se la

suda. Se ponen como cubas, vomitan y mean…

Esta vez se ríe de buena gana, asombrado por lo que está diciendo. La Hiena añade doctamente:

—Los policías son demasiado violentos. No es así como deberían hacer su trabajo.

—Ni siquiera puedes hablar con ellos, no puedes ni acercarte. Están cagados de miedo, ¿lo has visto? Ponerlos de rodillas, en medio de la carretera, justo después de una curva sin luz… no sé, a mí ni se me ocurriría. ¿Estás segura de que no te quedas al concierto? Podríamos tomar una cerveza. O si prefieres, comer… El grupo no ha tocado nada, creo que lo de la pelea antes del bolo les ha matado el hambre.

—No tenemos tiempo. Se nos haría demasiado tarde para llegar a París.

El tipo dice que tiene que irse, le pide a alguien que nos saque por detrás. Tengo las manos crispadas al volante, ganas de vomitar y la garganta seca. Circulamos un buen rato en silencio. Luego ella me dice que conduzco bien, manipula su asiento para ajustarlo. No debería sentirme tan afectada por la escena que acaba de montar. Ya estaba advertida, es conocida por eso: obtener lo que quiere por la fuerza. También me siento sucia por lo que ha acabado contando el chaval.

La Hiena nota que estoy turbada, y siento que me culpa por ello. Me da miedo. Toma prestado mi teléfono y se pasa más de media hora charlando con Rafik sin prestarme la menor atención. Luego cuelga, busca en su iPod, se decide por Fever Ray, pone los pies encima del salpicadero y mira a la carretera.

—¿Cuánto rato vas a estar poniéndome esa cara?

—No pongo ninguna cara. Me concentro en la carretera.

—¿Qué pasa?

Tengo ganas de llorar. Se dirige a mí en un tono exagerado. Tengo miedo de que todo vuelva a empezar y me dé un tortazo. La criatura que he visto emerger en el patio trasero de la sala de conciertos puede aparecer en cualquier momento. El habitáculo del 4x4 me parece minúsculo. Ella da un largo suspiro.

—Lo que pasa es que, a la larga… tendrás que preguntarte qué pintas

en este oficio.

Yo no contesto. Ella se incorpora en su asiento, indignada.

—¡Oh! ¡Le he dado una torta! ¡Una pequeña bofetada! Bien que puede encajar una minihostia, ¿no? Si eso ni siquiera hace daño, joder. Si me dijeras que lo he… despedazado en vivo, o colgado de un gancho. Pero así es la vida, ¿no? ¿O es que te parece que es un angelito? Cuando se mea encima de la niña, él y sus amigotes, ¿crees que se preguntan si al día siguiente ella va a dormir bien? Así es la vida… Va, y pum, vuelve…

—Está claro que no estoy hecha para este trabajo. No quiero volver a hacerlo. Yo nunca he pedido hacer una investigación de verdad, vigilando las salidas del cole estaba la mar de tranquila, pero Deucené me…

Las lágrimas me impiden continuar. A mi lado, la Hiena me mira, tensa. Luego, al ver que empiezo a sollozar, se echa a reír:

—Venga… para en el arcén. Ya conduciré yo. Qué quieres que te diga. Una hostia, cielo, le di una hostia para que nos contara lo que había pasado. Te juro que ahora mismo está menos traumatizado que tú… estoy segura de que dará un buen concierto, ese capullo. Le hemos realineado los chakras, así es como funciona. Venga, pon el intermitente y para. Lloriqueando no puedes conducir, no es prudente. No me lo puedo creer, no puedo creer la que me estás montando.

Detengo el coche en el carril de parada de emergencia. Ella baja para ocupar mi asiento, yo me deslizo hasta el suyo. Ella vuelve sobre sus pasos y abre la puerta de mi lado. Estoy nerviosa, no puedo dejar de llorar. Me saca suavemente.

—Lo siento. Nunca pensé que… te lo ibas a tomar así. Lo siento, te lo digo en serio. Ahora cálmate, venga.

Me abraza y yo quiero alejarla de mí porque me da asco y porque es lesbiana, no quiero que piense que me atrae o algo así. Pero su cuerpo es grande, cálido, sus brazos rodeándome… no es un abrazo de seducción, más bien como apretarse contra una estatua sólida y tranquilizadora. Apoyo la cabeza sobre su hombro, ella me acaricia el pelo, yo lloro.

—Pero no tenía ni idea de que pudieras ser tan sensible… No debería haberte traído… ¿Te pasa algo con la violencia? ¿Has tenido problemas? ¿Tus padres te pegaban? ¿Te han violado? Pues entonces ¿qué te pasa? ¿Te va a venir la regla? Mira, Lucie, yo contra eso no puedo hacer nada: así es como se hace hablar a la gente. Si no, te mandan a la mierda, directamente. Para comunicarse bien, no hay nada como la violencia.

Vuelve a ponerse al volante. Tengo los ojos hinchados y un deseo repentino de dormir. Ella monologa mientras conduce demasiado rápido.

—Así es el mundo, no lo he inventado yo. No hay dignidad, no hay dulzura. Todos los que son rectos, los que tienen honor, los que son amables… los han exterminado a todos. Ya hace tiempo que es así. Solo queda gente como yo. La escoria. La gente como tú, no sé qué decirte… no os sabéis manejar, ¿te das cuenta? Hasta para hacer de maestra hay que ser más dura de lo que tú eres.

Me toma en serio, por primera vez desde que nos conocemos me toma en serio. Eso me hace feliz. Me digo a mí misma que el tema es llorar de vez en cuando. Ella me va echando algún que otro vistazo de soslayo, para ver si cambio de humor:

—¿Has escuchado, hace un rato? Rafik ha avanzado mucho. Tiene la dirección de la madre, está en Barcelona. Hemos tenido suerte, me encanta la idea de viajar allí. Se ha cambiado el nombre, se ha casado con un arquitecto. Están forrados. Lo que me intriga es la historia de los primos. Antes de marcharnos de París, habría que comprobar eso. A Barcelona bajaremos en el 4x4, ¿te parece?

—¿Por qué no vamos en avión?

—No soporto los aeropuertos. Los cacheos, los detectores de metales, los capullos con sus pequeñas maletas con ruedas pasándote por delante, los capullos de uniforme, los capullos en familia, los capullos que te registran… No poder fumar, no poder salir una vez que has pasado el filtro, sacar el pasaporte cuarenta veces, permanecer

encerrada en un puto satélite podrido y minúsculo sin saber cuándo te van a soltar, quitarte los zapatos cada quinientos metros… Olvídalo. Lástima, porque del avión, por otra parte, me encantaba ver las nubecitas por la ventanilla.

Yo me pregunto si quiere bajar en el coche para cruzar la frontera con armas. Prefiero evitar el tema, hablar de otra cosa.

—¿Crees que Valentine se escapó por la historia del parking?

—No, creo que no. Con estos ya no se está viendo. Eso yo diría que es cierto. Ha pasado algo más.

—Aun así, la han violado.

—¿Has visto a ese hatajo de cabrones? ¿Tú te habrías ido con ellos a tomarte unas cervezas en mitad de la noche?

—No. A menos que nos haya mentido, y que primero fuera cool con ella, y ella no supiera lo que iba a pasar.

—Ahí tienes razón, es posible. Pero, de todos modos, no es razón para huir: si todas las niñas a las que violan se escaparan, en las casas ya no quedarían muchas… De joven, pensaba que ser lesbiana era lo más difícil del mundo, pero la verdad es que las hembras hetero también tragáis mucha mierda. Os repiten tantas veces que es bueno que acabéis haciendo ñam-ñam, pero tragáis, joder, ya lo creo que tragáis.

—¿Y a los padres de Valentine no se lo vamos a contar?

—No. No veo en qué les concierne.

Luces largas, estamos solas en esta autopista. Los radares nos acribillan a flashes a intervalos regulares. Sumergidas en la oscuridad, no se distingue nada del paisaje. Con el hombro apoyado en la ventanilla, veo cómo va desfilando la negrura.

—Aclárame una cosa: cuando vayamos a ver a la verdadera madre de Valentine, si se niega a hablar contigo, ¿le vas a saltar encima con los pies por delante?

Ella estalla en una carcajada y no me contesta.

Imposible dormir cuando me deja en la puerta de casa. He tomado nota del nombre de soltera de la madre de Valentine, lo tecleo en un buscador de internet. Alineación de un equipo de fútbol argelino, las

letras de una canción alemana, una empresa de seguridad de Nantes, un artículo en *El Watan* sobre un pueblo siniestrado… parece que en esta familia nadie se crea una web con su nombre de verdad. Desánimo mezclado con cansancio y con cabreo. Mi minúscula sala de estar iluminada solamente por la luz azul de la pantalla, no tardo en sentir una leve náusea al pasar de una página a la siguiente. Un mareo informático. Trabajo mecánicamente, concentrada y al mismo tiempo ausente. Amigos de antes. Una ficha que podría ser la de una tía de Valentine. Instituto de Aulnay-sous-Bois, luego estudios de Derecho rápidamente abandonados, a juzgar por las fechas. Podría encajar, tiene unos cuarenta años. Link a su Facebook, donde figura su fecha de nacimiento. El apellido está escrito de forma diferente, eso explica por qué al principio no encontraba a nadie. Anoto los nombres de los niños. Doy con un MySpace a nombre de uno de los hijos. Tedj. Se lo abrió, pero no debió de entretenerlo mucho: está casi vacío y completamente abandonado. El chaval tiene 34 amigos. Los visito uno por uno y, de link en link, acabo en el Facebook de una prima. Luego en el de otro primo, la familia virtual va creciendo. Sigo el hilo. Dejan un montón de mensajes en los muros unos de otros. Una tal Nadja ha publicado cientos de fotos, es insistente documentando su vida familiar. En cada nueva página, sistemáticamente: «command F», «Valentine». No ando muy pendiente de lo que hago cuando, bingo, tres coincidencias. Lo tengo. Subidón de adrenalina, explosión nerviosa. Valentine en el centro de una foto de familia, tomada alrededor de una mesa. Dos meses antes de la desaparición. Miro todas las caras que tiene a su alrededor. Un pequeño gafotas que se ríe, un gordo gruñón, dos niñas con velo, un fanfarrón con polo Lacoste, una prima de aspecto prudente y otras más descaradas. Reconozco a Nadja en la foto, la prima, hace dos horas que la miro desde todos los ángulos. Es guapa, pero no del tipo tierna. No tengo ningunas ganas de molestarla. A su hermano, Yacine, no le gusta que le saquen fotos, pero no le dan a elegir. Valentine solo aparece en una de las series.

Llamo a Rafik. Solo me sorprende un poco que responda a las cuatro de la mañana.

—A partir de un Facebook, ¿puedes encontrarme una dirección?
—¿Y de qué crees que curro, si no?

YACINE

Saluda con un gesto de la cabeza a los maleantes de su edificio. A su paso cunde el silencio. Muy bien, así no tiene que molestarse. Sabe que a sus espaldas sí hablarán, pero a la cara no, a la cara mantienen cerradas sus bocazas. Tiene su reputación. El cuchillo. A la gente le pirran las pipas, pero en una pelea, con una pipa fallas dos veces de tres. Para que valga la pena hay que ser un tirador de élite. El cuchillo, si sabes usarlo, no falla nunca. Solo tienes que estar dispuesto a sangrar. Estar motivado por una filosofía, por una idea que te trascienda. Quien tenga una que la saque. Todo el mundo quiere desafiarlo, pero es demasiado fuerte para que se atrevan. Van puestos de costo, no se mantienen en pie, tienen la columna blanda. Nadie le habla. Tampoco le importa. Que haya nacido aquí no le obliga a parecerse a ellos. Perdedores. Su hip-hop a un euro la docena tampoco le interesa. Él escucha la música que escuchaba su padre. Funk, soul. Música de verdad. De cuando los negros aún no eran unos comedores de mierda en el culo de los blancos, prestos a ponerse a hacer abdominales ante la primera cámara de televisión. En la escalera, unos niños juegan con un perro. Les dice por señas que despejen. Los mocosos se dispersan a la primera. Le tienen miedo. ¿Qué pretenden exactamente? ¿Que el chucho les dé un bocado en el cuello? Y así ya estaríamos otra vez en los periódicos, porque la torre, cada vez que la vemos en algún sitio, es porque ha habido un muerto. Se pregunta qué hacen las madres mientras tanto. Pintarrajeándose la cara, porque ni maquillarse saben. Mientras curran de putas por lo menos podrían hacer un esfuerzo, aprender a arreglarse. Pero incluso eso, ser una zorra decente, está más allá de sus fuerzas. Limpiarles el culo a sus hijos es pedirles demasiado, ser guapas es pedirles demasiado. No saben hacer nada. Y las que se ponen en modo fular no son mejores que las otras.

Ya pueden figurar todo lo que quieran en la puerta de las escuelas, esa banda de Darth Vaders, que eso no las va a convertir en buenas creyentes. Cuando vuelven a casa son unas perras, unas perezosas y unas ignorantes. No le extraña que, luego, sus críos se conviertan en la escoria con la que él se cruza todos los días. Su madre nunca los dejó tirados en las escaleras, allí todo el día. En su casa no era así. Aunque no había un hombre, su madre se sacaba el cinturón y nadie movía un dedo. Ahora él es un hombre, si alguien saca el cinturón, es él.

En la entrada de su bloque aguanta la respiración. Olor a comino, a cigarrillo frío y a meado. Animales. Tienen todo el puto día a Alá en la boca pero se comportan como ganado. Porque son adultos, los que hacen eso. Y no solo los borrachos. Todos. Incapaces de aguantarse para ir a mear a una esquina. Ni siquiera los chuchos. Si de él dependiera, no tendría ningún problema en enseñarles. A todos. Enseñarles a aguantarse. Cortarle las pelotas al primero que cogiera meando en los ascensores. Eso les enseñaría.

Con la escuela pierde el tiempo. Su madre quiere que vaya porque dice que no quiere problemas con los subsidios, que ninguno de esos cabrones de los servicios sociales se permita entrar en su casa. Una vez, su hermano mayor la cagó en la escuela y a su madre le tocó ir a ver a la profesora y a la directora. Le dio una paliza del quince, al volver, le dio una paliza y no paró hasta dolerle el hombro. Luego lo dejó allí, en el suelo del salón. Miró a su otro hijo y a sus dos hijas: «La próxima vez que tenga que pasar diez minutos donde esos hijos de puta para que me insulten porque uno de vosotros no se ha comportado como toca, juro que lo mato, os mato a todos y me pego un tiro en la boca, ¿entendido?». Ellos obedecen. A su madre la respetan. Yacine sabe a qué se refiere: lo que ella no quiere es tener que estar allí sentada en un despacho, en la escuela, escuchando los sermones de esos malnacidos. No les pide que trabajen bien. No les mira las notas. No les dice nada si repiten. Les pide que se achanten y que vayan hasta cumplir los dieciséis. Sin historias. No quiere marrones. Tiene razón. Pero él en la escuela no escucha nada de lo que le dicen. Esa cultura no es para ellos. No se la pueden meter en la cabeza por la fuerza. La enseñanza de los

franceses de pura cepa. No es asunto suyo. Tiene una tía que estudió y va por ahí de sobrada porque ahora es profesora en la uni y anda preparando una tesis. Puede pavonearse todo lo que quiera. ¿Qué se cree? ¿Que porque les copie la cultura no la van a tomar por una mora? Claro, claro, Laïla, tienes razón, fijo que tus colegas te tratan como a una más. Sueña, lameculos, sueña. Eso a él le parece aún peor que ser la puta del barrio, o el camello de crack del barrio. Y no es que gane una pasta. Lleva un Clio y vive como ellos. Con mucho cuidadito con lo que mete en el carrito del súper, y en vacaciones no tiene con qué salir de la ciudad.

En la escuela no escucha, su educación se la agencia él solito. No escucha, pero a través del guirigay de las clases, donde todo el mundo berrea, oír sí oye. Oye a esa puta en la pizarra, balbuceando que la violencia viene del miedo al otro. Y una mierda. Lo que pasa es que no tienen miedo a nada, ese es el problema. Él en clase no arma jaleo. Se limita a mirarla fijamente, a veces su mirada se entrelaza con la de ella. Y a ella le gusta, le gustaría tenerlo de su lado. Le dice que le gustaría que participara, que seguro que podría aportar algo. Esa indigente. Lo que de verdad le gustaría es que se la follara, bien claro queda cuando ella lo mira y él le mantiene la mirada sin sonreír, lo que le gustaría es que fuera a verla al final de la clase y le pidiera que charlaran de literatura en privado. Eso le putofliparía. Pero él no se la mete a la primera puta que se le presenta. En eso tampoco, él no es así. Se mantiene firme. Es algo que nadie le puede quitar. Su dignidad.

Al llegar a casa, advierte enseguida que los ruidos no son los de costumbre. Su madre no está en la cocina, que es donde anda siempre a esas horas. Su hermana no le grita desde la habitación, donde ve la tele: «¡Desde aquí se nota que has fumado!». Todo el rato burlándose de él con eso. Dice que un buen musulmán no fuma. A saber de dónde se lo habrá sacado. Nadja piensa que hay que esforzarse constantemente, así es como uno avanza por el camino recto. Vaguear es retroceder. Siempre han estado juntos, desde que eran pequeños. Su otra hermana se fue, se casó. Desde que se marchó, el piso es más grande. Raouda se las apañaba bien en la cocina, se encargaba de la casa, para su madre

era más fácil. Pero ocupaba demasiado espacio. Hablaba todo el tiempo, escuchaba tonterías en la radio.

Normalmente, cuando llega a casa, le cambia la cara. Se relaja. Se quita la máscara. Hoy siente que algo no es como de costumbre, recompone el gesto antes de entrar en el salón.

Hay una mujer morena de pelo corto sentada en el sofá. Las piernas abiertas. Como un tío. No como una zorra, realmente como un hombre. Todavía es guapa. Es algo en su piel, el grano de su piel atrapa la luz y la vuelve luminosa. Y la finura de su nariz, también. Tiene ojos grandes, serios. No le sonríe cuando él entra, lo mira sin pestañear, justo el tiempo necesario para hacerle saber que no tiene nada que reprocharse. Él ve que su madre le ha preparado un café, la taza está vacía en la mesa. Su madre explica:

—Está buscando a tu prima Valentine. Se ha fugado. ¿Lo sabías?

—No.

Nadja se levanta, cuando pasa a su lado le pasa la mano por el hombro. Todo el mundo dice que se parecen. Es exactamente de su misma talla. Él, en chica, también habría sido guapa. Su hermana es guapa. De una belleza grave y majestuosa. No es la tarada con velo modelo estándar, de esas que se lo ponen porque lo dicta la moda y luego, cuando esperan al autobús, se comportan como unas furcias. El islam moderno, esa chorrada de los moros de Francia. Ella el velo se lo puso antes de que a él le creciera la barba. Se pasó dos años pellizcándole la mejilla cada vez que estaban juntos: «¿Crees que algún día te crecerá, o vas a ser siempre un bebé?». Ahora le dice «¿Te hago un café?», y tira hacia la cocina. Por la actitud de una mujer y la otra, sabe que la extranjera debe de haberse comportado correctamente. Si quisieran echar a alguien, no necesitarían esperarlo. Aunque tiene su presencia física, la señora. No es grandota, pero del palo bien musculada. Hombros anchos, espalda derecha. Una secreta, tal vez. No se ha molestado en sonreírle antes de dirigirse a él. No está mal. Los franceses son tan hipócritas. Unos tenderos. Cada vez que quieren darte por el culo, lo primero que hacen es andarse con melindres.

—Busco a Valentine. Trabajo para una agencia de detectives.

Desapareció hace quince días. En internet he visto que no hace mucho había encontrado a su familia materna… Me he tomado la libertad de pasarme a veros para preguntar si ella os habló de… ¿algo que pudiera darme alguna pista?

Sin embargo, se nota que hace un esfuerzo por hablarles bien, para que no se sientan insultados. Y eso, en sí mismo, resulta insultante. De todas formas, ya puede ponerse como quiera que esto, entre la gente como ella y la gente como ellos, no hay forma de que vaya bien. Hace falta ser el más mentiroso de los franceses para imaginar que todavía es posible entenderse. Uno de esos que nunca ven las ratas. El lugar en que viven, la manera en que viven. No hay entente posible. No habrá perdón. No habrá discusión. Todos esos que no los quieren tienen razón. El día que Yacine tenga algo que decirles, llevará el cuchillo encima. De momento, guerra fría. Cuando corra la sangre, ahí estará él. Y la guerra es como el fútbol: los campeones del mundo serán ellos. Yacine toma el café que le trae su hermana, coge una silla y se sienta enfrente de la mujer. La madre toma la palabra, ni amable ni agresiva, recapitula espontáneamente lo que ha dicho, para que Yacine vea por dónde van los tiros.

—Desde Navidad no la hemos vuelto a ver. ¿Tú tampoco has vuelto a verla? Eso es lo que decía. Quiere saber dónde está Louisa. Nosotros también, nos gustaría.

Su madre quiere mucho a su hermana Louisa. Él sabe que la echa de menos, que de pequeñas estaban muy unidas. Que de todas sus hermanas, por mucho que ya no se vean, sigue siendo su favorita. Por eso cuando llegó Valentine, su madre se alegró tanto. Era la hija de Louisa. No se parecía a su madre, pero era un pedacito de ella que volvía, una pizca de su vida reapareciendo ante sus ojos. Desde que se hace llamar Vanessa, Louisa los mira a todos por encima del hombro. Al parecer ahora vive en un palacio. Barcelona. La buena vida. El vicio a menudo paga. Ella siempre usó su culito para asegurarse un buen lugar bajo el sol, y preferiría pelearse con toda su familia antes que verlos aparecer, antes de que esa banda de perdedores le ensucien las alfombras. Un día u otro, el mismísimo Sheitan irá en persona a decirle

que le gusta mucho su forma de ser, pero hasta que eso suceda, hace bien en ser como es. La familia, cuanto más les das, más te lo reprochan. Pero los padres son otra cosa. Vanessa ya no habla con los suyos. Es sorprendente que su madre, tan orgullosa como es, tan recta e intransigente, eche tanto de menos a su hermana, sabiendo que ni siquiera es capaz de preocuparse de cómo están sus propios padres. Nada. Ni una llamada. Cero. Cierto que a su hija también la abandonó. Entre muy buenas sábanas, pero aun así. Un día le preguntó a Valentine si era verdad que nunca había sabido de ella: ni «esto», nada. En casa, las fotos de Louisa las quemaron, y cuando aparecía en una foto de familia la recortaron con mucho cuidado, vaciando la silueta. Por el mal de ojo. Porque durante mucho tiempo, cada vez que un niño se resfriaba o algún maltrabaja perdía su empleo, la culpa era de Louisa porque les había echado mal de ojo. Con Nadja, a escondidas, eso les hacía gracia: por supuesto, vive en el centro, tratada como una princesa, va al hammam con los judíos y solo come comida de marca en platos de porcelana. Pero por la noche, bien arropadita en su cama, envidia a su familia. Ese hatajo de perdidos. Normal, lógico, cae por su propio peso. Y eso que él nunca la ha visto. Ni siquiera su madre tiene ya ninguna foto de Louisa. Bien sabe él lo que le costó, el día que hubo que llevarlas, absolutamente todas, para quemarlas en familia. Pero lo hizo, sin trampas. Su madre es así, recta, honesta. No se maneja con segundas, siempre va de frente. Las buenas acciones casi nunca tienen su recompensa, y de toda la familia, su madre es probablemente la que más ha pringado. Trabajos de mierda limpiando lo que otros ensucian, papeletas de mierda como cuando su padre se largó, y toda la mierda con que reacciona la gente cuando ve que tratas de comportarte correctamente. Más correctamente que ellos. Porque ante alguien con una actitud decente, se sienten amenazados. Pero, por lo menos, sus hijos se portan bien. Ni uno de ellos se ha comportado como un mequetrefe en plan «Ah, la sociedad tiene la culpa de que yo pase costo», «Ah, la sociedad francesa tiene la culpa de que me haya tirado al vino», «Ah, la sociedad tiene la culpa de que me haya convertido en poco menos que una basura incapaz de salir de mi escalera». Rectitud.

Él es responsable de sus actos. Sabe dónde está Louisa. La dirección no la tiene, pero vive en Barcelona. Se lo dijo su primo, ese flojeras, el hijo de Radia. A saber cómo se enteró… Estaba muy pillado por Valentine, y cabreado porque ella no tenía ojos más que para Yacine.

Cuando llegó la niña aquel domingo, su primo parecía un dibujo animado de esos retro, el lobo con la lengua colgando y los ojos chispeantes de dólares dando vueltas. Está forrada. Mientras la tenían allí, nadie dijo nada, pero a los jóvenes de la familia les podías leer el pensamiento: una lluvia de euros. Hasta su forma de poner el culo en la silla valía pasta. Ella enseguida se decidió por Yacine. No tardó en localizarlo en medio de todos aquellos babuinos armando revuelo a su alrededor. Él la acompañó a casa. Valentine le daba pena. La pasta le salía por las orejas, el bolso, el corte de pelo, las Nike último grito… Pero Yacine no tardó en captar que la princesa estaba hecha una piltrafa. No desconfió de ella durante mucho tiempo, era demasiado vulnerable. Loca de atar, sin límite ni respeto por sí misma. Le hubiera encantado poder hacer algo por ella, pero le quedaba demasiado lejos. Con sus doscientos metros cuadrados de apartamento en el centro, donde solo su habitación era más grande que el salón que ellos tenían, con dinero de bolsillo como si bastara con recogerlo del suelo. Jamás la vio, ni una sola vez, sin que al menos llevara encima un billete. Pero para Valentine no había un suelo sobre el que apoyar los pies. Flotaba en la estratosfera. Al padre, la hija le sudaba la polla, la madrastra quería ponerla de patitas en la calle, la abuela no podía soportarla, y la puta de su madre había olvidado hasta la fecha de su cumpleaños. Al principio, a Yacine le gustó porque pensaba que no se parecía a nada que él conociera. Se lo había ganado. Valentine se reía todo el tiempo. Se contradecía de una frase a la otra, con cómica dejadez. Vista desde lejos, daba la impresión de una gran ligereza. Pero bastaba con acercarse un poco y todo se complicaba. Estando con ella, advirtió por primera vez en su vida que existía una miseria de ricos. No llegó al punto de llorar por su destino, pero terminó por lamentar su tristeza. Valentine no tenía mucho. Socialmente, se las iba a arreglar mejor que ellos, fijo, tenía las puertas del mundo abiertas de par en par. Hasta si

no hacía nada, hasta haciendo tonterías. La riqueza es un estupendo colchón, amortigua la caída, te permite levantarte. El caso de Yacine ya es otra cosa. Las paredes se le iban viniendo encima mes a mes, la cancioncita siempre era la misma: no lo consigues, nunca lo conseguirás, ocupas demasiado espacio, siempre pides demasiado, siempre tienes demasiada hambre.

La crisis. Qué crisis. Él no conocía otra cosa que la crisis. No es algo que pueda darle miedo. ¿De qué manera iban a dejarlos con menos de lo que ya tienen? ¿Cortándoles el agua caliente? Venga, va, tira por ahí, ya estaban acostumbrados, como se acostumbrarían a cualquier otra cosa. Qué importaba. Valentine estaba más jodida que él. Cómprate todo lo que quieras, que eso nunca llenará el vacío que te devora por dentro. Si comparaba a Nadja con Valentine, veía a una reina y a una desesperada. Cuando estaba con él, Valentine trataba de esconderlo, pero por mucho que cuidara lo que decía, él se daba cuenta. Todo negro, todo torcido. Y esa oscuridad, tan metidísima en su ser, solo esperaba el momento preciso para explotar. La había calado.

Se acostó con ella. No hubo que esperar mucho. A Nadja nunca se lo dijo. Aún no se había quitado los pantalones y ya se estaba arrepintiendo. Pero volvieron a hacerlo. A menudo. El animal que había en él tiraba de la correa. Ella lo llamaba. Cada milímetro de su piel le gritaba que se adentrara en ella. Yacine sabía que ella se lo hacía con cualquiera. Eso debería haberle disgustado. Pero él dudaba que con otro fuera como con él. La primera vez, ella abrió fuego con todas esas cosas de chica fácil que monta un numerito. Una ramera un poco confundida que se hace la liberada, se va poniendo en posturas porno y arma demasiado ruido. Pero muy pronto todo fue distinto. Tampoco ella se lo esperaba. Allí estaban los dos, inmóviles, abrazados, sudorosos, asombrados en el umbral de un abismo, se miraron preguntando qué estaba pasando. Sorprendidos por la violencia de aquello que acababan de sentir. Nada de la brutalidad habitual, a base de pequeños trompazos y sodomía brutal. Nada de eso. Era mudo, indecible. Un camino magnético, imposible apartarse de él. Y entonces, en ese momento, la vio, transfigurada: una Virgen negra. Un ardiente

núcleo rojo se desplegaba en su mismo vórtice para tragarlo. Un relámpago invisible, de una fuerza fenomenal, lo propulsó al interior de unas tinieblas llenas de murmullos. Se movían en una intensa humedad, selva oscura y sobrecogedora. Cuando se frotaban la una contra el otro accedían a otro nivel de sensaciones. Valentine se transformaba, se convertía en diosa de la destrucción, sagrada y aterradora. Y él también se metamorfoseaba. Y eso le daba miedo.

A ella, no. Justo después, se limitaba a permanecer en silencio, dejando que lo prosaico fuera de nuevo poseyendo su cuerpo. Las alas se desprendían. Y ella como si nada. Para sentir el menor miedo de las fuerzas que desencadenaban, le faltaba el sentido de lo sagrado. Era demasiado trivial para preocuparse. Volvía a ser esa niña, con esas pintas vacilonas, que se reía por nada con una fragilidad allá al fondo, oscilante. Una chica. Atractiva, irritante. Normal. A él, la potencia que había entrevisto no le hizo ninguna gracia. Le aterraba. Lo que más le atraía en ella era exactamente lo que lo conminaba a salir huyendo. Esa fuerza desmesurada que solo él convocaba. Nunca se durmió a su lado: temía que fuera capaz de clavarle un cuchillo en el vientre.

Entre ellos dos no podía pasar nada bueno. Ella estaba flipada por todas esas chorradas francesitas de chica liberada. Como si la libertad tuviera algo que ver con que te ponga a cuatro patas como una puta un pavo que, una vez que te has vestido, no quiere saber nada de ti. Yacine está acostumbrado a las chavalitas, habla a menudo con ellas, no le asustan. Valentine no es la primera que le viene con el sonsonete de la libertad sexual, el derecho de las chicas a que eso les guste, a no sentirse sucias porque alguien le meta los dedos y bla, bla, bla. A él le gustaría que pudiera ser cierto, le encantaría conocer a una mujer que se las arregle bien. No solo que lo vaya contando, no una que después de que la enculen hasta no poder sentarse, te venga con la jugadita de que ella está mejor de pie. Le gustaría pensar que las cosas pueden funcionar así. Pero los muros son los muros, ahí siguen. Ya se le puede al ratoncito subir el rollo a la cabeza, ir por ahí fardando de que se lleva bien con el gato, que el día que le hinque un colmillo en la nuca, uno estará muerto y el otro saciado. Es como el asfalto que los rodea,

tangible, infranqueable. A todo el mundo se la suda que a ellos les parezca bien o mal. Hay un orden, y ya.

Dejó de verla. Se la pasó por la piedra una última vez, en un callejón, cualquiera hubiera podido verlos, por detrás, tratada como una puta. Volverlo todo tan sórdido no bastó para ser capaz de deshacerse de esa imagen de ella. Una vez más, fue suntuoso. Cuando ella se dio la vuelta para clavar sus ojos en los de él, ya no había nada que hacer: ambos sabían que habían cruzado la línea. Ella era una divinidad. Demasiado atractiva. El placer en la abyección. Tocarla lo ponía demasiado febril. No le apetecía lo más mínimo aprender nada más sobre el extranjero que habitaba en sí mismo, ese que se manifestaba con solo ella tocarlo.

Justo después de correrse encima de su culo, con ella con la frente apoyada contra la pared, se largó sin decir una palabra. Cuando ella volvió a llamarle, él dijo que se acabó lo que se daba, que lo olvidara, que lo dejara estar. Que no quería volver a verla cerca. Nunca. Ella no insistió. Se borró de su vida.

Luego echó de menos no volverla a ver. Hasta añoraba su estupidez. Cuando ella se enfadaba, se ponía como un gatito furioso. Pero él respira mejor sin ella. Un peligro menos.

Su madre y Nadja siguen dale que te pego con la detective. A él le sorprende lo amables que se muestran. La detective sabe lo que se hace. Normalmente no son del rollo cháchara. Sobre todo es que a Valentine apenas la conocen, en verdad. Fantasean acerca de lo contenta que se puso al descubrir que tenía una familia, conocer a sus abuelos, su falsa timidez. Yacine se calla. Se levanta para hacer un café, le ofrece uno a la mujer, ella acepta enseguida, él se pregunta si es que tendrá pensado quedarse a dormir. Se maneja fetén, va sembrando sus «Ah, claro» y «¿Estáis seguras?» para mantener viva la conversación, queda claro que va anotando mentalmente cada palabra.

En la cocina, pone agua a calentar. Una cucharada de café soluble en cada vaso. La detective viene tras él, se para en la puerta de la cocina, le pregunta: «¿Puedo hablar contigo, cinco minutos, los dos solos?». Señala una silla con la cabeza. Tiene maneras de madero, del palo Clint Eastwood. Fijo que, cuando era joven, se chupó todas sus películas

pensando que era una buena influencia. Yacine se pregunta qué clase de hombre se trajinará a una mujer así. Debe de tenerlos bien puestos, de plomo, su pavo. Es guapa. Pero demasiado viril. Resulta excitante, algo al límite, pero no te acabas de ver llegando por la noche y preguntándole qué hay para cenar. Igual te suelta un sopapo. Yacine mira al suelo, las manos cruzadas entre las piernas, sin moverse. Ella calla. Él rompe el silencio:

—No he dicho nada en el salón porque no tengo nada que decir.

—Sé que Valentine estaba enamorada de ti, creo que os habéis visto sin que nadie lo sepa. Me gustaría que me contaras brevemente cómo fue la cosa.

Cómo puede saberlo. Lo ha dicho con cuidado de bajar la voz, para que no se la oiga desde ahí al lado. No le gusta nada eso que acaba de decirle. Mantiene la calma:

—¿Lo que se está preguntando es en qué sótano puedo haberla secuestrado y cuánto tengo pensado pedir? Lo siento, señora, dirección equivocada. Pero en el rellano de enfrente hay unos africanos, vaya a preguntarles a ellos, igual se la han comido.

Ella lo mira, inmóvil, luego cambia de táctica, se ríe. Se defiende bien. A las mujeres, por lo general, les cuesta evitar que se les note cómo les gusta. Incluso cuando quieren jugar a la gran reina inaccesible, olvidan ahorrarse una mirada, una sonrisa demasiado insistente. Se traicionan. Ella no. Ella tiene la situación bajo control. Es inaccesible. Eso la vuelve atractiva. Por lo menos le alegra haberla hecho reír.

—No sé de dónde se ha sacado esa historia: no sé nada más de lo que ya le han contado ellas. Le juro que es verdad.

—Sí, pero en internet hay fotos de vosotros dos… Unas fotos, yo no diría que comprometedoras, pero por la forma en que ella te mira, yo diría que os conocéis mucho mejor de lo que me dices.

Él se calla. Nadja y su manía con las fotos. Nadja y su puto ordenador. No tiene ni idea de lo que hace en internet. Esas fotos las había olvidado. La detective ha perdido todo su encanto, no es más que una madera modelo estándar. Una madera sin arma. Ahora saca los

violines:

—¿No crees que podría estar en peligro y que será mejor si la encuentro?

Ahora mismo, una buena puñalada en la puta boca y asunto concluido. Aprieta los dientes. La odia. No le apetece hablar de lo que pasó. Ella insiste, en voz baja:

—Si quieres, bajamos a dar una vuelta, nadie tiene por qué saber lo que hablamos. Tengo una propuesta.

—¿Va a amenazarme con meterme en problemas si no coopero?

Ella se inclina y habla tan bajito que sus labios apenas se mueven, no deja de mirarlo a los ojos, no tiene ninguna expresión.

—Tu primo, Karim… Para mí no es muy complicado pedir que se reabra el caso y quede claro que fue un error, que no deberían haberlo acusado. Puedo sacarlo en cuarenta y ocho horas. No sé si te interesa.

La muy cabrona. Su primo, Karim. Estaba haciendo el imbécil con su escúter mientras unos chavalillos apedreaban a la bofia. A uno de ellos le dieron con un tornillo detrás en la cabeza, se desplomó, ruptura de aneurisma. Desde entonces se ha quedado paralítico. Una putada, por supuesto, pero así van las cosas, es parte de su trabajo, con que se hubiera puesto un casco ya estaba. ¿Qué clase de poli anda por ahí en medio de un disturbio con la cabeza al aire? Es casi una negligencia profesional. Se llevaron a todo bicho viviente. Karim, ese retrasado, se quedó merodeando, debió de pensar que, como no había hecho nada, no había razón para desaparecer. Se lo llevaron. A él y a otros. Lo reconocieron formalmente, como si te fuera a dar tiempo de fotografiar el careto de uno de los cincuenta chavales que te rodean. No le tocó comerse lo del tornillo en la cabeza del madero, eso le cayó porque sí a otros dos idiotas. Dicen que ni siquiera andaban por allí abajo, cuando ocurrió. Dicen que fueron a buscarlos a sus casas. Pero entre lo que dicen y lo que pasó, no vale la pena sacar las cuentas. A Karim lo están juzgando por atentado contra la propiedad pública. Le habría pegado fuego a una papelera durante los disturbios. Como si aquello le importara una mierda. Puede llegar a pringar mucho. Para dar ejemplo. A Yacine su primo nunca le ha gustado. Tacaño, cobarde y gordo,

flipado por el fútbol, el porno y las marcas de coche. No se le puede pedir mucho más. Pero es su primo. La muy perra. Cómo se ha currado el expediente, antes de presentarse en su casa con ese piquito de oro. Yacine resopla. Pero sabe que lo tiene cogido.

—Si sale, así por las buenas, todos dirán que es un soplón.

—Eso es cosa tuya. Si charlamos y no me mientes, esta semana sale. Te doy mi palabra.

Ella se acaba la taza de café, echando la cabeza hacia atrás para cazar la gota del fondo. Realmente tiene gestos de tío.

—Ya sabes lo que pasa con las niñas que andan solas por la ciudad. No estás haciendo nada asqueroso. Tengo que encontrarla. Necesito saber lo que hizo las semanas antes de marcharse. Creo que tenía una historia contigo. Quiero saber qué te dijo, qué le importaba. Y recuerda, si no cierro el caso yo misma y pronto, tarde o temprano la policía se plantará en la puerta de tu casa. Yo te he encontrado por internet, ellos darán con las mismas fotos. Y a ellos lo único que les interesará va a ser poner tu nombre en alguna parte para poder decirle al jefe: «Me lo he currado bien». La verdad nunca ha hecho avanzar una carrera.

Se hace la tipa supercabreada, un poco nerviosa, Yacine se pregunta si habrá estado trabajando el tema durante horas ante el espejo porque, para ser una puta, le sale de lujo. Se levanta:

—La acompaño al RER.

—No voy en tren, voy en coche.

—Entonces la acompaño al coche.

Tiene claro que lleva razón ella. Por hablar no se pierde nada. Tampoco es que tenga nada terrible que contarle. Delante de la pasma, en cambio, todo serían problemas.

BARCELONA

La Hiena ha dado con la dirección de la madre de Valentine antes que Rafik. La noche de asfalto que acabamos de pasar no ha mitigado mi humillación: para una vez que sigo una pista… Al amanecer, justo antes de llegar a Barcelona, dejamos atrás unas enormes e intrigantes burbujas blancas, la planta nuclear resplandece bajo un sol que ya resulta violento. Unos cuantos cruces de carreteras bien enmarañados, y ya nos deslizamos por la ciudad. El atronador azul del cielo, que ejerce de fondo uniforme, magnifica todo lo que toca. No he dormido mucho, ando en un extraño estado de vigilia, la glucosa de los Red Bull combinada con la cafeína, los nervios a flor de piel sobre un fondo de calma desquiciada. Electricidad en los nervios. Esa luz que te hiere los ojos. Me siento bien, aunque al borde de un vacío extraño y perturbador. Felicidad idiota al ver las primeras palmeras, las fachadas de edificios cargados de detalles redondos e inútiles, los balcones centelleantes de colores. En el primer semáforo en rojo, la Hiena bloquea automáticamente el seguro de las puertas:

—Ojo: por aquí tienen ladrones de muy alto nivel.

—¿Mejores que en París?

—Sin duda. Por estos lares se mueve la vanguardia de la delincuencia. Te vacían un coche a la velocidad de la luz, con enorme flexibilidad y eficiencia.

Quiere tomarse un café, se para en cuanto encuentra sitio. Tiene los rasgos molidos por el cansancio, pero una expresión alegre que yo no le conocía le ilumina el rostro. Dice exultante:

—Estamos bien, ¿no? Vamos a fumarnos un cigarrillo en un bar, eso nos caldeará el corazón.

Durante las primeras horas de viaje, la Hiena me estuvo describiendo detalladamente a Yacine, a su hermana Nadja, y contándome también

la altísima opinión que le causó su madre, a quien, si tuviera tiempo, no le importaría salvar del «naufragio del heterocentrismo». Los contornos de Valentine se van definiendo poco a poco, aunque seguimos sin poder describirla con claridad. La Hiena se siente intrigada por el personaje, creo que esa forma de ir rebotando de un sitio a otro, sin encontrar su lugar y sin descanso, la tiene conmovida. Una valerosa bola de pinball.

Basta con salir de París para darse cuenta de hasta qué punto es un lugar gris, ruidoso, deprimido y mórbido. En la terraza, el viento sobre nuestra piel no tiene la misma textura. Llegamos al hotel al ralentí.

Cuarto pequeño y carísimo. El agua del grifo que me echo a la cara tiene un olor desagradable. Me aseguro de que la tele funcione, luego me dejo caer y me duermo. Menos de media hora más tarde, el suelo ruge y las paredes vibran, apenas me da tiempo de advertir que me duele la cabeza y, a través de la ventana, descubro horrorizada una horda de hombres sin camiseta que atacan la fachada con sus martillos. Me quedo bloqueada entre las sábanas, mi cerebro no se las arregla para ponerse manos a la obra. Llaman a la puerta, entra la Hiena como un huracán, está fuera de sí. Enseguida me la imagino confiscando los martillos y atacando a los obreros, pobrecitos, no saben lo que se les viene encima:

—Me piro de aquí. Dicen que no tienen ninguna habitación más tranquila, se burlan de nosotras. En la recepción me cuentan que, aparte de nosotras, nadie se ha quejado, que la gente no viene a Barcelona a pasarse el día en la habitación. Yo me largo. Necesito dormir. Me voy a casa de una amiga. ¿Vienes conmigo o te quedas aquí?

Yo agarro mis cosas y la sigo sin pensarlo. De camino, rentabiliza el fiasco:

—Haré unas facturas de hotel falsas, al final tampoco nos saldrá tan mal.

—¿Y a casa de quién vamos?

—Unas francesas que viven aquí. Estaremos bien.

Las escúteres han invadido las calles. Insectos zumbando, saltando

por todos lados. Cascos, chanclas y prendas ligeras, cuerpos gráciles llevados por los motores. La ciudad toma la forma de un intenso bullicio. La gente toca el claxon cada dos por tres, unas máquinas extravagantes y muy ruidosas destripan el suelo y exhiben las entrañas de la ciudad. Una costumbre local, al parecer.

La rubia que nos hospeda tiene formas de leñador desterrado de su bosque. Es sólida y se la ve ligeramente demacrada. Tiene mala piel, la frente despoblada, cabello muy finito, nariz prominente y ojos globosos de un azul tirando a gris. Nos pone unos cafés tan cargados que parecen un orujo. La Hiena monopoliza un porro de hierba desde que toma asiento.

—Menos mal que estabas tú aquí… cuando empezaron a romper la pared del hotel, pensé que iba a cargarme a uno.

—¿Tocarle un pelo a un albañil… en Barcelona? Ni se te ocurra. Aquí es una religión. Barcelona es la ciudad más ruidosa de Europa. Lo destruyen todo, todo el tiempo. Puedes ver obras a todo gas hasta un sábado a medianoche. No hay nada que los detenga. El opio del pueblo catalán es la grúa. Abren las aceras por el simple placer de mirarlas. No te imaginas de lo que son capaces. Por construir un edificio, serían capaces de matar a sus padres…

Se conocen bien. Yo no me atrevo a decirles que quiero acostarme. Me duermo en el sofá. Cuando los ruidos exteriores me obligan a emerger, el calor se ha apoderado del salón y las cortinas tratan de filtrar una luz abrumadora. La casa se ha llenado de gente, yo me siento agobiada por unos sueños penosos que no acierto a recordar. Busco a la Hiena con la mirada. Por las habitaciones hay dispersas una decena de chicas. Voces roncas. La rubia dobla ropa negra con un cigarrillo en los labios.

—¿Has dormido bien? ¿Necesitas algo? ¿Quieres un café? ¿Quieres que te enseñe tu cuarto?

—Café, sí, me vendría bien. ¿Dónde se ha metido la Hiena?

—Hablando por teléfono, en la terraza.

Deja en el suelo la ropa medio doblada, medio hecha un rebujo, y ya no vuelve a por ella. Va a hacerme un café, pero por el camino lo olvida para darle unas caladas a un porro que le pasa una punki rubia en minifalda brillante, un hada Campanilla urbana. Lamento no haberme quedado en el hotel. Yendo a la terraza, me cruzo con una chica de cresta roja, torso desnudo, tatuada, falda de cuero y botas enormes que se mete una raya encima de un altavoz. Es como estar en el salón de Mad Max.

A la Hiena me la encuentro sentada en un sillón de mimbre desfondado. Se ha puesto unos shorts. Se dirige en español a una morena andrógina con la cabeza rapada. No tiene exactamente la misma voz en las dos lenguas. Es notablemente amable:

—¿Te han enseñado tu habitación?

En ese momento, una rubia se lanza sobre ella gritando, lleva un vestido de noche desgastado, abrochado a la espalda con una serie de imperdibles. No sé dónde meterme. Me pregunto si todas estas chicas son lesbianas. Menuda idea rara, juntarse por orientación sexual.

Apoyada contra una pared, una chica en pantalones militares y camiseta de tirantes, también ella apartada de las otras, me observa sonriendo:

—¿No hablas español?

—No.

—¿Y no conoces a nadie aquí?

—No.

—Ven, te enseñaré tu cuarto.

El apartamento está organizado alrededor de un largo pasillo. Abre la puerta de una habitación minúscula, cuadrada, sin ventanas. No hay espacio más que para una cama y un armario. Me duermo enseguida.

Cuando despierto no sé qué hora es, pero tengo tanta hambre que debe de ser muy tarde. Al salir de mi habitación, descubro que ha caído la noche. El apartamento está invadido, la fauna se ha vuelto mixta. Ambiente festivo, todo cuanto detesto. La gente ha bebido, hablan en voz muy alta. No me molesta no entender lo que eructan. En el salón, un grupo baila en la oscuridad. Entre ellos reconozco a la Hiena. Nunca

habría imaginado que pudiera gustarle bailar. Mueve su cuerpo lentamente, con los ojos cerrados. Con gracia. No se parece a sí misma. Ahora mismo parece joven. No me atrevo a molestarla. Pruebo suerte en la cocina, donde la chica de los pantalones militares y la camiseta de tirantes anda tostando rebanadas de pan, luego les pone aceite de oliva en abundancia, limón y sal gorda.

—¿Quieres?

Yo agarro el plato que me ofrece y me apoyo en el fregadero.

—Entonces ¿qué habéis venido a hacer a Barcelona?

—Estamos aquí por trabajo. Hablas muy bien francés.

—Viví cinco años en París. ¿Eres de allí?

—Sí.

—Se lo tienen un poco creído por allí, a saber por qué. ¿Qué ha habido de interesante en los últimos veinte años? Pero las parisinas me gustan. Son decorativas. ¿Quieres Coca-Cola o cerveza?

Abre la nevera, se comporta como si estuviera en su casa. Una gruesa pulsera de cuero negro alrededor de su muñeca resalta la delicadeza de sus articulaciones. Al sonreír, descubre unos dientes separados. Tiene los labios enmarcados por dos arrugas simétricas. Su piel parece fina. Desprende una cierta sensación de fragilidad mezclada con una gran resistencia.

—¿Y vais a quedaros aquí, tú y tu novia la Hiena?

—No es mi novia. Trabajamos juntas.

Ella sonríe, echando la cabeza hacia atrás para vaciar su cerveza.

—No te preocupes: se ve enseguida que no eres del harén.

—Ah, ¿sí? Y eso ¿cómo se ve?

Me abstengo de hacerle notar que a mí nunca se me ocurriría, así de buenas a primeras, decirle a una chica a la que le gustan las chicas que eso «se ve enseguida». Podría tomárselo mal, y yo la entendería. Alguien sube el volumen en la habitación de al lado, se intensifica el alboroto a nuestro alrededor. Dice que se llama Zoska y desaparece. Yo me quedo sola en medio de todo aquel ruido, sentada al lado de la nevera, fumándome el porro que me ha dejado con la esperanza de que me ayude a volverme a dormir. Me levanto a ver si encuentro a la

Hiena para decirle que me voy a la cama, aunque tampoco me parece que le vaya a importar demasiado.

Cuando entro en el salón, tengo la impresión de estar alucinando. La habitación está invadida por un amasijo de cuerpos desnudos repartidos en grupos: en el suelo, encima del sofá, debajo de una mesa. La visión general es tan inaudita que me cuesta descifrar los elementos que la componen. Una chica a cuatro patas que no se ha dejado más que las botas de cuero puestas y unas gafitas redondas de color rojo, la espalda cubierta por un hacha tatuada, se deja poseer por otra chica, pelo corto y cuerpo musculoso, que la ha reducido cogiéndola por la nuca contra el suelo. Toda su mano y parte del antebrazo han desaparecido en el vientre de la otra.

Apoyada contra el sofá, la que lleva un vestido de noche azul se lo ha arremangado hasta la cintura, y tiene encima de ella al hada Campanilla Destroy. Un hilillo de saliva fluye de sus labios hasta la cara de la otra. Su mano atareada entre sus muslos. La chica del vestido de noche levanta la pelvis, gime, y de su coño rasurado brotan unos largos chorros de un líquido transparente que no parece orina. Luego se revuelcan la una contra la otra, se besan diciéndose cosas que las hacen morirse de risa. Dos chicas vestidas conversan justo al lado, una de ellas le da una sonora palmada en el culo al hada Campanilla, sin interrumpir la charla.

Una chica que hay de pie, y a la que veo de perfil, se pone unos guantes de látex blancos y los embadurna con un gel transparente. Con la otra mano tiene agarrada por el hombro a una morenita delgada, ahora le abre las piernas con las rodillas. Detrás de ella, una morena le inmoviliza la cabeza tirándole del pelo. De espaldas, al otro lado del salón, reconozco a Zoska, está inclinada sobre un tío sin camisa con los músculos de los hombros y la tableta del abdomen bien marcados. Tatuajes chicanos de colores en los brazos. Golondrina en el pecho. Tiene los ojos grandes, almendrados, los labios perfilados. Ella dibuja lentamente un primer trazo sobre la parte superior de su hombro. Aparece una herida roja, gruesa, rectilínea. Él vuelve la cabeza hacia ella, con una mirada vaga, extática. Él le ofrece la boca, ella la besa con

languidez, luego se incorpora y dibuja otro trazo debajo del primero. Otro muchacho mira lo que hacen copa en mano, Zoska se detiene, se vuelve hacia él y lo atrae hacia ella. La rubia del apartamento se une a ellos. Lleva de la mano a una morena de piel blanca, le da un buen morreo, luego se echa hacia atrás y le administra una sonora palmada en la mejilla, luego otra.

De repente, la Hiena está a mi lado. Me alivia encontrarla aún vestida, hasta que advierto que también lleva un guante de látex.

—Igual te sentirías más a gusto en tu habitación, Lucie.

—No tengo diez años, no te preocupes por mí. Las he visto de todos los colores.

Ella me mira de arriba abajo, brevemente, luego se encoge de hombros y se aventura hacia el centro de la escena. La de la cresta mohicana naranja la agarra de la mano, le dice algo y la fuerza a arrodillarse junto a ella.

Yo me doy la vuelta y salgo de allí. Una vez en mi cuarto, cierro cuidadosamente la puerta detrás de mí, pienso en atrancarla con una silla, como en las películas. No sé exactamente si estoy enojada, asqueada o aterrorizada. En la mano llevo el porro, apagado. Me lo vuelvo a encender y me acuesto en la cama. Estoy furiosa, tengo la sensación de que me han obligado a presenciar una cosa que ni me va ni me viene. Pero no lo suficiente perturbada como para dejar de admitir mi fascinación. Nada me obliga a salir de la habitación en la que estoy encerrada, pero nada me impide examinar, ya con calma, las imágenes que acabo de grabar.

VANESSA

Vanessa se despierta en plena noche. En su almohada, un montón de plumas, una pequeña pata ganchuda, un pico y algunos órganos redondos y blanquecinos. Le lleva un momento entender que Bel-Ami, el gato, acaba de vomitar. Nota un olor pestilente que va en aumento, Vanessa abre la ventana, quita la funda de la almohada y la mete en la lavadora. Sentado en una silla, Bel-Ami vigila sus movimientos con aire desconfiado. Ella lo pone sobre sus rodillas, lo acaricia debajo de la barbilla, donde sabe que no puede resistirse. Con lo despierta que está, sabe que le costará volver a dormirse. Vuelve a la cama con demasiadas cosas dándole vueltas y más vueltas en la cabeza, y con la esperanza de cerrar los ojos antes de que amanezca.

El sol da de valiente en la plaza Real. Están en la terraza. Mesas con manteles blancos, camareros con delantales negros. Dos jóvenes rumanas van de mesa en mesa, en menos de cinco minutos un turista se dará cuenta de que le falta la cartera, gritará y se agitará, pero ya será demasiado tarde. Los empleados del restaurante fingirán que lo lamentan, y le indicarán cómo llegar a la comisaría más cercana, donde los turistas hacen cola para denunciar un robo. Con el mentón apoyado sobre la mano y gafas de sol, Vanessa habla de una actriz francesa, joven y conocida, sin mirar a su interlocutor.

—Se está tirando a mis ex. Se los está tirando a todos. Y eso que algunos… hasta yo me pregunto qué ha visto en ellos. No tiene filtro. Es divertido.

Arrellanado en su asiento, él abre los ojos de par en par, tratando de que no se le note. Está calculando que, una vez que se haya acostado con ella, no tiene más que irle con el cuento a la actriz para que se le eche encima como un niño sobre un pastel. La perspectiva de esa conquista doble le da vértigo.

Vanessa lo mira de reojo. Qué carambola de circunstancias puede haberla arrastrado hasta aquí, a esta situación que le gustaría seguir viendo como ambigua. En los ojos de ese hombrecillo, en cambio, ve que él está seguro de tenerlo hecho, y que anda reuniendo el valor para cogerle la manita. Por si acaso, ella oculta una debajo de la mesa, la otra la tiene ocupada con un cigarrillo, fuera de su alcance. ¿En qué momento se le ocurrió que aceptar una cita con él era una buena idea? Mira que hay que estar aburrida… Si el encanto de una mujer se mide por la categoría de sus pretendientes, tiene motivos para preocuparse. No ha dejado de hablar desde que llegó. De sí mismo. Sin soltar nada personal, probablemente por miedo a que se le escape sin querer algo sobre su esposa y sus hijos. Músico francés, de un discreto éxito últimamente, no debe de haber tenido muchas ocasiones de ponerle los cuernos a mamá. Le explica la diferencia entre arte moderno y arte contemporáneo, partiendo amablemente de la premisa de que ella es imbécil. Le cuenta sus giras y cada cinco minutos afirma que no está nada impresionado por todo lo que le está sucediendo, pero solo habla de eso. Finge que le da lo mismo codearse con personas conocidas, pero no deja de nombrarlas una a una.

Lo conoció en el transcurso de una cena con unos amigos franceses, él estaba pasando unos días en Barcelona, quería trabajar con músicos flamencos. Estuvo dándole la tabarra toda la noche, y a falta de ganas de entablar conversación con nadie más, se dejó llevar. Más tarde, él le sonsacó su dirección de mail a la anfitriona de la casa con la excusa de que quería invitarla al estreno de una película de Almodóvar, seguido de una cena con Javier Bardem. Si no fuera por la mentira de la cena, lo habría mandado a paseo. Se la había colado, y bien gorda, allí toda incómoda en una butaca demasiado dura. Al descubrir que no había ninguna cena, lo dejó plantado en los créditos finales, alegando que al día siguiente tenía que tomar un avión a primera hora.

Él no se rindió. ¿En qué momento, víctima de qué deseo morboso, se le ocurrió dejarse llevar? Al principio, sus maneras de patán que se cree el rey del mambo le parecieron conmovedoras. Gente recientemente ascendida a celebrity, locos de alegría, asombrados de su suerte,

persuadidos de que ya han llegado, de que ahora va a ser fácil. Su necio arrebato de tortuga bebé tambaleándose en la arena, convencido de que, a pesar de todas aquellas rapaces hambrientas allá arriba en el cielo, logrará llegar al mar. El patético orgullo con el que le había hablado de los treinta metros cuadrados que acababa de comprarse por encima de la estación del Este en París. Él lo llamaba su pisito de soltero.

¿Por qué no salió pitando? Ese detallito la atormenta. Solo las feas, las gordas y las viejas se dejan aturdir por la intensidad del deseo del otro. No tener sexo jamás por debajo de tu mismo nivel, primera condición para el respeto de tu feminidad.

No para de hablar del dinero que ha ganado, ni de repetir que él no le da la menor importancia. Es anticonsumista, vive con lo puesto. Un precario-de-papá, eso es lo que es, a Vanessa le bastó con tres preguntas para desenmascararlo. Criado en las grandes casas de los barrios buenos, estudió en las mejores escuelas hasta que se dio cuenta de que no tenía carácter suficiente para perpetuar la tradición de éxito familiar. Se proclamó artista y radical, luego decidió vivir de lo que le pasaba papá todos los meses, estupefacto y orgulloso de contentarse con tan poco. Le gustan los barrios cutres porque se siente superior, y sabe que podrá salir de allí en cuanto quiera. Cuando se canse de que sus hijos se crucen con prostitutas en la puerta de su edificio, no tiene más que cambiar de opinión y le harán entrega de las llaves de uno de los apartamentos del patrimonio familiar. Mientras tanto, hace pasar su flojera de carácter por una opción subversiva.

De quedar con artistas puede prescindir perfectamente. Un deportista, un político, eso sí puede impresionarla. Pero un artista… son todos unos farsantes. Aunque en último lugar, de eso no hay duda, pondría a los escritores. Bien que lo sabe ella. Lo que te ofrecen con una mano, la mano amable, te lo quitan con la otra multiplicado por cien, la mano rapaz, ávida y sin escrúpulos. La mano que escribe, la que traiciona, la que clava y crucifica. La que entrega. Estuvo casada tres años con un novelista que, desde entonces, no ha dejado de hablar de ella en todas sus novelas. Y si a ella le diera por quejarse del trato

que le inflige, él se haría el ofendido.

Se aburre tanto ahora mismo… Conque este hombrecito le hubiera mostrado una cualidad o dos, habría bastado para convencerla de que valía la pena intentarlo. Su nombre le gusta, Alexandre, es chic, pronunciarlo podría llegar a gustarle. Y la vestimenta la ha cuidado. Esmirriado y desaliñado como es, con esa barriga precoz y esos hombros estrechos, lleva un traje a medida, de lo contrario no le quedaría tan bien. Tiene una voz bonita, pero no sabe hacer un cumplido. Devora su plato de paella con los morros grasientos y la sonrisa del niño contento de haber encontrado algo él solito: «Es increíble lo guapa que eres». Nooo… ¿En serio? Fíjate, es algo que no se le había ocurrido nunca a nadie. Pide unos cafés, se lo ve impaciente, debe de estar pensando en la habitación de hotel y en cómo plantear el asunto. Sus dedos rechonchos apretujan la copa de licor, sigue fanfarroneando sin siquiera intuir el malestar de su interlocutora. Ella ha considerado la opción de mentir, darle una excusa, mostrarse amable. Pero se decide por la brutalidad. El sol les da de lo lindo, la sombra se ha movido y la sombrilla ya no los protege del calor. Se siente embotada. Merece que lo dejen plantado sin miramientos, porque no la hace soñar y ni siquiera se da cuenta, porque lleva desde el día anterior excitado con la idea de montarla y no sabe hacerla reír. Lo escucha resoplar de impaciencia. Ella recoge la chaqueta, el bolso. Él se incorpora, emerge un tanto acongojado porque el pobre piensa que se va con ella, ha llegado la hora de echar un buen polvo, venga:

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta?

Ella no lo mira, ya está de pie:

—Muchas gracias por la comida. Tengo que irme a casa.

—¿Tan pronto?

Ella ya le ha dado la espalda, él debe de estar agitando los bracitos para llamar al camarero, rebuscando en sus bolsillos, refunfuñando, no puede ser que le pase algo así, pero si la tenía en el bote, embobada, ya estaba hecho.

Qué plasta.

Ella sube por uno de los callejones de un rincón de la plaza. Estrecho y alto, fresco, huele a alcantarilla, ruidos de obras, andamios, persianas de tiendas recientemente cerradas. Luego un bar oscuro, pintado de colores vivos. Toma una calle pavimentada, estrecha y sombreada. Se da prisa en alejarse, no querría volver a encontrárselo, sería capaz de montarle una escenita. Le gustaría dar una vuelta por la ciudad, pero no estaría tranquila. Llega a Laietana y para el primer taxi que pasa. Le toca repetir varias veces el nombre de su calle para que el conductor la entienda.

Vive en el norte de la ciudad, en la zona alta. Un barrio de casas antiguas y elegantes, mejor o peor mantenidas. Algunas construcciones modernas y blancas dan a las calles un falso aire californiano. No hay nadie por las calles, aparte del personal de servicio, cubanas o sudamericanas, vestidas de negro con delantal blanco, que vacían los cubos de basura, hacen la compra o van a buscar a los niños. Hay muchas escuelas privadas bilingües, en inglés o en francés. Un poco antes de las cinco, hay grandes atascos provocados por la cohorte de coches rutilantes de los padres, que acuden a recoger a su progenie.

Vanessa le pide al taxista que la deje a unas manzanas de su casa, él acepta aliviado. A esas horas, llevarla hasta el callejón sin salida donde vive podría costarle su buena media hora. Acomete una pendiente empinada, camina mirando hacia arriba, al acecho de los pájaros en los árboles. Las cotorras verdes invaden el paisaje, viven en buena armonía con las palomas. Le encanta fijarse en ellas, aunque a fuerza de tener a los pájaros como única preocupación, ha ido descubriendo otros, más pequeños: unos negros con el vientre azul y otros marrones con el cuello naranja. Seguramente Bel-Ami se pasa el día emboscado, ansioso por zamparse uno.

Saluda al aparcacoches del restaurante de la calle Condesa. No es que salude a mucha gente, con la de su barrio no suele coincidir, y los que se encuentra no tienen nada de amable. De seguir en Francia, estaría convencida de que es por tema racial. Pero aquí, y esa es una de las razones por las que tantas ganas tenía de trasladarse, nada la distingue de una autóctona. Se viste mejor, eso es todo. Aquí es una parisina.

Cuando dice que se llama Vanessa, nadie trata de ir más allá.

Era larga la lista de cosas que la hacían sentirse feliz con la idea de trasladarse a vivir a Barcelona con Camille. Dos años más tarde, ha cambiado de opinión, pero Camille dice que hay que esperar un año más, que la crisis empieza a declinar y que entonces se irán de Europa. Él quiere mudarse a Shanghái, está tratando de firmar allí un contrato largo. Dice que es como ir a Nueva York en los sesenta, que allí es donde suceden ahora las cosas, que el barrio francés le va a encantar, la comida, la ciudad. Cuando empezó a contárselo, ella estaba entusiasmada, dispuesta a cualquier viaje. Ahora ya no lo tiene tan claro. Preferiría volver a París. Durante los primeros meses en Barcelona estaba feliz, recorrió las tiendas de diseño para amueblar su enorme casa, buscó una empleada doméstica que se ha convertido en su profesora de español; como no deja de hablar y de hacer preguntas, Vanessa tuvo que aprender rápidamente para entenderse con ella. Tomaba el metro día sí y día también, se bajaba en cualquier parada cámara en mano, sedienta de esa luz particular de la ciudad. Barcelona es una ciudad de rincones, plazas escondidas, patios interiores y callejones secretos. Pasaba horas por la noche clasificando fotos en el ordenador, reencuadrándolas, manipulándolas. Los primeros meses, con eso le bastaba.

Camille está siempre fuera de la ciudad, hace todo lo posible para volver los fines de semana, pero no siempre es posible, y rara vez pasa diez días seguidos en su despacho junto al mar. El proyecto en el que trabaja no lo han cancelado, pero en la firma de arquitectos han despedido a la mitad de la gente, y a los que quedan les toca adaptarse. Es decir, abandonar los proyectos faraónicos e interesarse de cerca por las cabañas de troncos de madera calefactadas con energía solar. Así que pasa mucho tiempo sola, y debido a las circunstancias, mucho tiempo pensando en lo que fue su vida en Francia.

No está hecha para Cataluña. Imposible encontrar una buena manicura. Cuando llegó, se entusiasmó con las peluqueras, que saben lo que

significa planchar. Pero, a la larga, acabó echando de menos algún peluquero que también fuera capaz de hacerle un corte decente. Las sesiones de abdominales y glúteos están destinadas a la tercera edad. Lo que ellos llaman Pilates consiste en una gimnasia con banda elástica, como debía de practicarse en Francia allá por los años ochenta. En el club deportivo al que se apuntó, y eso que se lo vendieron como uno de los más chic de España, las señoras son todas centenarias. Deben de haber sufrido algún tipo de carencia alimentaria, y no haberse acercado durante mucho tiempo a ninguna crema de belleza. Eso sí, a la cirugía estética ya no son tan reacias. Aunque en semejante fase de descomposición, la única solución sería un buen burka. Vanessa pensaba que se había mudado a la ciudad más californiana de Europa, y resulta que se encuentra rodeada de campesinas mal restauradas, ineptas para la elegancia, gritonas al hablar con el móvil e incapaces de maquillarse. Ni siquiera las rusas jovencitas del club son bellezas. Pero lo más desconcertante del lugar son los hombres. Pase que sean achaparrados. No sería la primera vez que conoce a hombres bajitos la mar de atractivos, incluso más atractivos, puesto que tenían que compensar su tamaño. Pase ese gusto suyo tan caprichoso por las gafas con monturas llamativas. Podría llegar a acostumbrarse. Después de los veinte años se les cae el pelo, de acuerdo. Aunque ya empieza a ser mucho. Si a eso le sumamos que no son seductores, ni tienen conversación, ni son coquetos, y que les sale la barriga antes de los cuarenta… las cuentas, al final, empiezan a no cuadrar. Menos mal que están los sudamericanos, los vascos y los andaluces, si no, se moriría de aburrimiento.

Cuando llegó, esa sensación de ser una parisina consciente de que puede permitirse mirar las maneras de los locales con gesto divertido le pirraba. Nunca en su vida había tenido la oportunidad de experimentar el placer de ser racista. De haber nacido en otro lugar, en un país menos tocado por la desgracia, donde una tiene acceso a una educación mejor. El encanto de la condescendencia. Racista, como una francesa de verdad, una francesa legítima. El más rico de los catalanes, descendiente del linaje de mayor abolengo, a ojos de una niña nacida

en la zona de la Torre Eiffel no deja de ser un campesino. Cuánto llegó a disfrutarlo, observar a esa clase acomodada y localizar punto por punto todo cuanto en ellos acusa la falta de sofisticación, de cultura del lujo, de buen gusto. Pero después de todo, prefiere estar en Francia. Siempre es la misma historia, amar o ser amada. Más vale tener miedo a las faltas de ortografía en francés o a la falta de gusto en París, que sentirse cómoda aquí.

Camille le dice que exagera, que se ha dado por vencida. A él el lugar le parece fantástico; claro, como nunca está. Se parte de risa cada vez que ella le traslada sus conclusiones de la semana: «Cuando lo pienso, ese asunto de la historia catalana es un poco como si dos amigos de Noisy-le-Grand y yo decidiéramos que el Estado francés nos ha estado oprimiendo desde que nuestros abuelos llegaron a Francia, y que por tanto tenemos una imperativa necesidad de subvenciones para hablar la lengua suburbial. Claro que sí, escribiríamos una gramática a ocho manos, y decidiríamos que hablamos sarcelés, una mezcla de árabe y francés incorrecto, le añadiríamos treinta palabritas de verlan, y exigiríamos que se tradujera todo al sarcelés. A renglón seguido, en nombre de la normalización lingüística, viviríamos de subvenciones. Pero, evidentemente, a nuestros hijos los meteríamos en una escuela privada, para estar seguros de que aprenden un idioma de verdad…». Camille le aconseja que se guarde para sí ese tipo de consideraciones, dice que el anticatalanismo es pasto de la extrema derecha, y que más allá de esas cuatro paredes no le harían gracia a nadie. Intenta hacerle creer que es el resultado de cuarenta años de opresión franquista. Pero venga, hombre, Franco ejecutó a los comunistas, y no por eso a nadie en la región le ha dado por hacerse rojo. Franco soñaba con una España orientada al turismo y apoyada en lo inmobiliario, y desde la transición nadie ha manifestado la menor intención de cambiar ese proyecto. Los estadounidenses fueron buenos aliados de la dictadura, y Vanessa no tiene la impresión de que a nadie le importe aprender su idioma. Ya está harta de esta aldea, le gustaría largarse.

Ella habría preferido vivir en San Sebastián, Camille le dice que, con ese don suyo para armar lío, ya les habrían puesto una bomba. Pero los

vascos son otra cosa. Cuando dice eso, Camille levanta las cejas, hace como si se enfadara pero en el fondo le encanta su brutalidad: «No eres francesa por nada, tú, para que una causa te parezca decente tiene que haber sangre de por medio». A ella le gusta que la llame francesa, y él es lo bastante listo como para tenerlo presente. Él sí es un verdadero francés, su árbol genealógico se remonta fácilmente hasta los merovingios, o más. Su familia es tan importante que sus antepasados pueden rastrearse hasta épocas insospechadas. Su familia tiene un castillo. Y ahí lo tienes, casado con ella, desoyendo a su madre y a sus compañeros de trabajo. Se casaron, no quiere tener hijos, está enamorado de ella, la trata como una reina. Él es tan brillante como guapa es ella. Con la misma confianza desacomplejada. No le van a nadie con historias, saben que hay una parte de suerte, por lo menos al principio, que él nació donde nació, un lugar donde tener buenos estudios es natural, y que ella nació en ese cuerpo, con ese rostro. Pero saben también cuánto les costó, todo el esfuerzo que fue necesario para llegar donde han llegado desde aquel punto de partida. En su barrio había otras muchas chicas guapas. Pero la única que llegó a vivir bien de ello desde que le tocó arreglárselas sola es ella. Y a pasar las fiestas familiares, al castillo… Puede que sea la única en coquetear con los cuarenta en un cuerpo más perfecto que el que tenía a los veinte, un rostro al que aún no ha tocado ni jeringa ni bisturí, sin marcas, sin defectos, sin arrugas. No hay nada que Camille no haya hecho para progresar, para mejorar, no se ha ahorrado ni una sola noche en vela, no le ha dado pereza aprender ninguna lengua ni se ha negado a asumir ningún riesgo con la excusa de que le daba vértigo. Ni ceja jamás en su empeño, ni se duerme en los laureles de un éxito. Como no hay oportunidad de aprender que ella haya dejado pasar, aprender lo que se lleva allí donde le gustaría vivir, aprender cómo comportarte cuando has hecho ballet clásico toda tu infancia, aprender cómo sentarte cuando eres una princesa de verdad, aprender qué bolso toca cuando quieres pasar por rica. Aprender a pasar por una cosa distinta a lo que eres. Tragar sapos, uno detrás de otro, sin hacer una sola mueca.

Su madre siempre decía que el amor no existe, que es un invento

para llevarse a las chicas a la cama. En sus otras historias, siempre tuvo claro quién amaba y quién era amada. Ella se las arreglaba para pertenecer a la segunda categoría. Posición menos excitante, pero más rentable. Con Camille, no es tan sencillo. ¿Quién ama y quién es amado? Tercer año de matrimonio. No lo ha engañado casi nunca. No es determinante, pero vaya. Cada vez que vuelve a verla parece igual de enamorado. Quién ama y quién es amado, en este caso está mejor repartido de lo normal. Pero desde hace un tiempo se siente tan triste, ya nada le sabe igual. Antes estaba segura de que, siendo su mujer, le estaba haciendo el regalo más hermoso del mundo. Ahora que la imagen de sí misma se ha resquebrajado, ya no goza de aquella confianza. Una duda se cierne sobre ella: ¿y si tenía razón la madre de Camille? ¿Y si no es más que una morita guapísima, un fraude envuelto en papel de regalo? ¿Poco más que una imitación? Falta la autenticidad del auténtico lujo: no haberlas pasado canutas nunca, ser lo que una parece, alguien a quien nada le cuesta nada, jamás, a quien la vida no se atrevería siquiera a rozar por miedo a hacer un rasguño en la carrocería de la felicidad. Ser rica es vivir confiada. Incluso sin razón. Sentirse protegida. Nunca puesta en peligro. Protegida por la casa, protegida por el nombre, protegida por la historia, protegida por la policía. Los accesorios se compran, se llevan, una puede mentir con ellos. Pero la memoria no se cambia. Lo que Vanessa sabe de sí misma no es algo de lo que una pueda desprenderse.

En cuanto a Camille, desde que empezaron los problemas en su despacho se ha ido volviendo frágil. No quiere decirle exactamente cuánto ha perdido desde que empezó la crisis, evita el tema. En la prensa dicen que ya está, que lo peor ha pasado, pero Camille no es el mismo. Han perdido su soberbia, los dos. En los últimos meses hay muchas cosas que ya no se atreven a decirse.

Un año antes, en la casa de al lado se pusieron a hacer obras. Un estruendo indescriptible, todo el día, ni una hora de descanso. Lo estaban echando todo abajo a mazazos. Parecía que no iban a acabar nunca. La vida le estaba diciendo algo, a gritos. Antes, todo en aquella casa nueva la hacía físicamente feliz. El tamaño de las estancias, los

muebles que había elegido, el parquet, la enorme terraza. Hasta que empezaron las obras, justo al lado. Un ruido de demolición que no se apagaba jamás. Camille le regaló unos cascos antirruido activos. Con eso iba mejor, pero iba mejor cinco minutos, enseguida se sentía como viviendo en una pecera. Esa reacción suya ante el ruido de las obras le hizo darse cuenta de que no se sentía como de costumbre. Acudía demasiado a su pasado. Vanessa siempre ha tenido objetivos, una conciencia exclusivamente preocupada por lo que habrá de venir. Desde hace algún tiempo, en cambio, toda una serie de heridas que creía enterradas bajo la dermis, aparentemente lisa, han empezado a hormiguearle, y se ve llevada por unos odiosos accesos de ira. Atormentada por un magma de acontecimientos pasados. Quisiera deshacerse de ellos, pero se ha hecho un lío.

Cuando las ve, de lejos, junto a su casa, primero las toma por las chicas del estudio de diseño que salen a fumarse un cigarrillo al sol, pues suelen hacerlo. Luego recuerda que la empresa ha cerrado. El local sigue vacío, hace meses que hay un cartel de SE ALQUILA colgado en el balcón. Cuando llega a su altura, las observa; en las cenas se cuentan historias terribles de mujeres torturadas durante horas por feroces albaneses que entran por la fuerza en sus casas, así que desconfía. Hay una un poco más alta que la otra, lleva unos vaqueros anchos y bajos de cintura sobre unas caderas notablemente estrechas. Lleva unas enormes botas desgastadas y unas gafas de espejo de hace dos veranos, pero que le quedan bien. La otra es más encogida y ordinaria. Vanessa está acostumbrada a que la miren con esa insistente sorpresa, a no pasar inadvertida, a que cueste apartar la mirada. Es de una belleza asombrosa. Pero cuando la más alta se levanta y va hacia ella, Vanessa comprende de quién se trata.

Estirado sobre el sofá, panza arriba, relajado, Bel-Ami vigila lo que pasa a su alrededor con la cabeza vuelta. La detective se dirige sin dudarlo hacia el animal, que a pesar de su carácter salvaje no huye. Cuando lo toca, sus gestos son sorprendentemente suaves, se agacha a su lado, lo rasca bajo la barbilla y lo hace ronronear.

—Es bonito. ¿Cómo se llama?

—Bel-Ami. Lo encontré en la calle, en pleno mes de agosto. Era una pequeña rata chamuscada, no parecía que fuera a convertirse en… este ser sublime.

La detective se levanta y acepta un café. Tiene buena planta, aunque un poco dejada. No va maquillada, ni peinada, lleva ropa cómoda que no la favorece. La más pequeña, Lucie, tiene un físico ingrato. Tampoco ella ha tratado de arreglarse. Magnífica elección. En las escalas que ha ido estableciendo Vanessa con el tiempo, las mujeres feas que no tratan de dar gato por liebre resultan menos patéticas que las feas que se maquillan y se visten como si fueran guapas. Se critica mucho a las revistas femeninas y a la industria cosmética, pero rara vez se pone el dedo en la llaga de la que en verdad son responsables: hacerle creer a una nación de adefesios que, si hacen un pequeño esfuerzo, tendrán la pinta de algo distinto a lo que son. Nada es más lamentable que una mujer poco agraciada con un vestido llamativo, o una gorda tratando de poner en valor sus cualidades. Sobre este punto, la mirada de los hombres no coincide con la suya. Ellos tienen su propio criterio, poco o nada relacionado con el buen gusto. Prefieren a una petarda de piel grasa pintada como una puerta a una chica aceptable que no va maquillada. Afortunadamente, la moda la dictan hombres que no se dejan influir por las mujeres. La alta es una verdadera belleza, algo hay de potencia felina bajo esa pátina de luchadora de catch, dan ganas de verla moverse.

Vanessa sirve el café en la mesa, luego abre las puertas que dan a la terraza y se disculpa marcando el número del buzón de voz de su móvil; nadie le ha dejado ningún mensaje, pero necesita un momento para reflexionar. No ha querido pensar por anticipado en qué haría cuando llegara el momento. De hecho, ha evitado meticulosamente pensar en ello. Suponía que se trataría de un hombre solo. Cuando la palabra «masculino» atraviesa sus pensamientos, mira detenidamente a la detective, suma dos y dos y le sale: lesbiana. Las uñas muy cortas, ese aire como de mecánico. Lesbiana. Recuerda lo que dijo en la radio Arno, el cantante belga: «Soy lesbiana, somos feas pero nos divertimos». A ella nunca le ha parecido que las lesbianas sean feas, ha conocido a

demasiadas. Son viciosas, que no es exactamente lo mismo. Vanessa se levanta como lo haría delante de un hombre, desplegando su cuerpo para ondearlo en el espacio, turbar a su interlocutor, marcar su dominación. Quiere impresionar a la más alta. Las chicas turbadas lo ocultan mejor que los chicos, resulta más excitante. La detective señala:

—No parece usted sorprendida de vernos.

—Claire Galtan me avisó.

—¿Se conocen?

—Muy poco.

Se vieron una vez, nada más, fue Claire quien propició el encuentro. François nunca olvidó a Vanessa, su nueva esposa debió de imaginar que conocer a su rival ausente le haría perder su poder. Fue hace mucho. Pobrecita. Dotada de unos pechos enormes, allí colocados sobre dos piernecitas delgadas, parecía un pollito: dos melonazos con zapatos. La piel muy fina, el óvalo facial ya distendido. Tenía una bonita mirada miope que le daba un aire como bovino, todo muy tierno. Vanessa sintió un poco de compasión por François. Acabar casándose con esa cosa. No le extrañó que le costara pasar página. Con lo que a él le gustaba ir de guapo… no debía de sacarla a menudo, a la oficial.

Fue Claire, durante ese encuentro, quien le advirtió de que Valentine quería saber dónde estaba su «verdadera» madre. Le explicó que, siendo ella misma madre de dos hijas, lo más precioso que tenía en el mundo, no le costaba entender que la adolescente intentara volver a ver a su «verdadera» madre, insinuándole que reconsiderara su decisión.

—¿Mi decisión?

—François me explicó lo sucedido… pero yo pensé que, con el tiempo…

Fue durante las rebajas de invierno, se vieron en el Angelina para tomar un chocolate caliente. Vanessa le hizo un gesto para que se callase.

—¿François sabe que has venido a verme?

—No. Había pensado decírselo solo en caso de que tú…

—¿Sabes que se pondrá furioso? Si se entera de que te conté la

historia tal como ocurrió, ¿sabes que nunca lo volverás a ver como antes?

No tenía ninguna intención de contarle nada, muy al contrario, su idea era dejar que se las apañara ella solita. Arréglatelas para averiguar con quién te has casado, qué clase de imbécil patético tienes por marido.

Al final Claire admitió que había encontrado su paradero al descubrir las amonestaciones de su último matrimonio cuidadosamente recortadas y archivadas por su marido. Decía: «Si yo di con ellas, Valentine podría encontrarlas en cualquier momento. Luego no fue muy complicado, llamé al despacho de tu marido y le dejé un mensaje… que por lo que veo te hizo llegar».

La idea de que François siguiera interesado en ella no le causaba el menor placer. Si acaso disgusto. Y el pato lo pagó Claire. Porque estaba allí, porque no iba a contar nada, porque era esa clase de mujer a la que te apetece darle una patada en el culo.

Desde entonces, Vanessa no había vuelto a saber de ella. Hasta que, hace quince días, le contó entre sollozos que Valentine había desaparecido. «¿Y a ti qué más te da? ¿No te da vergüenza, hablarme de mi hija llorando, como si fuera tuya?». Y le colgó. Lo cual, a la masoquista Claire, no le impidió llamar una vez más, de eso hacía dos noches, para informarla de que habían contratado a un detective «de la mejor agencia de París». La gente con dinero siempre necesita estar segura de que lo gasta mejor que el resto de los mortales. Le dijo que Vanessa iba a recibir su visita, aunque nadie de la familia Galtan se había permitido darle su nueva dirección. «Mira, ya he hablado con la policía, les he dicho lo que sé, y con el detective voy a hacer lo mismo. Solo dile al capullo de tu marido y a la zorra de su madre que si se hubieran ocupado de mi hija como es debido, aún la tendrían en casa, en su camita, y no por ahí fuera como una desdichada». Puro barrio Nueve Tres. Borrarlo había sido largo y difícil, pero cuando lo necesitaba, el arrabal volvía a emerger intacto. Y la gente del distrito XVI no está acostumbrada a que le hablen así. No les gusta mucho. Por eso gastan tanto dinero yéndose a Rusia, a Rumanía o a Tailandia de

vacaciones, contrariamente a lo que se cree no es solo para follarse unos buenos culitos adolescentes sin que nadie se entere. Los franceses necesitan ver a pobres que no los insulten. Saben que, si se suben a un autobús blindado para regodearse en las condiciones de vida de los pobres de sus suburbios, les van a pegar fuego. Y eso sería un engorro. Con toda esa pobreza de la que tanto podrían compadecerse, soltar una monedita y regalarles la ropa vieja. Pero son unos pobres agresivos. Y eso, en tema caridad cristiana, complica las cosas.

La pequeña investigadora se concentra en su taza de café. La detective alta —así que la mejor de París, piensa Vanessa divertida— mira a su alrededor, luego se lanza:

—Valentine vino a verla, ¿verdad?

—La policía ya me ha interrogado.

—¿Puede repetirme lo que les dijo?

—Sí. Pero también puedo contarle la verdad. Valentine pasó por Barcelona. Pero creo que ya no está. ¿Quiere otro café?

—Encantada.

—¿Solo, sin azúcar?

—Si fuera tan amable de ponerme uno doble… Me hubiera tomado un par mientras la esperábamos, pero en este barrio no hay bares.

—¿Quiere que salgamos a la terraza? Hoy los albañiles no arman mucho ruido.

—No, se les ha derrumbado el balcón de delante. Lo hemos seguido todo muy atentamente. Nos hemos pasado ahí fuera dos horas. Era un balcón grande, y creo que tienen para todo el día recogiendo los escombros que han caído encima de sus cosas, tablones e historias así.

Sola en la cocina, Vanessa se toma su tiempo. No había planeado hablar. Se repite que no tiene nada que reprocharse, nada que ocultar. No sabe dónde está la niña, apenas la conoce. No fue ella quien decidió verse con ella, no tiene por qué justificarse. A la detective le han contado la historia desde el punto de vista de la familia de François, claro. Y la otra, la que no dice nada, lo mismo, con esa pinta de gacela

asustada. Ya han dictado sentencia, como todo el mundo. Nadie necesita escuchar la versión de Vanessa para condenarla.

Cuando vuelve con el café, la detective está en la terraza, apoyada en la barandilla de piedra, mirando la enorme antena que hay en la cima de la colina de enfrente.

—Es un transmisor potente. ¿No le asustan las ondas?

—No. Cuando llegué pensé que nos arruinaba las vistas, pero a la larga me gusta. Tiene su utilidad: dondequiera que esté en la ciudad, siempre sé dónde queda mi casa. Y, enfrente, está el mar.

—Visto así…

—Lo siento, no recuerdo su nombre.

Ganar tiempo. Otra vez. Hablar de otra cosa, hablar de cualquier cosa que le permita no tener que decidir qué le dice y qué se calla, lo que la otra puede oír y lo que es mejor esconder.

—Me llaman la Hiena.

—¿La Hiena? ¿Porque es usted un animal cruel, rápido y despiadado?

La mujer alta vacila un momento y luego sonríe por primera vez desde que llegó. Una vez más, una estrategia masculina, porque es fría y reservada, el más mínimo indicio de distensión, por ejemplo una sonrisa, adquiere un valor particular, y puede desencadenar otros.

—No. Tuve suerte. Un idiota me llamó así cuando empecé a trabajar. Y luego se me quedó. Podrían haberme llamado Garfield… eso habría resultado menos serio, pero igual se me habría quedado.

Mira a su alrededor. En el jardín de abajo, los árboles con flores rosas, el macizo de flores blancas, la enorme y flamante tubería nueva, de aluminio, pegada a la fachada de una antigua casa de piedra que antes de semejante injerto era bonita. Las macetas con rosales, colocadas en el suelo contra la balaustrada para protegerlos de los fuertes vientos que han azotado la región durante el invierno. Una planta que parece muerta trepa a lo largo de las paredes agrietadas, durante la semana han nacido unos cuantos brotes enormes de sus ramas desnudas.

—Debe de estar contenta de haber dejado París.

—La vegetación aquí es mejor, sí. Pero no soy muy aficionada a la

botánica.

Vanessa ha preparado un litro de café, lo ha puesto en un termo verde, llena las tazas hasta el borde, la pequeña Lucie se ha apostado en otro rincón. Olvidar que sigue ahí resulta sencillo.

—¿Valentine vino a verla a Barcelona?

—Vino a verme, sí.

—¿Y no sabe dónde está?

—Ni idea. Ha desaparecido.

—¿No la había visto antes de eso?

—No. Supongo que los Galtan le han contado las cosas a su manera, ¿no?

—No. De usted no me han dicho nada. Dicen que se marchó cuando la niña tenía un año. Si le apetece hablar de ello, estamos aquí para eso.

Sí quiere. Al abrir la boca, ella misma se sorprende de hasta qué punto le apetece hacerlo.

—A François lo conocí cuando tenía dieciocho años. Él tenía trece años más, era un escritor prominente, estaba enamorado de mí, eso me gustaba… Su madre no las tenía todas consigo. Sus amigos lo veían de un modo más conciliador. Todos me hablaban de cuscús, de Oriente y de la danza del vientre. Eran los primeros noventa, para las chicas como yo empezaba la resaca. Habíamos crecido pensando que aquello marchaba, que Francia estaba preparada, que bastaba con llegar a la ciudad para que la dejaran a una en paz con el asunto de sus orígenes. Yo ya me había cambiado el nombre por el de Vanessa Demouy y decía que era libanesa. Pero ellos tenían vista. Si supiera la cantidad de conversaciones sobre tayín y cuernos de gacela que me tocó mantener en las cenas… Los de izquierdas eran los peores, temían que olvidáramos nuestras raíces. Yo, como cualquier chica de mi edad, era lo único que pedía, olvidar de dónde venían mis padres. Pronto me quedé embarazada, estaba contenta, me veía a mí misma como ama de casa y él escribiendo sus cosas… François me gustaba. Pero incluso aquellos de sus amigos con una mente más abierta que entendían que me metiera en su cama le advirtieron que fuese con ojo. Que a ver si

me volvía a mi pueblucho y me llevaba a la niña. Al pueblucho, ¿qué coño iba a hacer yo allí? ¿Acaso hay algún salón Carita? En fin, pasemos… Estar embarazada no me gustó. Estar gorda no me gustó. Solo quería que terminara. La madre de François fue quien quiso ponerle Valentine. Presionó todo lo que pudo para convencer a su hijo de «interrumpirlo», pero acudió a verla a la maternidad desde el primer día. François se quedó tranquilo, tenía miedo de que su madre se enfadara para siempre con él. Ella se enamoró de la pequeña. Yo no me las arreglé mal con el bebé, no peor que cualquier otra, imagino. Pero teníamos todo el tiempo a la vieja en casa. Que si no hiciera esto, que si no sabía aquello. François se retiró del conflicto, como un cobarde. Se las arreglaba para no estar en casa, me dejaba sola con Jacqueline, que tenía llaves. Yo me pasaba la vida en el parque, en la piscina, en casa de mis hermanas. Cualquier cosa para que no nos encontrara.

Vanessa se toma un descanso. Por supuesto, lo va contando un poco como mejor le parece. Está en su derecho, teniendo en cuenta que los Galtan han puesto en juego su versión falaz. Se le ha olvidado precisar que se quedó embarazada enseguida expresamente. François no quería casarse con ella. Por su madre. Y ella le hizo un hijo, sin más. Era joven, no tenía mucha idea, pensaba que Galtan era una buena captura. Y la historia de pasarse el día en el parque o en la piscina es inventada. Enseguida se deprimió, apenas nacer Valentine. Aquella cría le hizo verlo todo negro. La dejó con la vieja. Cada vez más a menudo. No desconfió de ella. Jacqueline estaba contenta de tenerla. Lo único que está haciendo es modificar ligeramente los hechos. Rehacer la historia reservándose un papel más decente resulta agradable.

—Y entonces conocí a alguien. Cuando menos lo esperaba, la vida es así. Un maleante, niño bien pero desviado, de mi edad, guapo como un ángel, dedicado fundamentalmente a cuidar de su Harley Davidson y escuchar a Led Zeppelin. Carita de ángel, alma de cabrón. Un clásico.

Era la primera vez que un chico la tenía pillada, sin más. La ventaja, antes, siempre la había llevado ella. Hay que decir que siempre había tenido sexo útil, su madre le advirtió de que el sexo era para los cerdos, que a las mujeres no les reservaba nada bueno. En ese punto, se

equivocaba. Guillaume solo manejaba dinero en efectivo. Hacían como en *Uno de los nuestros*: cuando salía a hacer sus trabajitos le preguntaba cuánto quería, y ella le indicaba el espesor del fajo con los dedos. Con solo tocarla, era pura electricidad. A François lo había dejado de la noche a la mañana. Sin el menor titubeo. No es que hiriera sus sentimientos: directamente lo mató. Cuando una mañana fue a recoger sus cosas, ya llevaba fuera cinco días. Volvió al amanecer, colocada de coca. Él estaba despierto, lívido. Le hubiese bastado con chasquear los dedos y él le habría abierto los brazos y la habría perdonado en el acto, la habría recuperado inmediatamente. Era la mujer de su vida, se dio cuenta entonces. Tuvo la impresión de estar condenándolo. Pero no había nada que hacer. Amar o ser amado. Y ella, en ese momento, amaba. Pensaba que no podría haber nada mejor. Cuando François, en estado de shock, le preguntó cuándo iba a volver para ver a Valentine, ella respondió que telefonearía. Vio en su mirada que él no alcanzaba a comprender que ni siquiera le diera, como una limosna, la más mínima explicación. Ya tenía la maleta hecha, quería marcharse antes de que él se derrumbara. Una zorra. Una auténtica zorra. Pero luego pagó por ello. Acabó pagando por lo que estaba haciendo.

—Llevarme a Valentine me hubiera gustado, pero en aquella vida nuestra no encajaba. No tenía yo la cabeza para pañales. Imagina, con apenas veinte años. Me daba la impresión de que tenía derecho a vivir aquello, la pura pasión. Sucedió que cuando quise volver a ver a Valentine ya no fue posible. Habían cambiado las cerraduras, el conserje de la finca de la abuela tenía instrucciones de no dejarme pasar. Me aconsejaron que presentara cargos… Vivía en un estudio lleno de coca y material robado, ¿qué iba yo a pedirles a los maderos?

Guillaume estaba enamorado de ella, pero era incapaz de serle fiel. Tenía que ir por ahí follando. Eso a ella la ponía enferma. Le gustaba hacerla llorar, solo entonces sentía que le importaba de verdad. Luego la consolaba, divinamente bien. Muy pronto fue siempre así: te humillo, te engaño, luego vuelvo y lo borro todo. La coca y su polla, dos adicciones que cuadraban a las mil maravillas. Ella nunca lo habría dejado, el drama formaba parte de su historia. El dolor le servía para

medir cuánto lo amaba. El dolor y su cura. La gente que no entiende que una chica pueda quedarse con quien la maltrata es que no entiende en absoluto a las mujeres. Es algo que sucede en el hueco de las rodillas, en el vientre, algo que cede. Lista para morir. Pero un día no volvió. Un atraco a un banco. En el juicio, descubrió que ya estaba casado por su cuenta, y que era padre. Nunca se lo había contado. Su mujer no era de las que se dejan pisotear. No había suficientes derechos de visita para dos.

—Yo de verdad quería volver a ver a mi hija. Dejé a Guillaume, me quedé en casa de una amiga. François esperaba que yo me arrastrara a sus pies suplicándole que me aceptara. Pero después de lo que había conocido, me resultaba imposible soportar que volviera a tocarme. Él se lo tomó muy mal, y puesto que todo lo que tenía de mí era la pequeña… le bastó con dejar hacer a su madre. Con todo lo que ella la quería. Yo, como una tonta, fui a ver uno por uno a todos los amigos que teníamos en común. Quiero decir, a la gente que tenía por amigos. Pensé que podían ayudarme, hablar con él, decirle que ahora me estaba cuidando, que podría dejarme que la viera. Pero todos testificaron en mi contra. Todos. Ni uno solo se negó a declarar por escrito que yo era una loca, un peligro, un problema, una drogadicta y una ladrona. La abuela se lo inventó y ellos lo firmaron, sin pestañear.

Ella nunca hubiera imaginado que dejar a su hija tres meses pudiera acarrearle unas consecuencias tan definitivas. Valentine era un bebé, no reconocía a nadie, y en cualquier caso ella no le daba el pecho. Vanessa no sintió que estuviera haciendo nada tan terrible. Pero cuando volvió a ver a la gente con la que salía cuando François, todo resultó muy incómodo, la evitaban. Galtan por aquella época tenía un poco de poder. Una columna en un diario. Justo lo necesario para que todos eligieran estar de su lado, del lado del fuerte, sin más. Lo terrible que era ella, negro sobre blanco. Escribieron, firmaron, sacaron fotocopias de sus carnets. No olvidaron cuáles eran sus raíces, ni pasaron por alto por dónde soplaba el viento. Incluso aquellos en quienes confiaba. Su abogado de oficio sabía que iba a perder. Dicho y hecho. Perdió. Al menos supo ver el lado positivo: una chica de su edad, sin una cría

resultaba más atractiva.

—Tenía derecho de visita, cada quince días, en casa de la abuela. Como si estuviera en libertad condicional. La vieja me propuso, de forma extraoficial, comprar un apartamento a mi nombre lejos de París, arreglándoselas para que su nombre no apareciera por ninguna parte en los contratos de venta. A cambio, yo renunciaba a mis derechos de visita, así como a ir a juicio. No dije que sí inmediatamente. Ella, cada vez que iba a ver a Valentine, me presionaba. Hoy no está, olvidé avisarte. O no dejaba que la niña durmiera, y así se aseguraba de que se pasaba la visita llorando. Hasta que accedí. Me dieron un piso de ochenta metros cuadrados en el centro de Montpellier. Eso les pareció lo suficientemente lejos como para que los dejara tranquilos. Firmé unos papeles que no tenían valor jurídico. Salvo que, si algún día me daba por revisar el expediente, ellos tendrían escrito negro sobre blanco que yo había aceptado desaparecer de la vida de mi hija a cambio de un apartamento. Sé que podría haber vuelto a los tribunales. Argumentar que había cambiado, que me habían manipulado. Pero nunca lo hice. Me habían convencido de que eso era lo mejor para Valentine, y yo acabé por creerlos.

La vieja al bebé lo quería, eso nadie se lo puede quitar. Lo que no soportaba era que Vanessa fuera a verla. Para conseguir un apartamento bonito tuvo que luchar, al principio la vieja quería meterla en un estudio en Marsella. Cuando Vanessa negociaba, ella se hacía la ofendida. Borrar a los Galtan de su vida, convertirse en propietaria, cambiar de ciudad, cambiar de vida. Ya tendría más hijos, si es que algún día le volvía a apetecer. Era joven, sus hermanas cagaban uno al año, no tenía nada de extraordinario eso de parir un hijo. Si los bebés los pagaran al peso, las mujeres de su familia comerían con cubiertos de plata.

La detective la escucha tomándose el café, sin manifestar la menor reacción. A Vanessa le apetece coquetear con ella, arrancarle algún tipo de reacción.

—Debo decir que me recuperé. Al principio pensaba que cada vez que viera a una mujer con su hijo lo iba a pasar fatal. Pero no fue así.

Irlos a buscar al colegio, los días de piscina, las meriendas de cumpleaños, los resfriados, la rubeola, los deberes, apechugar con la colada… las mujeres que necesitan un hijo es porque los hombres no les dan lo que ellas quieren.

La cara de la detective no acusa emoción alguna. Y eso que algo así no suele ser fácil de tragar. Trata a las mujeres de zorras y de putas, que nadie te pondrá ningún pero; ahora bien, métete con su faceta de madre y te armarán un pollo, temblando de indignación. Es lo bueno de las lesbianas: no van por ahí de virtuosas. La pequeña, en cambio, la mira de reojo con aire afligido. Vanessa es consciente de que habla demasiado. Como cada vez que tiene a alguien a mano últimamente. Una especie de incontinencia verbal.

—Lejos de París no estuve ni seis meses. En provincias no conocía a nadie, pronto me di cuenta de que no estaba hecha para eso. Vendí el apartamento en el sur. Lo invertí todo. Hasta el 13 de septiembre de 2001. Cayeron las torres, y a las cuarenta y ocho horas me planté en mi banco, vendí todas las acciones. El banquero estaba desolado. Pero yo no me podía permitir quedarme sin blanca.

Para la época, tuvo la impresión de poseer una enorme fortuna. Pero hoy, aquella suma se ha convertido en un pequeño colchón. Luego supo manejarse. Consiguió un nuevo apartamento. De su segundo matrimonio. Para eso sirven los hombres. No entiende por qué la gente se engaña con algo tan evidente. Uno de tres plantas, en Joinville. El dinero de esa venta se lo gastó todo. Tenía muchos gastos, y pánico a trabajar. Su segundo marido no fue el peor, pero pagó por los demás. Tenía la mano muy suelta. Cada vez que discutían, la cosa degeneraba y le acababa metiendo un derechazo, apuntaba al ojo. Ella sabía qué tecla tocar para sacarlo de quicio. Enseguida supo cómo actuar. Era al principio de internet, empezó a guardar todos los mails. Los mensajes de disculpa cada vez que le pegaba. Cuando llegó el divorcio, premio gordo. Podría decirse que había aprendido la lección.

Después del segundo matrimonio, llegó Claude. Otra vez se había puesto a consumir un montón de coca. Para conseguirla sin tener que pagar, siguió manteniendo su vida social. Gente de la publi, de las

finanzas… nuevos amigos. Fue así como conoció a Claude. Es decir, fue así como Claude la conoció a ella… tenía más de setenta años. Cuando se encontraron, él ya no trabajaba. Se vieron en una fiesta de la Fundación Cartier, y él se enamoró. Cuando se dio cuenta de que la estaba cortejando, se sintió ofendida porque un hombre de su edad pudiera llegar a imaginar que alguien que podría ser su hija… Pero Claude sabía lo que se hacía. Cuando empezó con él, todo el mundo la trató de puta. Y es verdad que la compró con regalos. ¿Qué tiene eso de malo? Cuando una historia termina, ¿qué otra cosa queda del otro? Nunca había conocido a nadie como él. Los Galtan eran unos nuevos ricos, la riqueza del granjero avispado que supo apostar en el momento oportuno e invertir como es debido. La abuela ya puede darse todos los aires que quiera, que desciende de un tractor. Claude era otra historia. Lo que la impresionó no fue el precio que pagó por tenerla. Lo que la deslumbró fue su clase. La primera vez que entró en su casa, supo que se iba a quedar. Por la belleza de las cosas. La puso en un pedestal y ya nunca la hizo bajarse. Todo aquello que veía, lo volvía más y más interesante. Incluso lo feo. Aquello los unió. Y a él le bastaba con tenerla ahí para ser feliz. No orgulloso. Feliz.

Era paciente con ella. La conocía. Delante de él no se escondía de nada. A veces, cuando se volvía hacia él, se asombraba al verlo tan mayor, le daba como aprensión, un instante de repugnancia. Pero no le apetecía estar en ningún otro lugar. Todo el mundo la fulminaba con la mirada, una chica tan joven con un viejo, estaba claro lo que andaba buscando. Tocar a alguien de esa edad resultaba raro, con esa piel. La muerte había empezado a hacer su trabajo. De vez en cuando había que consumar, aquello duraba horas porque apenas se le empinaba, era algo más bien mental. Ella se acostumbró. A esas edades se sigue hablando de «un hombre», pero en realidad es otra cosa. Un tercer sexo. Ni mujer ni hombre. Le gustaba que se desnudara delante de él. Por supuesto, ella se había buscado un padre sustituto, no veía qué problema podía haber en ello, lo necesitaba, y él cumplía con su papel. Claude le enseñó cosas. Despreciaba mucho a la gente, no le importaba su opinión. Ella le habló de lo de Valentine. Precisamente, desde que la

pequeña volvió a aparecer, ha estado pensando mucho en Claude. Le hubiera gustado tenerlo cerca, poder pedirle consejo. Con él comprendió que existía un amor más allá de la pasión, un vínculo más fuerte que el que teje la neurosis. Una entente pacífica. Claude sabía lo que ella sentía por Valentine, o mejor, lo que no sentía. Le decía que no se preocupara. Que las mujeres han tenido, desde siempre, hijos de los que después no se ocupan. Que algo así solo preocupa a las criadas. Le decía que había tenido suerte, que no hay nada más estúpido que los críos. Una mañana, al despertar, sintió que él seguía acostado. Claude no dormía mucho. Nunca estaba a su lado cuando se despertaba, solía encontrarlo en su despacho. Saltó de la cama horrorizada. Lo sabía. Sus hijos llegaron ese mismo día. Cuando descubrieron que no se había casado con ella a escondidas, ni le había dejado nada a escondidas, respiraron aliviados. Hicieron las maletas ese mismo día. Sus dos hijas y su hijo, tres gusanos grandotes y bobos, era para verlos, yendo arriba y abajo de la casa metiendo sus cosas en cajas. Hubo que discutir objeto por objeto. En menos de tres horas, la habían puesto de patitas en la calle. Al verlos trajinar, le vino a la mente lo que Claude decía sobre los hijos. Tres glotones enormes y amorfos, abalanzándose sobre su biblioteca, sus armarios. Entonces supo que Claude tenía razón. Eso es la familia. Por eso hay quien monta todo un circo.

Lo que tampoco comprendió es que la dejara en semejante situación. Tendría que haberlo previsto. Quizás pensó que era más malvada de la cuenta. Antes de avisar al médico, debería haberse guardado todos los regalos que le había hecho, las cosas a las que les había cogido cariño. Se vio en la calle, sin tarjeta de crédito, sin ningún lugar adonde ir. Con tres cajas, una maleta y un hermoso abrigo que logró arrebatarles a los hijos. Estás ahí tan contenta y resulta que no eres más que una inquilina. Siempre pendiente del próximo desalojo.

El meollo de la cuestión. Vanessa toma la bandeja, les ofrece otro café, le gustaría ganar un poco de tiempo. La detective encadena un cigarrillo tras otro, le pregunta:

—Y con Valentine, ¿cómo le fue?

—No puedo decir que la reconociera, en el barrio hay tantas chicas

de su edad, no me llamó la atención. Fue un poco raro, porque llovía y allí estaba ella, la capucha puesta, debajo de un porche. Por eso me fijé en ella. Era como un gatito mojado. La primera vez que me vio no se atrevió a decirme nada. Me dejó una nota en el buzón, una hoja doblada en cuatro. Por suerte, quien miró el correo fui yo.

—¿Qué había escrito?

—«Soy Valentine. Tu hija. No he tenido el valor de acercarme a ti. Mañana estaré en el mismo lugar a la misma hora. Si quieres hablar conmigo, ven».

—¿Guardó usted el papel?

—No. Lo rompí. Pensé en Camille. Nunca le dije que tenía una hija. Y cuando has mentido, la mejor manera de que no te desenmascaren es no ir por ahí dejando pruebas. Lo rompí, lo tiré, esperé a que se hiciera de noche y ese día la basura la saqué yo. Normalmente lo hace la asistenta.

—Y al día siguiente, ¿fue a verla?

—Aquella noche no dormí. No sabía qué hacer…

—¿No quería verla?

—No. Me había acostumbrado a no pensar en ella. Y luego está Camille. Camille no quiere tener hijos. Perfecto. ¿Cómo iba a explicarle, así por las buenas, que había venido a llamar a mi puerta una hija mía de quince años y que… ups, no se me había ocurrido comentárselo antes?

—¿No le había contado usted nada? París es un pañuelo. ¿A nadie se le había ocurrido irle a Camille con el cuento de lo que…?

—No. Camille es arquitecto, no alterna con muchos franceses, y son todos del gremio. Podría haber sucedido, por supuesto, pero me salvé.

—Y al día siguiente, ¿habló con ella?

No la deja juguetear como ella quisiera, Vanessa siente la correa, como un collar dándole tironcitos secos para llevarla aquí o allá.

—Bajé, sí. La llevé a ver el mar. En coche. Pensé que lo mejor para la primera vez sería vernos en el coche, así no tendría que preocuparme por cómo comportarme, estaría conduciendo, ya está. Media hora para ir a la playa, una conversación, una hora juntas en la playa, un paseo. Y

ahí ya la llevaría donde ella me dijera… Me había preparado un par de cosas que decirle, estaba convencida de que enseguida me preguntaría: «¿Por qué me abandonaste?» y «¿Qué has estado haciendo durante este tiempo?». Pero nada de eso. Habló mucho. De su escuela, de la música que le gusta. En la playa le compré un helado, le pregunté por qué no cuidaba un poco su peso. Ella me dijo que era un asunto genético. Su padre es delgado, yo soy delgada, no supe qué responder. Me dio noticias de la familia, había conocido a mis hermanos y hermanas… Eso nos llevó un rato, son unos cuantos. Pero después no sabíamos muy bien qué más decirnos. Le dije que en Barcelona hacía buen tiempo, ella me contó que solía ir a la Bretaña a practicar windsurf, yo le dije que en Bretaña llovía muy a menudo, pero que me gustaban las crepes y la sidra… Luego le dije que tenía que marcharme. Ella me preguntó si podía ducharse en mi casa. Me di cuenta de que no sabía adónde ir. Yo llevaba encima la tarjeta de crédito, saqué quinientos euros en efectivo, no quería que Camille encontrara en mi cuenta el cargo de un hotel, y la llevé a uno. Cerca del puerto, por la parte antigua. Pagué dos noches y le dejé el resto del efectivo, le dije que volvería, pero que allí no podía quedarme.

—Y cuando volvió, ¿había desaparecido?

—No enseguida. Se quedó una semana. Yo iba a buscarla hacia el mediodía. Comíamos juntas. A Valentine le dije que, si nos cruzábamos con alguien, o con Camille, nunca se sabe, dijera que era una sobrina mía…

—¿Ella se lo tomó bien?

—Ella no decía nada. Hacía como si fuera normal. De hecho, hablaba menos que el primer día que la vi. Es muy reservada. Y va muy mal vestida. Le sugerí ir de compras juntas, pero no quiso. La recogía en el hotel, buscábamos una terraza y comíamos juntas. Empezaba a acostumbrarme a ella. Pensé que tendría que hablar con Camille.

—¿Ella le contaba lo que hacía el resto del tiempo?

—Me decía que había hecho amigas, unas españolas, y que se lo pasaban bien. Decía que iban a la Barceloneta, el barrio del puerto.

—¿Parecía feliz?

—No se quejaba… Comí siete veces con ella, no es mucho para estar segura… Parecía contenta de verme, de estar aquí… En realidad, no me hablaba mucho. Pensé que teníamos tiempo para ir haciéndonos la una a la otra.

—Y cuando vino la policía a interrogarla, ¿no les contó usted nada?

—No. Ella me pidió que no lo hiciera. Le dije que tenía que volver con su padre, ella dijo que ya lo sabía. Yo le prometí no contar nada. Pensé que era lo menos que podía hacer, mantener mi palabra… Empezaba a gustarme tenerla por aquí. Me preguntaba cómo contárselo a Camille… Necesitaba tiempo.

La llegada de Valentine le trajo una miríada de pensamientos salvajes y dañinos. Una serie de fracasos, humillaciones, decisiones tomadas con rabia. Si cuando Vanessa se instaló en Barcelona le hubieran preguntado, se habría definido sinceramente como realizada, afortunada y equilibrada. La vida le había sonreído con cierta insolencia, y ella tenía la sensación de haber sabido aprovecharlo. El día a día con su hija afectó a la imagen que tenía de sí misma. No solamente obligándola a tomar conciencia, con cruel realismo, de la edad que tenía, sino metiéndola directamente en el saco de los que empiezan a vislumbrar su propia desaparición. La obligó a revisar, sobre todo, la idea que se había hecho sobre su trayectoria. Ganadora, superviviente, despiadada: todos los términos con que se había investido empezaban a tambalearse. Era una pobre chica que se las había ido apañando, de matrimonio mediocre en matrimonio mediocre, amasando como una hormiguita unos ahorros que tampoco eran para tanto, y consagrando a ello toda su energía. Ahora, mirando a Valentine, buscando el modo de contarle su historia, de repente todo cambiaba. No se atrevía a tocarla. Era incapaz del menor afecto físico. Trató de intentar algún gesto, pero le era imposible. Vanessa no era como ella misma creía que era. Y eso lo entendió a través de Valentine.

—¿François Galtan nunca trató de contactar con usted?

—Tiene miedo de escucharme. Su madre tampoco me llamó. A fin de cuentas, por eso las han contratado, para no tener que vérselas conmigo. Pensé que Valentine volvería a su casa. Que le habría servido

de lección. Un día fui al hotel a buscarla. Ya no estaba.

Vanessa se repite que no ha hecho nada malo. Pagó dos noches por adelantado, dejó una nota diciendo que volvería. Luego siguió pagando, y pasando todos los días. Y al final tuvo que vaciar su habitación. En ese momento no se emocionó, estaba más bien molesta. Fue después, días más tarde, al recuperar las imágenes de ese mediodía, cuando se sintió turbada. Sus manos metiendo la ropa en una bolsa. Cosas íntimas. Un aceite para el pelo, la parte inferior de un traje de baño de un tamaño espantosamente grande, una edición de bolsillo de una novela japonesa, *Kafka en la orilla*, con la foto de un gato en la portada. Un juego del Oráculo de Belline. Vanessa pensó que Valentine nunca le contó que tiraba las cartas. Unos calcetines rojos, agujereados. Un paquete de papeles largos de liar. Un pequeño escarabajo de cerámica azul sobre la mesita de noche. Una bufanda suave, verde, que nunca le vio puesta, impregnada de un perfume dulzón. Un par de Converse amarillas. Era como despojar la habitación de su intimidad, como borrar su presencia a medida que iba metiendo sus cosas en la pequeña mochila naranja que llevaba cuando llegó. Una bolsa tan pequeña que, en su momento, a pesar de los nervios, la tranquilizó, el tipo de mochila que una escoge para un fin de semana. Fue ordenando con cuidado las cosas en su interior. Se quedó un rato asomada a la ventana, la vista era bonita, daba a una plaza cuadrada presidida por una pequeña iglesia. Un ángel decapitado junto a una virgen con un niño tallados en el frontón.

Y luego cerró la puerta, devolvió la tarjeta de banda magnética. Imágenes grabadas, largo plano secuencia. Vanessa no lloró. Todo quedó grabado. Frente a ella, la Hiena insiste, sin tratar de presionarla:

—¿Ha conservado usted sus cosas?

—Me pasé toda la tarde por la Barceloneta, entré en todos los bares, preguntando si habían visto a una chica francesa, morena y gordita, de unos dieciséis años, de nombre Valentine. Por la noche llamé a Camille, le dije que me había quedado a cenar con unas amigas y seguí a lo mío. Recorrí toda la playa, hasta el Poblenou. No sabía qué hacer con la mochila, ir a esconderla en casa de alguien me hubiera puesto en una

situación delicada. En París sí habría sabido con quién dejarla. Pero aquí… tiré la mochila a la basura.

Es la imagen más nítida. Estaba cansada de caminar todo el día. Poco después de la medianoche, pulsó el pedal para abrir el contenedor, una enorme boca gris. La mochila naranja tirada allí dentro. Los contenedores son demasiado profundos para que puedas ver el fondo en la oscuridad. Esa imagen, precisamente esa imagen. Incrustada. Aunque en el fondo ella piensa que Valentine está bien. Prefiere no pensar que alguien pueda hacer ese mismo gesto con el cuerpo de su hija. Para arrojarla a una zanja, a un río, desde la cima de una montaña. Algo que salga en las noticias.

La detective pregunta:

—¿Se acuerda usted bien del día antes de que desapareciera?

—Sí. Y de los anteriores, tampoco fueron tantos. No recuerdo que habláramos de nada particular.

—¿No le pareció que hubiera nada de especial ese día?

—Para nada.

—¿Y no fue a informar a la policía?

—No. ¿Va usted a hacerlo por mí?

—No me serviría de mucho. ¿Cree que aún anda por aquí?

—No entiendo qué pasó. Creo que en el hotel no estaban todas sus cosas. Me da a mí que algo se llevó. Pero no estoy segura. Siempre se vestía de la misma manera. No es muy femenina.

—Y su marido, ¿sigue sin saber nada?

—Ya es tarde. Si lo hubiera mencionado desde el principio, quién sabe… Pero después de cuatro años juntos, me extrañaría que se mostrara comprensivo, me diera un beso y pasara a otra cosa. Ya sabe, él es…

«Una gran presa», lo tenía en la punta de la lengua. Eso es exactamente lo que ella piensa, pero preferiría decirlo de alguna otra forma. Camille es una gran presa. A Camille no le asusta la edad que tiene ella, y ella sabe que su belleza no es de las que se marchitan de un día para otro. Le quedan diez años buenos. Basta con no mencionarlo. La gente se burla de las mujeres que se rejuvenecen, Vanessa no se

burla más de las que lo intentan sin tener los medios suficientes. No es que, a su edad, le dé miedo empezar de nuevo, es que con Camille está bien, y no quisiera que la cosa terminara. Por eso tiró la mochila en un contenedor gris junto al mar, cogió un taxi y fue a su encuentro sin decirle nada.

Bajamos hacia el coche en silencio. Miro la hora en mi teléfono: nos hemos chupado tres horas en casa de la madre de Valentine. Por momentos, me daban ganas de sacudirla para que acelerara.

La Hiena se detiene en medio de la acera, mira a su alrededor, perpleja.

—Lo teníamos aparcado aquí.

—Digo yo que te equivocas.

En esta maldita zona residencial todas las calles parecen la misma. Hay árboles por todas partes, casas bonitas coqueteando con la ruina, y ni un solo punto de referencia al que agarrarse.

—¿Nos habrán robado el coche?

Si yo fuera un ladrón, no habría elegido el nuestro. Todo lo demás son coches de lujo. La Hiena encuentra una pegatina triangular pegada a la acera. Se arrodilla para despegarla.

—La grúa.

—Imposible. Hemos pagado una fortuna al llegar. Tres euros la hora, no creas que lo he olvidado…

—Sí, por dos horas. Pero hemos estado mucho más tiempo.

—Tiene que ser un error.

—Cuando llegamos te lo advertí: aquí están a la vanguardia de la delincuencia. Benvinguda, cariño.

—¿Se te llevan el coche por pasarte una hora de aparcamiento… después de haber pagado dos?

—Los que llevan matrícula extranjera, sí. Saben que iremos a buscarlo ahora mismo. Venga, cogeremos un taxi. No me mires así, no querrás que vaya yo sola. Además, tu maleta está en el maletero, ¿no?

Al salir del apartamento esta mañana he cogido mis cosas, jurando que en mi vida iba a volver a pasar una noche en ese antro de vicio y

depravación. A las cinco de la madrugada aún bramaban, no me he atrevido a cruzar el pasillo ni para ir a hacer pipí.

La Hiena camina calle abajo sin vacilación. A nuestro alrededor: el vacío, ni un solo transeúnte, ni un solo coche. Me pregunto de dónde lo vamos a sacar, el taxi en cuestión.

—¿Conoces el barrio? ¿Sabes adónde vamos?

—Ya has oído lo que ha dicho: enfrente de esa antena enorme está el mar. Así que la ciudad debe de quedar en medio. Nosotras vamos a la ciudad. Así que es por ahí.

A falta de una idea mejor, la sigo.

—Qué lamentable, su madre, ¿no?

—¿Ella? ¿Lamentable? Pues no, no es lo primero que me viene a la cabeza, no. ¿Has visto qué manos? ¿Le has mirado las piernas? Y lo bien que huele… hasta sus codos me han parecido bonitos, ¿te has fijado en ellos? Tiene unos codos preciosos. Y cómo respira, está claro que esa majestuosidad reside en sus pulmones. Dan ganas de ser aire. Su voz me ha parecido adorable… madre mía, la textura de su voz, se diría que arrastra como arenilla. Imagínala cantando cuando se corre, aunque no, mejor no, no quiero ni pensarlo, sería demasiado. No sé si te has fijado bien, cómo sostenía la taza al tomarse el café, la forma de posar los dedos en el asa, el ademán con la muñeca… ¿No la estabas mirando? Inolvidable. Una criatura semejante, nunca había visto algo así de tan cerca.

—Lo siento, mientras hablaba lo que yo hacía era pensar en lo que estaba diciendo.

—No hay problema, Sherlock. Tú te concentras en la investigación y yo disfruto del decorado.

—¿Crees que le pueda haber pasado algo horrible a Valentine?

—Yo diría que se ha roto… Esta Vanessa nuestra, por mucho que la quieras en tu cama, como madre no debe de ser tan excitante.

—¿Y dejar atrás todas tus cosas?

—Dejar atrás cuatro chorradas. Un libro que ya has leído, una baraja de cartas y una vieja bufanda… Tú me habías dicho que tenía un iPod, ¿no? Pues bien, no había ningún iPod en la habitación. Digo yo que

llevaría dos o tres bragas consigo… no se habrá venido con un traje de baño y ya está…

—Ya. ¿Tu instinto te dice que se ha marchado por voluntad propia?

—Mi instinto, en este caso, estaba muy ocupado en algo radicalmente distinto… Pero el sentido común me dicta que ha dado un portazo, sí. Si es que trata al gato mejor que a la hija. Y a mí los animales me gustan, no lo digo por eso. Seguro que no contamina el planeta como un adolescente capullo… Pero aun así, tratándose de tu hija, a la que por si fuera poco vendiste por una mierda de apartamento… resulta que viene a verte y… digo yo que lo mínimo sería ofrecerle una Coca-Cola en tu casa, ¿no?

—¿Crees que nos ha mentido en algo, la madre?

—¿Que nos interese a nosotras? Yo diría que no.

—¿Y ahora qué?

—Ahora a la grúa.

Tira por una carretera con cierto tráfico. Levanta la mano y para un taxi. Un coche amarillo y negro. La Hiena habla largo rato con el taxista. Desde lo alto de una calle inclinada que domina toda la ciudad, llegamos a ver el mar. Oleada de calma. Me pregunto por qué será que ciertos paisajes procuran tanto placer. La Hiena se arrellana en su asiento:

—Ni siquiera necesita el GPS, se sabe el camino de memoria: dice que aquí la grúa es una de las pocas cosas que funciona bien.

—Yo después aún tengo que encontrar un hotel.

—De momento hay que pasarse por el hotel en el que se hospeda Valentine. Si te gusta lo que ves, puedes pillarte una habitación allí. No tienes por qué, ya lo sabes, si quieres puedes volver conmigo a casa de Staff.

Así es como ella llama a la francesa rubia que nos ha acogido. Yo ni siquiera contesto, miro por la ventana. Ella me pregunta:

—¿No has dormido bien?

—No estoy acostumbrada a las orgías. Y espera porque no van por ahí los tiros: lo mismo me da que sean lesbianas o poligénero, a mí qué, no es mi rollo. Ha sido un poco raro, sí.

—Lo siento, no quería que te sintieras incómoda… No pensé que las cosas iban a ir… tan bien. Espero que no te sintieras… ¿géneroagredida?

—No, solo es que me ha parecido pueril.

—¿Pueril? Vaya. ¿Así es como lo llamas tú? Qué pena para los niños que no trabajes en preescolar, lo rápido que aprenderían a amar la escuela…

Después de hacer media hora de cola detrás de dos parejas de franceses que no lo han tenido fácil para demostrar que aquellos eran sus vehículos, se entera de que la multa asciende a doscientos quince euros, y ahí, mira tú, ya no está tan graciosilla. Acodada en la ventanilla cambia de tono, no sé lo que le estará diciendo, pero la cosa va in crescendo. Por la cara del empleado del depósito van pasando rápidamente expresiones de rechazo cortés, de irritación, de incredulidad, de inquietud y de pánico, hasta llegar al terror puro. Le da un formulario sin decir palabra, ella se aleja balbuceando injurias y amenazas. Yo la sigo. Cruzamos un parking de coches gigantesco, más grande y más lleno que un hipermercado de provincias el sábado antes de Navidad. Recorremos doscientos metros en silencio, luego se vuelve hacia mí, satisfecha:

—Todo bien, por esta vez. No estás traumatizada, ¿no? Lo que pasa es que no tengo los papeles. Es decir, los tengo, pero no van a mi nombre. El coche me lo han dejado. Temía que eso fuera un problema, y pensé que la mejor estrategia era que el tipo quisiera acabar conmigo lo antes posible. Y ha funcionado. Te juro que me duele tanto como a ti, pero no hay nada que la gente entienda mejor que cuando los sacudes un poco.

—Doscientos quince euros… no creo que seas la única que se enfade.

—Me gusta que vuelvas a estar en el mood. Cuando no te quejas, la cosa cambia.

Bajamos directamente al hotel en que se hospedó Valentine. La Hiena pone en juego un aspecto de su personalidad que, delante de mí, aún

no había utilizado: sabe manejarse muy bien con los chicos. A primera vista, el joven de la recepción no tiene la menor intención de informarnos de nada, es cortés pero firme, está extremadamente ocupado. Yo ya la veía agarrándolo por el cuello para darle «una manita de hostias que le ayudara a realinear los chakras», y en su lugar despliega un derroche de sonrisas, buen humor y jovial insistencia. Y funciona. El joven deja lo que estaba haciendo, busca al director, a una camarera, a un cocinero y hasta llama al vigilante nocturno. Yo, desde lejos, escucho una papilla de sílabas mientras trato de interpretar los gestos de la gente. Me gusta no entender lo que está pasando, hace que la burbuja sea más impermeable, y que la escasa atención que me presta la gente resulte menos ofensiva. A veces ella se vuelve hacia mí y me resume la situación en unas pocas frases. Eso me basta.

Allí el personal no dura mucho, a algunos de ellos hace ocho días aún no los habían contratado. Ahí se ve cuando una empresa paga bien. Para los que sí estaban, un turista es un turista, y no, no se acuerdan de una joven que habría pasado allí ocho días. Afortunadamente, la madre sí dejó huella. El director a Vanessa sí la recuerda. Hasta debe de conservar un recuerdo emocionado, pues anima a sus tropas a darle un par de vueltas más al asunto. A una de las camareras Valentine parece sonarle: salía muy poco de su habitación, hacer su cama no era fácil. La muchacha se pasaba casi todo el tiempo allí, llegó a intentar sobornar al personal para que le improvisaran un servicio de habitaciones, lo cual no fue posible. El cocinero chasquea los dedos, ahora parece caer en ella: la primera en llegar al bufet del desayuno, podía tragarse hasta siete cruasanes cada mañana, es algo que acabó llamando su atención. ¿Y aparte de eso? Veo desfilar a los turistas alemanes, japoneses, franceses, americanos, que se van turnando frente al mostrador. Imagino que soy Valentine, en ese vestíbulo un poco demasiado chic, atiborrado de parejas adultas y familias. Debe de haberse sentido muy sola.

—¿Quieres coger una habitación aquí? Aprovecha, no están en obras, lo he preguntado. Y nos hacen precio.

—Ni pensarlo.

—Ah. Qué pena.

En la calle me pregunta:

—¿Y adónde quieres ir?

—A un hotel normal. Este no me gusta, lo veo triste. Apuesto a que en las habitaciones hace frío.

—La argentina que limpia las habitaciones ha sido meridiana: Valentine no salía ni dos horas al día. Se habrá pasado las noches, las mañanas y la mayor parte de las tardes aquí sola. Todo eso de sus amigas y la Barceloneta eran simples patrañas.

—Eso quiere decir que estaba todo el tiempo esperando a su madre. Es un poco triste.

No me atrevo a decir lo que tengo en mente: también significa que podría haberse ido con cualquiera que estuviera dispuesto a pasar un poco de tiempo con ella. No me cuesta imaginar lo que debe de ser pasar ocho días en una ciudad extranjera sin tener a nadie con quien hablar. Y esperar, en tu habitación, a que caiga la noche. Le digo:

—Vaya día a día de mierda. Menudo marrón. Qué asco me da.

—¿Por qué eres tan negativa…? ¿Por eso no tienes novio? Los deprimes en menos de dos días, ¿no?

—Nada que ver. Hace muy poco que estoy sola.

Salvo que no es cierto. Nunca había estado soltera tanto tiempo. Es por el curro. Ni siquiera quiero decirle a un chico dónde trabajo. Me cuesta explicar cómo me gano la vida. Y no veo de qué manera iba a tener una historia cuando una de cada dos noches, como mínimo, me toca ponerme de plantón delante de la casa de algún crío para comprobar que no se va a ninguna parte, o para seguirlo, si llega el caso. La Hiena insiste:

—Además, ya tienes más de treinta y cinco, la fecha de caducidad de las heteros.

—Y las lesbianas, claro, lo tenéis mejor, ¿no?

—Como en todo. Para empezar, las bolleras mayores son despampanantes. Tienen la piel bonita, permanecen jóvenes, no se han estropeado por una vida putrefacta. En nuestro caso, treinta y cinco años es apenas el comienzo, poco más que un prólogo. Lo mejor llega a

los cincuenta.

—Pero ¿tú tienes una novia fija?

—Cuánto me gustaría. La fidelidad es mi utopía. Pero a las chavalitas les gusto demasiado: no puedo hacerles eso… Y este hotel, ¿qué te parece?

No me había dado cuenta de que caminábamos con un destino. Me ha llevado a una pensión agradable, miro los precios y me parecen caros, pero me da a mí que va a ser lo mismo en toda la ciudad. Se diría que me lee el pensamiento:

—No encontrarás nada más barato. Y es bastante decente. Aquí estarás bien. ¿Te dejo aquí o quieres venirte a cenar con nosotras?

—No, gracias. Creo que ya estoy bastante… al tanto de vuestras prácticas. Me apañaré.

—Como veas. Pero bueno, vamos a vernos en la playa. Con la arena, todo apunta a que el ambiente será más tranquilo…

Dudo mucho que baste con la arena para refrenar su ardor, y me apresuro a responder que tengo sueño, luego me imagino en la habitación, sola, delante de la tele, y me digo que mejor no, que tengo ganas de tomarme algo, de ver el mar. La jornada me ha dejado un regusto sórdido. Y sus reflexiones sobre mi soltería, los treinta y cinco años y mi negatividad no lo han mejorado; ese tipo de frasecitas, pronunciadas así sin más, que te alcanzan como una flecha y liberan una marea negra.

—¿Me esperas? Subo mis cosas y te acompaño.

Ella parece sorprendida. Gratamente sorprendida. Me dice por señas que me tome mi tiempo.

El grupo se ve de lejos, sobre la hierba, junto a la playa. Son una quincena, escuchan viejo techno en un discman rojo lleno de cinta adhesiva y conectado a unos pequeños altavoces que parecen sacados de un basurero.

A su alrededor, la gente pasea perros, otros juegan a la pelota en familia, hay parejas tumbadas en la arena y besándose o fumándose un

canuto. Varios grupos de jóvenes ingleses bebiendo cerveza. Nadie se acerca a menos de diez metros de donde estamos.

Yo saludo discretamente con la cabeza a las que reconozco, y me siento en mi rincón. Enseguida me doy cuenta de que me he colocado justo al lado de la revista donde están las rayas de speed, que van viniendo a meterse de dos en dos. Son discretas, pero sin exagerar. Miro con preocupación a las familias y a los curiosos a nuestro alrededor. Nadie les presta atención.

Las chicas no se sienten incómodas por lo que pasó ayer por la noche. Están la mar de contentas, se dan palmadas en la espalda, se besan en el cuello, se agarran por la espalda.

Hay algunos chicos en el grupo que anoche no estaban. Son monos, se besan entre ellos.

La francesa del apartamento, Staff, aprovecha para saludarme cuando se acerca a por su raya. Me pregunta si he dormido bien, si quiero droga. Le digo que no. Ella se queda a mi lado unos minutos sin saber qué decirme. Yo la recuerdo la noche anterior, dándole una sonora palmada a su novia. Al final, me arrepiento de haberme escapado tan pronto, no me importaría saber qué hicieron después. Miro la playa, unos metros más abajo.

—¿Así que resulta que eres una detective privada?

Zoska se agacha a mi lado.

—No te había visto.

—Acabo de llegar.

Bosteza y me ofrece un petardo, le digo que no. Lleva los mismos pantalones militares que el día anterior, y una camiseta «Big Sexy Noise» blanca y negra muy ajustada. En su antebrazo advierto varias cicatrices paralelas. Tiene las manos grandes, blancas, los dedos finos.

—No me habías dicho que estabas aquí por una investigación.

—Prefiero ser discreta.

—Ya veo. Pero las otras no lo son tanto. Estás buscando a alguien, ¿es eso?

—A una niña de quince años.

—¿Quince? Entonces ya no es una niña. Esa es la edad media de la

gente en esta ciudad. ¿Y necesitáis ser dos para hacer eso?

Compruebo que la Hiena está bastante lejos de nosotras, y hago como que conozco bien el oficio.

—Así es más práctico. Es una investigación larga. A veces hay que quedarse despierta toda la noche, otras hay que separarse…

—¿Llevas mucho tiempo haciendo esto?

—Dos años.

—Es un poco como de bofia, tu curro, ¿no?

—Sin ser funcionaria, sin cobrar tanto… pero algo de eso hay.

—¿Y te gusta?

—No es una vocación. Digamos que sin cobrar no lo haría. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Camarera. Seis euros la hora, todo el tiempo de pie, y los clientes que ya no se avergüenzan de racanear con la propina porque estamos en crisis… Entonces, ¿habéis avanzado hoy?

—No. No mucho.

Se levanta, mira a su alrededor. Me gustaría que se me ocurriera algo con lo que alimentar la conversación, porque al menos, cuando ella está aquí, no tengo que pensar en guardar la compostura. Pero no se me ocurre nada. Ella da un paso al frente y me pregunta por encima del hombro:

—Voy a fumarme un porro en la playa, ¿me acompañas?

Y algo sucede en ese instante, un leve desgarro, en el pecho, puede que en la nuca, a menos que me venga de la garganta. Una forma de volver la cabeza, de posar su mirada en la mía por un momento. Una llamada al límite de lo imperceptible, a la que yo respondo violentamente. Me levanto y voy tras ella. No ha pasado nada, no ha cambiado nada, pero es como una cuerda que se tensa y tira febrilmente de mí para arrimarme y buscar su contacto.

A nuestro alrededor, la playa está devastada. Latas vacías, bolsas de patatas fritas, vasos de cartón del McDonald’s, botellas de agua aplastadas, colillas y papeles grasientos. Hasta un támpax arrastran las olas.

—¿Está siempre así, la playa?

—En cuanto empieza a hacer buen tiempo, sí. En verano es peor.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo en Barcelona?

—Demasiado. Tengo ganas de irme. Pero por ahora no me llama ninguna ciudad. Todo el mundo se va a Berlín porque allí los pisos son baratos. Pero aquello es muy gris. Y hay artistas por todas partes, a la larga te cansas de oír hablar de instalaciones.

—¿Hablas español tan bien como francés?

—No. En Francia viví mucho tiempo. Allí es donde llegué desde Polonia. Para nosotros, Francia es… la riqueza. Hay calefacción hasta en la oficina de Correos. No puedes enchufar la tele sin que aparezca alguien con un libro en la mano, parece que no tienen nada más que hacer, leer, leer, leer. Darse cuenta de que es todo una estafa lleva su tiempo, al final no tenéis mejor educación que la de cualquiera. ¿Y tú no hablas una palabra de español?

—No.

—Para tu investigación puede ser un problema… Si necesitas una traductora, llámame. Además tengo moto, es práctica para moverse. ¿Cómo te lo montas, para investigar?

Y ahí me oigo a mí misma responder la mar de seria:

—¿Yo? Dejo que la ciudad haga su trabajo y me transmita su energía. Trato de no pensar demasiado, me dejo llevar. Hay que tener paciencia. Sabemos que está ahí. Hay que dejarla venir.

Ella no hace ningún comentario. Yo, como si no fuera más que un detalle, añado:

—Pero déjame tu número. Podría interesarme, una traductora.

—Ella sí habla español con fluidez —señala—, la otra, digo… la Hiena.

—Sí, pero no trabajamos juntas todo el tiempo.

—Claro, a su edad, si esta noche vuelve a las andadas, mañana necesitará descansar para recuperarse. Al parecer lo ha dado todo.

—No sé. Yo me quedé en mi cuarto. A mí es que…

—¿No te va el sexo en grupo? A mí tampoco. ¿Volvemos con las otras?

—Sí, me apetece una raya, ¿crees que es posible?

—Eso tú verás; aquí, con la droga, lo difícil es no tomarla.

Detesto la cocaína y el speed, por la bajona del día siguiente. Pero necesito una razón para quedarme con ella. Zoska me prepara una raya de speed, luego me deja metiéndomela y se va a hablar con otra gente. Segunda raya, tercera cerveza, comunicarnos sin entendernos tampoco es tanto problema. Más allá, la Hiena está sentada contra un árbol, tiene entre sus brazos a una morena a la que aún no había visto en la banda. Sus labios se buscan a intervalos regulares, luego permanecen inmóviles, los cuerpos empotrados. Nadie les presta atención. Yo vuelvo la cabeza y mi mirada encuentra la de Zoska, a pocos metros. Me mira fijamente, con intensidad, sin sonreír, y luego se fija en la rubita que tiene delante. La recuerdo de anoche, inclinada sobre un brazo en el que dibujaba trazos con un escalpelo. En mi vientre, un punto de miedo se mezcla con un deseo brutal.

LA HIENA

Al final de la playa, la alta silueta de un edificio nuevo se recorta contra el cielo, gris, en forma de aleta de tiburón, probablemente un hotel. Por la noche la temperatura ha bajado y hace un poco de frío para bañarse, pero del agua sale un anciano de piernas delgadas y prominente barriga. Parece perdido en el interior de sus bermudas, solo, sorteando las pequeñas olas. Más allá, unas niñas que deberían estar en el colegio juegan con un perro que lleva entre los dientes un viejo balón pinchado. Del interior de los bares llega un techno espacial a todo volumen, una música que cuadra a las mil maravillas con las drogas que mercadean en la esquina, sintéticas y revigorizantes. La Hiena sube por el Paseo Marítimo, un camino de hormigón lleno de esculturas subvencionadas e impávidas palmeras. La playa está blindada por edificios cutres, pero, por mucho que se esfuercen en joder el paisaje, el mar es azul y sigue siendo hermoso.

Visto desde fuera, el bar donde ha quedado con Lucie parece una taberna de barrio, como las que había en Francia en los setenta. Con la cantidad de clientes y de humo, el lugar aún parece más pequeño. Junto a la puerta, una barra llena de comida grasienta en bandejas de acero inoxidable tipo cantina. Una multitud moviente y fogosa, pocas sillas, la mayoría de la gente está de pie, mezcla de currantes locales, sudamericanos, fiesteros que se resisten a retirarse y viejos rufianes de aspecto impasible. Busca a Lucie con la mirada, la localiza debajo de la pantalla de plasma que hay colgada en la pared, el único e improbable elemento high-tech del lugar, para ver los partidos de fútbol. Lucie no está sola. La Hiena esperaba encontrarla malhumorada, porque llega con un poco de retraso y porque la chavala es de las que andan todo el rato quejándose, pero levanta los ojos al cielo como diciendo que, en lo que a ella se refiere, el capítulo está cerrado. Ni está sola ni enfadada.

Ya está tirando de birra con Zoska, una morena guapita que sonríe poco y a la que la Hiena nunca le ha prestado mucha atención.

—¿Qué hacéis juntas?

—Zoska se ofreció a ayudarme, por tema traducción… Y como hoy estaba libre…

—¿Y qué te traduce, los menús?

—No. Nos hemos pasado toda la madrugada buscando por el barrio. No hemos dejado de patear.

Desde que trabajan juntas, Lucie nunca ha tomado una sola iniciativa. De repente, parece haber despertado. La Hiena la mira extrañada, con cierta desconfianza: entonces ¿es eso?, ¿llegar a Barcelona y empezar a meterse coca de buena mañana?

—¿Qué quieres decir con que habéis estado «buscando»?

—Con la foto. Nos hemos chupado todos los bares y restaurantes de la playa, las masajistas chinas, los paquis cerveza-beer, los negros que manejan las tumbonas… Uno por uno, desde Poblenou hasta aquí. Hemos acabado muertas.

Qué idea tan extraña. Como si eso de buscar a alguien consistiera en pasearse por la ciudad con una fotito en la mano. ¿De qué parte maltrecha de su cerebro habrá sacado semejante idea? La Hiena estira las piernas bajo la mesa, se dice que, después de todo, hoy le conviene no tenerla correteando a su alrededor, y si eso puede mantenerla ocupada toda la tarde, por qué no animarla:

—No sé qué decirte… Es verdad que todo podría ser: igual das con alguien que se haya cruzado con ella.

—Sí, eso es exactamente lo que yo pensaba. Visto lo perdidas que estamos, mejor lanzarse al vacío. A su edad, lo que hacen es ir a la playa, ¿no?

—Claro, solo que es muy grande, la playa, de hecho es un poco lo que pasa, ¿no?, con la playa…

—Nunca se sabe. Como es donde iba con su madre, me ha parecido lógico empezar por el mismo punto.

—Lógico… No sé yo si empezaría por ahí, pero lo que está claro es que hay que empezar por alguna parte.

Lucie parece aliviada de que no se burle abiertamente de su estúpido método. Alarga la mano hacia el paquete de tabaco de Zoska, le pregunta «¿Puedo?», echándole una breve mirada, y en ese preciso instante todo queda claro. La Hiena frunce las cejas y las mira, primero a una y luego a la otra. De pronto, bruscamente, trata de recordar por qué nunca le entró a la polaca. Y mira que lo tiene todo para gustarle. Lucie se levanta para ir al baño, la Hiena espera a que se aleje:

—¿Todo bien? ¿No ha sido demasiado duro como misión?

—No, está bien. Pero, en realidad, no sé yo si es muy efectivo.

—Sí lo sabes. Si os quedarais en este bar todo el día esperando a que pase por delante, tendríais más posibilidades. Pero a ver, ¿a eso te dedicas, entonces? ¿A ligar con heteros?

Ninguna reacción, ni sonrisa, ni mirada hosca. Preciosa. Sus ojos son claros, podrías pasarte toda una vida preguntándote qué está pasando en el interior de esa cabecita. Ella contraataca, desdeñosa:

—¿Y a ti qué más te da? ¿Es que andas tras ella?

—Ah, no. En absoluto.

No le ha hecho gracia, está claro. A la larga, eso es cierto, Lucie se ha vuelto extrañamente simpática. Esa apatía enajenada suya acaba por ganarse un respeto. Pero no deja de ser una zopenca de manual, y la Hiena no ve ninguna urgencia en rebajar el nivel de la élite. En el bar tocan flamenco, algunos clientes se contonean cerveza en mano. Zoska lee un mensaje en su iPhone. Bonita, tenaz, elegante, felina. La Hiena añade:

—No sabía que a Lucie le interesaran las chicas.

—No le interesan las chicas: le intereso yo. ¿Te sorprende?

—Me deprime. Debería estar prohibido que te dejen darle vidilla.

Una última mirada, esta breve y asesina. Qué raro que no se haya fijado antes en ella. Se habrán visto unas diez veces, en fiestas aquí y allá. Y nunca le prestó atención. Una lástima que no haya tenido tiempo de darle la vuelta a la situación a su favor. Lucie vuelve a sentarse. Durante la noche ha descubierto una nueva pasión por la investigación:

—Después de haber peinado este barrio, habrá que enfocarse en

aquellos en los que hay más chicos. Jóvenes. A Valentine le gustan los ambientes masculinos. Queremos cerveza y tatuajes, ahí es donde tenemos más posibilidades de encontrar su rastro.

—Como veo que hacéis un buen tándem, igual es mejor que esta tarde os deje solas. Yo tengo cosas que hacer por mi cuenta… ¿Os dejo enfocaros tranquilas, entonces? Pero en cuanto deis con una pista, no olvidéis llamarme por lo menos.

Lucie está de tan buen humor que estalla con una risa sonora y franca que la Hiena no le conocía. Se nota que les mola estar sentadas una al lado de la otra. La electricidad de los cuerpos, gustándose en silencio, las manos les bastan, la sensación de sus calores respectivos las ocupa por completo.

—¿No comes con nosotras?

—No. De hecho, tengo prisa. Quiero aprovechar para ir a mi bola un rato.

Ellas están encantadas de que las deje tontear en paz. Anteayer, entre tanta bollera, Lucie necesitaba ir al baño cada cinco minutos a echarse agua en la cara porque no se sentía nada cómoda. La gente a veces se adapta rápido. Las heteros son todas iguales, primero te avisan, «Aparta de mí ese cáliz», cuando aún no les has dicho nada, y luego te saltan entre los muslos para comerte el coño sin siquiera darte tiempo de reaccionar. Es tocar pelo y se transforman, las pobres.

Una banderola enorme cubre la fachada principal de la catedral con el logo de un banco en letras amarillas sobre fondo rojo. La Hiena pasa por delante de unos tenderetes que hay en la parte inferior de los escalones, donde venden velas con la efigie de santos varios, rosarios, medallones y estampas religiosas. Cinco euros la entrada, por la mañana es de pago y por la tarde de libre acceso para los turistas. Ha llegado una hora antes, para tener un poco de margen. Tiene la impresión de penetrar en el gigantesco esqueleto de un dinosaurio. Los pilares son las costillas del monstruo. El espacio la hace caminar más erguida. De las columnas cuelgan unas pantallas planas. Una serie de imágenes en movimiento, tan prosaicas que contrastan con la solemnidad del lugar. El resplandor de las velas al pie del altar ha sido

sustituido por unos paneles de lucecitas eléctricas. Pocas son las personas que rezan durante las horas de pago, la nave queda en manos de los turistas, que toman fotos antes incluso de haber tenido tiempo de mirar nada. Pero ¿a quién piensan enseñarle eso cuando vuelvan? Frenesí de emisión, sin receptor disponible.

La Hiena se sienta. Las iglesias le gustan. No se oyen los coches, el sonido es diferente del exterior, la misma calidad de silencio que en las bibliotecas o las tiendas de lujo. Sus pensamientos están deshilachados. Se siente como una sala de conciertos en la que tiene lugar un festival, unos grupos sin relación con los siguientes se van apoderando del escenario en la más desenfrenada anarquía. Es el caos que precede a las resoluciones, una tensión que le resulta familiar, aunque no por ello soportable. La chica con la que ha pasado la noche le ha descoyuntado la muñeca, se la tenía atrapada dentro de ella sin realmente dejarla ni entrar ni salir, bien agarrada, meneándose sin piedad. Le ha destrozado la mano.

Se levanta y deambula por la catedral, llega a un patio interior al aire libre con ocas en un estanque. En el centro hay una palmera tan crecida que a la altura de un porche hay que mantener su tronco atado con cuerdas al montante de un pórtico. Capilla de las Almas del Purgatorio. Hay una mujer de pie, la cabeza inclinada ante Cristo. Cuando has perdido contacto con él desde la infancia, sigue siendo un shock ver a ese tío agonizando, los ojos medio cerrados y la cabeza gacha, los ojos en blanco. Exhibición de heridas, derramamiento de sangre. Por el rabillo del ojo, la Hiena vigila a la mujer que reza a su lado. Lleva zapato plano de punta redonda, un vestido informe pero complicado: no solo un saco de lona gris, algo más alambicado, en forma de trapecio. El idioma que una habla le da forma a sus labios: los de las españolas son agrandados por las vocales, y musculados por los acentos. Dan ganas de besarlos.

La Hiena eleva su mirada a Cristo. Sería tan cómodo creer. La confesión. El perdón. La reparación de los pecados. La redención. Ese admirable folclore. Ella no cree. Se las arregla solita con su mierda. Se obliga a no olvidar. Siente más orgullo que remordimiento.

Lo mató hace veinticinco años. Lo esperó a la salida de su trabajo. Quería hablar con él, asustarlo. Lo siguió sin que se diera cuenta. Él no la conocía. Ella se enfureció por ser tan estúpida de no haberse preparado lo que quería decirle. No podía volverse a casa sin hacer nada. Por aquel entonces, la zona de detrás de la estación era prácticamente un terreno baldío. Él subió por una calle desierta, unas vallas a lo largo de unas obras, demasiado tarde para que hubiera nadie trabajando. Entonces lo agarró, lo aferró del brazo, se obligó a poner cara de mala gente. Él la miró con desprecio, sin esperar a ver si aquello le afectaba personalmente. Era un hombre, no tenía miedo de una niña de dieciséis años. Visto de cerca, realmente tenía la jeta de la Francia de principios de los ochenta, una Francia imbuida de las ideas de decencia, autoridad y sentido moral. Le hizo señas de que se largase, no le dijo nada pero el gesto significaba «Deja de molestarme». Así que le dio un golpe con la bolsa del instituto apuntando a la cabeza. Le dio con toda su alma. Podría haber sido un gesto grotesco y fuera de tono. Podría haber fallado. Dentro de aquella bolsa llevaba un botellín de Orangina que se había comprado a la hora del almuerzo y no tuvo tiempo de terminarse. Le dio con todas sus fuerzas. Él se tambaleó, buscó la pared con la palma de la mano, no la encontró, se marchó trastabillando hacia el otro lado. Ella huyó. No dejó ningún rastro, ni en el cuerpo ni en el suelo congelado.

Llegó a su casa, su madre estaba planchando en la sala de estar mientras veía la tele. Se fue directamente a su habitación como cualquier otra tarde: «Tengo deberes que hacer». Los días normales se acostaba en la oscuridad a escuchar discos. A la hora de la cena, cuando su padre iba a avisarla, encendía la luz en el pasillo y un rayo blanco se colaba por debajo de la puerta. Le quedaba el tiempo justo para levantarse antes de que entrara a decirle: «La mesa está puesta, a cenar». Ese día no cerró las persianas para poner música. En la bolsa del ejército USA con que iba al instituto había un poco de sangre, una mancha negra del tamaño de una ciruela grande. No sabía que el hombre estaba muerto. Aún no estaba asustada. Sacó las cosas de clase, los libros de geo y de mates, sus libretas Clairefontaine con las tapas

dobladas, el estuche burdeos manchado de tinta, una escuadra y un viejo paquete de tabaco reseco. El cuaderno de ejercicios estaba cubierto de pegatinas, su madre siempre le decía que con las cosas en tan mal estado no podía trabajar como es debido, era un tema de discusión recurrente, uno entre muchos.

Fue al baño de al lado de su habitación, sacó la enorme botella de lejía y empezó a llenar el lavabo con agua tibia. Su madre pensaría que se estaba lavando las manos, o igual ni la escucharía, con *Cifras y letras* lo suficientemente alto en la tele para no perderse nada en sus idas y venidas a guardar la ropa tal como la iba planchando. Empapó la mancha oscura con lejía, luego acabó de llenar la pila y sumergió la bolsa. Sus manos, en el agua, restregando la tela. Luego la dejó en remojo. En el fondo no creía que fuera a salvarse, pensó que le tocaría responder por lo que había hecho, solo que quería mantener el vértigo a raya haciendo algo. Cuando la atraparan, podría confesar que había intentado sacar la mancha, eso no cambiaría mucho la gravedad de los hechos. Todo el tiempo pendiente del teléfono, de que alguien llamara a la puerta, de que el mundo exterior penetrara en su universo dispuesto a terminar con él.

La cena transcurrió con normalidad, de todos modos tampoco es que hablara mucho habitualmente. Las conversaciones en la mesa estaban reservadas para temas adultos. Hasta cuando su hermana vivía con ellos, esperaban a levantarse de la mesa para reñir en sus habitaciones. Sus padres hablaron de asuntos del trabajo. El ascenso injustificado de fulanito, el alcoholismo problemático de menganito, el comentario inapropiado del delegado sindical. Su madre trabajaba en un banco, él era jefe de sección en Castorama. Después de cenar, antes de ver la peli de la tele, su madre pasó por el baño. La oyó preguntar «¿Por qué huele a lejía aquí?», y se le paró el corazón, un nudo en el estómago, ya estaba, empezaban los problemas de verdad. Pero la bolsa había quedado blanca. Su madre estaba enfadadísima: «No, pero ¿estás loca o qué? ¿A ti te parece que va a estar seca para mañana? Lo primero es enjuagarla, si no acabará llena de agujeros. Y luego ponerla sobre un radiador. ¿Para eso vas a la escuela? ¿Para ir con una bolsa hecha unos

harapos y apestando a lejía? Qué bien que vives, hija mía, ya verás la sorpresa que te llevas cuando entiendas lo que es la vida real…». No quedaba la menor mancha, solo huellas que habían dejado los nombres de algunos grupos escritos con rotulador. Pero de sangre, nada. La madre, de mal humor porque se perdía el principio de la peli, enjuagó la bolsa y la tendió sobre un radiador. La bolsa era ahora de color beige claro, sin ningún cerco.

El día siguiente se lo pasó con la mirada clavada en la puerta de la clase, esperando a que apareciera Loraine. O ella, o un policía. Durante la noche, la cosa había ido creciendo. La comprensión de lo que había sucedido. La idea de que el tipo estuviera muerto. Repasó la escena, preguntándose quién podría haberla visto, en quién podría no haberse fijado por los nervios del momento. De lo que por aquella época no le cabía la menor duda era de que al culpable siempre acababan pillándolo. Toda la clase apestaba a lejía, los otros alumnos se volvían hacia ella riéndose, tapándose la nariz, haciendo muecas divertidas.

Esa noche encontró a sus padres en casa. Dejó la bolsa casi blanca encima del sofá marrón del salón. También allí el olor a lejía lo invadió todo. Sus viejos la abrazaron fuerte, un calor inusual, un contacto intenso, molesto. Se habían enterado por una madre que vivía en la misma calle. No sabían cómo decírselo. Al final fue su padre quien balbució: «El padre de Loraine está muerto». Aún no se atrevieron a concretar: «Lo han asesinado». Los padres se preguntaban si quería llamar a su amiga, si era necesario que lo hiciera, que qué pensaba ella. Por lo general, no dudaban un instante sobre qué había que hacer, en qué orden y con qué tono. Así era en la vida social normal: cuántas veces se deja sonar el teléfono, a partir de qué hora se llama, qué hay que llevar cuando te invitan, qué hay que ponerse para las ceremonias. Aquel día estaban desconcertados, faltos de certezas: ¿qué dice el protocolo cuando encuentran en la calle el cuerpo inerte del padre de la mejor amiga de tu hija? Sabía que tenía que confesar. Las frases estaban listas, formuladas en su cabeza, pero no podía pronunciarlas. No dejaba de mirar su bolsa. ¿Cuánto les llevaría atar cabos? Tenía que hablar con ellos, pero sus labios estaban sellados.

A Loraine no la llamó. Estaba convencida de que lo sabía. Pensaba que iba a hablar, que acabaría por derrumbarse y denunciarla. Lo había hecho por ella.

De la noche a la mañana, todo aquello que más familiar le resultaba adquirió un sabor nuevo, durante unas semanas se sintió en un estado de espera y de tensión que todo lo iluminaba. El viento en sus mejillas, pura felicidad. Caminar por la calle al salir de clase, decidir hacer un tramo del camino a pie. El garbo de la gente bien perfumada de buena mañana, el reloj en sus muñecas, las caras de las mujeres acabadas de maquillar, el olor de la laca que llevaban. Sentarte en un bar y abrir el periódico mientras te traen un café con leche. El mosaico de portadas de los últimos discos en el escaparate de la tienda de música, frente a la parada del autobús que tomaba cada noche. El chirrido de la puerta del garaje cuando sus padres se iban a trabajar, a la hora en que ella se levantaba. En la parte inferior de las escaleras del sótano había una tabla que siempre hacía el mismo ruido cuando su padre bajaba a buscarle algo a su madre. Ella sabía en qué parte de la ciudad estaba la prisión, solían pasar por delante en el coche. Ese lugar la esperaba.

En la escuela solo se hablaba de eso, en el periódico lo mismo. Tres días, luego menos, y muy pronto nada. Cada mañana, cuando llegaba a la puerta de la escuela, comprobaba en la mirada de los demás que nadie sabía, y cada mañana se sentía aliviada sin llegar a estarlo. La vida siguió su curso, pero ya nada fue igual. Nadie pensaba en ella. Loraine pasó quince días sin ir a clase ni dar noticias. Cuando volvió, todo indicaba que no sospechaba nada. Como las otras. Más delgada, pálida, los ojos embotados. Era evidente que había llorado. Se formó un corro a su alrededor, adolescentes compasivos y curiosos atraídos por el olor del drama. Normalmente, a Loraine no le hacía caso nadie. Ahí aprovechó para disfrutar de sus quince minutos de gloria, coquetear un poco con los de último curso, sentirse, por una vez, parte de la escuela. Pero no le lanzó ninguna mirada significativa, ni de reproche ni de complicidad culpable.

La vida continuaba. Era algo tan tonto como eso. Unos meses más tarde, acostada en su cama de noche con la luz aún encendida,

recorriendo los renglones de una novela sin prestarles realmente atención, se vio asaltada por primera vez en todo ese tiempo por esta evidencia: nadie iba a saberlo, jamás. A veces la justicia no lograba imponerse. Impunidad. Esa palabra, que nunca le había servido de nada, ahora colmaba todo su espacio mental. En el ámbito de lo posible: impunidad. El hombre boca arriba en el suelo y ella huyendo. La justicia no era más que una excepción, una irrupción excepcional en la banalidad de los acontecimientos sangrientos.

Acabó el curso y todo le iba bien. Entre ella y el mundo había aparecido una brecha infranqueable. Hacía lo que debía con notable eficacia. Siempre había sido una estudiante mediocre, de ese tipo que, a final de curso, suele plantear el mismo dilema: ¿la hacemos repetir o la dejamos pasar? Poniendo un poquito más de atención, sus notas fueron mejorando. Hacía sus deberes con diligencia, sintiéndose segura de hallarse en su habitación, encorvada sobre sus libretas. Semejante tranquilidad, que siempre le había parecido aburrida, se convirtió en su protección. Ya no trataba de entrar en las bandas de chicos del cole, ni de besar a las chicas. No pasaba todo su tiempo libre con Loraine. Los fines de semana prefería no salir, no tenía ganas de enfrentarse a la tentación de beber alcohol, de dejarse ir. Sus padres la recompensaban. Decían con tono entendido que su crisis de adolescencia había terminado. La enviaban de vacaciones a aprender idiomas. Dejó de darle miedo parecer una empollona. Tampoco es que se le escapara el lado inmoral de la cosa, al contrario, le fascinaba. Eso es lo que pasa cuando haces algo malo: te recompensan. El resto: palabrería romanticona e hipócrita ingenuidad. De tanto en tanto le entraba un ataque de alegría maníaca, y entonces estaba convencida de pertenecer a una élite: la de los que lo han hecho. Se fue interesando, como a trompicones, por los libros de historia: el siglo xx chino la tuvo ocupada un año entero. Luego, sin mucho sistema, Chile, España, Alemania, Corea, Francia, la URSS, Turquía. A veces saltaba adelante y atrás en el tiempo, la historia de los Estados Unidos de América, la Inquisición, las guerras de religión, la colonización. A quién se recompensa, a quién se castiga, quién devora el cuerpo de quién. Quién triunfa y escribe la

historia. Quién decide lo que está mal. Los asesinos en serie, los grandes bandidos o los terroristas ya le interesaban menos. Eran gente un poco como ella: aficionados. Ella prefería las historias serias: cuando el crimen es masivo, se alardea de él y se asume. Cuando se ve realmente recompensado.

Aparte de en las novelas, nunca vio a un criminal llorando, pidiendo perdón. Todas las historias eran más o menos igual: el culpable recuerda la humillación, la herida, el terror que sentía cuando decidió matar. Todo lo que a él le habían hecho. Luego suele haber una laguna en el relato. Justo a continuación denuncia el trato injusto al que lo someten cuando lo buscan para que pague. Ninguno de ellos ha hecho nunca nada malo. Ese espacio de lo real en que mató, torturó y masacró solo existe para la víctima, si es que sobrevivió al drama. Los pocos que expresaron sus remordimientos lo hacen solamente con la esperanza de suavizar la decisión del tribunal. Quien dice que lamenta lo que hizo, miente. El verdugo no recuerda. Entre el acto perpetrado y la persona que debería responder por él no existe jamás el menor vínculo. Cuando lo acusan, solo piensa en lo agresivos que resultan acusándolo. Es así de simple. Las víctimas tienen buena memoria: se aferran a la injusticia que se cometió contra ellas para justificar los actos de barbarie que, a su vez, se disponen a cometer. Pero el asesino no tiene que hacer esfuerzo alguno: aquello se desprendió de él. Nunca fue realmente él.

Le había quedado clarísimo cómo funcionaba el asunto. No olvidar requería de un esfuerzo constante. No centrarse en los errores de la víctima. La estupidez de quienes no la capturaron. La gélida soledad que se había apoderado de ella desde entonces. No concentrarse en el dolor propio, esforzarse por relegarlo a la periferia de su conciencia. Era un asunto de orgullo. No dejaba que la naturaleza humana hiciera su trabajo. Una barrera entre ella y el olvido de lo que era. Se negaba a parecerse a los otros de su especie, un depredador amnésico que se queja de su destino.

Loraine había llegado al colegio Albert Camus a mitad de curso, en

tercero. Era una rubia bien formada que llevaba un cárdigan sin mangas de lana blancuzca, como de pastor, y unos zapatos grandes. Las cosas del colegio las llevaba en una bolsa rectangular, de piel color burdeos, una mochila muy distinta a la del resto. Dos trenzas le enmarcaban el rostro. No trataba de relacionarse con nadie, despreciaba a los otros alumnos. Y eso que su arrogancia no tenía una base concreta. No era guapa, no era rica, no era buena haciendo deporte ni sacaba buenas notas. Pero sus padres iban de pijos. Vivían en el mismo tipo de urbanización que los demás, tenían los mismos trabajos asalariados sin interés, el mismo coche, se vestían en las mismas grandes superficies. Pero se las daban de. Tenían veinte libros en un estante y farfullaban cuatro palabras de inglés. Se creían muy cultos porque escuchaban música clásica y a veces veían películas con subtítulos. Unos esnobs.

Un día ocurrió aquel incidente con el profesor de geografía e historia. Era un sustituto incapaz de retener la atención de la clase más de cinco minutos seguidos, apenas sabía expresarse en público. Aún no había empezado a dar la lección y la clase ya se le iba de las manos. Brutalidad de los chavales cuando van en grupo, furiosos de que el poder no se ejecute desde la soberbia. Perdía pie, experimentaba crisis de autoridad que lo llevaban a castigar a cuatro alumnos tomados al azar, como si tratara de apagar un incendio con un vaso de agua. Ese día le tocó a Loraine, tres horas de castigo so pretexto de que se había reído demasiado fuerte. Ella no era de las que se ríen con los demás. El profe fue a por ella porque no iba a rebotarse. A Loraine se le descompuso el rostro, cambió de color. Hasta el punto de que todas las miradas se volvieron hacia ella. Durante unos segundos se disipó todo alboroto. El profesor parecía contento.

—Es usted un pedazo de cabrón, sabe perfectamente que ella no ha hecho nada, pero no se atreve a castigar a los verdaderos responsables.

No supo muy bien a qué venía lo de ponerse a defender a Loraine. No solía tomar la palabra en público. Todos los demás alumnos sabían que le gustaban las chicas, era como si fuera un poco sucia. Sin llegar a encarnizarse, el grupo la excluía. No tenía el perfil de la víctima

idónea. Le gustaba pelear. Le ponía la rabia necesaria como para que los agresores lo pasaran peor que ella. Ya en la escuela primaria había concebido una estrategia: empezar cada curso dándole una paliza en público a un chaval que fuera lo bastante grande como para haberse hecho notar, pero no lo bastante peligroso como para constituir un adversario realmente temible. Eso contribuía a que, en adelante, la llamaran «la loca» en lugar de «la tortillera», y la dejaran en paz. A cambio, no volvía a llamar la atención durante el resto del curso. Ese día faltó a su regla de mantener un perfil bajo, y otros alumnos la siguieron:

—Tiene razón, señor. La ha castigado tres horas, y es la única que no se ha reído con los demás.

Los castigaron a todos. Pero con la alegría por haberlo llamado «pedazo de cabrón» varias veces, con el aula al fin callada, mereció la pena.

Al salir de clase, habló con Loraine en el pasillo:

—No pongas esa cara, que te castiguen de vez en cuando es parte de la vida.

La otra asintió sin decir nada, y luego, en lugar de dirigirse a la siguiente clase, salió del edificio a grandes zancadas. Vomitó en la hierba.

—¿Has comido algo en mal estado en la cantina? Ah, no, es verdad, que tú no vas a la cantina. ¿Quieres que te acompañe a la enfermería? ¿Todo esto es por el castigo? ¿Van a echarte una bronca en casa? Es un castigo general, tus viejos no pueden culparte.

Así es como empezó, intentando defenderla, y así es como tenía que terminar. Hasta entonces, ella siempre se había enamorado del mismo tipo de chica: la más guapa de la escuela, siempre y cuando fuera atrevida. Le gustaba la belleza con un puntito de oscuridad. Su debilidad eran las chicas vulgares y precoces, de las que no tienen miedo de irse a la parte de atrás del cole a besar a otra chica. El problema solía llegar con sus hermanos. Loraine no era de esas. Pero ella se había enamorado igualmente, a raíz de la historia del castigo. Y buscaba su compañía. La otra se dejaba hacer, como un animal

receloso.

Un día que hacía mucho calor, Loraine llevaba ese enorme jersey negro de lana, las mangas eran demasiado largas, le caían sobre las muñecas. Estaban en el parking de bicicletas, solas.

—Estás toda roja, menos mal que no te ves, te daría vergüenza. ¿No puedes ponerte una camiseta como todo el mundo? ¿Es que hay algún país donde sudar así sea chic o qué?

Pero en lugar de sonreír distraídamente con aire de vaporosa superioridad, como era su costumbre, Loraine se arremangó, desafiándola con la mirada. Tenía los antebrazos negros y amarillos, maculados de moretones y de ampollas, los codos en carne viva. Aquello no cuadraba. Sus brazos desnudos malheridos, y el resto del cuerpo. La chica altiva y orgullosa, pendiente siempre de la limpieza de esto o la calidad de aquello. No le cuadraba. Con su contención, su espalda recta, sus labios delicados, la finura de su nariz, el cuidado con que llevaba sus cosas. Unos brazos de asuntos sociales injertados en ese cuerpo delicado. Había niños que acudían al cole con marcas de cinturón, el ojo morado o la piel quemada con la plancha, unos fingían que se habían caído del columpio, y otros contaban orgullosos, con pelos y señales, el completo desarrollo de las operaciones. Claro que sí, claro que había otros. Pero eran niños de quienes ya se esperaba, ya se sabía, de quienes no sorprendía. Loraine se bajó las mangas en silencio. Ella pensó que ahí terminaba el espectáculo gore, pero la adolescente se subió el jersey. Su torso iba a juego con los brazos: marcado, lacerado, machacado escrupulosamente. Loraine comentó con voz neutra:

—Va con mucho cuidado de no tocarme ni la cara ni las manos. Una vez levanté las manos para protegerme, al día siguiente la maestra preguntó qué me pasaba y, desde entonces, antes de castigarme, me ata las muñecas por encima de la cabeza.

—¿Tu viejo?

—Está enfermo. No puede evitarlo. El resto del tiempo es normal.

—Normal solo se puede ser a tiempo completo, si no no cuenta.

Decepción. Yo me había enamorado locamente de una princesa, no de una pobre chica machacada a escondidas por un perturbado. Por

cortesía, cavilando cómo propiciar con cierto tacto el final de semejante escena de confidencias, le preguntó:

—¿Y le pasa a menudo?

—Cuando no me cae a mí, le cae a mi madre, y entonces es peor. Cuando no es a mi madre, es a mi hermana pequeña. Mi madre y yo hacemos todo lo que podemos para que nos pegue a nosotras, y no a ella. Tiene cinco años.

—¿Por qué no os marcháis?

—No es así todo el tiempo. La mayoría de las veces estamos bien juntos. Además es complicado, ya sabes…

A la madre de Loraine ya la había visto. La madre de Loraine tenía clase. No era la única que iba de «Soy mejor que este barrio de mierda». Pero era más elegante que las demás. Tenía una manera de bajar del coche, de cerrar la portezuela, un derroche de dulzura y delicadeza, era imponente. Y esa mujer, con esos trajes sastre, con ese corte de pelo bob tan bien arreglado y esos fulares tan bien anudados, ¿a esa mujer la molían a palos? ¿Como a la pobre Tunarde de la plaza de al lado? ¿Como a la gorda borracha de la casa de enfrente? ¿Palizas? ¿Como a cualquiera? ¿Y no podía largarse porque era «complicado»? De pronto todo cobraba un sentido nuevo. Por qué Loraine no la invitaba a su casa. Por qué nunca podía salir después de clase. Por qué era tan importante sacar buenas notas. Por qué tenía tan a menudo esas reacciones susceptibles, extrañas. Todo cuanto alimentaba el misterio de su desinterés por el mundo que la rodeaba, su manera de planear sobre la mediocridad… una explicación simple, trivial: una niña maltratada, demasiado lejos de los barrios con asistente social, donde le levantan al crío la camiseta para ver. Por qué no iba a la piscina. Por qué nunca hacía ejercicio en shorts. Por qué no armaba jaleo, nada físico, ni el menor contacto; dado que obviamente, con ese cuerpo, a los chicos ni se acercaba.

Esa noche, de camino a casa, habría jurado que su obsesión por Loraine había llegado a su fin: ir al colegio en bici en lugar de tomar el bus para poder pasar a recogerla al final de su calle, saber dónde estaba en la escuela sin necesidad de echar ni una ojeada, leer los libros de los

que ella hablaba para poder comentarlos juntas, incluso cuando eran libros superpelmazo sobre gente que hizo cosas quinientos años atrás en países lejanos. Se acabó lo de permanecer atenta hasta a la última de sus ocurrencias, como si tuviera que conocer todos los matices de una lengua ajena para ser capaz, también ella, de afectar el desprecio adecuado en el momento oportuno de una conversación, y utilizar el adjetivo «cateto» de forma correcta —aun siendo vergonzosamente consciente de que, a fin de cuentas, el vocablo calificaba invariablemente las prácticas de su propia familia—, estar siempre dispuesta a escuchar discos de cantantes franceses que no podían tomarse un vaso de agua sin echarse a llorar, ni drogarse sin compadecerse de sí mismos, y a quienes siempre acababan abandonando… Esa noche hubiera jurado que lo de Loraine había terminado. Por fin podría relajarse.

Pero no fue así. Cuando estaba a punto de huir, una mano invisible la repescó para volver a colocarla sobre los raíles que le correspondían, y asegurarse de que llegaba sin falta hasta el desenlace. Malévolamente, la admiración acabó prevaleciendo. Se necesitaba una voluntad extraordinaria para soportar lo que soportaba Loraine sin que nadie sospechara nada. La mayoría de las veces, actuaban como si no pasara nada. Era Loraine, ella sola, quien decidía en qué momento se aislaban del resto para enseñarle su cuerpo malherido, o al menos para hablar de ello.

—Pero tu madre, ¿no tiene familia? ¿No tiene parientes? ¿No os podéis refugiar en la casa de un hermano suyo?

Porque la madre no tenía trabajo, no tenía amigos, por ese lado no había opción. Se mudaban a menudo. La madre estaba aislada. Aun así, se trataba de una adulta: podría agarrar las llaves del coche y un talonario, a sus dos hijas bajo el brazo, y encomendarse a su familia.

—Mi madre me prohíbe que toquemos el tema. Dice que nadie nos comprendería. Mi abuela, por ejemplo, a mi padre lo adora, si llegara a descubrirlo se moriría. Todos adoran a mi padre. Cuando está bien, siempre tiene una palabra amable, es una persona muy interesante. De hecho nadie lo entendería. Y él no puede evitarlo. Después, por la

noche, llora. También él sufre mucho. Lo hace porque es muy sensible. Cualquier detalle puede hacerlo descarrilar.

—Ya, pero siempre descarrila contra vosotras, fíjate que nunca me cuentas cómo se hace cortes a sí mismo, tu padre… ni cómo golpea a sus compañeros de trabajo.

Loraine no escuchaba. No quería que nadie se metiera en sus asuntos, unos asuntos en los que siempre había mucho dolor, y jamás la menor salida. Quería que alguien la escuchara, y que luego confirmara su diagnóstico: no había nada que hacer.

—La mayor parte del tiempo, no te imaginas, está de buen humor, es divertido, bromea. Pero si no te ríes, la cosa ya puede cambiar. O si te ríes demasiado. O si la cena está fría. O, por ejemplo, si se mancha la camisa tomándose un zumo de naranja y resulta que tenía planeado ponérsela también mañana. Ahí la cosa cambia. Y tú lo ves, cómo cambia. Te das cuenta de que ya se acerca. Pero nunca puedes predecir por qué razón se acerca. Por ejemplo, un día llego a casa con un doce sobre veinte en francés y él se encoge de hombros y me dice que la próxima vez me esfuerce un poco más. Pero al día siguiente, llego con un catorce y me pregunta por qué no lo he hecho mejor, y como no responda lo que él quiere, pues arranca. O si mi madre cuece demasiado la pasta, puede llegar a sentir miedo, a entrar en pánico, y él va y se burla de ella: «Tampoco te pongas así, si está riquísimo». Pero al día siguiente, puede encontrársela limpiando la mesa con la esponja que usa para lavar los platos, y eso basta para arrastrarla a su despacho y darle una paliza, porque acaba de decidir que necesitamos dos esponjas, una para los platos y otra para la mesa. Solo que debemos cumplir unas reglas que no conocemos previamente, ¿entiendes?, las reglas cambian, nunca sabes cuándo vas a hacer algo que no deberías haber hecho. El problema de mi padre es que le gustaría que fuéramos perfectas, que supiéramos instintivamente cómo comportarnos, sin tener que explicárnoslo todo.

Todo sucedía en el despacho del padre, una estancia en que el resto de la familia no podía entrar sin ser invitado. Loraine, su cuerpo maltratado, era solo para hacerla progresar. Cuando decidía abordar el

tema, era de una precisión morbosa:

—Si vieras la cara que pone, dando vueltas alrededor de la silla y gritándole a mi madre que se quede fuera, y mientras no lloro me sigue golpeando, cuando resisto mucho tiempo sin llorar, sin gritar, parece orgulloso de mí, pero eso a la vez lo vuelve loco, no puede parar. A mi madre la amordaza, lo veo por el ojo de la cerradura, un día la asfixiará.

A Loraine le gustaba que cayera en la trampa y que le rogara durante horas que hiciera algo para cambiar las cosas. Le gustaba responderle no, punto por punto, era un juego en el que se sentía cómoda. Obstinación.

Y eso que ella tenía una vida entera más allá de su pasión por Loraine, gracias a todo el tiempo que le quedaba para salir con los demás, las noches, los fines de semana. Tenía amigos, tenía novias fuera de la escuela. Se había espabilado, sabía que con las chicas siempre conseguía lo que quería. Cuando después de las vacaciones volvieron a verse, al inicio del nuevo curso, todo parecía preparado para que se alejaran la una de la otra. Ahora iban al instituto, en el centro de la ciudad, y aquello estaba lleno de nuevas criaturas, más exóticas y sorprendentes que Loraine. Por primera vez en su vida, no era la única chica a la que le gustaban las chicas. Había cuatro, de último año, que andaban siempre juntas. La primera vez que las vio, en el patio, el shock fue muy parecido a la primera vez que escuchó la palabra «bollera» pronunciada por un tío suyo, hablando de una mujer con la que se había cruzado en París. Ella entonces tenía diez años. Sabía que ella también lo era, antes incluso de enterarse de que existía una palabra que la definiera. Fue raro descubrir que existían otras, que no era solo algo suyo, agobiada en un rincón por sentirse atraída por esta o aquella. A aquella mujer, que era amiga de su madre, no la había visto en su vida, pero las risotadas que acompañaron a la reflexión de su tío le hicieron comprender que se trataba de algo tan bueno como nacer con una enorme nariz colorada. Eso fue antes de asociar el término con la palabra «viciosa», lo cual llegaría al año siguiente, cuando una maestra la encontró en el baño dándole un buen morreo a

una compañera. «Pequeñas viciosas». La cosa se complicaba. Además de resultar grotesco, no estaba bien. Menos mal que era excitante. Para no dejarse convencer de dejarlo estar, había que estar motivada. Su madre, cuando la directora la llamó para contárselo, no le dijo nada. De eso no se habla. La vieja pensó que ya se le pasaría, que así es como aprendían todas las chicas. Fijándose en las mayores de último año, pelo corto y sin sonreír jamás, el cigarrillo siempre en la boca y con chupa de chico, funcionando en grupo, tuvo varias revelaciones seguidas: ella no era la única de la región en ser «así». Para eso que ella era existía un look, una manera de hacerse reconocer de inmediato. Cuando las cuatro chicas aparecían, el mundo del instituto no se detenía, en la calle no les tiraban piedras. De repente, se le abrían toda una serie de perspectivas interesantes.

Loraine y ella se estaban tomando un chocolate caliente en la máquina expendedora. Las cuatro chicas fumaban un cigarrillo a tres metros de ellas. Loraine volvió la mirada hacia otro lado con expresión asqueada. «Mira que son feas… A ti, por lo menos, no se te nota». Loraine había perdido su soberbia. Se había quedado desfasada, con sus Clarks, sus trencitas, sus libros de bolsillo y su estrecha visión del mundo. Todo lo encogía a su medida. Al advertir que estaba perdiendo punch, Loraine contraatacó: «¿Podemos charlar cinco minutos?». Y con una cara preocupada pero decidida, un ejemplar de *El Arrancacorazones* pegado contra el pecho, le dijo: «Ahora sí que ya no puedo más, esto ha ido demasiado lejos, tienes razón, me voy a escapar. ¿Tú vendrías conmigo?». La Hiena había estado esperando ese momento todo el año anterior. Ahora solo quería contestarle «No, apáñatelas tú solita, estoy de lujo en esta vida», o «¿No te has dado cuenta de que tengo un montón de colegas nuevos y de que hay chicas por todas partes de las que tengo que ocuparme?». Pero Loraine, consciente de que aquello no bastaba para restablecer su dominación, acercó sus labios a los suyos, deslizó una mano bajo su suéter acariciándole la espalda, y le susurró «Te quiero»… y funcionó. Sus pieles se habían acercado y eso valía toda la mierda del mundo. A partir de entonces, aprendió la lección: tomar siempre la primera salida que se presenta en una historia. Al

primer bache, al primer desaliento: puerta.

Loraine no tenía la menor intención de largarse, dejar que su madre y su hermana pagaran por su decisión le hubiera causado demasiado miedo, pero por el momento necesitaba imaginar que iba a decidirse. Nunca había estado tan abiertamente necesitada de compañía, de conversación. Y le estaba gustando. Eso y la dulce excitación del sabor de su piel, su lengua pequeñita y tórrida, la precisión de sus dedos, y ese desear ir más lejos, ganar terreno, dejarse hacer más y más. Loraine jugaba a la muchacha seducida contra su voluntad que ya no puede resistirse. En los caminitos a resguardo de un parque, en el cine, el suéter subido hasta los hombros, el coño al filo de sus dedos, gozaba con ella a todo tren. Los demás no tenían por qué saberlo. Hasta que llegó aquella mañana gris de febrero, después de las vacaciones. Loraine estaba trastornada. Ya no le daban tantas palizas, su hermana pequeña se las llevaba todas.

—He estado pensando. Lo único que puedo hacer para proteger a mi hermana es dar ejemplo. Y el único ejemplo que puedo darle es salvarme.

Loraine era infeliz, más que antes. Los quejidos de su hermana pequeña le hacían más efecto que cuando era ella la que encajaba los golpes.

A Loraine no le dijo nada, pero la decisión estaba tomada: iría a por él, le amenazaría con denunciarlo.

Cuando él notó que lo seguían, se dio la vuelta y la miró de arriba abajo un buen rato. Sin asomo de miedo, solo un desprecio enojado. Ella se enfureció al verse a sí misma queriendo desistir. Rendirse a la impotencia, someterse a la autoridad de las cosas tal como son, a las cosas que no se pueden cambiar. Arremetió como animal salvaje. Cuando llegó a su altura, sin decir ni mu, le dio el golpe. No para vengar a su novia torturada. Un deseo brutal se abrió paso en ella. Derribarlo al suelo. Obligarlo a tenerla en cuenta. Hacer aflorar su angustia a cualquier precio.

Seguramente fue por aquella época cuando empezó a machacarse el cerebro, convencida de que la iban a desenmascarar, observando el menor movimiento, analizando cada ruidito. Algo debió de desbloquearse en ella. Tal era el nivel de atención que prestaba a cuanto sucedía a su alrededor, que poco a poco aprendió a leer a los otros entre líneas. A identificar a los que ocultaban algo. A reconocer una mentira. Por medio de desagradables fulguraciones, llegó incluso a adivinar, pura y simplemente, las verdades ocultadas. Era como una locura lúcida, que además crecía progresivamente. Le llegaba el sonido de la sangre, el de los demás. Impulsos, pensamientos ocultos, confidencias jamás susurradas. Cada vez le resultaba más sencillo evaluar a la gente. Su ferocidad. Sus puntos débiles. Que no tenían nada que ver con lo que mostraban. Y eso no le gustaba. El punto folclórico de la «clarividencia», del estilo yo murmullo sobre las velas y me perfumo con pachulí. Con el andar de los años, y sin proponérselo, aquello se fue afinando. Cuando hablaban en la tele de una chica desaparecida, ella sabía si estaba viva o muerta. También veía lugares, al escuchar a alguien contando una historia podía visualizar dónde había ocurrido. Desde un punto de vista más pragmático, era una buena amiga con la que hablar de mal de amores: sabía, y casi nunca metía la pata, quién había engañado a quién, quién mentía, quién llevaba una doble vida, y quién volvería, con el rabo entre las piernas, después de haber estado fanfarroneando por la ciudad.

Terminó sus estudios sin esfuerzo. La gente se sentía fascinada con ella. Nada es menos excitante que conseguir lo que uno quiere con solo alargar la mano, sobre todo cuando tiene la convicción de no merecerlo. Una vez licenciada todo se fue al traste. Comenzó la fase depresiva. No quería seguir estudiando, no quería un buen trabajo. El éxito le habría dejado un regusto detestable. Se fue a París. Durante los primeros años estuvo trabajando en el centro de clasificación postal del Louvre, de sustitución en sustitución, a tiempo completo. Le encantaba trabajar de noche. Entrar en el curro a las ocho, caminar de regreso a

casa cuando la ciudad despertaba. Una buhardilla frente a la estación de Austerlitz. No es que su nueva vida le gustara mucho. No se asombraba de nada, no se enfadaba por nada. Estaba como en suspenso, un estado que le convenía. Pasarse una vida entera en esa soledad calmosa, sin que sucediera nada, ni excitante ni triste, le parecía una idea estupenda. Apenas una sucesión de noches en pie, vaciando sacas y ordenando sobres por tamaño, volviendo a clasificar las postales mal indexadas y lanzando paquetes con destreza en aquellas cestas de metal tan altas. Sus colegas no eran muy diferentes de ella: pálidos, silenciosos, un tanto ausentes. Una brigada de unas veinte personas en un edificio inmenso, el techo altísimo, imposible de calentar en invierno. Una colmena al ralentí. En la organización postal, los chicos de clasificación de la noche se sentían relegados, poco apreciados, mal integrados. Ella se sentía la mar de bien entre ellos. Una brigada de fantasmas. Acababan de prohibir el alcohol en el centro durante los descansos. Nadie se reía mucho. Tomaban sopas de sobre, no tenían el valor de quejarse ni de mostrarse vindicativos. Hablaban poco y solo de sus hijos, de las vacaciones, de cocina, de los programas de la tele o de cómo cuidar de una planta verde. Cosas que no la concernían. Nadie se fijaba en ella.

Pero al cabo de un año, le encargaron que se ocuparan del nuevo, un muchacho moreno que no paraba de hablar, que se lamentaba de perderse los conciertos que le interesaban, que sufría por no poder salir de noche con sus colegas. Se llamaba Arnaud. A ella hablar con él no le apetecía lo más mínimo, pero las noches cara a cara eran largas, propicias al acercamiento. Y así consiguió sacarla de su letargo, insidiosamente, hacerle escuchar una cinta, comprar un disco. Se cuidaba, era guapo, de labios carnosos y grandes ojos marrones. El pobre merecía ser gay, en lugar de ir por ahí follándose a toda esa cochambre hetero de su edad. Sus historias de amor eran una más patética que la otra. No consiguió no interesarse. Por culpa de sus conversaciones con él, una tarde salió de su casa para ir a pie a Jussieu a echar un vistazo a los discos de segunda mano, y entonces vio a la vendedora, una morena, bollera declarada, fanfarrona y de mala pinta,

imposible no volver. Sin darse cuenta, la vida retomaba su curso. La chica se llamaba Elise. Escuchaba a Siouxsie a todas horas y le encantaba el cine chino. Estaba jodida en plan deprimida. Elise era ardiente como el fuego, un cuerpo en miniatura que se dejaba trajinar y revolver al ritmo de cualquier fantasía. Nalgas redondas, de bebé. Espalda completamente tatuada. Elise adoraba a Philip K. Dick y andaba por todas partes con la primera novela de Valerio Evangelisti, que estaba leyendo por tercera vez. Hablaba de su madre muerta con una angustia interminable, con una frialdad de juventud, cuando aún corres lo suficientemente rápido como para distanciarte de tus emociones. Tenía marcas de cortes en las muñecas. El encanto de Elise era tanto más imperativo cuanto que no era libre, era de ese tipo de chicas que ama la duplicidad, en quien nunca puedes confiar, emocionada con la sola idea de la traición. Vivía en un estudio, un sexto sin ascensor, en la plaza de l'Horloge. Elise tenía amigas, acabó por presentárselas. A ella le daban ganas de pasárselas a todas por la piedra. Y el tema era recíproco. Una noche faltó al trabajo, llamó para decir que estaba enferma, una segunda noche llamó para decir que tenía un problema, la tercera noche no llamó, supuso que entenderían que renunciaba.

En el asunto de cobrar deudas empezó por casualidad: un tipo al que apenas conocía acababa de aceptar el encargo de ir a aconsejarle a un productor de cine porno que mejor si pagaba a tal actriz lo antes posible. Le pidió que le acompañara. El trabajo le gustó enseguida. Hay quien se enamora del caballo al primer pico, otros de la coca al primer tiro, en su caso era la adrenalina. Su número de teléfono empezó a cambiar de manos, iba aceptando misiones como otras chicas aceptan clientes: con regularidad, pero no a tiempo completo. Se había convertido en la Hiena. Una empresa le ofreció trabajo, ella aceptó. Un curro no demasiado gratificante pero bien pagado. En una agencia privada. Encargarse de que los acreedores apoquinen es más o menos como limpiar retretes. Interpretar a la bollera tal como la sueñan los heteros —bruta, marginal y capaz de cortarle la polla al más pintado— no le disgustaba. Los primeros años se sintió bastante bien.

No estaba ahí para hacer amigos. No buscaba el reconocimiento de un grupo de personas que pudieran parecerse a ella. No tenía intención de ser comprendida ni reconocida. Sin embargo, el primer tipo con el que trabajó, Kromag, era buena gente. Cuando Kromag dejó el oficio, ella tuvo problemas para seguir adelante con otros. Los compañeros eran unos pesados, demasiado motivados, sádicos del tres al cuarto que se creían tipos duros. Algo la mantuvo en vilo durante un tiempo, el meollo de la cuestión. Había probado sus mieles demasiado pronto: un gitano escondido en un rincón de la habitación la tiró al suelo mientras ella hacía su numerito, le puso un cuchillo en el cuello y no tuvo que decirle ni media palabra para darle a entender que no era el momento adecuado para amenazar a nadie. Una décima de segundo, el aliento del tipo invadiendo su espacio, un intercambio de miradas, nada en aquellos ojos hacía pensar en algo humano: la muerte flotaba en el ambiente, la habría degollado como quien le corta el cuello a un pollo, sin sentir el menor cosquilleo en el estómago. Ella tampoco sintió miedo. No en el momento. Le respondió en la misma longitud de onda, era como registrarlo, como tener las dos manos metidas en sus tripas: un géiser de odio gélido, inmóvil y extremo. Fue un momento detenido, metafísico. Un destello de vida. Durante unos días fue como si sintiera cada célula de su cuerpo, cada partícula en suspensión en el aire. Reactivada. Se la sudaba de qué bando estaba. Se la sudaba llevar o no llevar ventaja. Lo que la tenía enganchada era el momento en sí: dos voluntades dispuestas a partirse la crisma. Le hubiera encantado que algo así le sucediera con una chica, para ver si era aún mejor. Con las chicas todo era siempre mejor.

Pero no duró mucho en eso de los cobros. Demasiados horarios, demasiados reglamentos, demasiado papeleo y rencillas internas, egos enfrentados y provocando una tormenta en un vaso de agua. Gracias a sacarse otro sueldo vendiendo maría, fue espaciando las misiones. Luego se convirtió en traficante de coca. Con su experiencia en el mundo de los cobros, empezaron a contactarla de forma natural para asuntos de inteligencia. Tenía una buena cabeza, un pico de oro, las piernas muy largas, una moto potente que le permitía funcionar con

rapidez, y los mejores proveedores de la ciudad… En un año, su red estaba a punto: políticos, deportistas, médicos, actores, periodistas, altos funcionarios, peluqueros, putas, brókers, chóferes… Aparte del sexo, nada une tanto como las drogas. En tales circunstancias, no era difícil obtener ciertas informaciones de orden privado sobre los asuntos de la mujer del ministro, del hijo del cantante comprometido o del vecino del gran industrial. La coca era un vehículo ideal para meterse en cualquier ambiente, incluso quienes no la consumían la recibían con gusto, siempre había alguien por casa que podría estar interesado en sus servicios. Su apariencia y sus bisnes bloqueaban todo atisbo de curiosidad: nadie se preguntaba qué andaría tramando interesándose por los asuntos de todo el mundo. Su aspecto andrógino gustaba, el hombre de la casa, antes de salir del salón, podía llegar a ponerse cachondo pensando si no sería capaz de camelarse a la señora de la casa. Nadie se hacía demasiadas preguntas sobre ella. Ella, mientras tanto, hacía un montón, y sabía a quién informar al respecto. Cuanta más información pasaba, mejor protegida estaba para seguir con sus bisnes, más podía hacerlo con total impunidad, mejor podía informar y más fácilmente accedía a nuevos ambientes. Se recorría todo París con fajos de efectivo gruesos como un Big Mac en un bolsillo, y bolsitas de farlopa en el otro. Cuando se quedaba sin existencias, los de narcóticos le echaban una mano. Era mucho trabajo: la gente son como aspiradoras non stop, apenas tenía una dirección abastecida y ya había que volver para llevarles más. Estaba bien pagado. Fueron buenos tiempos: adondequiera que fuese, la gente se alegraba de verla, incluso con sus cinco horas de retraso.

Waugheirt la propulsó a un estadio superior. Siempre en temas de inteligencia. Llevaba una greña de pelo negro rematando una frente calva, sus largos dedos con las falanges jalonadas de mechoncitos de pelo hacían que sus manos pareciesen arañas impacientes. También llevaba una alianza. Ella no podía creer que alguna mujer pudiera llegar a sentirse tan en la mierda como para estar dispuesta a compartir su cama con él. Hablaba despacio, un tempo de cine oriental, mientras exponía una idea te daba tiempo a pensar en un montón de cosas.

Waugheirt era feo, pero de él emanaba una cierta sensación de inteligencia, de profunda concentración, acentuada por el tono de su voz, que era sorprendentemente grave. Dijo que la había visto y se había fijado en ella. Que ya era hora de dejar el trapicheo y el amateurismo, de dejar de cobrar en forma de pequeños servicios, una relativa protección, enchufes, manejos en pisos del Ayuntamientos de París o viajes gratis. Le dijo que tenía que trabajar en operaciones más ambiciosas, aunque sin cobertura oficial. A tiempo completo y pagada como se debe. Una bonita suma. Convencida de rechazar la oferta, le replicó que París estaba podrido de agentes dobles dispuestos a todo para ganarse la gracia de los servicios de inteligencia:

—La gente es muy simple: basta con convencerlos de que el poder viene de un sitio o de otro para que corran hacia allí a lamerle los zapatos. Así que ¿por qué yo?

—Soplona de poca monta… ¿Cuánto tiempo va a seguir haciendo esto? No le queda mucho para cumplir los treinta… Pronto llegará alguien más joven y le quitará su lugar en los círculos más cool. De momento, se contenta usted con ir tirando. Pero si aceptara involucrarse, todo podría cambiar.

Waugheirt sacó la billetera de su bolsillo interior, giró la cuenta para leer el precio y pagó los dos cafés dejando una pequeña propina, pero al menos una propina. Antes de levantarse, añadió sobriamente:

—Por qué razón prefiere seguir actuando por debajo de sus competencias es asunto suyo. Tengo muchos contactos. En todas partes. Para hacerse con la cuarta parte de la información que usted reporta, suelen necesitar el triple de trabajo. Y ni siquiera estoy hablando de la desconcertante facilidad con la que sabe dónde ir a buscar.

Ella se encogió de hombros, no demasiado convencida por el razonamiento:

—Pues no es tan complicado.

—Eso es exactamente a lo que me refiero. Ese «No es tan complicado», criatura, resulta que para el común de los mortales supone todo un rompecabezas. Su don no es cosa de broma. Tómelo como una orden, como una misión. Le aconsejo que lo asuma, en

tiempo y forma.

Se levantó y se fue. Por un instante, se sintió como si fuera Skywalker en *La guerra de las galaxias*, cuando le dan una regañina.

La cosa tenía su lógica. Buscas información, tienes tres colegas en la ciudad, le das un par de vueltas, te concentras, te dejas llevar, preguntas, y ya está. Ella era menos lenta que la gente que hace ese tipo de curro, eso es todo. La gente realmente inteligente no suele dedicarse a rebuscar entre la basura del prójimo. Pero eso no quita que el comentario estuviese surtiendo su efecto; la prueba: durante casi tres meses no encontró ninguna información sobre nadie. Sabía de lo que hablaba Waugheirt. Era esa vieja historia que había venido a descolocarle el cerebro… no había duda. Otra cosa es que no quisiera ser consciente del tema. Pero se daba perfecta cuenta de que tenía un GPS en el cerebro que nunca dejaba de funcionar.

A veces, eso también es cierto, metía la pata. Entre una intuición falsa y una precisa no hay diferencia. Ambas tienen exactamente el mismo efecto en ella. Un detalle que siempre se podría ajustar, pensó ella. El tiempo habría de demostrarle que no: cuanto más intentara dominar su don, menos capaz iba a ser de utilizarlo. En última instancia, esa acabó siendo la diferencia entre un agente excepcional y ella.

Pero volvió a ver a Waugheirt, y este se convirtió en su jefe. Empezó confiándole estudios sobre el entorno personal de ciertos individuos. Fácil: armar un dosier sobre alguien sin que él se diera cuenta, no le hizo falta esforzarse mucho. A la gente le gustaba hablar con ella. Había cambiado de target. Se acabaron los barrios con aceras petadas de gente, los bares llenos de humo, de putas y drogatas, se acabaron los sótanos en ruinas aunque habitados, las cocinas que apestan a grasa y las habitaciones miserables. Ya solo se movía por barrios llenos de bancos y mansiones. Se había especializado en hombres de negocios, políticos, industriales… Waugheirt la hacía trabajar, pero estaba un tanto decepcionado. Esperaba un éxito más aplastante. A ella se la sudaba, ganaba tres veces más que antes. Fue cuando desapareció en pleno París un periodista marfileño, nadie se dignó explicarle a santo

de qué era tan crucial encontrarlo cuanto antes, pero le dieron mucha importancia al asunto. Le llevó tres días rastrear su escondite en Canadá. De buscarlo físicamente se encargaron otros. Waugheirt estaba tan contento que hasta le dio una palmadita en el hombro, el equivalente en su lenguaje corporal a un fuerte abrazo. Era como si le hubieran señalado la zona en un mapa. Una brújula integrada. A partir de ahí, su nombre subió de precio. Empezó a jugar a lo grande, probablemente para que la atraparan. Venderle a uno la información que te pedía otro, y luego colársela a un tercero. Vender información falsa, doblarla, asegurarse de que la pagaran mejor. Protegida. Siempre protegida. Todo eso duró diez años. Equilibrismo. Fiebre del jugador. La emoción más bestia es cuando coqueteas con el abismo. A su alrededor se iban sucediendo las muertes, los suicidios, las sobredosis, los pequeños resfriados seguidos de un inesperado deceso, a menudo tras su paso por el hospital. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba, más se desgastaba su talento, siguiendo una curva inversa a la de su popularidad.

Se había vuelto demasiado conocida en su entorno. No podía aparecer en ningún sitio sin que se supiera inmediatamente quién era. Incluso en el culo de Chechenia, el más lelo de los reporteros de guerra la reconocía a la primera de cambio. La Hiena está en la zona. En tales circunstancias, difícil seguir siendo una buena agente. Hasta que se dio cuenta de que, para ella, todo había terminado.

La noche que conoció a Lucie, no acudió más que para ver a aquella chica que andaba siempre por el garito de Kromag, y que se lo estaba poniendo lo suficientemente difícil como para que resultara emocionante. No estaba en horas tan bajas como para tomarse en serio eso de ponerse a buscar a una cría. Pero era una forma de estar un poco al tanto de cómo seguían en Reldanch, enterarse de las últimas novedades, mantenerse al día… Al ver cómo era Lucie físicamente tuvo un momento de abatimiento: la típica heteruza, pelín descuidada, pero no lo suficiente para conferirle carácter. Nada de placer, en ningún sentido. Y luego estaba la foto de Valentine. Una explosión afectiva, estruendosa, irracional. Algo en sus ojos le había abierto la caja

torácica. Nada sexual, fue mucho más perturbador que eso. Un tornado. Era inexplicable pero imperativo: la pequeña se había ganado toda su atención. Había que encontrarla, imposible definir de qué había que protegerla, pero la Hiena supo al momento que la pobre no tenía elección, había que ponerse en marcha. Tenía que ver a esa cría. Un curro mal pagado, nada interesante, formando equipo con un molusco atontado. Siguiendo las huellas de una pobre niña rica igual en todo a otros miles de adolescentes sumidas en la confusión… Pero esta le pareció distinta. Sin embargo, la Hiena supo enseguida que no iba a servir de nada. Lo que había de suceder era ya inevitable, pero ella tenía que ir, verlo de cerca.

Ahora regresa al lugar acordado en la iglesia, primer banco frente a otro Cristo crucificado, a la derecha de la entrada. Juan llega tarde. Siempre incapaz de presentarse a la hora que él mismo ha establecido. Una de las estrategias de este Anthony Blunt de segunda división: hacerte esperar para asegurarse de que lo necesitas lo suficiente como para aguantar el plantón. Juan es sumamente brillante, tiene sobre todo una memoria sorprendente. Su cabeza alberga un amplísimo conocimiento enciclopédico, el tipo de persona que bate récords en el Trivial Pursuit, aunque, en los tiempos de internet, ¿a quién le importa si alguien lo sabe todo sobre todo? Juan desembarcó en París convencido de que iba a hacer carrera, de que su labia de universitario talentoso pesaría más que sus orígenes obreros. Le llevó un tiempo darse cuenta de que las gentes bien nacidas se reconocen a sí mismas por el olor, y que por ese mismo medio detectan a los intrusos. Por mucho que se esforzó por figurar en todas las cenas más in, nunca llegaron a ofrecerle el tipo de trabajo que él soñaba. Acabó topando con un listillo de los servicios de inteligencia que se había fijado en él, y que lo acogió bajo su ala a cambio de chismes y de información verídica. Juan no tardó en interiorizar que se había convertido en informante, y esa sola idea lo colmó de alegría. Se especializó en los círculos sionistas. Le ayudaron a encontrar al editor adecuado, que le publicó un libro sobre el asunto. Un observador atento se habría sorprendido ante la facilidad con la que fueron dándole artículos en la

prensa y subvenciones estatales. Durante un tiempo, publicó con regularidad sobre los temas que interesaban a sus patrocinadores. Los libros le daban la oportunidad de participar en coloquios, verse con gente en las librerías, charlar con especialistas… y hacer informes, a menudo poco serios, sobre toda esa gente bien. Convenientemente infiltrado, resultó muy útil. Los soplones son putas, les hacen creer que los protegen, que son insustituibles, incluso respetables. Pero al final los borran de la lista, no hay nada más triste que una chica obligada a aceptar demasiados servicios. Su tiempo había pasado, sobrevivió unos meses especializándose en la redacción de comentarios en internet. Sobre temas de actualidad o personalidades que había que proteger o bien atacar, según las instrucciones que le iban dando, inundando la red de mensajes. Luego, de la noche a la mañana, probablemente como consecuencia de una reorganización del personal, lo dejaron caer, entregándolo a la venganza. Algo que ni siquiera sucede necesariamente porque has cometido un error, fue más bien una cuestión de renovación, cambiar de aires, había llegado el momento. Así que cambió de país. Empezó a dejarse caer con frecuencia por la Alianza Francesa, a informar lo mejor que podía sobre lo que andaban haciendo los expatriados del lugar. Seguramente sigue recibiendo alguna que otra beca del Estado por libros que todavía no ha escrito. A fuerza de interpretar al francesito simpático, activo políticamente y que no se pierde ningún evento, se conoce la ciudad la mar de bien.

Llega con más de media hora de retraso, se detiene en el umbral de la capilla, mira a su alrededor, y va a sentarse lo bastante cerca como para que puedan escucharse, pero no lo suficiente como para que se note que hablan. Inclinado hacia delante, las manos juntas, mira al frente, hacia el altar.

—En Barcelona hay muchas francesas de su edad, no estoy seguro de haberla localizado.

—¿Me has hecho venir para decirme eso?

—Es que me hablan de una niña que se le parece… pero no estoy seguro de nada. La habrían visto varias veces charlando con una hermana de las Misioneras de la Caridad.

—¿Una hermana de qué?

—¿Recuerdas el look de la madre Teresa? ¿Las sandalias y la cosa blanca y azul? Pues esa banda: las Hermanas de las Misioneras de la Caridad.

—¿Valentine? Igual es que te equivocas.

—Es todo cuanto tengo. Una tal hermana Elisabeth. Me hablan de ella y de una chica francesa que se parece a la tuya.

—¿Y dónde tienen un convento esas hermanas?

—No en Barcelona, en cualquier caso. Traté de averiguar qué hacía por aquí… Puede que participar en el seminario internacional sobre emigración que organizó el Opus Dei el mes pasado. Es todo lo que sé.

Está mintiendo, y ni siquiera trata de disimularlo.

—Una gran ayuda, eso que me dices… Encontrar una monja en Barcelona…

—Las monjas viajan en grupo y nunca van a hoteles… tienen que ser acogidas en un convento. Tampoco es que queden tantos.

Más vale confiar en que tiene sus razones para mandarla de visita por los conventos de la región.

La Hiena sale de la catedral, en las calles se escuchan todas las lenguas, demasiados cuerpos para el espacio disponible en el centro de la ciudad. Camina un buen rato hasta dar con un cibercafé, ahora que todo el mundo lleva su propia microcomputadora en el bolsillo no hay tantos como antes. Se sienta delante de un ordenador con el teclado tan usado que algunas de sus teclas están borradas. Teclea «Barcelona convento» en Google y se pide un cortado.

Una hora de tren para llegar a los pies de la montaña. Se ha decantado por Montserrat. Nunca hay que perder la oportunidad de ver una virgen negra. Sol inmisericorde. Un macizo de gigantes de piedra surge de la tierra hasta alzarse a varios kilómetros de altura.

Para subir a la cima hay que tomar un funicular. El viaje parece largo, agobiante por el abismo del barranco que bordea el vagón. Ligera decepción al llegar a lo alto: un restaurante de la cadena Flunch junto a una tienda de souvenirs, las calles están asfaltadas. Parece menos impresionante que desde abajo. Ese esfuerzo contemporáneo por

desacralizar los lugares que podrían elevar el alma. Será que una emoción pura, sin la mediación del pequeño comercio, obstaculizaría la venta de baratijas.

La mayoría de los turistas van acompañados de sus hijos. Difícil entender qué placer puede hallar un niño de tres años en semejantes lugares. Lloran o corretean rompiendo cosas ante la tierna mirada de las madres. Los niños son vectores autorizados de la sociopatía de sus padres. Los adultos se quejan, fingiendo que la vitalidad destroy de sus pequeños los supera, pero se ve a la legua que disfrutan de poder joder al mundo con total impunidad a través de su descendencia. ¿Qué clase de odio hacia el mundo los ha llevado a multiplicarse tantísimo?

ELISABETH

De pie en el patio, Elisabeth escucha distraída cómo la niña india, en un inglés preciso aunque desagradable, les cuenta el asalto al convento de las hermanas de la Caridad, del que fue testigo una noche en Sukananda. Cientos de hombres armados con hachas, estacas y cuchillos saquearon la congregación. Los hermanos y las hermanas tuvieron tiempo de refugiarse a unos pocos kilómetros de allí. Los fundamentalistas hindúes exigen que los cristianos abandonen el territorio. Un soborno que no llegó a quien debía. En tiempos de la madre Teresa esas cosas no pasaban. La albanesa sabía acudir a la protección adecuada.

Es la décima vez en dos días que la india balbucea su historia, incluidos los detalles más sórdidos. Al principio resultaba conmovedor. Pero a la larga, lo que de verdad desean es que abrevie un poco. A su alrededor, todas las hermanas enarbolan la misma sonrisa paciente. El nivel de sinceridad detrás de la mueca varía de un individuo a otro. En el círculo no solo hay canallas. También hay a quienes pura y simplemente les falta un tornillo. El austero estilo de vida al que se someten no impide el ardiente despertar de una fe superior, pero la mayor parte de las veces alimenta la más estéril idiotez. Anteayer, Elisabeth vio a dos que rezaban para que se ensanchara la puerta del camión en que debían cargar unos grandes frigoríficos. De rodillas ante el remolque, con fervor. Que Dios, en su bondad, añadiera un poco de espacio para que ellas pudieran meter toda la carga. Una se acostumbra, incluso a eso se acostumbra, pero es menester mucha paciencia.

Elisabeth observa la silueta que se acerca a su grupo. La reconoce desde lejos. Nunca olvida una cara. Con un gesto suave interrumpe a la india, se inclina para disculparse y luego se aleja, sin escolta. Las

jovencitas están acostumbradas. Una tiene sus privilegios. Camina a pequeños pasos, encorvada. Una anciana menuda, radiante y enérgica, con la cara enmarcada por el velo blanco y azul de las hermanas de la Caridad. El parecido es sorprendente. Enseguida te viene a la mente la albanesa. Un examen más atento de sus rasgos desmiente de inmediato la ilusión, pero el bien ya está hecho: con solo tenerla cerca, la gente queda desarmada.

La Hiena es tal como la hermana Elisabeth la esperaba: una invertebrada descarada, de lo peor que producen los tiempos presentes. Seres abyectos, arrellanados en su desgracia y orgullosos de vivir como cerdos. Mientras se acerca a ella, ni siquiera piensa en Satanás, pues escogería una morada más suntuosa, y no ese cuerpo longilíneo y débil, ridículamente pagado de sí mismo.

—¿Busca usted a alguien, quizá? Soy la hermana Elisabeth.

La Hiena no muestra asombro ni temor. Su encefalograma es demasiado plano como para sentir estupor.

—¿Hermana Elisabeth? ¿Le han anunciado mi visita?

—Oh, yo, ya sabe usted… La gente viene a verme.

—Y eso que su cuartel general no está precisamente en la puerta de al lado. Pero fíjese, el viaje vale la pena. Hermoso lugar.

—Muy inspirador, sí.

—Estoy buscando a una niña francesa, Valentine Galtan. Tengo entendido que ha estado en contacto con ella.

—Valentine… ¿Valentine cómo?

Imposta con intención el tono de una viejecita un poco sorda, pero que no pierde el norte. A la gente eso le gusta. Desde que el tiempo le ha labrado el rostro, ha ganado en carisma. La temen y la respetan, es algo instintivo. Ella mayor no se siente. Si acaso se siente menos vieja que hace diez años. Le ha sido otorgado un plus de vitalidad, y ha olvidado notar cómo su cuerpo se va arruinando.

—Sí, sí… Valentine, sí. Una niña muy joven, sí. La recuerdo muy bien. Muy vivaz, muy inteligente, muy sola. ¿Me acompaña para que podamos charlar tranquilamente?

Señala un camino un tanto apartado. Verticalidad hierática de las

montañas de piedra que lo bordean. Son tan altas que cuando levantas la mirada te tapan el cielo. La Hiena la sigue con lentitud. Algo parece agobiarla.

—Estamos muy altas. ¿Vamos a caminar mucho más?

—No, no, ya casi estamos. ¿Tiene usted vértigo?

—Digamos que no me gustaría que me empujaran…

—¡Menuda idea! ¿Tiene algo que reprocharse?

—No, pero ya sabe cómo va la cosa… una niña, la iglesia… a una enseguida le vienen a la mente fotos guarras, una cruz de san Andrés, orgías y dramas sangrantes como broche final… Usted podría tener sus buenas razones para querer eliminarme, ¿no?

Sor Elisabeth se vuelve y le lanza una mirada de reproche, aunque cargada de benevolencia. Desde que lleva el hábito, siempre le ha funcionado: corta por lo sano cualquier muestra de agresividad. La Hiena permanece hermética, demasiado impúdica para dejarse intimidar.

—Se ha formado usted una idea muy oscura de nuestro trabajo evangélico… Tranquilícese: no estoy muy familiarizada con las prácticas colectivas a las que usted se refiere…

La lesbiana parece escuchar el silencio. Su perfil es regular, cuando olvida pavonearse se ve que podría haber sido una mujer guapa.

En esta época del año no hay muchos turistas. Se sientan una al lado de la otra en un banco de piedra. Enfrente, las nubes, que parecen al alcance de la mano. Un pájaro se abisma en el vacío durante cientos de metros, luego, con una precisión desenfadada, se posa sobre una ramita que nace de la roca.

A Elisabeth le apetece un cigarrillo. Los primeros años tras tomar el hábito lo dejó sin mayor esfuerzo; a las hermanas no se les permite fumar. Pero en los últimos meses ha vuelto a sentir la necesidad. Lo peor son los sueños. En sueños fuma todas las noches. Por la mañana, siente la ciega puñalada del deseo de nicotina. Cuando puede permitírselo, cede a la tentación. Muy de vez en cuando. Casi nunca está sola. Comparte habitación con una africana que acaba de regresar de Boston. A las hermanas las trasladan a voluntad, por ejemplo, para

protegerlas de la tentación de hacerse como la lesbiana. Son historias que se ponen muy intensas cuando menos te lo esperas, y las chicas que las sufren no siempre lo llevan en la sangre. Con el rostro al sol, la Hiena tiene pinta de lagarto satisfecho. Habla sin volver la cabeza, los ojos cerrados ante esa luz tan vivaz.

—¿No tienen derecho a fumar, ustedes las hermanas?

—¿Eso le parece?

Desagradable coincidencia, como si le leyera la mente. La lesbiana le ofrece un cigarrillo. Ella lo acepta. Ahí nadie puede verlas. Un ligero vértigo, una relajación inmediata con la primera calada.

Sor Elisabeth posa una mano tranquilizadora sobre la de la lesbiana. La cálida suavidad de su piel le sorprende.

—Pero, dígame, ¿por qué está buscando a Valentine Galtan?

—Se ha escapado… Su padre y su abuela acudieron a una compañía de vigilancia privada. ¿La ha visto usted?

—Me crucé con ella… Ya sabe, estos jóvenes… acuden a mí hambrientos, yo no los cuestiono… Es una niña muy valerosa.

—¿Sabe dónde está?

—No tengo ni la menor idea. El camino de Valentine se cruzó con el mío… Le dije que no tuviera miedo, vi perfectamente que se iba a curar. Luego se fue… se fue como había venido: sin explicaciones.

—Entonces ¿por qué me ha hecho venir hasta aquí?

—No le he hecho venir, hija mía. Ha venido usted por iniciativa propia…

Elisabeth recuerda bien a la Hiena. Esa impresión extremadamente desagradable que ya le causó hace mucho tiempo. Oxford, a principios de los noventa. Elisabeth impartía un curso de perfeccionamiento de la memoria y lectura rápida. Era la primera vez que daba clases para la NEA. Se trataba ante todo de identificar a los alumnos más interesantes e informar de ellos a sus superiores. Reclutar y formar, algo que, durante años, habría de convertirse en su especialidad. Siempre ha tenido ojo para eso. Buena maestra no ha sido nunca, la mediocridad la cansa enseguida. Pero su atención se centra de forma espontánea en los mejores elementos. No hay tantos. Los cerebros bien formados lo están

desde la infancia, tampoco ahí hay que esperar grandes milagros.

Se acuerda de la Hiena, de aquel invierno en Oxford, porque se interesó por el curso que ella daba. No en su calidad de detective bastardo, mitad privado, mitad clandestino del Estado, sino porque una joven que a ella le gustaba mucho se había apuntado. Elisabeth recuerda su presencia viciosa merodeando alrededor de su nueva protegida. Una alumna brillante, con un potencial excepcional. La última palabra la tuvo ella, y la joven acabó por librarse de la tentación mórbida que implicaba cualquier tipo de vínculo con semejante elemento de degeneración. Pero fue por los pelos. La Hiena —en aquella época ya se hacía llamar así— poseía esa arrogancia altiva que turba a las almas jóvenes.

Hija de militar, esposa de militar y madre de militar, Elisabeth sabe lo que significa tener fuerza de voluntad. Ser recta. Nada ayuda tanto a convencer como estar convencida una misma. Ganó la batalla, aunque la lucha fue dura.

Su hijo acababa de morir. No había cumplido los treinta. Le gustaba conducir. Un accidente fatal.

Su muerte no la llevó a la depresión. Ella no está hecha de esa pasta. Nunca conoció la embriaguez de las grandes heridas. La muerte le arrebató lo único que para ella tenía algún valor. Pero el pasado dura para siempre. Nada puede transformarlo. Ella no cree en Dios, pero siente que hay un camino, y que hay que hacerlo con la cabeza alta. No ablandarse. Derechas, izquierdas, ateos, creyentes, en el fondo todos hablan el mismo lenguaje: todos terminan lloriqueando. No tiene fe. Al principio pensó que le llegaría. Tampoco pedía una de esas revelaciones espectaculares. No se cuenta entre esas descerebradas erotómanas, que necesitan mostrar su devoción y su intimidad con Dios como si evocaran la masturbación. No tiene vanidad, no necesitaba ser distinguida por la extraordinaria manifestación de un santo, ni de la Virgen. Pero sí esperaba que la devoción la ganara por el mismo camino por el que el amor y el respeto por su patria la habían conquistado. Se sentía preparada para el fervor. La pérdida del hijo alrededor del cual organiza una su vida le produjo un vacío sublime

que muy bien podría haber acogido la fe. Como en un matrimonio de conveniencia, donde el amor viene de la costumbre de compartir la existencia con la pareja.

El primer año entre las hermanas, todo en ella permaneció en silencio. Una calma inestimable. Pero el sentido crítico volvió a aparecer. Ese es su carácter. Un día en la India, observando un poco más allá, en la misma estancia, a una voluntaria inclinada sobre un enfermo que acababa de morir, le pareció que aquella manera de mostrar su placer por ser testigo del sufrimiento de los demás, sin poder hacer nada para aliviarlo, resultaba desagradable. La muchacha tenía en los labios una sonrisa extasiada. Presa de una excitación malsana, mientras le regalaba la última oración. Se notaba que estaba feliz de estar allí, que se sentía mejor que otras por sacrificar dos meses de sus vacaciones viendo morir a los demás. Todo en su conducta indicaba la complacencia más descarada, más inapropiada. Una caridad alimentada por el orgullo y la voluntad de hacer más y mejor que el otro. Elisabeth pensó que la joven y desconsolada pánfila habría sido incapaz de mostrarse tan digna si se hubiera tratado de su propio hijo, allí tumbado, las heridas de las piernas devoradas por los gusanos.

El lugar no era un hospital, allí, por falta de medios, no se dispensaba ningún cuidado. El número de camas era insuficiente para acostar a todos los enfermos, la mayoría de los cuerpos gemían sobre esteras en el suelo. Hasta ese día, Elisabeth no había emitido ningún juicio, hacía lo que le pedían. Vendar, limpiar heridas infectadas, llevar arroz a los moribundos, ayudarles a alimentarse. También estaba allí para dar cuenta, ante ciertos superiores, de cuanto observaba a su alrededor, así como de toda la información que iba recabando. Cuando le sugirieron tomar los hábitos no fue por vocación, sino porque estaban interesados en cualquier tipo de información sobre la sucesión de la albanesa. Aunque semejante servicio le fue solicitado extraoficialmente por un miembro del Opus Dei, Elisabeth tenía buenas razones para creer que sus informes eran inmediatamente redirigidos a los servicios secretos de su país. Teniendo en cuenta las sumas colosales que manejaban las Misioneras de la Caridad, parecía lógico que trataran de conservar una

cierta trazabilidad de los intercambios. Ella llevaba varios meses cumpliendo sus misiones sin emitir ningún tipo de juicio sobre las personas que la rodeaban. Hasta lo de la voluntaria idiota. Se había despertado. Su sentido crítico. Esa inteligencia amargada, retorcida, a la que nada escapaba. Y que hacía difícilmente soportable la presencia de otros humanos. Volvió a abrir los ojos, a organizar las palabras en sentencias: la radiante imbecilidad de fulanita, el ego desmesurado de menganita, las insoportables maquinaciones de zutanita… su soledad.

Despreciaba las prohibiciones que ella misma se imponía, la pobreza repugnante y encantada que favorecía el florecimiento de una estupidez grosera, la cercanía constante de las otras hermanas de la misión, en ocasiones muchachas audaces que aprovechan la ocasión para huir de la pobreza de su propio país, pero en la mayoría de los casos unas lelas cuyo cerebro, ya de por sí maltrecho, se había derretido literalmente por efecto de las privaciones espirituales, emocionales o materiales.

Acabaron por olvidarla, durante mucho tiempo. Los responsables habían cambiado, los dirigentes de su país ya no se dedicaban más que a minar el terreno de sus propios aliados. Ya nadie acudía a pedirle información. Ella no se derrumbó. Se las arregló para regresar a Europa, hizo méritos para merecer nuevas distinciones y responsabilidades. El año pasado, en Londres, se presentó un hombre diciendo que deseaba hacer una donación, que quería comentarlo con ella, en privado. Se hacía pasar por un enlace de los servicios de inteligencia. Ella lo tomó por una marioneta. El tipo estaba obsesionado con la restauración de la fe cristiana en Europa, convencido de que era hora de abrir fuego sobre varios frentes: contra las sectas, contra el islam, contra el judaísmo, contra el capitalismo… No quedaba del todo claro con quién tenía previsto aliarse para ganar apenas una batalla de semejante guerra, pues de momento parecía afrontarla él solito. Era un hombre joven, uno de esos idiotas a los que ni siquiera separaron de mamá para ir a hacer el servicio militar, pero que no dudaba de su virilidad. Aun así, a juzgar por la información que le proporcionaba, ella acabó por admitir que estaba tan bien relacionado como pretendía. Hacía llegar pagos regulares y discretos a una cuenta a nombre de sor

Elisabeth. Así que a ese punto habían llegado en la patria por la que siempre estuvo dispuesta a dar la vida: contrataban a necios extrovertidos y mal informados para los puestos de más alta responsabilidad, dejaban las riendas en manos de ineptos. Cuando él le pidió que abriera bien los ojos sobre el terreno, que buscara a algún joven dispuesto a los mayores sacrificios, ella no le prestó demasiada atención. Luego la envió a Barcelona, oficialmente para estudiar la posibilidad de abrir un convento —pues eran tiempos de devaluación inmobiliaria y de afluencia de cristianos menesterosos llegados de todo el mundo—, pero oficiosamente, apenas sugerido, para restablecer contacto con viejos conocidos del Opus Dei. Y es que tampoco ellos figuraban entre sus escasos contactos.

Fue cuando Valentine tropezó con ella, literalmente: en la acera, ebria. La adolescente trastabilló y cayó encima de la hermana, que se había arrodillado junto a un indigente tirado inconsciente en la calle. La adolescente —una cosita tambaleante, el aliento cargado, demasiado joven para resultarle repulsiva— no tardó en refugiarse en ella. Un pajarillo borracho. Farfulló algunas palabras sobre la fe de su abuelo. En tema espiritualidad, Valentine estaba más verde que una lechuga. Pero se sentía emocionalmente vinculada a los recuerdos de los rezos en familia. Y, enseguida, sin que nadie le pidiera nada:

—Me pregunto cómo hace usted para amar al prójimo y ponerse de rodillas dispuesta a curarle las heridas… Yo, cuando pienso en la pocilga en que vivimos, lo que me gustaría es que todo explotara.

Reclutar y formar. La hermana Elisabeth tenía sus dudas. La niña era de una docilidad sospechosa, demasiado fácil de malear como para que la huella permaneciese como es debido. Tenía un doble fondo, y eso hacía difícil maniobrar con ella. Su inteligencia era relativamente vivaz, pero superficial y mal articulada. Eso sí, disponía de las cualidades necesarias: malas relaciones, un equilibrio inestable, una gran necesidad de atención… Una cosa empezaba a llevar a la otra. Hasta que le informaron de la llegada a Barcelona de las dos detectives privadas. Que llegaban demasiado pronto para tener a la adolescente bien controlada.

Fue cuando avisaron a sor Elisabeth de que sería bueno que cerrara sus conclusiones sobre Barcelona lo antes posible, para poder viajar, también ella, a París con Valentine. Había llegado el momento.

Una nunca sabe para quién trabaja. Una ignora por quién muere. Eso a ella no le importa. La hermana Elisabeth hace lo que siempre ha hecho, lo que los humanos a quienes admira siempre han hecho: obedece órdenes.

—No, en serio, no puedo ayudarla… lo siento. La última vez que vi a Valentine me habló de sus amigos… Okupas, creo. Intenté convencerla de que volviera a casa, pero…

No le da tiempo a terminar la frase. La Hiena ha soltado un grito ronco y animal, cierra los ojos y gesticula. Se vuelve hacia la hermana, la rabia enturbia su mirada. Su excitación es grotesca. La anciana no acusa ni asombro ni temor. Conoce la brutalidad de los débiles, eso que los degenerados confunden con fuerza: un desequilibrio emocional. La lesbiana gruñe:

—¿No le da vergüenza?

Sin responder, sor Elisabeth fija su mirada en la de ella, simula un asombro sincero mientras piensa: «¿Ahora resulta que quien viene a hablarme de vergüenza eres tú… pobre degenerada?». Y ahí la Hiena le responde, en voz alta, como si hubiera leído sus pensamientos:

—Yo no tengo ninguna lección moral que darle, pero no voy por ahí presumiendo con mi sari blanco y mis aires de santa mojigata. Y no hago trapicheos a costa de los niños.

Sor Elisabeth siente en su espalda el aguijonazo de un sudor frío. Esa reflexión se basa en un sentimentalismo pacato —a la gente no se la gobierna con buenas intenciones—, por el que ella no siente más que desprecio. No obstante, ante la idea de que la lesbiana pueda efectivamente leerle los pensamientos, no es capaz de reprimir un gesto de pánico. La Hiena remacha el clavo:

—Pues claro que puedo. ¿O qué te creías? Además, resulta que no has tenido suerte: a ti te capto como nunca he captado a nadie.

—Pero ¿qué le sucede, hija mía?

No confesar nunca. Bloquear los pensamientos. No debería

arriesgarlo todo por semejante tontería. Un pajarillo debilucho se posa a pocos metros de ellas, picoteando las migajas de bocadillo que deben de habérsele caído a algún turista. Sor Elisabeth abre las manos en señal de impotencia:

—Pero ¿qué se está imaginando, hija mía? ¿Qué sucede de tan terrible con esa niña? Dios bendito, no supe protegerla como debía… ¿Quiere que la ayude a encontrarla? ¿Quiere que me informe por mi cuenta y le diga algo en cuanto tenga noticias?

—¿Por qué ella? ¿No tenías a nadie más en tus propias filas? ¿No podías enviar a tus propios hijos?

—Le estoy ofreciendo toda mi ayuda para llevarla de vuelta a casa… sana y salva… Y créame que quiero ayudarla. Ya se lo he dicho, pienso que debería ir a buscar entre los okupas…

—Porque estaba sola, ¿verdad? Sola y fácil de reclutar.

Es un tema que no hemos tocado, pero Zoska sabía que lo que hacíamos no tenía ningún sentido. Después de comer, foto de Valentine en mano, hemos recorrido bares, estancos, tiendas de discos, de camisetas, de zapatillas… Luego hemos tomado un café en una terraza, y a continuación nos hemos limitado a pasear, sin ningún propósito, sin preguntarnos si no era un poco raro, eso de pasar el día sin hacer nada en medio de una investigación que ya empieza a no tener muy buena pinta.

Pegada a Zoska, cuando su codo roza el mío siento una especie de electricidad. Nos tomamos un helado en un banco al sol, y yo me pregunto si alguna vez he vivido un momento tan dulce y perfecto, tan redondo. Zoska dice que no quiere quedarse en Barcelona, que la ciudad está podrida de turistas, que se mete demasiada droga y todo es carísimo. Aunque, para alguien que solo piensa en largarse, me parece muy feliz de seguir aquí.

Me apetece follar con ella. Los efectos secundarios de la escena de la noche en que llegamos, que en su momento me horrorizó, me tienen en un sinvivir. No me saco de la cabeza, y es una sensación agradable, todos esos retazos de imágenes, de sensaciones: en bucle. La expresión de su cara, la ligera sonrisa en sus labios cuando tiró de sus guantes para ajustarlos. Me apetece follar con ella. Con tanta ferocidad que me asusta.

Todo lo que hace me fascina. Convierte en importante cada cosa que le interesa, incluso cuando, de entrada, parece un muermo. Basta con que mire un coche que le gusta para que yo quiera saber más sobre la potencia de los motores.

Me gusta cómo me da a entender que le gusto. Es tranquila. No me devano los sesos preguntándome cómo haremos para besarnos, si saldrá

como yo quiero. Mi vientre es el centro de mis pulsiones, lo siento alterado por el miedo, el deseo, la impaciencia y la excitación. Solo de eso estoy al tanto: en órbita alrededor de sus gestos. Fascinada por sus manos. Preocupada por la dureza de su mirada. Me gusta cómo su voz baja un tono cuando pasa al español.

Desembocamos en una plaza, delante del museo de arte contemporáneo, un enorme edificio blanco en cuya explanada de delante entrenan una treintena de skaters. Un barullo asombroso. Sentados a los lados, los chavales beben la cerveza que les compran a los paquistaníes. Zoska detecta algo que yo no veo, me pide que espere un momento. Va donde unos chavales, habla con ellos, se los lleva aparte y, dos minutos más tarde, vuelve conmigo. Dos y dos, cuatro: está trapicheando. Eso explica por qué tiene una moto tan chula, trabajando de camarera a tiempo parcial por seis euros la hora. Y que esté todo el tiempo de acá para allá, su gusto por las lenguas extranjeras no acaba de explicar su incesante necesidad de movimiento.

En el Raval, de las ventanas cuelgan pancartas donde dice: «Respeten la dignidad del barrio». Le pregunto a Zoska si es para protestar contra los nuevos y horrendos edificios que están construyendo en el centro. Zoska me responde que es contra las putas. Mi confusión le ha hecho reír. Echa un vistazo en un bar, supongo que no localiza a los clientes que esperaba, se vuelve hacia mí:

—Estoy cansada. Tengo la moto lejos. Antes de ir a trabajar, quiero pasarme por casa.

—Sí, yo también me voy.

—¿Te acompaño? Estás aún más lejos de tu hotel que de mi moto.

Pegada a ella mientras conduce, echo la cabeza atrás. Ha caído la noche. El cielo no tiene nada que ver con el de París, aquí se ven las estrellas.

Atenta a su espalda, su cuerpo contra el mío. Poder deslizar mis manos contra su vientre fingiendo que tengo miedo de caer me basta para ser feliz. Cuando quieres a alguien, todo se vuelve interesante; cuando te sientes embarcada, esa embriaguez tan especial. Hacía mucho tiempo que no sentía algo así. Me digo que esto es tan bueno

como tener catorce años. Pero es mentira. Tener catorce años nunca fue tan agradable. Al contrario, fue duro y árido, fue el peor momento de mi vida. Yo no era una princesita. La vida estaba llena de humillaciones, terribles prohibiciones, fracasos, incapacidad. A los catorce años, tenía miedo de todo, y nada que me protegiera.

Miro la cadena plateada que lleva en el cuello. Todo mi cuerpo enfocado en ese detalle. Y siento que incluso mis tobillos están contentos de contemplar esos eslabones metálicos sobre su piel. Su perfil cuando gira la cabeza para asegurarse de que puede cambiar de carril. Su forma de girar, en el semáforo en rojo, preguntándome si va todo bien. Le gusto.

Delante del hotel, le devuelvo el casco que me había dejado. Le pregunto si nos vemos al día siguiente. Ella me mira, se acerca con lentitud y se detiene a menos de un paso de mí. Nos quedamos un buen rato cara a cara, sin tocarnos. Ella se acerca, yo me inclino. Me deslizo en ella, entre sus labios. Debajo de mi piel, las pulsiones estallan en loopings desordenados. Colgada de ella. Solo un beso, pero dura lo suyo.

Luego me deja allí plantada, me dice que nos llamamos.

Puro subidón, sin bajón. Como helio. Una bomba silenciosa que me gustaría hacer explotar en ella.

A las tres de la mañana, sigo despierta cuando por fin me envía un mensaje: «¿Paso a verte?».

El sol inunda la alfombra mugrienta con una hermosa luz. Tengo la lengua entumecida, al contacto con sus mucosas he recogido hasta restos de coca. En el despertador del hotel son las seis de la mañana, y yo fumando en la ventana. Zoska duerme boca arriba. Cuando vino a verme en mitad de la noche iba un poco puesta, más caliente y expansiva que durante el día. También eso me ha gustado, que fuera así. Más fácil todo. Hemos estado follando hasta que el alba la ha derrumbado a un lado, ha cerrado los ojos y me ha dejado sin dormir. Era reflexivo: la toco y siento en mi cuerpo lo que le hago, me pone la mano encima y es en mi propia piel donde siento la suya cuando soy yo quien la toca, los límites borrosos, nuestras epidermis en bucle. La

despierto, me abalanzo sobre ella, la empuño, todo en su cuerpo me dice que puedo seguir. Me maneja con los dedos, algo ha hecho clic, mojo las sábanas. Un tempo diferente del que yo conocía, que no tiene fin, que se desarrolla a un ritmo diferente.

Por la mañana, cuando se va, no sé si la volveré a ver. Se lo pregunto mientras se ata los cordones: «¿Y qué vas a hacer durante el día?». Ella se vuelve y me mira por encima del hombro, sonríe: «Siempre olvido que eres policía». Luego se levanta, coge la chaqueta, me besa en el hombro, dice que huelo bien y se va. Yo me digo que lo hace aposta, que es un truco para que siga colgada de ella, que es algo ridículo. Le funciona. Me paso la mañana mirando el teléfono. Bajo a encontrarme con la Hiena. No es que dar con Valentine me haya obsesionado en ningún momento, pero ahora se ha puesto a la cola de la cola del último de mis problemas. Llego al bar en que hemos quedado, me mira de arriba abajo un buen rato:

—Tienes buena pinta, qué raro. ¿Te has hecho un tratamiento de belleza en el hotel o qué?

Yo hago como si no supiera de qué me habla, le pregunto qué hizo ella anoche y le digo que nosotras estuvimos pateándonos la ciudad como locas. Ella no me escucha, frunce el ceño, como si tratara de resolver un acertijo muy complicado:

—Es extraordinario. Te ves mucho más luminosa, ¿no?

Y como no respondo ni sí ni no, empieza a tararear «Like a virgin, touched for the very first time, like a viiiirgin». Yo insisto en si hay alguna novedad sobre la investigación, ella suspira:

—Te ahorraré los detalles de mi jornada de ayer. Pero, básicamente: Valentine se hizo colega de una monja. No pongas esa cara, a mí también me pareció rarísimo. La monja en cuestión, además, me aconseja que vaya a buscar entre los okupas…

—Ya hemos pasado por los nazis, los musulmanes, los pijos del distrito XVI… ¿ahora toca la Iglesia y la extrema izquierda? Estás de coña, ¿no?

—Bueno, se está moviendo… digamos que está repasando todas las opciones.

—¿Alguna pista concreta?

—Ninguna. Pero tengo la sensación de que van a ayudarnos a encontrarla. No vamos a tener que comernos mucho el tarro.

—¿Y en qué se basa esa impresión?

—En mi instinto, no trates de entenderlo. Mientras tanto, hoy el programa es ir a tomar un café en La Central del Eixample.

—¿Tu informante te ha dado un contacto allí?

—No. Pero conocí a una librera. Una pelirroja. Se hace la dura, como si no le interesara. Eso me vuelve loca.

—¿Dónde la has conocido?

—Anoche, en un bar. No sé si te acuerdas, pero ayer parecías muy interesada en quedarte solita en el hotel. Parecías muy ocupada. Así que salí sola.

—No nos pagan por ir flirteando con chicas, eso lo sabes, ¿no?

—Mmm… tal como yo lo recuerdo, ni siquiera me pagan. ¿Quieres venir conmigo o tienes otra cosa que hacer?

Y así es como acabamos en el primer piso de la librería La Central. Suelo de madera, gente hablando en voz baja, sillas blancas. El chocolate caliente es bueno, pero yo no acabo de entender qué pintamos allí. La Hiena está desatada, va amontonando sobre una mesa todo lo que ha encontrado sobre «Montserrat». De hecho, me da miedo que haya decidido hacer turismo. Va hojeando los libros, a veces interrumpe su lectura para decirme que es un lugar muy particular, que lo han visitado los extraterrestres, que ha habido avistamientos de luces en el cielo, que el propio Himmler habría venido en persona a buscar allí el Santo Grial. Yo miro las fotos del sitio sin mucho interés y le digo que sí, que sí, que es la mar de bonito. Un macizo de montañas de piedra. No sé qué más decir.

Pienso en las gafas de sol de Zoska, pienso en el hueco entre sus dos hombros, pienso en el tatuaje semicircular encima del ombligo. En la pulsera de cuero trenzada que lleva en la muñeca. La librera viene a vernos. A mí no me parece que sea para tanto.

—Tengo tantas ganas de aprender catalán. Pero nadie me ha enseñado nunca.

—Los cursos de normalización lingüística son gratuitos, ya sabes.

—Es que no puedo asistir a nada que empiece por «normalización», imposible. Abajo he visto un libro sobre Montserrat que parecía apasionante. Pero está en catalán. ¿Crees que podrías traducirme algunas partes?

La librera, el pelo muy corto y el ceño tan fruncido que resulta, por lo menos a mí, deprimente, le da calabazas. No, no conoce ese libro. Luego se levanta y se va. La Hiena la mira alejarse, luego se levanta y se acoda en la barra, al final parece más bien que coquetea con la camarera. Pasan dos buenas horas sin hacer nada. Yo empiezo a hartarme.

—¿Cuánto tiempo vamos a esperar así, sin hacer nada?

—Fácil: no pienso moverme hasta que me cuentes todo lo que pasó ayer.

—No sé de qué me hablas. Y no entiendo qué hacemos aquí. ¿No deberíamos investigar el rollo ese de los okupas?

—Lo que no entiendes es que hemos pasado a una fase taoísta de la investigación. Un trabajo inmóvil. No buscamos, y sin embargo encontraremos. ¿Lo captas?

La Hiena cruza las piernas, pone los codos sobre la mesa:

—Y si encontramos a la pequeña Valentine, ¿qué vas a hacer con Zoska? ¿Tienes una historia seria con ella?

—No es para nada lo que tú crees.

—¿En serio? ¿No te asusta tener que decirle a la gente que conoces que estás con una chica?

—No sé por qué tendría que asustarme. Disculpa, pero no vivo en el siglo XIX.

—Ah, ¿no? ¿Y a tus padres también se lo vas a contar?

—Pues claro.

—De acuerdo. Entonces soy yo quien está montando un circo por algo que no va a ser un problema para nadie.

Aun así, me da tiempo de imaginarme sentada a la mesa con mi padre y contándole como si nada que ahora vivo con mi nueva novia. Y la cara de los vecinos cuando adviertan que vivo con una chica,

teniendo en cuenta que mi apartamento no es lo suficientemente grande como para poner dos camas. La Hiena no ha terminado.

—Pero en París, en tu casa, ¿hay sitio para vivir las dos juntas?

—A ver, ya vale… hemos pasado la noche juntas, tampoco es para…

—¿Ves? Acabáramos. Ahí lo tienes: habéis pasado la noche juntas, no son imaginaciones mías. Cabrona, por poco me haces dudar. Venga, ahora que me has elegido como confidente, y déjame decirte que has elegido bien, te lo diré clarito: tú no conoces a las bolleras. Antes de que tengas tiempo de memorizar el color de sus ojos, se te va a presentar con sus maletas y te pedirá un juego de llaves. Más teniendo en cuenta que su trabajo lo puede hacer en cualquier sitio. Pero aparte de eso, créeme, estás viviendo el mejor momento de tu vida: la heterosexualidad es tan natural como esos cercados electrificados donde meten a las vacas. A partir de ahora, querida, bienvenida a los espacios abiertos.

Y ante semejante afirmación idiota, por primera vez desde que nos conocemos, me entran ganas de reír.

VALENTINE

Soy la peste, el cólera,
la gripe aviar y la bomba A.
Una zorrita antiarmisticio,
mi corazón no comprende sino el vicio.
Transuranianos, humanos anormales,
contaminantes universales.

Sentada a la sombra de un árbol lleno de unas gigantescas flores rosadas cuyos pétalos parecen peludos, Valentine cierra el cuaderno de moleskin negro que ha robado de la papelería donde sacó fotocopias de su falsa declaración de robo de documentos de identidad. La última rima no le acaba de convencer. Se ha sentado en un parquecito. Ha bostezado. Se le acerca un viejo barbudo con una barriga enorme. Lleva unas sandalias que dejan asomar sus pies inmundos, dotados de unas uñas amarillentas, largas y gruesas, agrietadas en la punta. Sorprendido al verla, farfulla algo en una lengua que ella sería incapaz de decir si es teutón, catalán o turco, y luego se bate en retirada. Al verlo alejarse se siente aliviada. Pasa un hombre empujando un cochecito tan high-tech que no sabes si lleva un bebé o participa en el París-Dakar. Tres petardas de su misma edad pasan por delante sin siquiera fijarse en ella, llevan las muñecas llenas de pulseras, cada una con un móvil en la mano, quejándose a gritos. Cuando piensa que no hace tanto era como ellas… Cuánto ha cambiado. Está muy atenta a su breve biografía. La repasa una vez más, es todo lo que tiene. Su vida. Recuerda cómo se fueron encadenando los trimestres. Primero su antigua vida. La fase Crepúsculo en plan yo sueño en modo vampiro encantador, llevo el pelo teñido de rojo y tengo los ojos irritados de tanto frotar para desmaquillarlos: le tocaba ponerse el despertador una hora antes para

tener tiempo de hacerse dos trazos de delineador casi simétricos. Luego la fase yo escucho nu metal, me informan de que es música para críos y me meto de cabeza en la escena hardcore neoyorquina de los años ochenta, Agnostic Front es mi única religión. Seguida de la fase soy un bombón —no hay mejor forma de gustarles a los chicos— pero no acabo de ser una puta, tengo una cultura de bolso de marca y me permito algún que otro escalofrío de cinismo al meterme unas rayas de coca. Ese pasado le parece lejano. Desde hace un año, las cosas han ido muy deprisa.

Todo empezó más o menos con Carlito. No es que fuera amor a primera vista. Sucedió delante de Le Divan du Monde. Ella estaba sola, dando vueltas delante de la entrada del club, a ver si pasaba uno de los miembros de Pánico En Tu Culo, que tocaban esa noche, y le pasaba una entrada para el backstage. Los acribilló a SMS, y ellos sin responder. De vez en cuando se acostaba con ellos. Cuando salían por ahí se las daban de tíos duros, lo que pasa es que luego, una vez solitos, sin sus colegas y en pelotas, resulta que eran más tiernos que un cachorrito, y en la cama, no mucho más peligrosos. A primera vista, Carlito y sus amigos le dieron pena. Salían de un bar jipi-chic y se paseaban por la acera de enfrente, buscando pelea sin mucho entusiasmo con los chavales del público de Pánico En Tu Culo. Llevaban un look rollo altermundista, solo con verlos ya apestaba. Aún no habían conseguido que les dieran la hostia que se andaban buscando, pero no se decidían a largarse. Valentine hacía como que leía mensajes en su móvil. Carlito cruzó la calle y le preguntó directamente:

—Oye, tú, ¿me das diez euros, por favor?

—¿Diez euros? ¿Tanto cuesta un gorrito peruano?

Estaba convencida de que si el chaval se atrevía a ponerle la mano encima, los tipos de seguridad le darían una buena tunda. Una pequeña burguesa como ella, frente a un pedazo de vagabundo como él… siempre habría alguien para defenderla. Carlito siguió con su voz gruesa:

—¿En serio, chochito apestoso? ¿Ese es el humor que gastamos?

—Déjame en paz, por favor. Métete en tus cosas. ¿Qué pasa, os

habéis perdido? ¿No había manifa antirracistas en Bastille o qué?

No la había impresionado. Demasiado gordo. A ella los chicos con tripa no le gustaban. Si en ese momento se le apareciera un ángel venido del cielo para advertirle de que ese tipo le iba a cambiar la vida, ella se habría partido de risa. Él se apartó unos pasos, no demasiado, ella notaba cómo la miraba y seguía con su numerito. Ya no había tanta gente. Se rebajó a suplicarle a uno de los cabrones de seguridad que la dejara pasar. El concierto había empezado. Seguía enviando SMS, pero como si nada. Disgustada, decidió largarse. Para llegar al metro tenía que pasar por delante de aquellos tres gilipollas, cambió de acera, pero no fue suficiente. Carlito la siguió, como una flecha:

—Dame diez euros, estoy seguro de que los llevas encima, me apetece que me los des. Me gusta cuando las chicas como tú me dan dinero. Me pone.

Estaban los dos en el bulevar, y un matón de mierda, del palo lerdo con el chándal metido por dentro de unos calcetines blancos baratos, aunque eso sí, un lerdo de dos metros de altura, decidió entrometerse: «Déjala, es mi novia», cogiéndola por el brazo para llevársela. Mal rollo. Fijo que Carlito iba a escabullirse y a dejar que se las arreglara con el gigante cara mongol. Pero no se movió, ni trató de discutir, cargó el brazo, la mano cerrada en un puño compacto, y le pegó una sola vez. Bajo la mandíbula. Como en un combate de lucha libre entre dos rivales de fuerzas desiguales, y el matón se tambaleó hacia atrás, todo perfectamente coreografiado, casi a cámara lenta. Carlito se volvió hacia los compañeros del pavo, una sonrisa torva en los labios, sus dos colegas ya estaban detrás de él, los brazos cruzados. Aún les quedaban ganas de un poco de jaleo. Alguien en el grupo avisó: «Ojo, la madera, nos vamos, la madera». Los dos contendientes se echaron una mirada llena de rabia, como diciendo: «Nos vamos porque no queda otra, pero nos hubiéramos quedado de buena gana a daros una buena paliza». Y todo el mundo se fue dispersando con las manos en los bolsillos, rollo no tengo nada que ocultar pero venga, que tengo prisa. Sin correr, sin mirar atrás, fueron zigzagueando por las calles, raspando las paredes para girar más rápido. Y Valentine siguió la corriente al paso de Carlito.

A él le parecía de lo más natural que se hubiera ido con ellos, le hablaba como si la conociera. «¿Tú has visto hasta dónde estarías de mierda de no haber pasado nosotros por ahí?». Sus dos amigos se reían cada vez que él hablaba, no hacía falta ser muy avispada para darse cuenta de que era el líder. Pararon delante de un bar de mala muerte, del lado de Pigalle, y Carlito, como si cayera por su propio peso, le preguntó: «Entonces ¿qué, sueltas esos diez euros? ¿La pagas tú, la siguiente birra?». Conocían bien a la dueña, aquello apestaba a grasa. A Valentine ese tipo de baruchos no le gustaban, olían a viejo, a pobre y a comida de gordo. Ella no abría mucho la boca, se limitaba a registrarlo todo. Llegaron unos colegas y se formó una pequeña tropa en torno a Carlito. Estar allí sentada, en la misma mesa que unos tipos a quienes solía despreciar, resultaba divertido. Sin que se notara demasiado, Carlito se las arreglaba para tenerla todo el rato a su lado, dejando bien claro que era su capricho del día, nadie parecía tener nada que objetar. Ella observaba cuanto sucedía a su alrededor, pensando en qué podría sacar de divertido para luego contárselo a sus amigos de verdad. Hace falta un cierto tiempo para aprender una lengua, Valentine era demasiado novata para acabar de captar todo lo que pasaba. Carlito estaba seguro de sí mismo, eso le gustó. En un momento dado, se volvió hacia ella, le olisqueó el cuello y le dijo: «Hueles a jabón a cien metros, ¿qué hay de tan sucio en ti que tienes que lavarte tanto?». La miraba a los ojos como si se la estuviera follando allí de pie, en medio del bar. Guapo no era, pero sabía cómo hablarle a una chica como ella. Era el líder del grupo, incluso cuando ya fueron muchos. El que más habla, a quien más se escucha, el que hace reír más. El que dicta sentencia. Su principal fuente de diversión estaba siendo ese activista que había pasado unos meses en la cárcel, sospechoso de haber manipulado unos contenedores en un tren. Nada les hacía reír tanto como sus declaraciones en la prensa, Carlito parecía sabérselas de memoria y no dejaban de reírse de ese payaso de la política. En sus conversaciones, el mundo de ella no aparecía ni por asomo. Ella siempre había pensado que los antiglobo se pasaban todo el rato metiéndose con los jefes, los ricos, los poderosos y los niños bien. Hasta intentó meter cuchara

soltando una indirecta sobre la mujer del presidente. La miraron sin decir ni palabra, como si acabara de mencionar a Montaigne. El Elíseo les quedaba muy lejos. No les importaba una mierda. A Valentine siempre le habían dicho la suerte que tenía de ser quien era, que todo el mundo quería lo que ella tenía. Pero en aquella asamblea de piojosos, nadie parecía echar en falta ir a comer al Costes.

Pensaba que, esa noche, Carlito intentaría acostarse con ella. Siempre que se lo currara un poco, estaba dispuesta. Valentine se acostaba con la mayor cantidad de gente posible. Estaba convencida de que una va mejorando en la cama como mejora al piano: a base de práctica. No es que Carlito le gustara mucho, pero le parecía lógico que al más fuerte de la manada se la chuparan a menudo, y tantas tías como fuera posible. De lo contrario, ¿cómo se las iba a arreglar para seguir siendo el más fuerte de la manada? Le pareció que iba a querer acostarse con ella, y que, como los demás, iba a quedarse de piedra de cuánto le molaría. Los tíos acababan siempre flipando, bien porque estaban biológicamente programados para mostrarse agradecidos, bien porque ella sabía lo que se hacía. Ella se quedaba con la opción dos. Tenía su propia teoría sobre el sexo: lo esencial no estaba en la posición, ni en los gemiditos, eso sabía hacerlo cualquier zorra. Lo más importante era el diálogo, y ahí el porno no tiene nada que enseñarte, el porno es prácticamente mudo. No había que tener vergüenza de decir tonterías, pero había que encontrar el tono adecuado para decirlas sin que sonaran ridículas, y eso no estaba al alcance de cualquiera. Había que currarse una voz lo bastante guarra para resultar excitante, y lo bastante elegante para que fuera provocadora. «Pero qué gorda la tienes, poco a poco, por favor, tienes el rabo tan grande que vas a destrozarme este coñito mío, ¿no sientes cómo me revientas con esa cosa tan enorme?». El hit final era hacerle creer que, de lo bien que follaba, iba a hacerle perder la cabeza. Que nunca antes la había puesto nadie así. Ahí había que hacer una evaluación rápida. ¿El tío que tenía delante era de los que les gustaba «Desgárrame el culo cielito métemela como a una perra soy tu puta haré todo lo que me digas me follas tan bien que puedes hacer lo que quieras conmigo»? ¿O de los que

preferían la versión niñata, rollo «Oh no tan fuerte por favor me estás haciendo daño la tienes demasiado grande despacito te lo suplico oh no no no no eres un bruto oh sí oh no oh me estás haciendo daño»?

Cuando esa noche se despidieron en la acera, Carlito no intentó nada. Solo le sacó veinte euros para un taxi que, justo entonces se acordó, necesitaba urgentemente. Prometió que al día siguiente se los devolvería: «¿Qué haces mañana por la noche? ¿Estás libre? ¿Nos vemos? Así podré devolverte el dinero. Porte de Montreuil, ¿me esperas a la salida del metro? A las ocho. ¿Podrás? Estás segura, ¿eh? No me gusta deber nada a nadie». Al despedirse, no tenía muy claro si iría o no. Pero como no se la había follado le creó un cierto suspense. Al día siguiente acudió a la cita. Él también, con media hora de retraso. Los veinte euros no se los devolvió, pero se enredó en una explicación confusa aunque convincente, al término de la cual parecía que lo más sencillo era que le prestara otros treinta, así le debería cincuenta redondos, y al día siguiente se los podría devolver sin falta. «Sin falta», eso ella lo aprendería con el tiempo, era una expresión que englobaba todo aquello que él no tenía la menor intención de hacer. Con la pasta que acababa de prestarle, la invitó a cenar en una pizzería barata donde pidió una botella de vino tras otra. Carlito hablaba mucho y escuchaba poco. A Valentine al principio le pareció gracioso, y al final de la noche estaba fascinada. Él se entregaba a largos monólogos, ya fuera sobre el R&B, la Copa del Mundo en Sudáfrica, las Brigadas Rojas, el porno japonés o las nuevas tecnologías de vigilancia. En algún momento de la conversación, ella mencionó que era la hija de François Galtan, normalmente nadie conocía a su padre, pero Carlito se volvió literalmente loco. Ahí lo dio todo, como si tuviera la oportunidad de dirigirse al padre a través de la hija. Tenía una forma de razonar muy suya, a ella le pareció que su cerebro estaba equipado con un par de engranajes que le permitían encarar el tema que fuera, elevarlo para poder observarlo desde un punto de vista inédito, y luego romperlo contra el suelo cuando decidía terminar. No conocía a nadie como él. Le hablaba mucho de sexo, pero no intentaba engatusarla. Cuando la pizzería ya cerraba, apañó con el jefe una rebajita en la cuenta, con una

insistencia descarada que acabó dando sus frutos.

Se acostumbró a quedar con él cada vez que la llamaba. Él no tenía móvil. Tomaba prestado el de los otros, casi siempre sin pedirlo, y hacía sus llamadas. Con Valentine quedaba a tal hora, nunca en un lugar determinado, siempre en una salida del metro, y pasaba a buscarla con una hora de retraso y sin disculparse. Luego ella lo escuchaba. De eso no hablaba con nadie. Ninguno de sus amigos de la vida real entendería que se viera con aquel bocazas politiquero. Carlito tampoco tenía ninguna prisa por presentarle a la gente con la que andaba. A veces, eso sí, pasaba a buscarlo una chica llamada Magali, una pelirroja con un tatuaje tribal en la frente. Llegaba y le decía: «Carlos, hace dos horas que todo el mundo te está esperando, tienes que venir», y a la tía le tocaba esperar dos horas más. A Valentine le encantaba que él hiciera esperar a la gente por el placer de conversar con ella. Más concretamente, por el placer de tenerla de público.

Durante unos meses, mantuvo sus dos mundos perfectamente separados: por una parte, la zorrita pudiente, orgullosa de sí misma, con sus compañeras pintarrajeadas con brillo de labios y esos niños bonitos que iban de destroyers desencantados pero estaban ingenuamente convencidos de que la vida les iba a sonreír por los siglos, y por otro lado, las noches extrañas escuchando a un tipo convencido de que la verdad pasaba sistemáticamente por Karl Marx. Estaba la vida real, y un apartado vagamente vergonzoso pero al que se aferraba. Hasta que Carlito, un buen día, desapareció sin avisar. Fue un verano de crisis financiera, Valentine se sorprendió hojeando el periódico y tratando de imaginar lo que diría Carlito. Un verano un poco lúgubre. Le fue mal con los chavales de Pánico en Tu Trasero, tanto le daba, pero empezó a arrastrar una confusa sensación de vergüenza, a sentirse sobrevolada por un difuso cabreo. Se lo había buscado. Le fue mal en la escuela, se le fue la pinza con un chico y llamaron a su padre. Él no quiso ni hablarlo con ella, se limitó a apuntarla sin pedirle su opinión en un lugar de mierda para retrasados mentales. Le fue mal con sus amigas, que cada vez la evitaban más con la excusa de que bebía demasiado y se metía en líos. No quería ponerse

dramática, no era de comerse demasiado la cabeza, pero tenía la sensación de estar viviendo su vida montada en un toro bravo, herido y furioso, y a ella, agarrada a sus cuernos, le hubiera gustado que se calmara. Bastaba con aparecer en cualquier parte para que empezaran los problemas. Y eso que ella tenía la sincera impresión de estar haciendo las cosas lo mejor posible. Pero era complicado. Su abuela estaba en casa todo el tiempo, y encadenaba una bronca con la siguiente. Siempre había sido así: no podía explicar algo si no era gritando. Resultaba agotador. Valentine no podía estar tranquila en su cuarto ni cinco minutos, enseguida se abría la puerta al estilo western y aparecía la vieja dispuesta a revelarle algún secreto sobre la vida. Cinco minutos después, se relajaba y se ponía a hacer pastelitos. Pero Valentine ya estaba molida por la bronca que acababan de meterle. Su madrastra la evitaba, pero ahí seguía, dejando tiradas en el baño sus toallitas higiénicas empapadas en sangre. Un olor asqueroso, de marranada vieja llena de miasmas. Su padre escribía una novela y caminaba por la casa con la mirada vacía y cara de loco para evitar que ella le dijera nada, cada vez el mismo numerito. Y en medio de aquel caos, echaba de menos a Carlito, más de lo que hubiera imaginado.

A principios de junio, en Les Halles, cuando reconoció de lejos a Magali, no se preguntó si corría el riesgo de ser vista en público con una punki asquerosa y corrió hacia ella.

—¿Me reconoces? ¿No has visto a Carlito?

—Se ha ido de viaje. Pensé que te había avisado. Dijo que iba a hacerlo.

Magali no fingió que no la reconocía ni se hizo la digna preguntándole por qué se interesaba por un colega suyo. Para Valentine, a quien todos despreciaban, aquello fue todo un cambio. Carlito se había ido de viaje, eso significaba que volvería. Y había pensado en avisarla, o sea que había hablado de ella. Con todo lo que le había estado cayendo encima las semanas anteriores, aquello fue como una repentina inyección de dignidad. Valentine se aferró a Magali de la manera más triste y patética. Y eficaz. Se fue con ella a una casa okupa, una de verdad, llena de punkis con perros, de redskins y de olor a

tabaco frío mezclado con aromas de comida picante. Con un concierto piojoso en la sala de atrás. Solo unas semanas antes, Valentine habría salido de allí pitando. A su alrededor, bebían vino tibio en viejos vasos de cartón, de un momento a otro acabarían por vomitarle encima, pensó. Pero no le quedaba otra: toda la gente que conocía le había dado la espalda. Se pegó a Magali, que primero le ponía mala cara pero la acabó aceptando:

—¿Tienes pasta? Podríamos pillar unas pirulas de éxtasis.

Conforme avanzaba la noche y la droga hacía su efecto, fue entrando en calor. Magali, de hecho, era bastante divertida. Tenía un cerebro que funcionaba como una apisonadora. Con esos rasgos tan delicados, esa piel de porcelana y esos labios de muñequita, no era lo que te esperabas. Pero en cuanto se dejaba llevar, cada vez que decía algo era algo brutal. Y eso que se expresaba bien, como si fuera la primera de la clase; el abuelo de Valentine habría dicho de ella que estaba muy bien articulada. Magali era una feminista convencida, sin la menor concesión en su discurso, aunque solo iba con chicos. Más bien con los que la veneraban, a quienes reunía en grupo, y sobre quienes reinaba haciendo como que ignoraba el poder que ejercía sobre ellos. A Valentine le pareció un planteamiento agradable: un puñado de pretendientes decepcionados a su entera disposición. Le echó un ojo a un tipo con pintas un poco de bruto, demasiado guapo para ella pero lo bastante borracho como para no recordar nada. La noche daba un giro sugestivo. Lo besó en mitad de una frase, para asegurarse de que se dejaba hacer. Mejor que eso, fue como una explosión. La sorpresa le duró una milésima de segundo, y luego le dio un buen muerdo en la boca. Todo iba bien. Hasta que una mano firme los separó: Magali, superseria, le dijo al chaval que se largara chasqueando los dedos como si fuera un chucho en celo, y se volvió hacia Valentine:

—Has venido conmigo, eres buena gente, así que no me avergüences rollo soy la cachonda tarada del barrio. Pórtate.

—¡Esto no es asunto tuyo!

—Te he dicho que te comportes. Estoy harta de estar aquí, me has jodido la noche. Venga, nos piramos.

Había decidido que iban a fumar canutos a su casa. Es decir, a un cuartucho de doce metros cuadrados en un quinto sin ascensor, bastante más allá de Gambetta. Fueron caminando. Al principio del viaje, Valentine estaba vagamente enfurruñada:

—No me trates de puta.

—Nunca te he tratado de puta. ¿O es que estabas currando, tú, ahí? ¿Ibas a ganar dinero? Porque eso lo habría respetado.

—Lo que hago con mi vida no es asunto tuyo.

—Si eso es precisamente lo que yo quería esta tarde, cuando me has echado el guante, dejarte vivir tu vida… pero parecías tan perdida… que decidí cogerte de la mano.

Al final, se pasó el verano quedando con Magali. Logró escapar de las vacaciones familiares. Su madrastra, aliviada de no tener que llevársela a Córcega, abogó en su favor para que le permitieran quedarse en París. Magali se interesaba por temas serios que, a primera vista, resultaban aburridos —la industria cárnica, la situación de Venezuela, las operaciones bursátiles o la discografía de los Crass—, pero que volvía muy atractivos añadiendo su típica dosis de brutalidad. Despreciaba a un montón de gente. La gente que paga un alquiler. La gente que tiene trabajo. La gente que ha estudiado. La gente que tiene miedo de ir a la cárcel. La gente que habla con la prensa. La gente que se empareja. La gente que habla un solo idioma. La gente cínica. La gente no politizada. La gente sin moral. Lo bueno de ella era que, una vez que había decidido ponerse del lado de Valentine, la defendía a muerte sin importar lo que le dijera, con una mala fe que le levantaba la moral. ¿Que unos tipos le mearon encima? Desgraciados, impotentes, pobres perdedores. ¿Que sus amigas ya no le hablaban porque las avergonzaba en las fiestas? Zorras, mediocres, burguesas anticuadas. ¿Que su abuela decía que estaba gorda? Carca, envidiosa, vejestorio. ¿Que los profes la habían echado del colegio por sus malas notas? Bastardos, fascistas, banda organizada de retrasados. ¿Que su padre andaba siempre de morros porque le causaba problemas? Egoísta, pitopáusico, hipócrita insensible. Cualquiera que fuera el tema, ella reaccionaba en cero coma: ricachos, culomierdas, cerebros podridos de pis. Valentine

advirtió que, si reducías tu círculo a un pequeño grupo de personas, lo que opinaran desde fuera no tenía ninguna importancia. Sus nuevos amigos la encontraban graciosa. No tenían nada que reprocharle. A Magali no le gustaba salir, pero le gustaba recibir. Su interfono empezaba a sonar a eso de las cinco de la tarde, y ya no paraba. Con el correr de las noches, aquellos rostros se fueron singularizando. Valentine se iba amansando, se integraba en un grupo compacto en que cuidar los unos de los otros no estaba mal visto. Estaba demasiado agotada como para seguir pensando que aquello era cosa de jipis. Necesitaba cariño.

A la vuelta del verano, Valentine tenía previsto retomar tranquilamente su doble vida: de noche en casa de Magali, discutiendo a tope sobre poscolonialismo, y de día como una petarda, intercambiando pintalabios. Siempre se había inclinado por decirle a la gente lo que le parecía adecuado, dependiendo de lo que quería obtener. Se veía a sí misma como una perra manipuladora, incapaz de una palabra o emoción sincera. Pero en su nueva escuela se dio de bruces con la cruda realidad: la duplicidad ya no le convenía tanto. Había encontrado un lugar donde se sentía bien. No solo para pasar el verano, a la espera de reconstruir su vida social. Honestamente, con Magali y su cohorte de improbables se sentía la mar bien. Estaba en pleno cambio. Una parte de su vieja realidad se había desgajado, en un solo bloque, sin armar el menor ruido.

Con el tema de sus orígenes no tenía mala conciencia. Algunos amigos de Magali trataron de culparla por la vía: «Tú es que no lo puedes entender, allí donde tú naciste te hacen sentir tu importancia desde la cuna, no sabes lo que es ser un pordiosero, un hambriento». Valentine nunca había intentado justificarse. Se creían duros, lúcidos y rabiosos, pero eran unos ingenuos. Ni siquiera podían imaginar lo indiferentes que son las personas como ella a la suerte de la gente como ellos, a menos que sea para convertirla en literatura barata. Si hubieran tenido que enfrentarse a la realidad tal cual era, se habrían quedado atónitos. Cómo circula el dinero allí de donde ella venía, cuántas cosas se daban por sentadas, como la autoestima que heredas con el solo

hecho de nacer. No tanto una estima personal, que viviendo en un ambiente en que a los padres les ha ido demasiado bien, no era tan fácil de alcanzar. Sino una estima social. Si supieran, si de verdad supieran cómo vive la gente de arriba, se morirían de rabia, no les quedarían fuerzas ni para comentarlo.

Carlito volvió, en octubre. Bronceado y descolocado. No dijo dónde había estado. Los otros parecían estar al tanto, ella se sintió excluida. Hablar de internet era un tema frecuente, la vigilancia de los hechos y los gestos que permitía la red. Magali, en casa, no tenía ordenador. Decía que había que saber vivir sin uno. Que no se podía hacer la revolución abriendo las puertas de par en par a la vigilancia del Estado. Que la clandestinidad pasaba necesariamente por aprender a vivir sin microtecnología de vigilancia, sin conexión fija, sin vigilancia tecnológica. Los demás no estaban de acuerdo con ella. Hablaban de copyleft, plataformas de resistencia, códigos secretos para acceder a redes paralelas. Pero esos códigos nadie tenía intención de compartirlos. Un día, Valentine llevó su portátil y le pidió a Thibaut, el nerd de la banda, que borrara su identidad virtual: su perfil de Facebook, su Twitter, su viejo MySpace, su antiguo blog, su mail. Luego tiró el móvil al Sena en un bonito gesto lleno de resonancias. Thibaut le advirtió de que igual era un poco radical, sobre todo para una chica que no tiene nada que esconder ni la menor actividad clandestina. Ella respondió que necesitaba ese tipo de experiencia para sentirse realmente viva. Valentine no acababa de entender lo que estaba diciendo, pero sonaba bien. Thibaut obedeció. La amputación fue de una brutalidad inesperada. El pánico de las primeras semanas la cogió por sorpresa y la sumió en la angustia. Aprender a vivir sin, así de entrada, parecía más terrible que perder el habla, la muleta y el mejor amigo al mismo tiempo. Puro vértigo. Ella tampoco pasaba tanto tiempo en internet, pero, aun así, era lo primero que hacía al despertar: abría el portátil, revisaba el correo, sus webs favoritas, miraba algunos vídeos, siempre con el MSN abierto en una esquina de la página, clicaba en algunos links al azar que formaban un mosaico de noticias, imágenes y novedades. Había perdido algo peor que un trozo de sí

misma: había cerrado la puerta a lo mejor que el mundo podía ofrecerle. Valentine se mantuvo firme por orgullo, porque su gesto en el grupo de Magali había generado una cierta expectativa y no tenía ninguna intención de que la tomaran por una payasa. Hasta que un día se le pasó el mono, tan rápidamente como le había entrado. Le bastaban unas horitas de cibercafé para no retroceder demasiado bruscamente a la época de los cromañones, y sin móvil se manejaba perfectamente bien. Para su abuela, no poder saber dónde estaba a cada instante tampoco iba a ser tan grave. Y la primera vez que Valentine contestó «En serio, no insistas que no tengo mail» a una chica de su clase que le pedía su dirección para enviarle unos deberes, se sintió más misteriosa e interesante que si se hubiera dejado crecer un par de cuernos en la frente. Aquello, al final, le estaba gustando. Como dejar de fumar petas: más energía, más espacio en el cerebro. Magali la felicitó: no podemos pretender hacer la revolución y, al mismo tiempo, exponernos a la mirada de los guardianes. Otros compañeros del grupo no estaban tan de acuerdo:

—… estamos en los últimos años divertidos de internet, todavía hay espacio para la utopía, posibilidades reales de subversión. Abandonar ese espacio de forma radical no sirve de nada, al revés, hay que hacerlo nuestro y defenderlo.

—Valentine no está abandonando nada. No quiere que nadie sepa qué hace y dónde está a cada instante, que es muy distinto.

—Espacio para la utopía… ¿de qué hablas?

—De la gratuidad, por ejemplo. O de la expresión directa.

—¿Y qué más? ¿Ahora resulta que Apple es tu amigo, y el vendedor de banda ancha también?

Valentine, en el fondo, se pasaba esas conversaciones por el arco del triunfo. Lo que sí veía es que todo cuanto estaba haciendo creaba una pequeña polémica. Se estaba convirtiendo en alguien importante, y eso le gustaba mucho.

Un día se le ocurrió, por primera vez en su vida, ir a ver cómo era su familia materna. Hasta entonces había modelado su conducta en relación con la de su padre: ese era su único origen. No estaba

marcada, era morena y punto. Y no es que empezara a broncearse en mayo, solo es que tomaba bien el sol. Tenía la nariz de su padre, y unos ojos que no venían de nadie. Su madre no le interesaba lo más mínimo. Había hecho lo que le habían dicho: olvidar el tema. Fue Magali quien no dejaba de darle vueltas al asunto, así como si nada, preguntándole por su madre: «¿No te has preguntado nunca dónde estará? ¿No sabes a qué se dedica? ¿Por qué tu abuela la odia tanto?». A su madre le gustaba la pasta, eso es todo lo que le habían dicho de ella. Valentine había aprendido a avergonzarse de ella, lo suficiente como para evitar el tema.

La encontraría, lo había decidido. Un poco por curiosidad, y otro poco para liberarse de tanta obligación como le habían impuesto. Llamó a la familia de su madre, se alegraron de hablar con ella, era como si pensaran en ella todos los días. La invitaron a que fuera a visitarlos. En su sala de estar Ikea, escuchó con escepticismo cómo peroraban sobre la importancia de Alá en todas las cosas. De su madre no sabían nada. No la criticaban, pero en casa también evitaban pronunciar su nombre. Ella lamentó haber ido en cuanto cruzó el umbral de la puerta. Su sentido de la apertura a los otros tenía un límite. La abuela materna, con esa cara centenaria, sentada en el suelo de la cocina entre cacerolas, manejándose con el cuscús, le causó un auténtico shock. De pronto pensó en los lazos de sangre que las unían. Las tías ya eran otra cosa, por lo menos parecían vivir en la misma época que ella. Pero lo que le contaban le importaba una mierda. Algunos primos eran lindos, aunque había demasiado majadero. En cuanto a sus primas, no eran más que unas garrulas, enganchadas a la MTV o a La Meca, de mente estrecha, maliciosas e increíblemente vulgares. Se quedó hasta el café por pura cortesía, cavilando que, por una vez, su padre tenía razón: ¿qué podía traerle de bueno tener algún tipo de relación con su familia materna?

Hasta que llegó Yacine. El shock de su presencia. Fulminada por un rayo. Algo animal. Bien formado, superelegante. De mirada autoritaria, luminosa cuando sonreía, lo cual era raro. Primera división. Modo deportivo. Taciturno. Un Yacine en la habitación lo cambiaba todo

inmediatamente. De repente, ya no se preguntaba qué pintaba ella allí. No advirtió que él se había fijado en ella. Apenas la había saludado, ni siquiera le dirigió la palabra. Ella se habría contentado con poder mirarlo de vez en cuando, no pedía más. Era un sueño. Luego se levantó y se acercó a ella:

—Te acompaño a casa si quieres. Mejor que no cojas el RER tú sola.

—Ah, vale, ¿vas a París?

Nunca llegará a entender cómo se las arregló para pronunciar la pregunta en un tono tranquilo y desapegado, y eso que, en su interior, había una mona agarrándose a los barrotes y armando jarana a berridos.

La dejó en la puerta de casa, a la antigua. Unas horas más tarde la llamó al teléfono fijo para ver si se veían al día siguiente. Menudo subidón. Le duró un buen rato. Yacine era el fucking príncipe azul: un puto rottweiler, capaz de agredir a cualquiera que mirara mal a Valentine en la calle, pero con ella siempre dulce, no utilizando nunca su poder contra ella. Con él todo era como con nadie. Había bajado la guardia, por un momento se lo había creído.

El idioma que mejor hablaba Yacine era el de la ira. Eso a ella le encantaba.

—… si lo miras bien, siempre es culpa de los mismos, siempre. Lo suyo sería que pasaran miedo. Que se fueran a la cama acojonados, toda su raza, por la que pudiera caerles encima al día siguiente. Que pasaran el mismo miedo que los cabrones de los pobres. Que les diera miedo el trabajo, miedo de ver cómo degüellan a sus hijos delante de sus morros, miedo a la policía, miedo a la cárcel, miedo a la enfermedad. Que el miedo cambiara de bando, esa sería la idea.

En este tipo de letanías hallaba un placer metálico. Un placer que lo asaltaba como cuando te dan por el culo de forma violenta sin estar preparada, un placer de apretar los dientes, de esos que no te hacen disfrutar enseguida pero terminan con una potente descarga nerviosa. Una explosión total. Yacine tenía razón. Valentine lo sabía, lo sentía en sus entrañas. Desconfiaba de su propia inteligencia, que la habría alejado de él. Simplemente se callaba, pero sentía un pálpito en las

sienes. Tenía razón. Yacine respiraba rabia.

Y luego ese gélido filo en la garganta. Un día le dijo que no tenía sentido que volviera a telefonearle. Que aquello no podía funcionar. Ella no tuvo fuerzas para protestar. Hiroshima. Ni siquiera insistió. No se esperaba algo así. Entre ellos era todo tan fácil. No habían tenido tiempo de echarse nada en cara, de cansarse, de pelearse, de nada. Ella sabía que todo puede superarse. Un poco de curro, pero ya está. El teléfono lo tiró al Sena poco tiempo después de eso.

Valentine trata de no darle más vueltas. Descarga eléctrica. Familiar. La impotencia es una celda estrecha. Cuesta respirar, como si tuvieras la cabeza metida en una bolsa de plástico. Es algo que la despierta en mitad de la noche. Una rabia avinagrada, física: le hierve la sangre, le cuece las venas al atravesarlas. Y el mundo sigue, como si no hubiera pasado nada.

A la familia de su madre ya no volvió a verla. Esa mezquindad, ese interés apenas disimulado, esas falsas declaraciones de afecto. Toda esa puta mierda. Su madre se avergüenza de ellos. Como Valentine se avergüenza de ella. Cuando se escapó, su madre prefirió pagarle un hotel antes que invitarla a su casa. Valentine no le dijo nada. Está acostumbrada a fingir que no le importa. Se las apaña para convencerse incluso ella misma. Pero es que esta vez, no me jodas, mamá, ¿no te parece que te has pasado de la raya? Antes de conocerla, Valentine había pensado decirle que, cuanto más tiempo pasaba, mejor comprendía que se hubiera largado tan lejos de ella y de todo lo que la rodeaba. Pero su madre dio un paso atrás: ¿cómo deshacerse de ella lo antes posible? Ni siquiera trató de hacer como que estaba preocupada, como que se sentía concernida. Con un asombro silencioso, Valentine sintió que algo en su pecho se desgarraba, como la Úrsula de Caravaggio. A su abuelo, esa pintura le encantaba. La llevó a Nápoles a verla. Ella pensó que aquello tanto le daba, y simplemente fingió que le importaba, pero la verdad es que, con el tiempo, ha vuelto a pensar en ella muchas veces. La lleva consigo.

A su madre, tener ese culito suyo de adolescente bamboleando ante las narices de su hombre le dio miedo. Le ha echado el lazo a un

ricacho, y cuida su presa. Sabe perfectamente que nadie puede nada contra la juventud. Los viejos son todos unos pedófilos. En cuanto la parienta se da la vuelta, corren a susurrarles a las jovencitas que prefieren su culito prieto. Cuando por fin la encontró, Valentine trató de ocultarle su decepción. Que se contentaba con salir con ella a comer. Que en realidad no se pasaba el día metida en su habitación de hotel manejándose con el tiempo: ir a comprarse un helado, treinta minutos; ir a la librería de la que tanto le había hablado Carlito a mirar las portadas de los libros, a ver si alguno le llamaba la atención, una hora; ir a tomar un café, media hora. Lo peor fueron las noches, la tele de su habitación no funcionaba bien, así que esperaba a que le entrara el sueño. A veces esperaba mucho tiempo.

Una parte de sí misma le aconsejaba que se portara bien, que no se quejara, que hiciera de niña buena y tratara de ganarse a su madre, que la fuera desgastando a la espera de que le acabara diciendo que se fuese a vivir con ella por un tiempo. En París todo se ha complicado demasiado. No es tonta, lo que tienen en mente es doblegarla. Enderezarla. Dicen que es porque está fuera de control. Pero no es tonta. Vio morir a su abuelo, los vio revoloteando alrededor del cuerpo agonizante. Ni siquiera se tomaron la molestia de ocultar lo que querían. Cuánto. ¿Cuánto por el cuerpo del viejo? Como si alguna vez les hubiera faltado algo. La familia de su madre, la familia de su padre: todos iguales. ¿Cuánto se puede rascar, cuánto más amasar, cuánto para meterse en el bolsillo? Sobre cómo se las arregló su abuelo para que la gran beneficiaria en la lotería de la herencia fuese ella, nadie le dijo nada. Pero lo ha entendido perfectamente: en su familia, ahora se ha vuelto muy importante. Se pusieron a vigilarla de cerca, sabe muy bien lo que buscan: una correa bien firme para tenerla atadita hasta que sea mayor de edad. Para poder disponer en paz de lo único que les interesa: todavía un poquito más de dinero. Valentine pensaba contárselo a su madre, era su as en la manga: el día en que le revelaría que Albert, mediante un inteligente juego de escritura, se lo había legado casi todo a su nieta. Entonces seguro que su madre le encontraría un lugar en su casa. Mucho dinero, el de su abuelo.

Albert. En el hospital, todos pensaban que estaba vegetal. Eso a él le jodió. No quería que lo mantuvieran vivo a toda costa, pero no le pidieron su opinión. Y la cosa duró lo suyo. Él esperaba a quedarse a solas con ella para hablar en voz bajita. Le dijo que se marchara lejos. Que no se fiara. Que él los conocía bien. Sus seres queridos, su familia. Eso es lo único real: los lazos de sangre. Ella siempre había sido su preferida. Todos los miércoles lo sacaba a pasear, él insistía en que no los acompañara nadie más. El padre de Valentine se reía de ellos: «Se está quedando gagá con la edad, creo que quiere llevarla al Louvre, ¡lo que se van a divertir!». A él le gustaba caminar con ella. Tampoco es que le dijera gran cosa. Entendía muy bien lo que hacía ella, cómo crecía. Con los chicos, por ejemplo, él la entendía. No necesitó contratar a nadie para adivinar en qué andaba. Ni se avergonzaba de ella. «Para lo que valen esos imbéciles, haces muy bien en no preocuparte». Cuando murió, dejó de ser la preferida de nadie. Le dijo que no se fiara de ellos. Que con todo lo que le iba a caer, la tomarían con ella. «Ya lo verás, en lo alto uno siempre está solo». Ella nunca ha sabido si lo que él pretendía era hacer lo correcto, o si solo la usó para fastidiarlos. Pensó que estaba exagerando. Seguía creyendo que la gente de su familia la quería, siempre le habían dicho que era muy afortunada, que cuidaban de ella. De hecho, cuando había problemas, eran siempre por culpa suya. Pero el anciano conocía las prácticas de su clan. Cuando le pusieron una detective privada pisándole los talones, Valentine se dio cuenta de que llevaba razón.

Una noche, se montó en la moto de un tipo solitario, dio esquinazo a la detective y fue a hablar con Carlito. Al contarle lo de la vigilancia, hizo como que no le impresionaba, pero estaba avergonzada. Porque es que así iban las cosas: pagar a una tipa para que no la perdiera de vista y apuntara todo cuanto ella hacía. Carlito fue categórico:

—Tienes que dejar de salir con todos los demás. Yo estoy informado. Tendremos cuidado cuando nos veamos. Pero no deberías volver a pasarte por casa de Magali bajo ningún pretexto.

Valentine hizo como que aquello le rompía el corazón, pero que sabría estar a la altura de la situación. Lo cierto, en cambio, es que a

Magali no quería volver a verla ni en pintura, lo mismo que a los colegas que solían dejarse caer por su casa. Las cosas empezaron a complicarse cuando les presentó a Yacine. A la primera de cambio, Magali montó un numerito: que si la cuestión de Israel esto, que si el feminismo aquello, que si su gusto por el lujo, etcétera… Valentine se lo dejó bien clarito: «Le suda la polla, ¿sabes?, le importa una mierda lo que pienses de él». Y al poco se montó un pequeño escándalo con todo aquello. A Valentine le pareció que tenía que responder de sus amistades ante un jurado improvisado. Venga ya, unos carceleros metiendo las narices en todo lo que hacía para asegurarse de que se comportaba como es debido, de esa medicina ya tenía bastante en su casa. Se acabó. El problema real, ella eso lo sabía vagamente, eran los celos. Sus celos. Y es que no le gustaba nada la manera en que la sonrisa de Magali —quien no se daba cuenta, y por lo tanto, para variar, no podía hacer nada por evitarlo— hacía brillar los ojos de Yacine. Prefería dejar a toda aquella banda al completo. Francamente, y a ella qué. Todo tenía un límite. ¿Qué era eso de pedirle explicaciones porque salía con un chaval que decía cosas inapropiadas? Ni que estuviera en casa de su abuela… Que si la pureza, que si esto está bien, que si esto no se hace, que si esto no se dice. Hay gente que traza una línea imaginaria, considera que está del lado correcto, y todo lo que pasa esa línea hay que condenarlo y corregirlo. Hay que erradicarlo. Y a ella ese tipo de cadenas no le iban, tanto daba si eran de un color como de otro.

Valentine preparó su huida. El día que la detective se paró a recoger a aquella vieja en el metro, ella sabía lo que se hacía. Le dio esquinazo en pleno día. Una detective patética que se hacía la discreta, allí zampándose su cruasán en el bar en que Valentine tomaba café todas las mañanas: la tomaban por una auténtica idiota. Llevaba así quince días. Quince días distrayéndola, paseándola, haciéndole ver mundo. Dándoles algo a cambio de su dinero. Un poco de pornografía los mantendría ocupados. Lo había arreglado todo con Carlito: directa a la estación, tren a Perpiñán, billete pagado en efectivo. Él fue a recogerla, cruzaron la frontera sin problemas en un coche prestado.

Autobús hasta el parque de l'Oreneta. La hermana Elisabeth le aconsejó que no anduviera por el centro. Suelen quedar en parques lo suficientemente concurridos como para que a nadie le extrañe verlas, pero lo suficientemente alejados como para no tener que encontrarse según con quién. La hermana la espera. Pequeña silueta tranquilizadora. La fuerza de su sonrisa cuando reconoce a Valentine. La abraza brevemente y Valentine se siente inmediatamente calmada.

Toman un camino cuesta arriba, bordeado por unos cactus como muñecotes de trapo desarticulados. Más allá, un eucalipto del tamaño de un edificio se inclina peligrosamente sobre el vacío. Y al fondo, la ciudad que se extiende hasta el mar. De vez en cuando se cruzan con algún jabalí, esas masas enormes e inquietantes con ojos melancólicos.

—Ya está, te buscan.

—Ah, ¿sí? ¿Mi padre está aquí?

—No. Ha enviado a dos detectives.

—Ah.

El camino de las ideas. Existen un montón de razones para cambiarlo, tomar un atajo, desviarse, abandonar ese flujo que la aterroriza y al mismo tiempo la atrae. Exactamente como cuando decidió irse de casa. Da miedo. Pero había que hacerlo. De alguna manera, ha sido elegida.

—¿Cree usted que debería volver a casa?

—Yo no puedo tomar ninguna decisión por ti.

Elisabeth es como una boxeadora de Dios: da vueltas a tu alrededor, te prueba, baila, luego ataca y te endiña el KO. Tiene una idea de lo que es la dignidad, y de cómo hay que esforzarse en trabajarla, merecerla, conseguirla. Elisabeth no es una religiosa como las demás. Tiene cosas esenciales que transmitir. Se ha convertido en su guía. Podría haberse librado de Valentine, asustada de todo cuanto representaba. Ha sido al revés, la ha apoyado, la ha escuchado y comprendido.

Hasta se ofreció a hospedarla el tiempo que fuera necesario. Primero le dio las llaves de un pequeño apartamento que parece una celda, al fondo de un patio, en el barrio del Poble Sec. Sin nombre en el buzón.

La hermana Elisabeth no iba allí a buscarla, decía que en la ciudad una monja sola llama mucho la atención. Se encontraban en el parque de l'Oreneta, al norte de la ciudad. Allí tuvieron largas conversaciones. La hermana Elisabeth sentía lo mucho que Valentine la necesitaba, sus consejos, su atención. Luego le dio las llaves de una casita aislada en La Floresta. Dormir sola allí arriba es un poco espeluznante, el agua caliente no acaba de funcionar.

—He leído en el periódico que tu padre va a recibir una condecoración, lo nombrarán caballero de las Artes y las Letras… se alegrará de tenerte con él.

—¿Ha salido en el periódico de aquí?

—No, Valentine, no. Lo leí porque estoy atenta a todo lo que te concierne.

—Debe de estar contento.

—¿No crees que podrías hacer un esfuerzo para llevarte bien con él?

—¿Le parece que es el momento?

—Yo no puedo tomar ninguna decisión por ti.

Un mareo, el silbido de una bala ligera entra en su cerebro. Valentine siempre habla de eso, todos los días. Al principio, pensaba que sor Elisabeth quería disuadirla. Pero ella también está asqueada, sabe que ya no ha lugar a la pasividad. Seguir soportando las cosas como son no sirve de nada. Ya no sería humano. La hermana Elisabeth se lo ha advertido: distinguirse del rebaño nunca ha sido tarea fácil. Estando sola en medio de la masa tiene que saber desempeñar su papel.

A su alrededor cae la noche. De la ciudad a lo lejos no quedan más que unas lucecitas, un valle de casitas de muñecas. En el cielo parpadean los aviones. En la garganta de Valentine se ha hecho el silencio.

Ha llegado la hora de volver a casa. Sabe lo que tiene que hacer.

Antes de separarse en la parada de bus, como cada noche, la hermana mira fijamente a Valentine. Luego se despide con un largo abrazo, algo que no suele hacer. Se entienden.

—Eres tan joven, Valentine… Tan luminosa…

—¿Me ayudará?

—No te dejaré tirada. Ya nunca volverás a estar sola.

A la mañana siguiente, tal como habían quedado, se encuentra con la monja en el salón vacío de la casita. A Valentine aquello le recuerda a cuando era pequeña, con su abuelo, los miércoles de repaso. Los verbos irregulares. La Primera Guerra Mundial. Las concordancias del auxiliar «tener». Las fórmulas de química. «Un poco de disciplina», le decía frunciendo el ceño. También le pedía que se ordenara el estuche, que pasase a limpio los apuntes y se lavara las manos antes de ponerse a hacer los deberes. Y que se sentase derecha en la silla: «Que no nos sentamos como los monos». Hoy, por supuesto, se sienta recta mientras escucha, pronuncia correctamente cuando repite lo que le mandan, posa las manos sobre la mesa cuando debe concentrarse. Tiene un nudo en la garganta, un poco de angustia, aunque está aprendiendo a transformarla en seguridad. Se siente dura por dentro. Eso le gusta. Trata de conectarse con la realidad de lo que está pasando pero le resulta imposible. Tiene la sensación de estar fingiendo, de estar jugando a verdad o atrevimiento.

—Puedes renunciar, ya lo sabes. Hasta el último momento puedes renunciar.

Se han hecho tan íntimas. Entre ellas hay respeto, además de mucho afecto. Sin que haga falta ningún derroche de gestos o afirmaciones. Sor Elisabeth vela por ella. La comprende y la acepta tal y como es. Le da el amor que se les da a los bebés: un amor incondicional.

Es una mujer, mayor y sabia, que ha dedicado su vida a ayudar a los demás, y que no trata de apartarla de lo que debe hacer. Porque ella también está indignada. Porque dondequiera que se posen sus ojos, no ve más que desgracia, injusticia y crueldad. Permitir que eso siga siendo así ya no es una opción. Hay que actuar contra esa realidad tan sórdida. Cueste lo que cueste, hay que parar semejante barbarie.

Los primeros días, cuando la monja le hablaba de Jesús, de las cruzadas, de la importancia de la verdad, Valentine se sonreía con disimulo. Si Jesús volviera, sería un agitador, y sus discípulos unos guerrilleros. Unos terroristas, serían todos. Los buscarían, los detendrían, los condenarían a cadena perpetua en cárceles de alta

seguridad. Los vigilarían de cerca. No habría resurrección posible, solo órdenes de detención, retratos difundidos a través de los medios. Los ejecutarían tantas veces como fuera menester. Si Jesús volviera, no podría callarse y dejar hacer tranquilamente mientras él discutía con los mercaderes. Pero tampoco podría demostrar que es un guerrero diferente. Con la palabra divina impresa en todos esos tazones que venden en las tiendas de souvenirs, ya no habría lugar a los milagros.

Fue así como, poco a poco, Valentine dejó de lado su cinismo y empezó a escucharla sin asomo de risitas. Todo le acabó cuadrando. Encontró la fuerza para no desconfiar de su propia sinceridad.

—Toma esto, para aguantar. Sin vergüenza. Es tan importante como las armas. Es tan importante como la fe. Tiene que funcionar todo junto.

Unas pildoritas redondas y translúcidas. Made in China. Como tragarse una piedrecita. De una en una, o no le dejarían dormir. Valentine siente la frente impulsada hacia delante, los pensamientos sucediéndose implacables, entrelazándose, respondiéndose unos a otros. Se ha convertido en una máquina de guerra.

—En París te van a vigilar todo el tiempo. No quieren que nadie se inmiscuya en su negociado. Están atentos. Tienes que volver a internet, demostrar que eres normal, pero no se te ocurra ponerte en contacto conmigo por esa vía, jamás. Yo estaré ahí, no te preocupes. Sabré mostrarme. Ya nunca volverás a estar sola. Y el día que veas, abajo de tu casa, a una monja con un ramo de rosas blancas en los brazos, sabrás que esa es la señal. Cuando ella te vea, dejará algo para ti en el macetero de delante de tu puerta. Eso será la víspera del día indicado.

—¿Y cómo sabes que delante de mi casa hay flores?

—Me informo, Valentine, me informo. Cuando llegues a casa, dirás que quieres volver al colegio. Que tu huida te ha hecho pensar mucho. ¿Entiendes lo que te digo? Y ni una palabra, a nadie. No dejes ningún mensaje tras de ti. Lo usarían para desacreditar tu acción.

Las mismas consignas, varias veces. La hermana Elisabeth se las hace repetir una y otra vez:

—¿Qué tendrás en mente cuando entres en tu casa? Visualiza el

apartamento, piensa en los olores, concéntrate. ¿Qué tendrás en mente?

—A mi abuela, a mi padre, a mi madrastra y a sus hijas: pase lo que pase, les digo lo que quieren oír. Nada de orgullo, nada de rabietas. Solo tengo un objetivo. Me disculpo cuando se equivocan. Sonrío cuando me insultan. Cuando la policía me interrogue, cuando el juez de menores me interrogue: mi madre me dio dinero suficiente para pagar una habitación de hotel. No hice nada. Estaba deprimida. El encuentro fallido con ella me había destrozado. Me di cuenta de lo importante que es estudiar. Estuve pensando mucho durante la fuga. Me arrepiento de haber preocupado a la gente que de verdad me quiere.

Las píldoras son formidables. Está tranquila, eufórica, es capaz de concentrarse sin esfuerzo.

Cae la noche. Sor Elisabeth la agasaja con todo su afecto. La abraza fuerte, le acaricia la espalda.

—Lo más fácil es que vuelvas a casa con las dos detectives. Eso no levantará ninguna sospecha. Desconfía de ellas, solo quieren hacerte dudar para que hables. Se hacen las tontas, pero no lo son. No vayas a creer que con ellas estás a salvo.

—¿Y cómo las encontraré?

—¿Qué te parece quedar con tu amigo Carlito? Está en la ciudad, ¿no? ¿Sabes dónde?

—Acordamos en que me pasaría por la librería de la CNT todas las tardes a eso de las cuatro. Si no está físicamente allí, me dejará un mensaje.

—Algo me dice que, si quedas con él, las avisará. Le ofrecerán dinero, ya sabes.

Hace solo tres días, imaginar que su mejor amigo pudiera entregarla le hubiera revuelto el estómago. Pero ahora ya no le da la menor importancia. La hermana Elisabeth la abraza contra su corazón, la acuna sin decirle nada, hasta quedarse las dos dormidas en el sofá. Valentine está preparada.

Dar con Carlito no es difícil. Al día siguiente, se toma una cerveza con él en un bar de mala muerte del Raval. Él no sospecha nada. No aprecia la diferencia entre la que era hace ocho días y la que ahora

tiene delante. Demasiado ocupado hablando como para prestarle atención. Feliz porque está viviendo un tórrido idilio con una chilena. Más que tórrido idilio, Valentine tiene la impresión de que la chica pasa bastante pero no sabe cómo deshacerse de él. Todo eso ya no importa.

Luego sucede exactamente lo que la hermana Elisabeth había previsto: al cabo de un cuarto de hora, en la puerta del bar se recortan dos siluetas. Valentine mira fijamente a Carlito. Sigue sin tener teléfono. Se pregunta en qué momento las habrá avisado el muy hijo de puta. Sigue haciendo como que no sabe nada. Le gustaría escupirle en la cara. La más alta se le acerca y le pregunta:

—¿Puedo hablar contigo? Solo dos minutos.

Valentine coge su bolso y la sigue. Está preparada.

—Te hemos estado buscando desde hace unos días. Puedes elegir: vienes a casa con nosotras por tu propia voluntad, o avisamos a la policía.

—Iré con ustedes.

—¿Quieres avisar a tu amigo, ahí dentro?

—Da igual, da igual… creo que está al corriente. ¿Vamos?

Las dos viejas han venido en coche. Van de Starsky y Hutch, en decrépitas y más tensas. Llevan su equipaje en el maletero. Como si también ellas supieran que ese era el día. Valentine reconoce a la más joven, la que la seguía en París. El círculo se cierra.

Luz blanca bajo su cráneo. Una pastilla cada mañana. Ni una más. No se trata de colocarse, de estar en las nubes, sino de mantenerse alerta. Carlito siempre decía que los chavales no empiezan a drogarse porque les mole, porque se aburran, porque necesiten olvidar sus problemas ni porque los trastorne el boom hormonal, se colocan para aplastar su propia inteligencia. Porque si la mantuvieran intacta en el momento en que más aguda la tienen, no podrían soportar el violentísimo desprecio que les inspiran sus padres. Valentine desearía poder borrar todo cuanto le queda de Carlito. El traidor. El terrorista de salón. Adonde ella va, no lo necesita.

No tiene miedo. Sabe que está haciendo lo que tiene que hacer.

No quiere convertirse en una adulta como su padre: un mentiroso y un cobarde que no piensa más que en meter la polla en el primer coño que se presente pero que en la mesa va de púdico y se hace el señor decente. No quiere convertirse en una adulta como su abuela, carcomida por el odio con la caridad cristiana siempre en la boca, pudriéndose de soledad y frustración. No quiere ser una adulta como su madre, obligada a casarse y a mentir sobre quién es. A su alrededor no ve a ningún adulto que siga una dirección reconocible. Que tenga un asomo de dignidad. Se las arreglan para justificar cualquier cosa a diestro y siniestro. Dicen que es una elección. Se tragan sin rechistar toda la mierda que haga falta. No saben más que obedecer, obedecer a cualquier orden, sobrevivir a cualquier precio. Ella va a dar un frenazo. Va a poner un poco de orden en el mundo que le han construido.

A Carlito ya le preguntó una vez por qué no pasaba a la acción. Para manejarse con su cobardía, él decía que andaba en esto y aquello. «Es una tentación romántica. Pero sobre todo es una forma de llamar la atención. Lo que hay que hacer es una revolución, y no promocionar un nuevo espectáculo, que esto no es un circo, por favor… Morir como un héroe es fácil, lo difícil es resistir sobre el terreno con resultados concretos». Eso la decepcionó. A ella le hubiera gustado escuchar algo más enfático, como que había estado esperando ese momento desde que la conoció, como que iban a armar una buena, los dos juntos. Magali aún se mostró menos receptiva. Pero, en su caso, estaban avisados: ella no aprobaba la violencia. Vaya muermo. «¿Qué hacemos con la ultraviolencia? Esas son sus armas. Se hacen con el poder por la fuerza de las armas, trazan las fronteras que nos encierran por la fuerza de las armas, conservan el poder por la fuerza de las armas. Todo el rollo de la legítima violencia es una estafa. A través de la violencia siempre se instaura un nuevo poder, que a su vez se legitimará como los poderes precedentes: por medio de la violencia. Lo único que cambian son los muñequitos que gobiernan. Porque al nuevo poder, la violencia de aquellos a quienes oprime nunca le parecerá legítima, y eso lleva a un círculo vicioso. Vuelta a una situación de opresión, a la policía, la prisión y la tortura. A mí lo que me interesa es cómo

podemos crear un mundo sin dirigentes que se arroguen el derecho a ejercer la violencia. Quiero saber cómo podríamos vivir de una forma distinta a la que conocemos». Magali sabía argumentar, pero se equivocaba. Un movimiento político solo puede ser validado si pones muertos encima de la mesa. De lo contrario, es como el feminismo: un hobby para mantenidas. La violencia es necesaria. Si no, nadie te escucha. Valentine se ha criado en un lujo demasiado real como para querer dirigir su violencia contra los policías. ¿Qué más le dan las manifas? ¿Qué sentido tiene luchar contra peña que cobra el salario mínimo? Los polis viven en la misma mierda que los curritos. Acaba con mil de ellos y enseguida tendrás otros mil. Al poder hay que atacarle a la cabeza. Directamente.

Van a tardar por lo menos diez horas en llegar a París. La más joven de las dos detectives, en el asiento del pasajero, se vuelve hacia Valentine y rompe el silencio:

—Me alegro de que estés a salvo. Esto puede sonar raro, pero de tanto pensar en ti… me alegro de que te encuentres bien. Tienes a todo el mundo preocupado, ¿sabes? ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Te diste cuenta de que te seguía?

—¿Era posible no darse cuenta?

—¿Quieres que vayamos a ver a tu madre antes de salir de Barcelona?

La que acaba de hablar es la más alta. Valentine no se fía de ella. Va de vieja enrollada. Pero hay algo sospechoso en su forma de escrutarla con la mirada.

—No. Gracias. Ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir.

—Está preocupada por ti, ¿sabes?

—Vaya, pues esconde muy bien su juego.

La vieja sonríe, luego añade:

—Lástima. No me habría importado volver a verla. Me llamo la Hiena, por cierto.

En el retrovisor, busca sus ojos con la mirada. A la salida de la ciudad, un coche les da un bocinazo, la Hiena frena en seco, baja la

ventanilla y le grita al pobre tipo, que sorprendido por la violencia de su reacción se esconde como puede detrás del volante. Empieza en español y remata en francés. Vuelven a ponerse en marcha, a la más joven no le ha hecho gracia:

—No entiende nada, ¿sabes?, si le insultas en francés.

—No te preocupes, fijo que lo esencial sí que lo ha captado.

OK, es un puto monstruo, una psicópata. Lo que faltaba. En el coche, la tensión ha subido un nivel, el aire cuesta de tragar. Ahora que ha logrado que todo el mundo se sienta incómodo, la Hiena parece más relajada, aunque en una hora nadie suelta una palabra. Valentine se dice que su abuela, cuando está cabreada, a su lado es Gandhi acariciando a un gatito. Palmarla en la carretera porque el coche lo conduce una loca sería terrible. Nota cómo la Hiena la observa todo el rato a través del retrovisor. Acaba de poner un disco de Johnny Cash. Música de vejestorios. Conforme se va haciendo de noche empieza a caer una fina llovizna. Valentine se siente atenazada por una tristeza que le va entrando por los hombros para extenderse como una mancha de tinta negra y recorrerle la espalda hasta llegar a sus tripas. Está sola. La fuerza que la hermana Elisabeth le había inculcado ya no tiene la misma intensidad. Con cada kilómetro que se traga el coche, lo sucedido en Barcelona se va volviendo más borroso, menos cierto. La Hiena vuelve a la carga:

—Cuéntanos un poco, ¿qué has estado haciendo todo este tiempo?

—No mucha cosa. Por eso me alegra volver a casa.

—Eso está claro, irradias alegría… ¿Y por qué te fuiste del hotel que te buscó tu madre?

—Porque era deprimente.

—¿Ese es motivo para marcharte sin decir nada?

—No teníamos nada más que decirnos. Ya me había invitado a comer en todos los restaurantes donde pensaba que no iba a toparse con nadie que la conociera. Temí que todo volviese a empezar…

—Y luego, ¿dónde dormiste?

—Tenía un poco de dinero, me fui a otro hotel.

Ahora le gustaría que todo fuese más deprisa. Al pasar la frontera

han puesto la radio. Suena un programa de debate, el tema es la autodefensa. Unos oyentes con acentos imposibles llaman para dar su opinión. La Hiena quiere saber:

—¿Y tú, Valentine? ¿Nunca has tenido ganas de empuñar una pistola?

No va a dejarla en paz. Valentine se encoge de hombros:

—No. Lo que a mí me interesa es llegar a casa y terminar el insti.

—Claro, claro, el insti… —asiente ella lentamente. Se está riendo en su cara, sin disimulo—. Qué proyecto tan bonito. ¿Y no crees que vas a echar de menos las palmeras? Hace tan mal tiempo en París, ya sabes.

Los adultos tienen un humor detestable, todos. Se creen capaces de meterse a los chavales en el bolsillo solo con mostrarles una falsa complicidad. Hablar lo menos posible. La vieja se las da de impasible, pero si sospechara algo no iría tan de chulita. Ganas de arrancarle los ojos. Centrarse en su objetivo. Afortunadamente, la olvidan cinco minutos y se ponen a charlar entre ellas de la historia de amor de la más fea. Valentine no presta atención a lo que se cuentan, está aliviada de que la dejen al margen. Suena el teléfono móvil de la que se llama Lucie, se incorpora, agita las manos en el aire:

—¡Es tu padre!

Luego suelta una retahíla de «sí, sí, sí» y balbucea, con un tonito de triunfo modesto en la voz que a Valentine la hace sentirse como un patético trofeo. Teme el momento en que le pasarán el aparato. Pero su padre está aún más incómodo que ella. Le dice:

—¿Estás bien, cariño? ¿Estás segura? Si supieras lo preocupados que nos has tenido… No puedes ni imaginarte cuánto me alivia saber que estás bien. No puedo esperar a que llegues a casa. Vais a conducir toda la noche, ¿verdad? ¿Estás bien… seguro?

¿Que si está bien? Menuda broma… no necesita fingir para que la voz le salga apagada, átona y desganada. La idea de volver a casa le revuelve el estómago. Mientras estaba lejos no se lo planteó, pero ni siquiera ha sido capaz de venir a buscarla. No consigue cabrearse con su padre, apenas experimenta una aguda conciencia del escaso valor que tiene para él.

Paran en una estación de servicio al norte de Perpiñán. La dejan ir al baño sola. Necesita refrescarse. Bajón. Bañada por la pálida luz del lavabo, ante el espejo, se siente cambiada. Se ha vuelto adusta, se ha endurecido. Los rasgos cansados, unas ligeras ojeras. Le quedan bien, le dan un aire como de alguien envuelto en sus muchísimos pensamientos. Le entran ganas de llorar, pero está bloqueada.

Se oye la puerta, se sobresalta, sus nervios no soportan la menor sorpresa. Irrumpe la Hiena, la mira en el espejo. Es aterradora. La idea de que su familia haya podido pagar a alguien para que la mate sobrevuela su cabeza. Sería una estupidez. Aferrada al lavamanos, Valentine hace el esfuerzo de no bajar la mirada, el corazón a punto se salírsele del pecho:

—Eres una idiota. Una jodida idiota, inculta, pretenciosa y alelada.

—Eh… sinceramente, siento que no te guste lo que ves. Pero creo que te pagan por llevarme de vuelta, no para que me hagas una evaluación exprés…

Valentine, sin pensarlo, ha reaccionado con altivez, aunque hubiera preferido ser capaz de mostrarse humilde y sumisa, para ver si así calmaba a esa loca.

—¿Qué sabrás tú de quién paga qué, cuánto, a quién y para qué? ¿Eh? ¿Qué has entendido tú de lo que pretenden que hagas?

—Lo que he entendido es que necesitaba a mi papá, volver a estudiar y aprender a cuidar de mí.

—Ojo, criaturita, porque se nota que lo dices de carrerilla. Para que suene sincero aún tendrás que esforzarte un poco. ¿Estás segura de que estás lista para volver?

—No sé de qué me hablas.

—Tres horas sin perder de vista esa carita tuya en el retrovisor. He tenido tiempo de pensar. ¿Qué es lo que te ha metido en la cabeza? ¿Qué es lo que te ha contado?

—Lo siento mucho, en serio. No sé de qué me hablas.

Valentine está helada. Esa loca la aterroriza. Nunca había visto a

nadie hablarle tan de cerca, tan a lo bestia. Le ha cambiado la cara, se ha puesto a mil, un odio terrible mana de sus poros. Podrían hacer una peli de terror con ella solita, sin necesidad de efectos especiales, ni piernas arrancadas ni nada. Solo su jeta, en primer plano, con eso bastaría. Las piernas de la adolescente son de cristal, apenas la mantienen en pie. Bastaría un empujoncito para hacerla caer de rodillas. Sus pensamientos por los suelos, inertes. Tiene miedo. La enajenada se tranquiliza, se apoya en la pared, enfrente de Valentine.

—Me siento como el cazador en Blancanieves, el encargado de ir a buscar su corazón.

—Francamente, no sé lo que crees, pero te juro…

—Cierra el pico. Me estás mintiendo. El cazador, como sabemos, decide dejarla escapar en el bosque y llevarse el corazón de un ciervo en lugar del suyo. Fíjate que no coge un hacha para volver al castillo y degollar a la madrastra y apalear al rey que actuó de cómplice. Los cuentos de hadas nos enseñan la vida real. Y uno no va contra quien le da el trabajo.

—No hace falta ponerse así solo por tener que llevarme a casa… No voy a ser yo quien defienda a mi madrastra, pero me sorprendería que te hubiera encargado que me arranques el corazón.

—¿Quién crees que es, tu monjita Elisabeth? ¿Por qué crees que se interesó en tu caso? ¿A ti te parece que va por ahí acogiendo a todas las chavalitas borrachas con las que se encuentra para lavarles el cerebro? ¿Crees que solo por llevar esa cosa blanca en la cabeza y por todas las arrugas que le surcan la cara es una buena persona? ¿No te has agarrado antes a otras tablas de salvación igual de podridas? ¿De qué te parece a ti que hablarán los diarios íntimos de tu nueva amiga, la hermana Elisabeth? ¿Qué apuestas a que el tema no es casi nunca ese don infinito que otorgó Jesús al sacrificarse por nuestra salvación? En tu opinión, ¿para quién curra la monja?

Valentine encaja el golpe. Avisada ya estaba: mentirán. Tratarán de hacerla dudar. La hermana Elisabeth se lo dijo: conocerán mi nombre. Pero se le olvidó concretar: lo pronunciarán con un dejo de verdad que hará que te entren ganas de echarte a llorar. Valentine mira al suelo, no

dice nada. Cuanto menos hable, menos posibilidades de meter la pata. Se bloquea, es como si dentro de su cabecita se acurrucase hecha una bola a la espera de que una araña enorme y asquerosa pase de largo. Le gustaría que alguien entrara en el baño e interrumpiera ese cara a cara, pero no llega nadie. La Hiena abre el grifo de agua fría, la deja correr sobre sus muñecas. Le habla a través del espejo.

—Nunca he tenido ninguna ética, el bien no me apasiona. No sé si será la edad, el desgaste, o esa carita tuya de ángel… Pero no puedo permitir que vuelvas a casa sin decirte algo, ¿entiendes? ¿Conoces la expresión: «Uno cree morir por sus ideales y acaba matando por un barril de petróleo»?

—No sé de qué me estás hablando.

—Piensa que la vieja está en el mismo curro que yo. Puede que no tenga la talla de la madre Teresa, pero es el mismo tipo de creyente. Una cuenta bien gorda en el banco, solo ven con buenos ojos la miseria de los otros. Sea lo que sea lo que te haya dicho, piensa que aquí lo único que hay en juego es un montón de euros, una cuota de poder, si así lo prefieres. Eso es lo que somos. Unas zorras obedientes, escogidas por nuestro poder para embaucar al personal.

Valentine quiere que la deje estar. Quiere hablar con sor Elisabeth, es una emergencia. Por mucho que trate de evitarlo, durante un breve instante la tentación es grande, como una imagen detenida: podría confesar la verdad. Pero avisada ya estaba: no confiar en nadie. Cierra los ojos, cuenta atrás. Buscar la calma de la hipnosis. No funciona. Está clarísimo que la Hiena cacarea lo falso para averiguar lo cierto. Bloquear. Negar. No confesar jamás. Esa es la primera regla. Con un hilo de voz, frío e indiferente, Valentine insiste:

—Todo lo que sé es que tengo ganas de estar con mi padre.

La Hiena ha recuperado su apariencia humana, se enjuaga la cara y lo pone todo perdido de agua. Se moja el pelo, se lo peina hacia atrás. Le tiende la mano a Valentine, sonríe, como si le hablara del tiempo:

—¿Sin resentimientos? Era mi pequeño aguijonazo de realidad. Como cuando el vampiro muerde a una víctima inocente. Crac. Hecho está. Ya sabes. Después de esto, tienes razón: eres lo suficientemente mayor

como para cuidar de ti misma. Voy a dejar que te lo pienses, esta noche.

—No te preocupes por mí. Sé muy bien lo que tengo que hacer.

No puede cerrar la boca. Es algo superior a sus fuerzas. La otra se da la vuelta, no está ni cabreada ni tranquila, está conmovida. Viniendo de ella, tal vez sea aún peor:

—¿Quieres que compremos agua? ¿Algo de comer? No has comido nada en toda la tarde. ¿Quieres unas chips? ¿Chocolate?

En el parking, una fila de camiones con los faros apagados parecen animales reconfortantes. Lucie, apoyada en el maletero del coche, cuchichea al teléfono, contrapunteando su conversación con risitas divertidas. Resulta patética, pero parece feliz.

Vuelven a ponerse en marcha en silencio. El veneno asalta sus pensamientos, lucha por hacerla vacilar. Valentine está perpleja. ¿Cómo es posible que unas pocas frases pronunciadas en un retrete mal iluminado hayan bastado para hacerla dudar? Sor Elisabeth. Esa conexión extraordinaria. «Demasiado bueno para ser verdad». Ese amor inmediato, como si la religiosa hubiera reconocido a su propia hija. Pero eso no cambia nada. Ya se ha subido al tiovivo, el cinturón abrochado. Bajarse ahora sería lo más patético del mundo. ¿Esperando qué? ¿Acaso podría esperar algo bueno? Valentine echa un vistazo a una foto que le enseñó Magali. El esqueleto de un albatros entre unos peñascos, los débiles huesos de las alas abiertos. Se había comido tantos tapones de plástico, tantas de esas cautivadoras presas inertes flotando en la superficie del mar, que tenía el estómago lleno de plastiquitos multicolor. Dentro de diez años, de cien, no quedará nada más. Los huesos, las plumas, el pico convertidos en polvo. Pero esos absurdos tapones, esa comida fake ni siquiera se habrán descolorido. Quién sabe si no acudirán otros albatros a comérselos de nuevo.

Incluso si la tomó por razones equivocadas, su decisión es la correcta.

Dos horas más tarde, vuelven a parar. Lucie se ha quedado en el coche, haciendo como que duerme pero con el teléfono en la mano, esperando un mensaje que no llega. Sentada en una mesa alta, redonda, junto a las máquinas de café, la luz pálida añade al rostro de la Hiena

diez años de cansancio. Le dice:

—Hay que estar en la más absoluta confusión mental para elegir la verdad antes que la mentira, o la virtud antes que el vicio, lo sé. Pero no puedo dejarte en paz. Dime qué quieres hacer.

—Volver a mis estudios… De verdad, no sé de qué me hablas.

—Pero estas dos horas, en el coche, tenías pinta de estar pensando mucho.

—Sobre las ganas que tengo de volver a ver a mi familia.

—Si quieres no vamos. No volvemos a casa de tu padre. Te llevo a donde tú me digas.

—¿Eres una pedófila o qué?

—Si te hace sentir mejor, sepas que no le hago ascos a nada. Venga, te llevo, tenemos el coche. Haremos lo que tú quieras. Solo cancela lo otro. Dame diez días, solo diez días para comentarlo juntas. Si quieres nos podemos infiltrar en un equipo de baloncesto. Diremos que somos periodistas. Imagina: veinte tíos en un bus, más el chófer, el masajista, el entrenador… o lo que te dé la gana. Por ejemplo, si tanto te flipa la política, nos vamos a Chiapas, nos pondremos unas capuchas y te enseño a disparar. O a Rusia, ¿qué me dices?, nos vamos a Rusia a conocer a la juventud blanca de un gran país. Podemos hacer un viaje por las grandes catedrales de Europa, si eso es lo último que te pone. Lo que quieras. Pero cambia de planes, no vuelvas a casa de tu padre.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Sé que es pesado. Te veo y sé que es pesado. No va a suceder como tú crees.

Si se empeña es divertida. Y está motivada. No hace tanto, Valentine la habría escuchado. Pero ya está, ya ha confiado en bastante gente para lo que le queda de vida. Está cansada de sus gestos, de todos ellos. Puede apreciar su vacío. Se aferran a cualquier cosa. La detective se aferra a ella. Lucie se aferra a su teléfono. Están vacíos. Todos. Lo que le propone la detective es la superficie de la vida. Una huida hacia delante. Olvidar lo esencial. De todo eso ya ha consumido bastante. No quiere más. Son placeres que siempre acaban dando resaca. Valentine suspira:

—No se preocupe por mí. En serio. Es usted muy amable. Pero no se preocupe por mí.

En el parking dormitan los camiones, una hilera de carcasas metálicas. La Hiena vuelve al volante, despierta a Lucie:

—Ya está, es oficial. Somos una especie en vías de extinción.

Valentine sonríe. Espera. Ha dejado atrás cualquier incertidumbre. No tiene ninguna duda.

Llegamos a París al amanecer. Los edificios, el cielo, las aceras, todo parecía gris. Los uniformes de los empleados municipales regando las calles a manguerazos destacaban como manchas verdes.

Encontramos sitio para aparcar justo enfrente de la puerta de los Galtan. Valentine no dijo gran cosa durante el viaje. La Hiena cortó el contacto:

—Yo no subo. Os dejo aquí.

Salió del coche, cogió su bolsa del maletero. Luego se volvió hacia la niña: «¿Estás segura de que no quieres venir conmigo a dar una vuelta por la ciudad?». A mí me pareció que hacía una montaña, solo por despedirse de ella, total, apenas se conocían. Me sorprendió que me dejara allí, sin preguntarme cómo íbamos a hacer para el pago. Pensé que me llamaría más tarde. Cuando me llegó el turno, me dio un abrazo. Me pareció obvio que el cansancio la había ablandado. En ese momento no le di más vueltas. Hacía frío. Vi cómo se alejaba y luego desaparecía a la vuelta de la esquina. Su silueta alargada, de espaldas, tenía algo de conmovedor.

Cuando me volví hacia Valentine la encontré pálida, los rasgos tensos, lo atribuí a la noche en vela, la emoción y el cansancio acumulado. En el ascensor, me asaltó la sensación de estar haciendo una estupidez. Esta vez lo atribuí a que regresar a París significaba regresar a la oficina, a los seguimientos miserables, y quizás no volver a ver a Zoska. Aquella mañana decidí no tener en cuenta ninguna de mis intuiciones.

Después le he dado tantas vueltas a ese momento. Era evidente que algo no marchaba bien. Pero estaba cansada, tenía la cabeza en otra parte, no presioné el botón de alarma del ascensor, no grité: «Venga, va, que nos largamos». Contrariamente a sus costumbres, los Galtan

fueron amables. Nos esperaban con café y una montaña de cruasanes. Estaban más despiertos que nosotras. Se los veía aliviados, aunque sin pasarse de efusivos. Jacqueline, vestida de negro, como una viuda a la antigua, no dejaba de agradecérmelo. Cuando hacías lo que ella quería era tan dulzona como agresiva cuando le llevabas la contraria. A Valentine no le presté atención, sí advertí la rigidez de su sonrisa cuando la abuela le acariciaba el pelo y le repetía: «¿Estás bien, cariño? ¿Estás bien?». El padre se sentía incómodo, buscando los gestos, las palabras. La madrastra y sus hijas llegaron al salón pasados unos minutos. Debieron de acordarlo previamente y les pareció oportuno darle tiempo a Valentine para estar un poco a solas con su familia. En ese momento, lo único que me preocupaba era lo raro que me iba a resultar verme otra vez sola. Y si Zoska me olvidaría de inmediato o me enviaría algún mensaje.

Luego me despedí de Valentine, un poco secamente, porque durante todo el viaje apenas me había dirigido la palabra. Le di unas palmaditas en el hombro, diciéndole que me alegraba de que estuviera bien, por fin de vuelta en casa. Su expresión en ese momento no la recuerdo. La verdad es que no le presté atención. Estaba contenta de tener en el bolsillo el sobre con el dinero, que la vieja me había entregado con una discreción afectada, como si se tratara de un aguinaldo. Una vez más, me pregunté cuándo vendría la Hiena a cobrar su parte.

Al llegar a casa estaba emocionada y cansada. Habían pasado un montón de cosas, pero una vez que entré por la puerta, fue como si hubiera salido el día anterior, nada había cambiado. Llamé a la oficina, dije que no me iba a pasar hasta la tarde. Agathe estaba indignada por que no le hubiera dado noticias con mayor regularidad, aunque impresionada de que todo hubiera acabado bien. Deucené estaba aliviado pero distante, creo que tenía miedo de que aprovechara para pedirle un aumento, prefería prevenir que curar, y no mostrarse demasiado elogioso. Pero también él estaba contento de poder cerrar el caso. Y decir que la empresa había solucionado el asunto. Cuando se enteró de que habíamos conducido toda la noche, me aconsejó que me tomara el resto del día libre. Nunca lo había visto tan magnánimo.

Me instalé Skype en el ordenador. Luego esperé a que se conectara Zoska. Estaba más cariñosa que cuando me marché. Aprisionada en un marco en la pantalla de mi ordenador. Estar con ella sin que ella estuviera allí de verdad me resultó frustrante. Me dormí temprano. Al despertar al día siguiente, sentí una tristeza allá al fondo, como un polvo gris sobre mis pensamientos. No lo tomé como una premonición. Salí de casa a eso de las once. Fui a la oficina andando. Pensé en renunciar. Valoraba la posibilidad de mudarme a Barcelona. Todo lo que tenía que hacer era armarme de valor, hablar con Zoska y ver cómo reaccionaba ella. Contarle mis planes de entrada me pareció un poco prematuro.

Al empujar la puerta, no sabía qué esperar. Me había pasado siete días en Barcelona sin tener al día al jefe, todavía no había redactado una palabra del informe. Deucené se tomó su tiempo para recibirme, quince minutos, de los cuales pasó diez al teléfono haciéndome señas de que tuviera paciencia. Luego dijo que estaba contento. Que quería el dosier cerrado encima de su mesa a primera hora del día siguiente, y que esperaba que no me hubiera pasado con la cuenta de gastos. Ni me planteé explicarle que la familia se encargaba de todo.

Cerré la puerta de mi despacho, vino Jean-Marc a tomar un café, el traje gris oscuro le quedaba bien. Le dije que estaba enamorada. Nunca le había hablado de mi vida personal, pero me moría de ganas de contárselo a alguien. En cuanto entendió que se trataba de una chica, la historia empezó a interesarle, hasta el punto de que, de repente, se me fueron las ganas de seguir hablando.

Rafik me llamó justo antes de la hora de almorzar, preguntándome si quería que me esperara para comer juntos. Primera división. Sin embargo, no me apetecía nada estar allí. Tenía frío, un frío persistente. Me sorprendió, pero echaba de menos a la Hiena. Me hubiera gustado que me llamara.

A la mañana siguiente no entregué el informe, no había escrito ni una línea. Tampoco un día después. Agathe se mostraba más educada conmigo, me lo reclamaba con un respeto del que no la sabía capaz. Había ascendido, entonces lo vi. Y no me causó el menor placer. Quería

que Zoska me dijera que se había pillado un billete a París, o que me pidiera que fuera yo allí lo antes posible. Pero el amor vía Skype parecía bastarle. No entendía por qué la Hiena no trataba de ponerse en contacto conmigo. Me decepcionó que me dejara ir tan fácilmente. El lunes, su silencio llegó a cabrearme. Necesitaba su ayuda para cerrar mi informe. No sabía cómo contactar con ella.

Esa mañana logré escribir algunas páginas. Pero mi ímpetu acabó en nada, y antes de la hora de comer ya estaba en internet, tirándome el tarot en la web de *Vogue*, haciendo preguntas varias sobre mi historia con Zoska y sobre la importancia que iba a adquirir en mi vida. Las cartas eran buenas aunque enigmáticas, y ahí estaba yo, toda concentrada, cuando Jean-Marc entró en mi despacho sin llamar a la puerta. Lívido, tratando de mantener la sangre fría:

—Ha habido un atentado en el Palacio Real. Voy a la planta baja a ver la tele, ¿te vienes?

—¿En el Palacio Real? ¿Te refieres a París? ¿Desde cuándo dejan entrar a islamistas ahí?

Como una idiota, tuve tiempo de decirme que eso de ser importante resultaba agradable, y me fui con él con la cabeza bien alta.

Abajo, delante de la pantalla plana del gran salón de la planta baja, había una decena de personas de pie. Y un silencio de camposanto. Las ganas de hacer bromitas habían quedado atascadas allá al fondo de la garganta. Tardabas un rato en comprender lo que estabas viendo. Tenías que hacer un esfuerzo para convencerte de que lo que estabas viendo eran las noticias, y no el tráiler de una próxima película de gran presupuesto. Los presentadores de la cadena hablaban en un tono plano, se veía que habían dejado a un lado su propio cerebro y hacían su trabajo en piloto automático, un tanto inseguros de lo que había que decir.

El humo aún no se había disipado. Las cámaras se mantenían a una cierta distancia. Las imágenes tomadas desde el suelo no mostraban más que una espesa cortina negra. Los planos desde el helicóptero ya eran otra cosa. En algunos lugares, el fuego había amainado. Lo más extraño era lo que no había sido destruido, sino desplazado por la

fuerza de la explosión. Y lo que más les costaba procesar a nuestros cerebros era aquello que reconocían. Las tejas grises empapadas de sangre, una bola de colores de la estación de metro, intacta y proyectada a unos cien metros de su habitáculo original. Un árbol todavía en pie. Un banco volcado. Una farola seccionada. La decoración recientemente dorada de una reja. Un fragmento de escultura de un frontón, un querubín regordete portando una pesada espada. Una columna de Buren había aterrizado intacta en la copa de un árbol que seguía en pie. Los restos aún reconocibles atestiguaban que aquel montón de escombros negros que los rodeaban fue una vez el Palacio Real. El terror acababa de cortar de raíz cualquier vínculo con una normalidad ahora devastada.

En la sala, la primera observación fue:

—Alguien, en algún lugar en las altas esferas del poder, debe de haber querido cambiar una bombona de butano y aquí tenemos el resultado: el Palacio Real por los aires.

—Como Capri, pero en más malvado.

Trataban de hacerse los graciosos, pero no les alcanzaba el ánimo.

—Pero ¿había gente dentro?

—A estas horas, ¿a ti qué te parece?

—¿No se ve ningún cuerpo?

—Espera a que se disipe el humo… entonces me lo dices.

—No tiene que ser necesariamente Al Qaeda, ¿sabéis que ETA había advertido de que iba a atentar?

—¿En París? ¿Estás de broma o qué? ¿O es que ahora resulta que los vascos van a reclamar la independencia de la Île-de-France?

—Han dicho que se estaba celebrando una ceremonia. ¿Alguien se ha fijado en qué era?

—Pero ¿qué era eso exactamente? ¿Un ministerio?

—No, el Palacio Real. ¿En qué mundo vives?

—Mierda, pues yo tengo una amiga que vive enfrente, voy a intentar llamarla.

—Esto es muy raro, ¿te acuerdas?, parece como Haití.

—O como Chile.

—Sobre todo hace pensar en las Torres Gemelas.

Y habrían seguido con cualquier otro lugar del globo arrasado por una bomba, por un terremoto o por la poderosa mano de un gigante cabreado. Poco a poco, la vida retomaba su curso y la gente empezaba a decir tonterías. A mí me fallaban las piernas y el cerebro no me respondía.

En la pantalla, el decorado circundante se reconocía a la perfección. Ese paisaje insólitamente familiar. Sentí ganas de vomitar.

En la calle se oían pasar ambulancias a todo trapo. Estábamos a un paso de donde había sucedido todo. Había que repetírselo una y otra vez para creerlo. Como todos los demás, yo había pasado muchas veces por el Palacio Real y nunca le había prestado atención. Recordé que, un día soleado, en la terraza que antes había allí, volví a empezar a fumar con un tío que me gustaba pero al que acabé dejando por otro. Justo en ese lugar.

Rafik vino a verme. Me pasó el brazo sobre el hombro como si fuéramos hermanos y quisiera mostrarme que podía contar con él, pero también que me preparara para ser fuerte. En ese momento supuse que estaría turbado, hasta me planteé si es que le gustaba, y pensé en cómo dejarle claro lo antes posible que no se hiciera ilusiones. Desde entonces, he reflexionado muchas veces sobre ese gesto: ¿acaso ya lo sabía? ¿Quién estaba al corriente? ¿De qué? ¿Quién me manipuló? ¿Quién me apoyó? ¿Qué pasó exactamente y qué papel jugué exactamente?

Llamé a Zoska. Todo el mundo en la sala estaba telefoneando. Ella ya se había enterado, en su entorno nadie hablaba de otra cosa. Repetía: «Es una locura, es algo tan gordo que no puedo ni creerlo». Y entonces vino a buscarme Jean-Marc, me llevó aparte, Rafik tenía una cara rara.

—Galtan estaba dentro. Le estaban entregando la medalla de caballero de la Orden de las Artes y las Letras.

No quise entenderlo. Lo entendí perfectamente, pero me negaba a creerlo. Bastante tenía con tragarme todas aquellas imágenes como para, además, dejarme intoxicar por ese detalle descabellado: François Galtan, ese tipo que unos días antes me preguntaba si quería azúcar

para el café, estaba bajo los escombros. Una morena de pelo largo y brillante que llevaba una camiseta amarillo chillón y unas zapatillas azul eléctrico se puso a dar gritos y a sacudir las manos como si se estuviera quemando: «¡Venid ahora mismo! ¡Venid!». Y sin mediar palabra, fuimos todos hacia su pantalla. Su entusiasmo daba miedo: ¿qué podía haber tan excitante que superara lo que acabábamos de ver?

«Soy la peste, el cólera, la gripe aviar y la bomba A. Soy la mierda en tus ojos, una zorrita antiarmisticio, mi corazón no comprende sino el vicio. Transuranianos, humanos anormales, contaminantes universales».

Comenzaba como una de esas poesías que se leen en la escuela, con ese tonito esmerado del slam. Valentine iba toda de blanco. Los ojos rodeados por un cerco negro. Hablaba tranquilamente frente a la webcam. Sentada en el escritorio de su habitación. Todas las miradas se centraron en mí. Estaba vacía. Toda mi energía monopolizada: no quería creerlo. Debido al dispositivo, el documento tenía un lado inofensivo: una niña haciendo sus cositas en su cuarto, con su ordenador. ¿Por qué estábamos viendo eso?

«Vomito sobre todos vosotros. Lo que voy a hacer, lo voy a hacer sola. Si alguien reivindica mi gesto, es un embustero patético. Voy a hacerlo solo por diversión. Y espero que sigáis el movimiento».

Luego Valentine alargó el brazo derecho para bajar la cámara hacia su ombligo, presentó un cilindro de metal brillante, de unos quince centímetros de longitud por tres de diámetro —las dimensiones las iba a conocer todo el mundo, rápidamente, y a compararlas con las de un pequeño vibrador, o las de un gran tampón—, se desabrochó el cinturón con la mano izquierda, se bajó los pantalones y, ya de pie —ahí se apreció que no llevaba bragas, aunque a casi nadie le pareció sexy—, con la pelvis hacia la cámara, puso un pie sobre el escritorio, clásico ángulo porno, se metió el tubo hasta el fondo de la vagina y volvió a subirse la cremallera de los vaqueros, dio un golpecito de riñón al aire, luego enderezó la cámara, y se acercó a ella para concluir

sobriamente:

—¿La quieres? Cógela.

Final del plano. La película había sido subida a internet diez minutos antes de la explosión, bajo el seudónimo «Little Girl», desde el iPhone de François Galtan, que probablemente Valentine había tomado prestado justo antes de la ceremonia. Cuentan que el arco detector de metales había sonado, pero que la niña anunció con orgullo que debía de ser por el piercing que en España se había puesto en el clítoris, y que a nadie le pareció oportuno insistir, que le pidieron que entrara y se callara. Eso es lo que se dijo después, pero ya no había nadie para certificar que era verdad. La bomba no tenía nada de artesanal. Voló los edificios a cuatrocientos metros a la redonda. Luego se estuvo diciendo que si se trataba de un prototipo en miniatura de una bomba electromagnética que no habría funcionado. Debería haber bloqueado la electricidad y las emisiones de radio y teléfono de la ciudad durante varios meses. Lo único que se sabe, y de lo que se puede estar seguros, es que Valentine no manufacturó esa cosa con lo que tenía por casa, y que la bomba explotó.

El texto lo leyó tranquilamente, encendiéndose un cigarrillo cuando iba por la mitad, se lo sabía de memoria. Para alguien que iba a hacer lo que iba a hacer, podría decirse que estaba relajada: la mirada fija en la cámara, sin apenas cambiar de expresión. Me volví hacia Rafik:

—Debe de ser una puta coincidencia. Es un fake, ¿no?

Rafik no dejaba de mirar la pantalla. Eso me irritó. De haber estado sola, la habría apagado en el acto. Y me habría puesto a hacer otra cosa, como si no lo hubiera visto. Pero en ese momento, el mundo entero estaba viendo ese vídeo, de hecho iba a batir todos los récords de reproducciones. Y no habría de permanecer mucho tiempo en internet. En menos de cinco horas lo acabarían retirando de todas las webs, primera muestra de una censura a escala planetaria. El atentado del Palacio Real, que pronto sería bautizado como el «Baño de sangre Valentine», sin duda para sustraerle al drama cualquier posible connotación política, habría de ser interpretado desde muchos puntos de vista como el acontecimiento inaugural de la política del tercer

milenio. Nos iba a permitir descubrir que, en última instancia, y siempre y cuando los gobiernos estén lo suficientemente motivados, controlar internet tampoco es tan complicado. En el caso Valentine, desde Polonia hasta la China, pasando por Siria, Egipto o Israel, todo el mundo iba a ponerse de acuerdo: dejar que esa chavalita fuese aireando sus majaderías por internet no servía de nada. ¿Miedo al contagio? Puede.

Oficialmente, todo respondía a la necesidad de respetar a los familiares de las víctimas. Por una vez, no había sido necesario recurrir a la pedofilia ni a la dignidad de la mujer para justificar la censura. Todos los Estados del mundo se habían dotado de un arsenal legislativo que se ajustaba perfectamente a la situación. Incluso Venezuela se subió al carro.

En la planta baja, la gente empezó a recoger sus cosas, primero lentamente, luego presa del pánico: ¿y si la bomba era radiactiva? Se multiplicaron los rumores: posibles lluvias ácidas, brutal corte de la electricidad, probabilidad de monstruosas inundaciones… Lo siguiente fue un pequeño éxodo, una especie de 15 de agosto improvisado. Los coches y los trenes iban llenos, gente corriendo sin más por las carreteras de salida. Otros se quedaron, convencidos de que en caso de que explotara una bomba termonuclear, correr no iba a servir de nada: pesimistas, alcohólicos, saqueadores dispuestos a aprovechar la ocasión y algunos perdidos como yo. Fue una falsa alarma: la bomba, al final, resultó estar limpia.

La cronología exacta de ese día no la acabo de recordar, pero muy pronto estaba sola en la planta baja, sola con Rafik y con Jean-Marc, bebiendo whisky. El hecho de que se quedaran conmigo en lugar de largarse me lleva a sospechar que conocían mejor que nadie la naturaleza de la explosión. Aunque igual son cosas mías, y su pragmatismo se debiera a un shock emocional comparable al mío. Jean-Marc estaba arrodillado frente a mí, como cuando le hablas a un crío. A media voz, me explicaba unas cosas que yo no escuchaba. Le interrumpí:

—Habría que hablar con la Hiena.

Cuando dije eso, lo noté triste por mí. Acababa de darse cuenta de lo poco preparada que estaba yo para afrontar lo que se me venía encima. Ignoro si me ayudaron, o si se aprovecharon de mí. Me levanté:

—¡Tengo que hacer una llamada!

Jean-Marc me cogió por la muñeca, firmemente, negando con la cabeza. La oficina estaba vacía, yo ya no recordaba por qué se había marchado todo el mundo, ni siquiera me lo planteé.

Los parisinos regresaron a la ciudad al día siguiente. El turismo se disparó: todo el mundo quería ir a ver la Zona Cero de la Ciudad de la Luz, y no solo la Torre Eiffel.

Hubo un montón de gente a quien aquello le pareció formidable. Especialmente a muchos universitarios, que a pesar de no haber cogido un arma en su vida, ni haber pasado siquiera una noche en la cárcel, escribieron soberbios artículos sobre el tema. Autores de todas las edades, de todos los bandos, hicieron volar sus diez deditos para redactar flamígeras declaraciones sobre el icono nihilista. Ellos pensaban por ella, ella actuaba por ellos, el sistema cuadraba a la perfección. Otros, en cambio, le leyeron la cartilla a esa imbécil, con la meliflua arrogancia que solo la comodidad confiere. Numerosos periodistas, que habían sido la voz de su amo durante toda su vida, tomaron partido por ella. Con fervor. Algunos artistas consideraron oportuno clamar por el acontecimiento decisivo: la insurrección. Otros, por el contrario, desaprobaron formalmente un gesto tan pobremente sustentado. Hubo quien expresó su repugnancia por haber presenciado cómo la niña se metía la bomba. Su declaración fue inmediatamente reapropiada, modificada, cantada, tergiversada, copiada, traducida. Su pobre momento de gloria. Morbosa. Los familiares de las víctimas fueron entrevistados por los medios de comunicación más diversos, magnificando sus agitados testimonios. Pero lograron ganarse el favor del público. Todo el mundo se consideraba concernido por el drama. Millones de internautas inundaron la red con sus opiniones. No tenían miedo. Hacía falta algo más que eso para impresionarlos. La culpa era de los videojuegos, la culpa era del divorcio, la culpa era del calentamiento global, la culpa era del presidente, la culpa era de los

azúcares añadidos, la culpa era del pueblo judío, la culpa era de los sin papeles. Hubo a quienes les pareció terrible que el vídeo ya no estuviera disponible, y hubo quienes pensaban que eso era lo menos que se podía hacer. Algunos aprobaron la intención, mas no así la elección del sitio; ellos, en su lugar, lo hubieran hecho mejor. Y hubo quien se quejó de que, una vez más, era una «hija de» la que acaparaba toda la atención. Porque a todo esto, François Galtan se convirtió en un autor mundialmente conocido. La posteridad abrió el foco y en las webs de venta de libros todas sus novelas se pusieron a la cabeza de las listas.

Semejante excitación podría haber sido solo pasajera, anecdótica, si no fuera porque la reprimieron de una forma ejemplar. Los comentarios primero fueron bloqueados, y luego borrados. Seguridad de los Estados. Las primeras sentencias llegaron con gran rapidez. Desde hacía tiempo, el marco jurídico había sido modificado para que, en caso de tratarse de terrorismo, el juicio se llevara a cabo con carácter de urgencia. Un mensaje de apoyo para que volvieran a poner el vídeo online: diez años. En la tele sacaron mucho a aquel viejo escritor entrando en la prisión de Fleury. Le cayeron quince años, en alta seguridad. Parecía más sorprendido que abrumado. Apenas podía creer lo que le había sucedido. Se limitó a hablar de una cara bonita, y a decir que los niños de hoy en día tienen buenas razones para estar enfadados. Se necesitaban ejemplos, rápidos y fáciles de descifrar. Hubo también lo de ese chaval de dieciséis años, un americano gordo con cabeza de bebé insolente: treinta años. Había puesto el vídeo en peer to peer. Se modificaron algunas leyes que inicialmente habían sido pensadas para infracciones del copyright, endurecieron las penas y fueron votadas con urgencia: cualquier agente estaba autorizado, en cualquier momento, para proceder al control de cualquier ordenador o teléfono, y para confiscarlo en caso de duda. El vídeo no debía circular bajo ningún pretexto, y lo mismo con cualquier comentario insidioso sobre lo que había sucedido. Se apeló al civismo de los ciudadanos. A la gente se le pasaron las ganas de hablar del asunto. Sobre el hecho de que, pasadas varias semanas de la tragedia todavía no se supiera nada sobre la

bomba, no aparecieron demasiados artículos.

Se instalaron cámaras de vigilancia en los cibercafés. Los Estados fueron adoptando en cadena leyes más represivas. Hay quien dice en voz bajita que algunos hackers no cejaron en su empeño, pero acceder a esos foros de discusión sobrepasaba con creces mis competencias en la materia.

Internet se vio invadida por artículos aprobados por los gobiernos. Cualquier tipo de teoría conspirativa era fruto de la imaginación de esa gente imbécil que siempre se empeña en interpretar la realidad a su gusto y de conferirle un sentido. Se impuso una versión oficial, traducida a todos los idiomas: Valentine Galtan, triste figura, se hallaba en un estado de confusión mental avanzado. Víctima de la droga, del abuso sexual y de la influencia de sectores de la extrema izquierda. Asistí con estupefacción a cómo se difundían por internet las fotos de mi dosier de seguimiento. Ninfómana, drogadicta, una niña descarriada. Aprovecharon para aconsejar a los padres que se mantuvieran atentos a las señales de angustia manifestadas por sus hijos. Atentos y eficaces: una pizca de severidad podía salvar cientos de vidas humanas.

La abuela de Valentine hizo unas declaraciones tan cabales que me impresionaron. Se negó a obedecer y siguió afirmando que su nieta no había podido actuar sola.

Jacqueline Galtan murió al cabo de muy poco en el hospital, por culpa de las lamentables complicaciones de una gripe muy fuerte. La madre de Valentine, Vanessa, fue interrogada por la policía, pero su declaración no convenció. Había demasiadas zonas borrosas y contradicciones. Hasta donde yo sé, sigue en la cárcel. De paso se descubrió que estaba involucrada en varios montajes financieros sospechosos, la información fue ampliamente difundida. A Yacine y a su hermana Nadja los acusaron de complicidad, nunca confesaron, pero que yo sepa, tampoco ellos salieron nunca de la cárcel. Su madre murió poco después atropellada por una moto cuyo conductor se dio a la fuga. También pusieron en busca y captura a varios activistas de extrema izquierda, sin resultados. A excepción de un tal Charles Amocrana, que

se hacía llamar Carlito, y que se suicidó en su celda antes de que terminaran los interrogatorios. Yo también figuro en la lista de testigos desaparecidos. Pero sin etiqueta política.

A pesar de la eficacia de la censura, siguieron circulando rumores. No se consideró apropiado cortar la lengua de quienes hablaran de los hechos, siempre y cuando no lo hicieran en público. Los gobiernos se mostraron magnánimos. Se dice que la lista de personas a las que se condecoraba ese día era llamativa. Un periodista que había amenazado con hacer revelaciones cruciales sobre la vida privada de altos dirigentes. Un ministro a punto de perder un juicio por oscuros manejos de dinero, y que, según se decía, podría tirar de la manta. Un cantante imbécil que se había ganado el cabreo del presidente, diciendo a diestro y siniestro que era un salido y le iba pegando la gonorrea a todo el mundo; la gente se preguntaba qué pintaba con una medalla de la República. Incluso salieron los nombres de las camareras, finalmente implicadas en una red de prostitución que se habrían propuesto denunciar.

Todo lo cual me lleva a pensar que, ese día, Rafik y Jean-Marc me dieron un buen consejo: huir. No esperar a que viniera la policía a interrogarme. Antes incluso de advertir las dimensiones que tomaba el asunto, me dijeron que la policía no se iba a creer ni de lejos mi versión de los hechos. En cuanto les dijera que no sabía nada, se pondrían nerviosos. Lo mismo que cuando les contara que, un buen día, a la Hiena se le ocurrió ir a dar una vuelta por un barrio del centro de Barcelona y, mira tú, qué casualidad, allí estaba la niña, justo en aquel bar. Y que sí, sí, a mí aquello me sorprendió, pero es que yo, cuando todo eso sucedía, andaba enamorada y no le di muchas vueltas. Rafik dijo «No se lo van a tomar bien», a lo que Jean-Marc, sirviéndome un poquito más de whisky, asintió. Cuando dije que no tenía ni idea de cómo contactar con la Hiena, salvo a través de un amigo común que tenía un bar, Rafik dijo: «No se lo van a tragar, créeme». Rafik me pidió que dejara el móvil en mi escritorio, yo quería borrar el número de Zoska para protegerla, pero él me señaló que era una precaución irrisoria. Ahí fue más o menos cuando acabé de volver en mí, al darme

cuenta de que, si huía, la estaría poniendo en peligro, tanto a ella como a otras personas con las que estaba en contacto.

Jean-Marc me llevó en escúter a una casa en Bougainville de la que tenía llaves. El viaje duró buena parte de la noche, seguía habiendo un montón de gente tratando de salir de la ciudad. Le pedí que parara en una cabina telefónica, desde allí llamé a Zoska.

—Esto es una mierda. Por teléfono no te lo puedo contar. Pero ojo, porque también pueden estar buscándote. ¿Tienes el teléfono a tu nombre?

—Por supuesto que no. ¿Dónde estás? ¿Estás sola? ¿Cómo hacemos para vernos?

—No lo sé.

—Cariño. Recuerda el nombre del bar donde te dije que trabajaba. No lo pronuncies. Esta noche estaré allí. Llámame en una hora y ten preparado el número de una cabina telefónica donde pueda contactarte esta noche. ¿De acuerdo?

Su sangre fría me tranquilizó. La casa en la que me dejó Jean-Marc era todo un piso franco, con sótano, sin ventanas y con un mobiliario impersonal que recordaba al de un hotel. Al día siguiente, Rafik me trajo un carnet de conducir falso, con la foto que yo había puesto en mi CV cuando llegué a Reldanch, en la que, francamente, parezco un besugo. Ahora me llamo «Blanche Laure». Yo me pregunté cómo se las habría arreglado tan rápido, con París patas arriba como estaba.

No tenía miedo. Eso vino después. Le pregunté si mis padres no se iban a preocupar, y él, pensando que así me tranquilizaría, me dijo que no los iban a tener detenidos mucho tiempo, pero que era crucial que no supieran dónde estaba, de lo contrario no les costaría hacerles hablar. Efectivamente, creo que mis padres no pasaron más que una semana en prisión… Más tarde, hice que Zoska les enviara dos postales con un «Hasta pronto, todo va bien» escrito al dorso, y firmadas con los nombres de mis dos abuelas, confiando en que lo entenderían. Me pregunto si habrán vuelto a hablarse, si cuando las reciban se habrán llamado.

Rafik me dio tres mil euros en efectivo y me advirtió de que fuera

con ojo, que se van muy rápido. Parece ser que en Reldanch habría una caja negra para «este tipo de casos». No es algo que suceda todos los días, este tipo de casos, y la política de la empresa no contemplaba proteger a sus agentes. Sobre este tema no sé más de lo que sé sobre el resto: ¿me dio dinero de su bolsillo? ¿Se lo entregaron a él para ayudarme a desaparecer?

Jean-Marc vino a despedirse, nos tomamos un café soluble malísimo de pie frente a la cocina americana del estudio. Rafik me aconsejó Argentina, decía que allí están acostumbrados a que llegue gente a empezar de nuevo. Jean-Marc me veía más bien en Polonia. Me desaconsejó Suecia, demasiado administrativa, demasiado fácil que me descubrieran rápido. De todos modos, yo no tenía la menor intención de irme a un país donde hace frío todo el tiempo y casi nunca es de día. Todo estaba muy bien organizado. De repente sentí ganas de llorar de gratitud. En los meses siguientes, me pregunté más bien a quién estarían protegiendo, y por qué era tan importante deshacerse de mí. Ellos ya habían visto a otros antes que yo caer sin protección entre las garras del Estado. ¿Se trataba de proteger la empresa?, ¿a la Hiena?, ¿cumplían una misión para algún tercero?, ¿las órdenes venían de arriba?, ¿de al lado?, ¿de abajo?, ¿de cualquier otro sitio? Nunca lo supe. Al final, eso fue lo peor. Peor que perder todo lo que era antes. Es como un agujero negro, un lugar al que no debo acercarme demasiado: ¿qué había sucedido exactamente?

Se fueron y me pidieron que dejara las llaves en el buzón, en el que no figuraba ningún nombre, y que no me quedara más de dos días. Tuve que agarrarme a la cama para no ponerme a suplicarles que se quedaran. Si no lo hice no fue por dignidad, sino porque sabía que no serviría de nada.

Tal como habíamos quedado, Zoska me llamó. A ellos no les dije que me proponía salir de la casa hasta el final de la calle para atender la llamada. Vi enseguida que en verdad era peligroso, que en esas calles residenciales no había un alma. Pero no podía hacer otra cosa. En cuanto oí su voz, me puse a llorar. Ella me dijo que mi nombre ya estaba en los periódicos y en la radio, y que de detectives no me

citaban más que a mí, nada sobre la Hiena. Luego me preguntó dónde estaba. Le respondí que no debía decírselo a nadie. Ella me hizo notar que así no le iba a resultar sencillo dar conmigo. Una vez más, pensé que era peligroso, pero prefería correr ese riesgo antes que seguir sola.

Me preguntó si la estación de Bougival me quedaba lejos, yo no tenía ni idea. No me dio tiempo a vacilar, dijo que al día siguiente estaría allí a partir de las diez, en moto, que llevaría un casco integral para mí. Parecía tenerlo todo perfectamente organizado. Eso me tranquilizó.

Al día siguiente, al verme llegar, Zoska apagó en el suelo su cigarrillo y me dio un casco, yo me subí. Me agarré a su espalda y nos fuimos.

Desde que dejé Barcelona, había estado jugando conmigo al yoyó, y además con gran precisión: te llamo y soy muy tierna, ya no contesto a tus mensajes, te prometo que pronto iré a visitarte, te advierto de que no tengo tiempo, te llamo en mitad de la noche para decirte cositas cachondas, apago el teléfono todo el día siguiente. Le funcionó la mar de bien, yo andaba todo el rato pendiente del móvil. Pero esa chica a quien apenas conocía se pasó la noche conduciendo su moto para reunirse conmigo, luego me llevó a la Bretaña, a una casa que había alquilado previamente. Yo temí que no fuera una buena idea. Pero con el tiempo fui viendo que se sentía cómoda con la clandestinidad, que tenía experiencia. Podía confiar en ella para que se encargase correctamente de lo que fuera surgiendo.

Llegamos por la tarde, las llaves estaban escondidas bajo unos troncos. El jardín trasero quedaba encerrado por los edificios de dos fábricas, sin ventanas. Podía salir sin ser vista y disfrutar de la luz del día sin abrir las persianas que daban a la calle. Le dije que, comparado con Río de Janeiro o Moscú, me daba a mí que Douarnenez quedaba un poco cerca. Pero a Zoska la Bretaña le gusta. Pensó que podíamos quedarnos un par de semanas, luego a Inglaterra en ferry, y allí a Londres a tomar un avión. Para ella lo suyo era marcharnos a Brasil. Aunque enseguida se dio cuenta de que yo no estaba en condiciones de ir a ninguna parte. En cuanto llegamos a la casa, me derrumbé.

Durante los primeros tres meses, me estuve debatiendo entre la inercia, la ira ciega, la angustia, la tristeza y el terror. Bajo mi piel

correteaban un montón de ratas sin encontrar la salida. Cada momento de calma era solo el preludio del siguiente colapso. Las preguntas que me planteaba se enredaban, se contradecían, no me dejaban en paz sino después de haberme torturado durante noches enteras. ¿Qué sabía la Hiena? ¿A quién conoció Valentine? ¿Qué sucedió ahí? ¿Acaso Rafik estaba al corriente desde el principio? ¿La abuela sospechaba algo? De haber prestado más atención a lo que sucedía a mi alrededor, ¿las cosas habrían sido diferentes? ¿Qué pasó entre la Hiena y Valentine en el camino de regreso? ¿Por qué había muerto la gente que estaba allí ese día? ¿Una masacre buscada por quién? ¿Quién le suministró la bomba a Valentine? ¿Con qué testigo nos las habíamos visto, a quién no supimos identificar como especialmente peligroso?

Pasé tres meses obsesionada con el día de la explosión. Yo estaba en el vientre de Valentine, estaba en el cuerpo de François Galtan, estaba despedazada por el impacto, estaba en las manos de los bomberos. Perdí mi identidad. Todo aquello que había sido antes, y que tan poca cosa me parecía entonces. Me disolví en el espacio.

Durante todo ese tiempo, Zoska iba y venía sin dejar nada demasiado claro sobre sus actividades. Y me iba cambiando el look todo el tiempo, descubrí que sentía una auténtica pasión por la peluquería. Fui siendo, de forma sucesiva, pelirroja, rubia platino, rubia ceniza o caoba. Llevé el pelo a lo bob, luego escalonado, al cepillo, de punta, en plan petarda, hasta que, al final, un día no podía soportar verme en el espejo y me afeité la cabeza al cero. De casa no salía, pero nunca tenía la misma pinta tres días seguidos.

Zoska había decretado que, para sacarme de la depresión, no había nada como la comida macrobiótica. Ella opina que la delgadez me queda bien. Cada vez que hay una corriente de aire pillo un catarro y me siento muy débil, pero no se lo discutí. Bastante tenía ya con la fobia que me daba salir. Y no se trataba de un miedo juicioso, sino de violentas náuseas acompañadas de vértigo con solo acercarme a la puerta. Zoska también decidió cambiar mi indumentaria de pies a cabeza, por un momento me vi como una francesa aburguesada de los años setenta. Temo que pueda corresponderse con su embriagadora

idea de la feminidad más aterradora.

Un día declaró que ya me encontraba mejor y que había que cambiar de escondite. Bajamos en coche hasta Sevilla. Fue desconcertante, me había pasado tres meses encerrada, aterrorizada por la sola idea de dar un paso fuera de la casa, y bastaron cinco minutos en el exterior para que me sintiera estupendamente. Cuanto más avanzábamos, más luz había y más sentía que lo peor quedaba atrás.

Sigo en busca y captura. Pasaron semanas difundiendo mi foto por todas partes. Estuvieron elucubrando sobre mi implicación en los hechos, preguntándose si no me habría secuestrado algún grupúsculo terrorista, temeroso de lo que pudiera revelar. Pero, a diferencia de Magali Thalbo, mi rostro no tardó en desaparecer de los medios. Me da a mí que a todo el mundo le interesa que siga en paradero desconocido. No sé por qué.

Vivo en Cantillana, un pueblo a pocos kilómetros de Sevilla que durante la temporada turística se llena hasta los topes. No tengo miedo de que me reconozcan. Cuando me miro en un espejo ya no parezco yo, ni siquiera para mí misma. Me ha cambiado la expresión.

La jugada sigue siendo tratar de llegar a Sudamérica. Una francesa que se parece a mí ha aceptado alquilar su pasaporte para el viaje, pero ha desaparecido. No importa, Zoska no tiene prisa. Aquí está bien. Sus negocios marchan. Durante mucho tiempo he vivido con miedo de que algún día no vuelva a casa, bien porque se haya cansado de su rol de enfermera, bien porque la pillen y la encierren unos meses.

Zoska es la mejor amante, colega, hermana y cómplice que se pueda imaginar. Durante meses no he hablado con nadie más. Nunca he sido muy sociable, me sentí cómoda enseguida pasando del resto del mundo. Con su compañía tengo de sobra.

Me trae noticias del exterior. Lo que oye decir, lo que encuentra en internet. Según las fuentes, la Hiena está en Chiapas, está en Gaza, está en una prisión de Ucrania, ha muerto en Chicago, trabaja en San Juan de Luz. Hasta en un convento en México dicen haberla visto. Para mí que, cuando trajimos a Valentine de vuelta, estaba al tanto de lo que iba a pasar. Pero no creo que haya tenido mucho que ver. Lo sabía, y

eso la mortificaba. Porque Valentine era especial. Cuando por fin dimos con ella, me sorprendió que a nadie se le hubiera ocurrido decirnos que olía bien, que su voz era hermosa, que tenía sentido del humor. Mientras la estaba siguiendo, la vi siempre de muy lejos. No conocía su olor, no conocía su sonrisa. No conocía nada de ella. Pero Valentine tenía una fuerza especial. Y creo que eso la Hiena lo supo ver. Y que hubiera preferido que todo fuera de otra forma.

Zoska tiene varias teorías: los autores en la sombra del atentado son los constructores de la bomba de útero. Toda esta historia, en el fondo, no ha sido más que un anuncio para promocionar su precioso aparatito y venderlo en el mundo entero. Los autores en la sombra del atentado son las fábricas de detectores de rayos X, que a partir de ese momento hubo que instalar en la entrada de todos los edificios públicos. Los autores en la sombra del atentado pertenecen al gobierno, que quería asegurarse la reelección y tener las manos libres. Los autores en la sombra del atentado son altos dignatarios de la Iglesia, que pretendían desestabilizar al Estado por acercarse demasiado a otras sectas que compiten con ella. Cuando trato de llevarle la contraria, ella hace chasquear la lengua: «No te enteras». Como yo, ha decidido contarse una historia en la que poder creer, porque la verdad no la conocerá nunca.

Valentine hizo lo que tenía que hacer. Era demasiado joven para interesarse por las variaciones diarias de los árboles, observar la luz sobre el agua, preguntarse por el destino de los barcos que se cruzan allá a lo lejos y llenar una vida con eso. Durante meses estuve furiosa con ella, sentía un dolor sordo e insoportable. Contra ella, o con ella, no lo acababa de tener del todo claro. Pensé en el momento en que volvimos a París, juntas, cuando su padre la abrazó. Su torpeza me resultó conmovedora. ¿Qué sintió ella en ese momento? Valentine hizo lo que pensaba que debía hacer. Como todo el mundo. A menudo pienso en todas las cosas que podría haberle dicho y escucho todas las cosas que podría haber respondido ella. Me he contado la historia tantas veces que he acabado por formular lo que sabía, y por inventar escenas que nunca presencié, para conseguir que el relato se mantenga

en pie, tal como yo me imagino que sucedió. Cuando tuve el relato listo, empecé a sentirme mejor. Volví a la vida, poco a poco. Un día, me di cuenta de que llevaba varias horas despierta y aún no había pensado en Valentine. Me sentí como Noé en el momento en que la paloma vuelve con una ramita en el pico. La verdad no voy a conocerla nunca. Queda la historia que yo me cuento, de una manera que me conviene, que me satisface.

La mejor Despentes. Una novela adictiva que navega entre el *noir* y la *road novel* para dibujar un satírico retrato social entre París y Barcelona.

«Despentes se ha convertido en una especie de heroína de culto, una santa patrona de las mujeres invisibles».
The New York Times

Valentine, una adolescente problemática que vive en el seno de una familia acomodada en París, ha desaparecido de camino a la escuela. Para encontrarla, su abuela contrata a una detective privada sin experiencia llamada Lucie Toledo, quien iniciará la desesperada búsqueda en compañía de La Hiena, una magnética investigadora que

sigue métodos poco ortodoxos y que fascina e intimida a Lucie a partes iguales.

Ambas viajarán de París a Barcelona en una épica investigación siguiendo el rastro de todos los que se han cruzado con Valentine: bandas de hardcore, okupas, estudiantes burguesas o monjas con segundas intenciones; un laberinto de personajes cuyas vidas se entrelazan peligrosamente con la de Valentine, y que desembocará en un apoteósico final.

Entre la sátira social, el thriller contemporáneo y el romance lésbico, Despentes explora a lo largo de esta novela las secuelas de la desigualdad social en Europa, así como el hedonismo destructivo de una juventud perdida. *Apocalipsis bebé* es un retrato contemporáneo que late desde la primera página gracias al magistral y corrosivo estilo narrativo de Despentes, quien ganó el Prix Renaudot en 2010 con esta misma novela.

La crítica ha dicho:

«La provocadora Virginie Despentes destaca como líder de una generación alegremente libertaria y desinhibida».
MP, *L'Express*

«Una obra de increíble riqueza, a medio camino entre el thriller y la *road movie*, la sátira distópica y la ciencia ficción».
Agustín Trapenard, *Elle*

«Hay elementos clásicos del *noir* [...] que triunfan. Dentro de estos tropos familiares, Despentes explora personajes profundamente defectuosos pero interesantes».
Kirkus Reviews

«Despentes ha vuelto a crear un personaje femenino explotado que decide armarse. Aquellos que la subestiman serán, en última instancia,

los castigados».
Bookforum Magazine

Sobre *Fóllame*:

«Una pequeña revolución».
L.A. Weekly

Sobre *Vernon Subutex I*:

«Una comedia humana contemporánea que seguramente deleitaría al propio Balzac».
Le Parisien

Sobre *Vernon Subutex II*:

«Pocos autores nos sumergen como Virginie Despentes en el pantanal asfixiante en que se ha convertido nuestra época».
El País

Sobre *Vernon Subutex III*:

«El grito de rabia de una maestra indiscutible. Virginie Despentes nos arrastra a un viaje sobrecogedor y nos deja atónitos. De Vernon Subutex 3 emana una fuerza literaria que nos transporta y a la cual es imposible resistirse».
L'Express

Virginie Despentes (Nancy, Francia, 1969) es novelista y directora de cine. Transgresora y provocadora, su mirada punzante sobre nuestra sociedad nunca está exenta de un toque de ironía. A los diecisiete años dejó el instituto y se marchó a vivir a Lyon, donde encontró empleo en una tienda de discos, colaboró en revistas musicales, cantó en un grupo de rap y trabajó de prostituta. La popularidad le llegó con su primera novela, *Fóllame*, que fue llevada a la gran pantalla y censurado a su salida. Desde entonces ha publicado *Perras sabias*, *Lo bueno de verdad* (galardonada con el Prix de Flore y llevada al cine por Gilles Paquet-Brenner), *Teen Spirit*, *Bye-Bye Blondie* y *Apocalypse bébé* (galardonada con el prestigioso Prix Renaudot). Despentes es la autora del celebrado ensayo *Teoría King Kong*, donde se postula como una de las defensoras del posfeminismo. Su última obra publicada hasta la fecha es la trilogía *Vernon Subutex*, con la que Despentes se reafirma como una voz imprescindible de las letras francesas.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Título original: *Apocalypse bébé*

Primera edición: octubre de 2022

© 2010, Éditions Grasset & Fasquelle
Casanovas & Lynch Literary Agency S.L.
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Robert Juan-Cantavella, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Sergi Pérez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4114-5

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros

Índice

Apocalipsis bebé

París

- François
- Claire
- Yacine

Barcelona

- Vanessa
- La Hiena
- Elisabeth
- Valentine

Sobre este libro

Sobre Virginie Despentes

Créditos